

HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA.
TOMO DÉCIMO.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA
DEL P. JUAN DE MARIANA,
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,

ESCRITA EN LATIN

POR EL P. FR. JOSEPH MANUEL MIÑANA,
DEL ORDEN DE LA SANTISIMA TRINIDAD,

Y TRADUCIDA NUEVAMENTE AL CASTELLANO

POR D. VICENTE ROMERO,
ESCRIBIENTE PRIMERO DE LA SECRETARIA DE ESTADO, Y DEL DESPACHO DE HACIENDA DE INDIAS.

TOMO III.

EN MADRID
POR DON BENITO CANO
AÑO DE MDCCXCV.

CONTINUACION DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA:

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

DESGRACIADA GUERRA Y MUERTE DEL REY DON SEBASTIAN DE PORTUGAL EN AFRICA. SUCEDE EN EL REYNO EL CARDENAL DON ENRIQUE. MUERTE DE ALGUNAS PERSONAS ILUSTRES.

Para describir la guerra civil y funesta á sus mismos autores que hizo en la costa de Africa el Rey Don Sebastian de Portugal, es indispensable referir desde mas alto sus causas. Tuvo pues principio de las discordias civiles en que se hallaban complicados los bárbaros. Mahomet, hijo de Abdalla, que reynaba en Fez y Marruecos, fué arrojado de sus dominios por Maluc su tio, á quien favorecian los Turcos, y refugiándose en el monte Atlas se mantenia de latrocinios. Cansado de este miserable género de vida envió legados al Rey Don Felipe implorando su socorro para recobrar el Reyno. No habiendo alcanzado de él cosa alguna, y aconsejado por Pedro de Acuña cautivo Portugues, recurrió con magníficas promesas al Rey Don Sebastian, y conmovió á este jóven de natural vivo, y tan codicioso de gloria, que si no le rogaran, hubiera él rogado al bárbaro. Trabajáron con mucho esfuerzo para disuadirle de esta empresa así el Rey Don Felipe con

cartas escritas de su propia mano, y por medio de su Embaxador, como su abuela Doña Catalina, y el Cardenal Enrique su tio; pero todo fué en vano, porque era enemigo de qualquier consejo por mas prudente que fuese, si no se acomodaba al suyo, dexándose arrastrar del desordenado amor que todos los hombres tienen á sus propias ideas. El bárbaro suplicante le amonestaba artificiosamente que mandase hacer la guerra, temeroso de que si la hacia en persona, y fuese vencedor le impondria algunas leyes, que no le permitiesen gozar con libertad el recuperado dominio. Habíase cumplido el tiempo del prometido socorro, y el Rey Don Felipe prohibió severamente por un edicto que ningun súbdito suyo pasase en este año al Africa, para ver si con esta amenaza podia retraerle de su intento. Sin embargo, precipitado á su fatal destino por su propio impulso, y incitado por los engaños de sus aduladores, comenzó con gran prisa á principios de este año á llamar veteranos de todas partes, juntar navíos, disponerlos y preparar las armas con la mayor diligencia y actividad. Exîgió dinero á los Eclesiásticos con indulto Pontificio, y tambien á los nobles con perjudicial exemplo, y entónces se concedió por la primera vez al Reyno de Portugal el privilegio de la Bula de la Cruzada. Entretanto la Reyna Doña Catalina dedicada á las obras de piedad, falleció con gran dolor de todos los Portugueses que la amaban en extremo en vida. Miéntras se hacian sus exêquias no cesaban los preparativos de la guerra, y acudian soldados de toda España á pesar de la prohibicion del Rey Don Felipe. Habiendo arribado por este tiempo un navío con seiscientos soldados Italianos que enviaba el Papa á los Irlandeses que peleaban contra la fuerza Inglesa en defensa de la Religion Católica, de la qual intentaba separarlos la Reyna Isabel con todo género de crueldades, se conmovió de tal suerte el Rey Don Sebastian, que corrió inmediatamente al puerto, y adelantando la paga al Capitan del navío Tomas Sterlin, alcanzó que le siguiesen al

Africa. Hallábase dispuesta esta máquina por el Pontífice, y el Rey Don Felipe á fin de acometer con sus mismos artificios á aquella muger astuta que ofrecia una cosa, y executaba otra, enviando auxîlios á los Holandeses al mismo tiempo que aparentaba conservar la amistad Española. Acudiéron tres mil Alemanes mandados por Tumberg, los que habia obtenido del Príncipe de Orange, habiendo enviado hasta Holanda á Sebastian de Acosta, y mil Españoles baxo la conducta de Alfonso de Aguilar. Mandó á todos los nobles que se dispusiesen á acompañarle; y le seguian muchos jóvenes de edad floreciente, y esclarecido nacimiento, pero mas adornados de galas cortesanas que de armas. Fuéron reclutadas tropas en los campos sin distincion alguna, y embarcadas en los navíos, con mil y quinientos caballos y doce cañones de grueso calibre.

Hallábase el Rey tan impaciente de la tardanza, que se embarcó en la Capitana, y le fué preciso esperar ocho dias en el puerto, miéntras que se embarcaba el exército en la armada; tanto era el deseo que tenia de perderse. Componiase la armada de siete galeras, y de sesenta navíos grandes armados, y de otros muchos de carga y remeros, y era su Almirante Diego de Sousa. La suma total del exército ascendia á quince mil hombres. Llegó la armada á las costas de Africa cerca de Arcila, cuyo pueblo á ruegos de Mahomet le habia entregado Albazarin su Gobernador al de Tanger para que le tuviese en nombre del Rey Don Sebastian en prenda de su fidelidad, y el mismo Mahomet vino contra Moluc con gran complacencia del Rey, que persuadido de la realidad de las promesas del bárbaro, y de que estaban por él muchos Moros, y que inmediatamente volarian al campo Portugues luego que viesen sus banderas, no podia contener su gozo. Tales son los deseos de los hombres que se aceleran á su perdicion juzgando siempre ser verdadero lo que desean. Desembarcadas las tropas, se dispusiéron los Reales en la misma costa, y entretanto los bárbaros

que habitaban en las cercanias lleváron consigo sus mugeres y hijos á lugares mas seguros. A este tiempo llegó Francisco de Aldana con cartas del Duque de Alba, en que exhortaba al Rey á que se abstuviese de penetrar en lo interior del Africa, y dirigiese todo el peso de la guerra á Luso, y le envió por regalo la celada y armadura con que el César Cárlos entró vencedor en Tunez. Aunque Aldana como hombre muy experto en las cosas de la guerra le amonestaba lo conveniente, no quiso darle oidos, ni los Capitanes extrangeros tenian facultad para decir ni executar cosa alguna. Todo lo manejaban y disponian á su arbitrio unos pocos Portugueses que jamas habian visto enemigos. Disputóse en una junta si convendria ir por mar en la armada á Luso, ó por tierra, y estando discordes los principales del exército, se suscitó una grave contienda nacida de la impericia de los aduladores. Creian unos que seria poco feliz el viage en la armada, y los que pensaban con rectitud tenian por mas glorioso lo que era mas seguro. Alfonso de Portugal Conde de Vimioso conociendo lo mucho que el Rey deseaba pelear, aplaudia lisonjeramente sus ideas para ganar su favor. Finalmente estando resuelto á seguir los mas precipitados consejos, levantó su campo, y mandó al exército marchar al rio Luso. Mahomet que le habia ofrecido toda el Africa, se presentó con un pequeño esquadron de caballos, y habiendo sacado el enemigo sus tropas de Marruecos, aguardaba al Portugues en la llanura que los Moros llaman Tremesenal, que es muy propia para pelear la caballería. Tenia quarenta mil caballos y ocho mil infantes, sin contar la multitud que habia acudido á la presa.

Los Portugueses divididos en tres esquadrones atravesáron al quinto dia de su marcha el vado de Mucasen cerca del parage donde se descarga en el Luso. En el primer esquadron iban los Alemanes, Italianos, Españoles y voluntarios, y en los siguientes la infanteria Portuguesa, y la caballeria á los costados. Confiado el Rey en solo su ánimo, y sin

experiencia alguna de la guerra, era él árbitro de todas las disposiciones, habiendo despreciado á Mahomet que importunamente le aconsejaba que dilatase la pelea. Pero despues se vió que por muchas razones hubiera sido su consejo el mas saludable. Los Moros habian ordenado sus tropas en forma de media luna. Moluc se hallaba en medio de ellas conducido en una silla de manos, porque estaba gravemente enfermo, habiendo conferido el mando de todo su exército á Hamet su hermano nacido de otra madre desigual. Luego que Moluc descubrió el corto número de los enemigos, vuelto á sus soldados los dice: ,,Hemos vencido, compañeros mios, los mu-,,chos contra los pocos, los caballos contra los in-,,fantes, y en una llanura; avergoncémonos de que ,,se nos escape de las manos una victoria tan ilus-,,tre; pelead á exemplo de los varones fuertes, y ,,volved á los Reales con la premeditada palma.“ Inmediatamente comenzáron los Moros la accion con treinta y quatro cañones de artillería. Los Portugueses correspondiéron, pero tan consternados con el miedo de las balas que volaban sobre sus cabezas, que visto por ellos el fuego enemigo, se echáron á tierra repentinamente. Para evitar el Rey esta ignominia, mandó dar la señal de acometer. El combate fué grande, atroz y sangriento, peleando con mucho valor el primer esquadron, y porque los Moros habian rodeado con su multitud á los batallones Portugueses, extendiéron sus alas, y á un mismo tiempo peleaban por ambas partes, por la frente, y por la espalda. Encendida por todas partes la pelea, como el Rey era de un ánimo tan precipitado, se pasó al primer esquadron donde la refriega era mas atroz. Muchas veces fuéron rechazados los Moros de aquel puesto, y derrotados con la extraordinaria intrepidez de los Christianos; y para detener Moluc la fuga de los suyos con el exemplo, aunque conocia que se le acercaba el fin de su vida, montó en un caballo, y habiendo tomado en la mano un alfange, se metió en la pelea; pero faltándole el ánimo, fué apeado del

caballo, y murió inmediatamente entre las manos de sus criados y familiares. Volviéronle á la silla, y fingiéron que descansaba, ocultando su muerte como él mismo lò habia prevenido al tiempo de espirar, poniendo un dedo en la boca, para que divulgada esta noticia no se les escapase la victoria de las manos. La multitud desordenada que seguia el campo al ver que se huian algunas tropas de Moros, tuviéron por perdida la victoria, y saqueando los bagages de los suyos, se ponen en fuga publicando por todas partes que los Moros habian sido vencidos con gran pérdida. Hallábase todavía dudosa la victoria, y los extrangeros sostenian con gran valor la batalla habiendo muerto á innumerables enemigos. Pero acometidos furiosamente por nuevos esquadrones de caballería, fuéron oprimidos por la multitud de los enemigos, implorando en vano el socorro de sus socios. Los Portugueses con pretexto de que el Rey habia mandado que no se moviesen de aquel puesto, rehusáron socorrer á los que se hallaban en tanto peligro, y finalmente cansados y fatigados, pereciéron quasi todos con una muerte honrosa; con cuyo estrago, y como si se hubiese perdido el nervio del exército, se inclinó la victoria á los Moros.

Habia pasado el Rey al último esquadron, para infundir animo á los que ya desmayaban; pero aunque con la voz y con su exemplo procuró animarlos, anunciándoles á grandes gritos la muerte de Moluc, nada pudo conseguir de aquellos hombres que estaban sobrecogidos de espanto, y habiendo arrojado las armas, imploraban la clemencia del vencedor. Aquí cayó Aldana atravesado de una bala, peleando valerosamente, y tambien Aveyro, y otros hombres principales, miéntras que con grande esfuerzo procuraban rechazar con la espada al enemigo. El Rey sin hacer caso alguno de la herida que habia recibido en el primer esquadron, y haciendo los oficios de General y de soldado, acudia en la batalla á todas partes cubierto de su sangre y de la agena, y fué tanto su ardor en pelear, que

mudó tres caballos con grande admiracion de los suyos. Pero habiendo sido derrivada al suelo la bandera Real, y muerto el Alferez, comenzáron los nobles á volar por todas partes en busca del Rey, y habiendo visto la bandera de Duarte de Meneses que era muy semejante á la Real, acudiéron á él, y miéntras creian que acompañaban á Don Sebastian, fué este rodeado por los bárbaros: el pudor le impidió entregarse, y siguió con su muerte al exército que habia perdido por su temeridad. Todo estaba confuso, y en gran manera revuelto porque los Moros deseaban concluir, quanto ántes la victoria. Soldados, Capitanes, caballos, infantes, carros, banderas, criados y bagages se aglomeráron en un monton de tal suerte, que no podian manejar las armas, ni ponerse en órden de batalla. La fatiga y el cansacio de matar fué sola la que puso fin á la pelea. Mahomet inventor de la guerra se puso en precipitada fuga, y pereció ahogado al pasar el rio Mucasen, y de este modo, y con exemplo memorable muriéron tres Reyes en una sola batalla. El vencedor Hamet noticioso de la muerte de su hermano, miéntras que recibia los parabienes de los suyos, fué saludado Rey por el exército (sin hacer mencion alguna del hijo que quedaba) segun la ley de los Xerifes por la que son preferidos los hermanos á los hijos. No podemos afirmar con certeza el número de los muertos, y la opinion mas verdadera es que fuéron seis mil; entre los quales ademas de muchos nobles, pereciéron Arias de Silva, Obispo de Oporto, y Manuel de Meneses de Coimbra, que con reprehensible exemplo pasáron desde las aras á las armas. La demas multitud fué presa del enemigo, y apénas quedó uno salvo que pudiese llevar la nueva de la derrota. Al dia siguiente despues de la batalla fué hallado entre innumerables muertos por Sebastian Resende uno de los criados de Palacio el cuerpo del Rey Don Sebastian atravesado con siete heridas, y habiéndole puesto sobre un caballo con los pies y brazos colgando, le conduxo á Hamet, lamentándose

todos de tan desgraciada fortuna. Tres cuerpos de Reyes fuéron colocados en una misma tienda de campaña. Hamet envió á Alcazarquivir el de Don Sebastian para que fuese custodiado: el de Mahomet le hizo llevar por todas partes tendido en una manta para que se extinguiese el afecto que los Moros le tenian, y el de su hermano Moluc le hizo enterrar en el sepulcro de sus antepasados. Sousa que se habia quedado en la embocadura del rio Luso echadas las anclas, habiendo oido el estruendo de la artillería, inferia que se daba la batalla; pero estaba indeciso en el partido que debia tomar; y finalmente luego que supo la desgracia, navegó por la costa ácia Tanger, á fin de recibir en la armada las reliquias del derrotado exército, si habian quedado algunas, y desde allí se hizo á la vela para España lleno de tristeza y melancolía.

El Rey bárbaro entró como en triunfo en Fez, llevando delante de sí al exército vencedor cargado de despojos, y á los cautivos. Sucedió esta batalla el quatro de Agosto, dia en gran manera funesto para Portugal, pues en él pereció la flor de su nobleza, y sus fuerzas, y la mayor pérdida fué la de su Rey, jóven en la edad, de excelente índole, y de grandes esperanzas sin dexar ningun heredero, el qual intentando destruir á los Moros, se destruyó á sí mismo, y codicioso del Reyno ageno, vino á perder el suyo propio. No habia persona en todo Portugal que no estuviese ansiosa de saber el éxito de la guerra, que se acabó en un solo dia, ántes que llegara á oirse que habia comenzado. Luego que recibiéron la triste nueva los Gobernadores del Reyno nombrados por el Rey, Don Jorge de Almeida Arzobispo de Lisboa, Pedro de Alcazova, Francisco Saa y Juan Mascarenas, comenzáron á divulgar alegres anuncios, temerosos del tumulto del pueblo, y entretanto hiciéron venir de Alcobaza al Cardenal Don Enrique. Con su venida fué publicado el triste suceso como habia pasado, y ciertamente no hubo alguno á quien no alcanzase parte de esta calamidad,

y que no tuviese en su familia algun muerto ó cautivo. Tambien tocó á muchos el dolor de las riquezas perdidas; y finalmente toda era tristeza y llanto en Portugal.

Miéntras tanto Hamet á fin de asegurarse mejor en el Reyno envió Embaxadores al Rey Don Felipe para que confirmase con él la paz baxo las mismas condiciones que la habia pactado con su predecesor Moluc. Rehusó Don Felipe admitir el cuerpo del Rey Don Sebastian que habia mandado Hamet restituirle; pero por medio de Andres Corso que negociaba en Africa mandó que se entregase en caxa cerrada á Dionisio Pereyra Gobernador de Ceuta, y fué puesto en libertad Don Juan de Silva, Embaxador cerca del Rey Don Sebastian que habia sido hecho cautivo en la batalla. Para remunerar el Rey Don Felipe al bárbaro, envió al Africa á Pedro Venegas, noble Cordovés, con regalos que importaban cien mil ducados, para que declarase á Hamet que admitia la paz, y tratase de la libertad de Teodosio Duque de Barcelos, el qual poco despues fué conducido gratuitamente, y sin rescate alguno á las costas de Andalucía. En medio de tanta tristeza fué proclamado solemnemente por Rey de Portugal Don Enrique, y inmediatamente envió otra embaxada al Africa acompañando con ella presentes de valor de doscientos mil escudos, y consiguiéron la libertad ochenta cautivos de la principal nobleza. Confirió el Rey los oficios de Palacio, y los empleos del Reyno á las personas que le eran adictas, removiendo de ellos á los antiguos, que ántes le habian despreciado, y vengó siendo Rey los insultos hechos al Cardenal de Portugal. Abolió el tributo de la sal, que habia impuesto el Rey Don Sebastian; cuya gracia apreciáron en mucho sus vasallos. En este año falleció Doña María hija de Don Manuel, y de Doña Leonor que se mantuvo en el estado de doncella, de costumbres santísimas y de piedad exemplar, hallándose en los sesenta y seis años de su edad. Su cuerpo fué sepultado en la Iglesia de Nuestra Seño-

ra de la Luz de Lisboa, junto al Altar mayor; cuyo edificio que es uno de los mas magníficos y perfectos de Portugal le mandó fabricar á su costa. Tambien murió en Madrid á veinte y uno de Septiembre el Príncipe Wenceslao que no pasaba de quince años, hijo del César Maxîmiliano.

Por este tiempo se descubrió la secta de los iluminados en Lanera pueblo de Extremadura del Orden de Santiago. Los autores de ella fuéron ocho Sacerdotes, que ardian con deseos de vanagloria, ambicion y liviandad, los quales se jactaban de ser iluminados por la Eterna Luz quando estaban alucinados por el espíritu de tinieblas. Dícese que Fr. Alonso de la Fuente del Orden de Santo Domingo, descubrió el engaño que iba echando raices ocultamente entre el ignorante vulgo. Los Heresiarcas Alvarez y Chamizo se entregaban á todo género de deshonestidades, fingiéndose santos con ayunos, disciplinas y otras asperezas, y mancháron con su torpe lascivia á muchos jóvenes de uno y otro sexô. A solicitud del Rey Don Felipe encargó el Inquisidor General el conocimiento de esta causa á D. Francisco de Córdova, Obispo de Segorve, trasladado despues á Salamanca, el qual comenzó desde luego su pesquisa. Puso en prision á los culpados, y habiendo averiguado sus delitos les impuso el merecido castigo. En otra parte de España resplandecia la luz de una verdadera santidad, habiendo llegado de Italia á Barcelona los Religiosos Franciscos, llamados Capuchinos por la capilla puntiaguda con que se cubren la cabeza. En aquella ciudad edificáron el Convento de Santa Eulalia Arcangel de Alarcon y Mateo de Guadix con quatro compañeros, y comenzó á propagarse este Instituto por todo el Reyno con gran provecho de la piedad christiana. A fin del mes de Octubre del año anterior falleció Don Diego Covarruvias, Obispo de Segovia, y fué enterrado en su Iglesia Catedral. Oprimida Castilla con tributos sintió en extremo el diez por ciento de alcabala que se la impuso: y ciertamen-

te si conociesen los hombres quán copiosa renta es la economía y ahorros, redundaria el Fisco, aun despues de abolidas las mas pesadas cargas. Pero no hay riquezas algunas que puedan saciar la avaricia de sus Ministros.

CAPITULO II.

NUEVOS PARTIDOS EN FLANDES. SITIA EL PRINCIPE DE PARMA A MASTRICH, Y ESFUERZOS DE LOS ENEMIGOS PARA RESISTIRLE. COMIENZA A TRATARSE DE PAZ, Y SE OPONEN A ELLA LOS ESTADOS. TOMA Y SAQUEO DE MASTRICH.

En Flandes tomaban nuevo vigor los partidos: sus cabezas eran Matías, el Duque de Alenzon y el Príncipe de Orange, los quales agitaban muchos y diversos proyectos sin poner el menor cuidado en las cosas de la Religion, ántes por el contrario, se formó en Utrech una alianza contra los Católicos para defender la libertad de conciencia, siendo su promotor Juan de Nasau, hermano del de Orange. Los habitantes del Hainault, y el Artois, con las ciudades confinantes contratáron entre sí otro pacto social y piadoso en favor de la Religion de sus mayores, y de la obediencia al Rey. De aquí tuvo orígen una nueva guerra hecha con varia fortuna, y sostenida en diversos lugares, y tambien muchas sediciones, tumultos, maldades, incendios, rapiñas; y en fin un general trastorno. El de Parma aprovechándose de sus discordias, promovia la causa del Rey por medio de Mondragon, y otros Capitanes. Los Casimirianos que se hallaban en gran peligro se retiráron á Bolduc para no caer en manos de los soldados Realistas que volaban por todas partes. Pero no habiendo querido los habitantes dar-

les entrada temerosos de que pusiesen la ciudad al saqueo para pagarse del sueldo que se les debia, y desesperando de poder salvar la vida, enviáron un Diputado al de Parma, ofreciéndole que se volverian á Alemania si se les daba dinero. Rióse aquel Príncipe al oir esto, y volviéndose al mensagero le dixo: „Marcha y diles, que mas bien debe recibir „dinero el de Parma, que darlo, para enviar libres „á los que en breve van á perecer.„ Esta es la respuesta que les dió en público; pero en secreto ajustó con ellos por medio de los Capitanes Alemanes, que tenia en su campo, que marchasen á Alemania, sin recibir daño alguno. De este modo salió intacta de Flandes aquella caballería tan floreciente, y aquella legion tan numerosa, y quedáron muy debilitadas las fuerzas de los enemigos. Despues de esto se ganó una ilustre victoria en Burgerholt, habiendo sido muertos seiscientos de los enemigos con pérdida de solos ocho soldados del Rey. Viendo Casimiro frustradas las esperanzas con que habia pasado á Inglaterra, se volvió á Flandes; y noticioso de la desgraciada suerte de las tropas que habia conducido, se presentó en el Senado, y despues que descargó su ira contra los Estados con gran libertad de palabras, se retiró á Alemania sin despedirse de nadie.

Habiendo talado el de Parma el territorio de Mastrich, rodeó la ciudad con sus tropas el dia ocho
1579. de Marzo de este año de mil quinientos setenta y nueve. Era su Gobernador el Frances Nuan, Capitan valeroso de los Hugonotes; pero habiéndole removido, tomó á su cargo la defensa con grande ánimo Sebastian Tapin natural de Lorena, acompañado de Manzano, que desertando de los Españoles se habia pasado al servicio de los Estados. La guarnicion se componia de mil y doscientos Franceses, Escoceses é Ingleses. Hallábase en armas la ciudad, y una gran multitud de labradores muy á propósito para pelear y trabajar en las fortificaciones. El de Parma echó dos puentes sobre el rio Mosa que baña

la ciudad para impedir que la entrasen socorros algunos por la parte superior, ni por la inferior, y al mismo tiempo dar comunicacion á sus Reales, pues por la parte que va á Colonia (que vulgarmente se llama Wica) habia mandado á Mondragon que se acampase con algunas tropas; y él mismo tomó á su cargo el combatir la otra con quarenta y seis piezas de artillería, y con minas subterráneas en las quales peleáron á ciegas á la manera de los Andabatas con igual arte y valor. Habiendo dirigido una mina contra un baluarte, y incendiándolo con la pólvora que se hallaba oculta, derribó una parte de él; y inmediatamente ocupáron el lugar los Españoles mandados por Troncoso. Acudió luego una gran multitud de gente armada, y se trabó una atroz pelea sobre el puesto, en la que fué muerto el mismo Troncoso, Mendoza y Beltran, valerosos Capitanes, con algunos pocos soldados. Concluido el combate, no por esto se estuviéron quietos, pues acudiéron con presteza á reparar la parte arruinada, en cuya obra trabajáron con mucho esfuerzo las mugeres mezcladas con los peones. Tampoco los soldados del Rey podian estar ociosos, y entretanto llenáron el foso con la tierra y cascotes que habian caido de la ruina de las murallas, y se formáron un camino para acometer. Habiendo hecho la señal pasáron intrépidamente las ruinas del muro y trabáron una pelea en dos parages, que fué muy acérrima y sangrienta. Arrojó el enemigo una gran cantidad de fuegos que la industria de los hombres ha inventado y dispuesto para su propia perdicion, y á la verdad quanto mas se reunian para vencer las ruinas, tanto mayor era el número de los heridos, porque ningun tiro se disparaba en vano, añadiéndose á esto el terror que causó la pólvora, que se incendió casualmente con grande estrago de muchos. Pereciéron ciento y cincuenta Españoles de distincion, y fuéron llevados al campo doscientos mortalmente heridos; y de los Alemanes y Flamencos muriéron otros tantos, y tambien algunos nobles Italianos; entre los quales se halló Fabio Farnesio pariente del de Parma. Esta

pelea que se dispuso sin precaucion, ni consejo, hizo mas cauto al General de allí adelante. No por esto se interrumpiéron los trabajos, y fué cercada la ciudad con una trinchera, levantando castillos de trecho en trecho, y á poca distancia unos de otros, y á un mismo tiempo la acometió por muchos parages, privándola de la esperanza de poder recibir socorro alguno, lo qual intentáron en vano Juan de Nasau, y el Conde de Holach su pariente.

El Rey Don Felipe á peticion de los Estados habia dado al César facultad para hacer las paces baxo de ciertas condiciones; y por este tiempo se juntáron en Colonia los Duques de Terranova y Ariscot, á quienes se nombró por Plenipotenciarios. Entretanto que procuraban componer este negocio tan dificil, declaráron los Estados á los Embaxadores del César, que no cumplirian cosa alguna de lo que acordase, si ántes no se hacian treguas, y dexasen unos, y otros las armas. Respondió el Príncipe de Parma. „Que „pedian treguas injustamente hallándose en tan des„igual fortuna; que el Rey tenia un exército muy po„deroso; y que la ciudad rebelde se hallaba casi to„mada, y que no pudiéndola libertar del sitio por „la fuerza de las armas, recurrian finalmente á los „ardides para engañar, y conseguir las treguas con „el pretexto de una paz muy incierta; por lo qual „no convenia en que se les concediesen en tales cir„cunstancias.“ Otra máquina fué intentada por Matias, y los Estados, esto es, por el Príncipe de Orange, á fin de desvanecer de qualquier modo la tempestad que le amenazaba. Comenzaban á fluctuar las cabezas del partido ortodoxô, y á inclinarse al partido del Rey, promoviéndolo Felipe Pardies, Señor de la Mota, Gobernador de Gravelinas, que por sus particulares discordias habia desamparado al de Orange. Este pues deseaba tener muchos compañeros que siguiesen su exemplo, para que la religion no fuese arruinada enteramente. Aborrecia á Alenzon, y á los Franceses perpetuos enemigos de la patria, y á aquella pestilente sentina de hombres arrojados de Fran-

cia por los tumultos que suscitaban en ella. Por tanto no cesaba de exhortar y amonestar á que volviesen á la gracia de un Rey tan clemente, pues baxo de su imperio conservarian íntegra la religion, y estarian á cubierto los bienes, y fortunas de todos. Como estas razones fuéron oidas con gusto de muchos, impetró del Rey Don Felipe una cédula, en que le daba facultad para componer las cosas, y para tomar prestado una gran suma, y tambien escribió cartas á los Grandes llenas de benevolencia, para que depusiesen el temor los que se hallaban acusados de su misma conciencia. Esto conmovió mucho al de Orange, que no omitió ningun cuidado, ni diligencia, y se valió de todas las artes buenas y malas para sostener el partido. Finalmente no pudiendo adelantar cosa alguna, hizo relacion de este negocio á la Junta de Colonia á fin de impedirlo. Pero como en ella se tratase de restituir la paz á Flandes, nada podia ser mas grato para los pacificadores que el que una parte se volviese á la amistad y concordia con el Rey. El César aunque al principio lo llevó á mal por haber dado oidos al Príncipe de Orange, sin embargo luego que exâminó atentamente el negocio, alabo el consejo del partido cathólico, pues con él seria mas fácil concluir la paz, dando la parte mas sana el exemplo de pacificacion. Aquí se echó de ver la astucia fraudulenta de Orange, que á la verdad nunca estaba mas distante de la paz, que quando aparentaba deseos de reconciliarla, estando acostumbrado á vestirse de todos semblantes, y colores por la sutileza de su ingenio, por su inclinacion á novedades, y por el ansia que tenia de dominar.

Adelantábase el tratado de la pacificacion por los esfuerzos de Mateo Murla Obispo de Arras, de Noircarme, y otros hombres fieles al Rey, y habiendo tenido un congreso en el Monasterio de San Vedasto cerca de Arras, se ajustáron al fin las condiciones en veinte capítulos que contenian el edicto perpetuo, y la alianza de Gante, añadiéndose solo algunos pocos artículos. Prometió Mota en nombre del Rey doscien-

tos cinco mil escudos para la paga de las tropas que mandaba Montigni; y habiendo pasado inmediatamente los Diputados al campo del Príncipe de Parma, que los recibió espléndidamente, le diéron cuenta de su comision. Despues de algunas disputas admitió, y juró el Parmesano las condiciones, modificándolas algun tanto, con grande alegría y regocijo de todos, y con mucha salva de la artillería.

Por este tiempo se hallaban colocados los mas gruesos cañones de batir en la brecha del muro de Mastrich, y sin embargo no daban los enemigos señal alguna de temor. No dexaban los nuestros dia y noche de velar en todos los puestos, y cuerpos de guardia, y de pelear quando era necesario sin cuidado alguno de la vida, y en uno de estos encuentros pereció el Conde de Hierges atravesado de una bala. Pero habiendo acometido por las ruinas de los muros fué vengada su muerte con mucha sangre de los enemigos. Trabóse la pelea en varias partes á un mismo tiempo con extraordinario ardor, cayendo un grande número de enemigos en las ruinas, como si aun despues de muertos quisiesen impedir la entrada. Finalmente habiendo tomado los nuestros el ángulo del baluarte, se refugiáron á otro interior como á una áncora sagrada en medio de tan gran tormenta, quedando muy consternados con la desgracia de Tapin que fué herido de una piedra, y cayó sin sentido. Pero deseoso el de Parma de conservar la ciudad, les hizo intimar que prefiriesen con una pronta entrega experimentar mas bien la clemencia que la ira del vencedor. Apénas pudo escapar vivo el trompeta de las manos de aquellos furiosos, cuyos ánimos no cesaban de inflamar sus falsos Ministros con exhortaciones sediciosas, y estaban obstinados en morir.

Entretanto que se disponia el asalto general para el dia siguiente que era la fiesta de San Pedro, y San Pablo, deseoso Alonso García de saber lo que hacian los enemigos, se introduxo en la ciudad por una parte de la trinchera que no estaba guarnecida, y no halló ninguna centinela despierta, ni ronda alguna; los

soldados de los cuerpos de guardia estaban echados por el suelo, en una palabra, todo se hallaba en el mayor descuido; y vuelto á sus compañeros al amanecer, les declaró lo que habia visto. Con esta noticia abriéron mayor brecha, y inmediatamente se apoderáron de la planicie, y otros con escalas subiéron á las fortificaciones. Excitados los enemigos con el ruido, no se olvidáron de sí mismos, y aunque fuéron sorprehendidos, peleáron atrozmente por sus aras y hogares. A la voz que corrió de que habia sido tomada la ciudad, voláron á ella los soldados desde el campo, y no pudiendo los enemigos sostener el ímpetu, afloxó poco á poco la pelea, y á esto se siguió la fuga, y la confusa mortandad de los vencidos, á pesar de los esfuerzos de los Capitanes para estorbarlo. La ira del vencedor hizo un grande estrago en los que huian por el puente de Wica; otros fuéron derribados á tierra por los mas valerosos, otros precipitados al rio, y muchos de ellos muertos. Toda la ciudad presentaba un horroroso espectáculo, y no se veia otra cosa que cadáveres tendidos por las calles, armas, y todo género de instrumentos de guerra, y el suelo cubierto de sangre. Los que estaban en el otro campo con Mondragon habiendo oido el tumulto acudiéron á los muros, derribáron las puertas, hiriéron y matáron todo quanto encontráron, y casi toda la guarnicion fué pasada á cuchillo. Tapin fué conducido al Príncipe de Parma, y poco despues murió de su herida. Alonso de Solis sacó de la guarida donde estaba oculto á su compatriota Manzano, y habiendo sido sentenciado á pasar por las baquetas de los Españoles como deshonra y oprobrio de su nacion, pereció en la carrera. Los Ministros Calvinistas temerosos del castigo que les esperaba, fuéron verdugos de sí mismos precipitándose en el rio. Se asegura que en la pelea y en el último estrago pereciéron ocho mil de los enemigos, y mil y quinientos de los del Rey, habiendo durado el sitio quatro meses. Los pocos ciudadanos que habian quedado fuéron atormentados por los soldados que corrian al saqueo para que

descubriesen sus riquezas, compitiendo en ellos la avaricia y la crueldad, hasta que el Príncipe de Parma se lo prohibió por un edicto. Despachó luego á Mondragon con cartas para el Rey Don Felipe en que le daba noticia de la victoria, y convalecido de una enfermedad que habia padecido poco ántes, fué introducido en una silla de manos por la brecha del muro en la ciudad, despues de haberla limpiado siguiéndole el exército á la manera de un triunfo. Comenzó inmediatamente á restablecer la abolida religion, ordenó las cosas públicas de la ciudad, y puso en ella guarnicion.

CAPITULO III.

CONTINUAN LAS NEGOCIACIONES DE LA PAZ. NUEVAS TURBULENCIAS DE LOS HUGONOTES DE FRANCIA. EL REY DON ENRIQUE DE PORTUGAL TRATA DE NOMBRAR SUCESOR. PRETENDIENTES A ESTA CORONA.

La fama del estrago de Mastrich causó gran terror en toda la Flandes, y esta victoria inflamó los ánimos. Los Cathólicos de Bolduc habiendo tomado las armas arrojáron de la ciudad á los hereges, y se juntáron á los Realistas, cuyo exemplo siguió Malinas, y á una y otras envió socorros el Príncipe de Parma. Los esfuerzos de los habitantes de Brujas fuéron inútiles, pues se halláron oprimidos por sus adversarios, que introduxéron en la ciudad algunos soldados armados. Villabruc fué tomada por Fabio Gata Napolitano, y derrotada su guarnicion. Cerca de Malinas acometiéron una noche los enemigos á las tropas del Rey, y las pusiéron en fuga; pero habiendo recogido Olivera parte de ellas, embistió de repente contra el enemigo, que estaba descuidado, y ocupado en la presa, y consiguió el Español una célebre victoria, habiendo hecho prisioneros á mil y quinien-

tos de los enemigos, y seiscientos caballos. No pocos fuéron asesinados en los bosques y cabañas por los labradores que siempre persiguen á los derrotados. Recobróse toda la presa, y muchos despojos de los enemigos, y solo muriéron cincuenta de los vencedores. Gozoso el de Parma con esta victoria dió á Olivera el mando de un esquadron de caballería, porque con su valor y consejo habia enseñado á vencer á un exército vencido, y le dió una patente para que constasen sus hazañas.

Ardia la Frisia en discordias civiles. Los nobles defendian las partes del Rey, y la plebe estaba pór los Estados, ó por la libertad de conciencia, de tal modo que no sin razon dixo Lipsio en su libro de constancia: „No solo hay entre nosotros partidos, si„no partidos nuevos de partidos. Tales son los de „aquí, tales los que hubo entre los de Hainault, y „Gante.“ De esto se siguiéron derrotas, peleas, y muertes, expugnaciones de lugares fortificados destruidos, y despues restablecidos. Las cosas del partido real se pusiéron en mejor estado por la habilidad del Duque de Terranova que atraxo á él con honrosas condiciones al Conde de Renneberg Gobernador de la Provincia.

Despues que en Colonia se disputó largo tiempo sobre las condiciones de la paz, las propusiéron por escrito muy equitativas los legados del César, y fuéron aprobadas por Ariscot y algunos de sus compañeros; y habiéndose enviado á las ciudades, las recibiéron los de Bolduc, y despues los de Groninga aunque á pesar de los Magistrados, habiéndose sublevado la plebe. Los de Valencienes se juntáron á los de Hainault, y los demas los rechazáron y detestáron. Los Estados no diéron respuesta alguna, de que se diéron por muy ofendidos los Legados. Tal fué el fruto que produxo la Junta de Colonia que se disolvió á los siete meses, echando los Estados la culpa á los Españoles, y estos á aquellos de no haberse concluido la paz. Ariscot y sus compañeros que aprobáron al principio las condiciones las subscribiéron al fin, y

separándose de los Estados, cuya mala inteligencia conocian, volviéron á entrar en la gracia del Rey. El Duque de Terranova despues de la partida de los Legados se detuvo en Colonia de órden del Rey, para hacer volver á la debida obediencia á las ciudades con dádivas y promesas; y finalmente habiendo sido llamado á España, fué hecho Virrey de Cataluña en premio de sus hazañas.

Gozoso el de Parma por haber atrahido al partido del Rey á tantos Grandes, provincias, ciudades, y exércitos, no cesaba de amonestar á Don Felipe con cartas, y mensageros que pusiese todos sus conatos en las cosas de Flandes, ya que caminaban con próspera fortuna. Pero lo que mas cuidado le daba era sacar á los Españoles de Flandes, así por otras causas, como por la lealtad y valor de aquella veterana milicia, con la que esperaba vencer los peligros mas árduos, y sujetar las provincias al imperio del Rey Don Felipe con mucha gloria de su nombre. Esto lo pedian los Grandes con mucha instancia segun se habia pactado en las condiciones baxo la palabra real, sin que admitiesen ninguna excusa, pues además del antiguo odio, se interesaba en ello su conveniencia, porque de este modo recaerian en ellos los premios de la milicia, que gozaban los guerreros extraños. No se oponia el Rey Don Felipe á este pensamiento; ántes respondió le seria grata la salida de los extrangeros, y á fin de que no hubiese detencion alguna, envió mucho dinero para pagar las deudas.

Entretanto los Hugonotes, hombres inquietos, desleales, y habituados á sacar ganancia de la guerra, no pudiendo sufrir por mas tiempo el ocio, pensáron de nuevo en tomar las armas. Por el contrario el Rey Enrique procuraba mitigar su furor con las artes de la paz, y con obras piadosas incitarlos á seguir su exemplo, y aprovechó tanto por este medio, que desde que se hizo la paz se convirtiéron muchos mas Hugonotes á la Religion Cathólica, que en todos los años precedentes de guerra, mortandad y sangre. De aquí se ve claramente quán ami-

ga es la verdadera piedad de la tranquilidad, contra el error de aquellos que despreciando la christiana mansedumbre, juzgan que debe propagarse la doctrina de Christo manso Cordero con el terror de las armas. Dedicado pues á estas cosas instituyó el Orden de Sancti Spiritus con beneplácito del Pontífice, habiendo abolido el de San Miguel. Fuéron creados Caballeros de esta nueva Orden veinte y seis Grandes, y el Rey se declaró por su primer Gran Maestre. Los Hugonotes introduxéron sus armas en Aviñon con infeliz éxito, y despues en las fronteras de España para tomar por asalto á Fuenterrabía; pero en ambas quedáron torpemente vencidos por el valor y vigilancia de los Gobernadores. En el territorio de Leon fuéron muertos algunos por los Católicos; hubo correrías y escaramuzas entre unos y otros, y se tomáron algunos pueblos fortificados.

Miéntras tanto el Rey Don Felipe no omitia cosa alguna á fin de unir á su Corona el Reyno de Portugal, el que ciertamente no negaban los Jurisconsultos Portugueses que le pertenecia por derecho de sangre, como hijo de Doña Isabel, hija mayor del Rey Don Manuel. Por lo qual pedia ser declarado sucesor en atencion á la avanzada edad y achacosa naturaleza de Don Enrique para evitar que si fallecia, lo que era muy temible, no se hallase expuesto aquel floreciente Reyno á ser presa de los pretendientes. Don Pedro Giron, Duque de Osuna, pasó á congratular al Rey Don Enrique por su elevacion al trono, y desde Lisboa marchó á Setuval para visitar y consolar á Magdalena su hermana, viuda del Duque de Aveyro. Volvió otra vez á la Corte, y amonestó á Don Enrique, que tambien le habia mandado el Rey Don Felipe, que en la sucesion del Reyno tuviese presente que su derecho era el mas sólido. Llevó á mal Don Enrique que con la presencia de tan poderoso pretendiente se le privase de la libertad de elegir; y tambien era molesto á los Portugueses por los antiguos zelos y discordias que habia entre ambas naciones. Por tanto,

aunque por su propia voluntad, á causa de sus muchos años, deseaba dexar arreglado el negocio de la sucesion del Reyno, sobre lo qual le estrechaban los Portugueses, habiendo tomado consejo de algunos pocos, lo dexó para otro tiempo, á fin de que ventilados entretanto los derechos de los pretendientes, pudiese deliberar con mas seguridad y acierto. A la verdad parecia inclinarse por su particular afecto á Catalina, hija de Eduardo, nieta de Don Manuel, que se hallaba casada con el Duque de Berganza. Pero se decia que debia preferirla el Saboyano, nacido de Beatriz, hija de Don Manuel; y los Grandes por emulacion despreciaban al de Berganza. Tambien alegó sus derechos Ranucio, hijo de María nacida del mismo Eduardo, habiendo enviado al Obispo de Parma para que los reclamase; pero lo hizo de tal suerte que manifestaba hallarse sujeto en todo al Rey Don Felipe. No se hizo aprecio alguno de la peticion de Catalina Reyna de Francia, como descendiente de Roberto, Conde de Boloña, cuyo derecho no solo era antiquado, sino falso. Finalmente Antonio Prior de Ocrato, hijo espurio de Luis, hermano de Enrique, y habido en una manceba de padres Judíos, y ínfimos mercaderes, no dexaba piedra por mover para apoderarse del cetro, lo que irritó de tal modo á Don Enrique, que no solo no declaró Rey á este hombre tan indigno, sino que le mandó salir desterrado.

Finalmente para resolver quanto ántes este negocio, mandó juntar Cortes en Lisboa, y en ellas se acordó citar á los pretendientes, á fin de que cada uno expusiese sus derechos, exceptuando y excluyendo á la madre del Rey de Francia. Y porque se advertia que Don Enrique estaba muy cercano al fin de su vida, y para que no padeciese el Reyno con la falta de su cabeza, se nombráron en secreto cinco personas que gobernasen en la vacante, hasta que fuese declarado con certeza el sucesor. Eligiéronse además once Jueces para que decidiesen la causa de la sucesion en caso que Enri-

que falleciese ántes de concluirse el pleyto. Esto á la verdad pareció ridículo á los Castellanos, pues con aquel hecho daban á entender los Portugueses, que aun despues de la muerte del Rey sobrevivia su jurisdiccion. Tratóse tambien de casar al Rey, á lo qual no se inclinaba aquel viejo todo cubierto de canas, y con un pie en el sepulcro, y todos estos esfuerzos los hacian los Portugueses para excluir del Reyno á Don Felipe. Concluidas las Cortes se vió mas enredado que aclarado el negocio de la sucesion; pues fluctuando entre el odio y el miedo, ni admitian al Rey Don Felipe, ni tampoco se atrevian á reprobar sus derechos. Pero éste entretanto solicitaba, prometia, y finalmente se valia de todos los medios para que se le declarase por sucesor al Reyno sin recurrir al estruendo de las armas; á cuyo fin nombró por sus Ministros á Cristobal de Moura, noble de Lisboa, á Guardiola, Vazquez y Molina, hombres de mucha providad y experiencia. No cesaba de enviar embaxadas á Don Enrique, manifestándole sus derechos, que habian sido exâminados escrupulosamente en Salamanca y otras partes. Persuadido por el carácter de los Portugueses de que no podria obtener cosa alguna sin las armas, procuró disponerlas con mucha diligencia, y habiendo mandado á los Gobernadores de Italia que en una armada bien equipada embarcasen el exército, que se componia de Españoles, Italianos y Alemanes, le distribuyó por las costas de Andalucía y otros parages, miéntras que llegaba la ocasion de ponerlo en movimiento. Y para que entretanto no turbasen los Otomanos la quietud de Italia ajustó treguas por dos años con Amurates, que tambien las deseaba por igual causa, pues habia declarado guerra á los Persas; estas treguas se prorogáron despues por mediacion de Juan Mariñan, noble Milanes, por otros tres años con utilidad de ambos Príncipes. En este año falleció Luis Camoes, esclarecido Poeta Portugues, y valeroso soldado. Hizo su primera campaña en Ceuta, donde perdió un ojo en un combate con

los Moros. Navegó despues á la India, á la extremidad del Oriente y á la China, habiendo tolerado muchos trabajos y peligros. Finalmente volvió á Portugal, y vivió poco tiempo en el celibato con una mediana fortuna. Los hombres doctos ilustráron sus Lusiadas con comentarios, distinguiéndose entre estos los de Faria de Sousa, que son no ménos prolixos que eruditos.

CAPITULO IV.

SALEN DE FLANDES LAS TROPAS EXTRANGERAS. ES DECLARADO GOBERNADOR EL PARMESANO. APODERASE CON LAS ARMAS DE ALGUNAS CIUDADES REBELDES. LLAMAN LOS ESTADOS AL DUQUE DE ALENZON; Y EL ARCHIDUQUE MATIAS SE RETIRA A ALEMANIA.

Por este tiempo se hallaba otra vez el Príncipe de Parma con el cuidado de despedir de Flandes la tropa extrangera, y pagarla sus sueldos. Comenzó por los Borgoñones que eran los mas obedientes, y despues fuéron enviados los Españoles y Italianos, no sin alguna dificultad á causa de su obstinacion, porque no se les satisfacian los estipendios devengados, á los quales se les pagó el resto en la Lombardia. Finalmente los Alemanes que eran en mayor número, apénas se les pudo aplacar con parte del dinero que se les dió de contado, y lo demas se les libró para que lo cobrasen en la feria de Francfort. De esta suerte fué sacada de Flandes
1580. la aborrecida tropa á fines de Marzo del año de mil quinientos y ochenta, y quedó sin fuerzas algunas, como si le hubieran cortado los nervios. En el distrito de Luxemburg se detuvo un cuerpo de Alemanes no sin daño de su territorio, el que habiendo sido llamado otra vez á los Reales, hizo despues heroicas

hazañas. Quedó en el campo la caballería Albanesa que mandaba Jorge Basta, Capitan veterano, y de experimentada fidelidad, y tambien algunos pocos Italianos, para que el exército no se hallara enteramente destituido de caballos. Despues de esto fué llamado el de Parma á Mons por repetidas instancias de los Grandes, y le recibiéron con pompa magnífica, y habiendo hecho el acostumbrado juramento fué declarado Gobernador de Flandes. Procuró completar las tropas con nuevas reclutas, á cuyos soldados llaman Walones los Historiadores. Inmediatamente introduxo su exército en el territorio de Cambray, y expugnó algunos pueblos. Consternado de su cercanía el Gobernador de la fortaleza de Cambray, envió á pedir socorro al Duque de Alenzon. Apoderóse este de la fortaleza, y el Gobernador fué arrojado de ella por los Franceses (en premio de haberla entregado) y tambien el Obispo Barlemont, y todos los demas que rehusaban jurar á Alenzon por Señor de la ciudad. Hiciéronse la guerra con mucha actividad los Walones y Brabanzones, y se causáron unos á otros recíprocos daños. Por astucia de Montigni fué tomada Courtray, ciudad noble, y antigua, asiento de los Centrones. No fué muy duradero el gozo de Nuan por haber obligado á Ninova á entregarse con Egmont y su hermano, que poco ántes se habia pasado al partido del Rey. Inmediatamente se resarció este daño, habiendo sido hecho prisionero en Anglomunster cerca del rio Mandra el mismo Nuan, y el Legado Marquet con muchos nobles por Roberto de Melun que mandaba la caballería, á quien el Rey habia condecorado con el título de Marques de Risbourg, el qual derrotó en batalla, y puso en fuga sus tropas. En uno de estos combates fué hecho prisionero, por engaño de los Franceses Noircarme, Gobernador de Sant Omer, que acabó su vida en prision, y fué hombre no ménos fuerte que fiel al Rey.

Para refrenar á los Franceses sitió Risbourg á Cambray, y tuvo con ellos algunos encuentros, que aunque no grandes, le fuéron favorables. Fué acusa-

do de traicion Hesio que se habia pasado al partido del Rey, por haber maquinado muchas cosas con el Duque de Alenzon contra su Príncipe, y no habiéndose purgado de este crímen, le degolláron en Quesnoy, sin sentimiento alguno de los Flamencos que le aborrecian por sus perversas costumbres. El de Parma adjudicó los bienes de éste á su hermana con mucha alabanza de la benignidad Real, que no sacaba ningun lucro para el fisco de la calamidad de sus súbditos. Hallábanse las cosas mas revueltas en los confines de la Frisia y Gueldres. Renneburg sostenia á Gronimga mas con el honor que con las fuerzas, despues que fué derrotado, y puesto en fuga el socorro que habia enviado con presteza el Parmesano. El Duque de Terranova, que se hallaba todavía en Colonia, ocurrió al peligro habiendo dado dinero á Martin Schench varon intrépido, y á otros Capitanes muy valerosos. Estos pues reclutáron prontamente algunas tropas, y juntando las de las guarniciones cercanas, y un esquadron de Albaneses enviado por el de Parma, marcháron al enemigo. Holach, que tenia sitiada la ciudad, ordenó sus tropas en batalla. Peleóse con el mayor esfuerzo, exhortando los Capitanes á los suyos con la voz y con su exemplo, y aunque al principio estuvo indecisa la victoria, se declaró al fin por los Realistas, habiendo sido muertos mil y quinientos de los enemigos con muchos Capitanes y algunos pocos prisioneros, y de los del Rey se refiere que solo muriéron cincuenta y dos. Aunque Holach se vió despojado de sus Reales, reparó sus tropas con grande ánimo para exponerlas otra vez al peligro; pero cayó entre las manos de Renneburg en el mes de Agosto, y peleó desgraciadamente: volvió de allí á poco tiempo á fin de borrar la ignominia de las dos pérdidas anteriores, y acometiéndole el mismo Renneburg con igual fortuna, fué derrotado en las lagunas de Bontanges. Gozoso Renneburg con tantas victorias emprendió con todo esfuerzo expugnar á Steinvic ciudad muy fortificada, valiéndose tambien de la

bala roxa que habia sido inventada poco ántes en la guerra de los Polacos contra los Moscovitas por Domingo Ridolfino natural de Camerte, hábil ingeniero. Tuvo freqüentes peleas con la guarnicion, que hizo algunas salidas, y con el Ingles Norris, que habia venido aceleradamente con tropas para socorrer á los sitiados, y tomó Renneburg algunos lugares fortificados; habiendo levantado el sitio de Steinvich no tanto por la fuerza de los enemigos, quanto por la obstinacion de sus soldados.

Entretanto el Rey Don Felipe habia hecho publicar en Flandes la proscripcion del Príncipe de Orange, irritado en extremo de haber padecido tantos agravios de un cliente á quien él y su padre el César habian levantado á las principales dignidades y puestos, que fué lo mismo que abrigar una serpiente en el seno. Mas para que no faltase quien executara la sentencia pronunciada contra él, le prometió al que matase á este malvado veinte y cinco mil escudos de premio, y la nobleza de su familia. Sus multiplicados delitos diéron causa á esta severidad. Habia adelantado tanto con los Estados confederados amonestando, y exhortando para que confiriesen á Alenzon el Principado de Flandes, y abjurasen al Rey Don Felipe, como que le habia arruinado, quebrantando sus leyes, que al fin venció por su importunidad sin respeto alguno al derecho divino ni humano. Los estados despojándose de todo pudor enviáron una embaxada al Duque de Alenzon, y Aldegunde que era el principal Ministro trató con el Frances acerca del Principado baxo de ciertas condiciones, disimulándolo el Rey Enrique su hermano. Llevó muy á mal el Archiduque Matías el precipitado consejo de los Estados, y se quejó en sus cartas de que le habian burlado indignamente. Pero habiéndole dado dinero de lo que robáron á las Iglesias para que pudiera mantenerse con decoro, dexó de quejarse, y dispuso su partida. Habia ya comenzado á debilitarse su autoridad, desde el punto que los Estados conociéron que no producia efecto al-

guno su astuto proyecto de introducir la discordia entre los dos Austriacos Aleman y Español, como lo esperaban, habiendo propuesto al primero un premio tan grande. El César Rodulfo, aunque se decia que codiciaba la Flandes, rehusaba implicarse en una guerra. Por tanto, no habiendo dado socorro alguno á su hermano Matías, y habiéndose purgado de toda sospecha para con el Rey Don Felipe, evitó la guerra, y se burló de los Estados. Finalmente hostigado Matías de aquellos hombres, renunció el título de Gobernador, y en el año siguiente se volvió á su hermano sin haber adquirido gloria alguna.

Por este tiempo afligió una gran calamidad á Malinas por la pertinacia de los ciudadanos en no recibir una guarnicion dentro de los muros; pues introducidos en ella los enemigos, no sin fraude de algunos traidores, segun corrió entónces la fama, tuviéron necesidad de pelear en las calles, corriendo al instante á las armas los ciudadanos que permanecian fieles. Luego que fué tomada la ciudad, fué entregada al saqueo del soldado por espacio de un mes, y se distinguió principalmente el furor de los Ingleses, que no perdonando ni aun las lápidas sepulcrales, las enviáron á Inglaterra con los demas despojos. De este modo la Flandes por su contumacia contra el Príncipe se veia hecha presa de diversas naciones. Habia llegado á Namur la Princesa Margarita de Parma, á quien confirió de nuevo el Rey Don Felipe el Gobierno de Flandes, pues asegurado en la alianza últimamente contraida, se ajustó que dentro de seis meses saldria de Flandes Alexandro Farnesio, y seria puesto en su lugar otro Príncipe de la sangre Real. Este proyecto fué obra del Cardenal de Granvela, así por otras causas, como porque la prudencia y mas suave carácter de aquella Señora experimentada, eran mas oportunos para gobernar á unos pueblos exâsperados con la guerra. Pero de tal modo habian comenzado los Grandes á amar á Alexandro, atrahidos por su valor y humanidad, que les pesaba muy de veras haber propuesto aquella

condicion. Por esto pues se anuló á peticion suya el decreto del nombramiento de Margarita, y fué confirmado Alexandro en el gobierno, habiéndole escrito el Rey cartas muy honoríficas. Sin embargo permanecia Don Felipe en su resolucion de que la madre gobernase los negocios civiles, y el hijo los militares. Pero no llegó á tener efecto alguno, porque Alexandro le hizo presente que esto seria perjudicial á la república, y causa de muchas discordias, no tanto por la emulacion entre él y su madre, quanto por la perversidad de los facciosos, que combatian entre sí mismos por sus opuestas pasiones. No obstante por voluntad del Rey permaneció Margarita en Namur por espacio de tres años, á fin de que no pareciese haber sido llamada en vano, y despues regresó á Italia.

El Pontífice y el Rey Don Felipe determináron enviar á los Cathólicos de Irlanda los socorros que les pedian para mantener la religion contra los Calvinistas que lo trastornaban todo. A este fin envió el Pontífice trescientos soldados mandados por un cierto Sebastian condecorado con el título de Marques de San Joseph, y á estos añadió el Rey Don Felipe otros seiscientos, y gran número de armas de que tenian necesidad, con víveres y dinero para la paga. Arribáron prósperamente á Irlanda en seis navíos, y edificáron el castillo de Smervich muy fortificado por el arte, y su situacion. Pero temeroso el Comandante de que en breve le sitiarian los enemigos, y para que no llegasen á faltarle los víveres, envió cerca de trescientos hombres á España en tres navíos. Habiendo recibido Grey Gobernador de la isla, socorros de Inglaterra, comenzó con grande esfuerzo á combatir la fortaleza por mar y por tierra, aunque con poco efecto. Pero San Joseph hombre cobarde, y mas deseoso de la vida que de la honra, se consternó extraordinariamente, y buscaba una guarida donde esconderse. Los Españoles y los Italianos endurecidos en la guerra, procuraban en vano animarle á la defensa, y al fin con detestable infamia entregó la fortaleza al Ingles baxo de ignominiosas condiciones, poniéndose

á salvo él y sus amigos. Habiendo entrado en ella los Calvinistas á fines del año, pasáron á cuchillo la guarnicion excepto algunos pocos, y de este modo pereciéron tantos hombres valerosos por la cobardía y perfidia de uno solo, y se desvaneciéron como el humo las grandes esperanzas, que se habian concebido de aquella expedicion.

CAPITULO V.

MUERTE DEL REY DON ENRIQUE DE PORTUGAL. DISCORDIAS SOBRE LA ELECCION DE SUCESOR Y GUERRA QUE HACE DON FELIPE PARA DEFENDER SUS DERECHOS.

El Rey Don Enrique de Portugal se hallaba agitado de muchos cuidados; pero tanto ménos adelantaba el negocio de la sucesion quanto mas lo promovia. Tambien habia declarado su accion á Antonio Prior de Ocrato, contra quien se mostró ántes tan implacable en observancia de las leyes que excluyen de la corona á los espurios, y habia convocado Cortes en Almeirin para que en ellas se eligiese por los votos de los estados el sucesor legítimo. Esto fué lo mismo que encender mas vivamente los ánimos inquietos con opuestas pasiones, dando potestad para deliberar á los que no tenian derecho alguno para ello. Aunque se trasladó á Almeirin no pudo asistir á las Cortes por su débil salud; mas á fin de evitar enteramente los males que preveia se originarian de la discordia, envió personas que diesen á entender á los vocales que seria muy conveniente conferir el reyno á Don Felipe de buena voluntad, para evitar los males de la guerra, y atender al bien del Estado. Abrazáron tan saludable consejo, muchos Obispos y Grandes del reyno, que guiados de la razon se inclinaban al Rey Don Felipe. Pero el Estado general que tenia grande afecto á Antonio, al paso que los buenos favorecian al Rey Don Felipe, clamaban mas furiosamente que la corona de

Portugal no se conferiria á ninguno por derecho de sangre; y por tanto queria que el Rey mandase que el pueblo usase del derecho que le pertenecia, y que se eligiese por votos. Temeroso Don Enrique de la insolencia de estos hombres, y no obstante las reclamaciones de los Embaxadores del Rey Don Felipe, les concedió para contentarlos el término de dos dias, dándoles potestad para que alegasen las razones por donde constaba pertenecer al pueblo el derecho de elegir Rey. Gozosos los plebeyos con esta condescendencia, y como si ya hubiesen vencido el pleyto, vociferaban públicamente que darian el reyno á otro qualquiera ántes que al Castellano. Juntáronse á ellos algunos de la nobleza, y muchos eclesiásticos con Don Juan de Portugal, Obispo de Idaña. Entretanto que para sostener su derecho hacian los plebeyos extraordinarios movimientos, Don Enrique que ni tenia fuerzas, ni ánimo para tolerar tanto peso, falleció á los sesenta y nueve años de edad, en el mismo dia en que nació que fué en treinta y uno de Enero, habiendo reynado diez y siete meses. En él acabó la línea masculina de los Reyes de Portugal, que descendia del Conde Enrique. Su cuerpo fué sepultado con regia pompa en la Iglesia del Monasterio de Belen.

Los Gobernadores comenzáron á mandar con ménos concordia de la que convenia, y los Embaxadores pedian con mucho esfuerzo, que confiriesen el reyno á Don Felipe, á quien la prerrogativa de su nacimiento daba la preferencia sobre los demas, sobre cuyo punto escribiéron con grande empeño los Portugueses y los Extrangeros. Tres de los Gobernadores Mascareñas, Saa, y Sousa, favorecian al Rey Don Felipe: el Arzobispo de Lisboa parecia que se mantenia neutral: y Tello que hasta ahora no se habia manifestado adicto á ninguno, se declaró por el partido de la plebe. De la discordia nació la dilacion; á esto se juntaba la dulzura de mandar, ni tampoco les faltaban otras causas, como eran la de exâminar los peritos los respectivos derechos, y la de convocar nuevas cortes. Instaban sin embargo los Embaxa-

dores Castellanos, persuadiendo, exhortando, y prometiendo no solo á todos juntos, sino á cada uno en particular, y además de la justicia de la causa, ostentaban la benignidad del Príncipe, y les proponian las condiciones con que se habian convenido entre ambos Reyes con grande utilidad de la nacion. Pero todo era en Portugal confusion y trastorno, y todo se dirigia por impulso de la multitud, que quanto ménos comprehende la dificultad de las cosas, tanto mayor es su insolencia en revolver y perturbar la república. Sostenido Antonio por esta turba de hombres, solicitaba el reyno con derecho, ó sin él, estando resuelto á invadirle si no se le daban. Parecia que los Gobernadores tenian el lobo á las orejas, y no trataban cosa alguna de comun acuerdo, desconfiando recíprocamente los unos de los otros. Mas para dar alguna señal del mando, é imperio que tenian, enviáron ciertos hombres á las provincias, para que velasen contra los esfuerzos de los enemigos, no habiéndoles entregado exército alguno, ni dinero para la paga de las nuevas reclutas. Los socorros extrangeros en que tenian grande esperanza, no parecian por ninguna parte. Finalmente ardiendo todos en deseo de guerra, les faltaba lo necesario para hacerla. Por el contrario el Rey Don Felipe tenia prevenidas armas, exército, víveres, dinero y armada, y solo se echaba ménos un General, porque aun no habia nombrado ninguno. La vigorosa vejez del Duque de Alba era justamente preferida á todos, y habia mucha esperanza de que con el valor y prudencia de este hombre célebre, se conseguiria facilmente el intento. Habiéndole pues sacado el Rey de la cárcel en que le tenia preso, á causa de las bodas del primogénito, el qual para contraerlas habia quebrantado por consejo de su padre la custodia en que se hallaba, contraviniendo á una órden expresa del Rey, le nombró Generalísimo, y le mando marchar inmediatamente al campo, sin haberle dado permiso para venir á saludarle. Tanta era la confianza que el Rey tenia de su lealtad.

Dispuestas que fuéron todas las cosas, pasó á Guadalupe siguiéndole la Reyna, y allí mandó celebrar las exêquias del Rey Don Enrique. Llegáron de Portugal los Embaxadores Gaspar Casal, Obispo de Coimbra, y Manuel de Melo, suplicándole que se abstuviese de usar de la fuerza de las armas, hasta que los Jueces electos decidiesen del reyno, á los quales el Rey les respondió: „que él daba leyes y „no las recibia, y que no se sujetaba al juicio de „ninguno; que procurasen recibirle pacificamente, „pues queria alcanzar el reyno mas por la equidad, „que por la sangre, y mas por la justicia, que por „las armas, y que no pensasen que lo recibia de su „mano, sino de la de Dios todo poderoso, y por su „propio derecho: que no tenia prevenido el exército „para hacerles ninguna injuria, sino para rechazarla „en caso que para su propia ruina deseasen venir á „las manos. Finalmente que considerasen, que los „que se entregan son tratados con mas suave impe„rio, que los que son conquistados y obligados con „las armas á hacerlo." Partióse de allí despues de haber cumplido sus promesas, y no dió otra respuesta á los Embaxadores, aunque en el camino volviéron á instarle, ántes bien escribió cartas á los Magistrados, exhortándoles á que desistiendo de su contumacia, mirasen por sí á tiempo oportuno.

En Lisboa tomó á su cargo la defensa de la ciudad Tello que era enteramente adicto al partido del pueblo; y lo primero que hizo fué exîgir por fuerza cien mil ducados á los comerciantes para los gastos de la guerra, y recoger otras sumas de varias partes; y entretanto no dexaba de exhortar al pueblo á la defensa de la comun patria, y se dedicaba con mucho conato en reclutar tropas, y en proveer y guarnecer las fortalezas. Por otra parte Antonio Prior de Ocrato, que tenia tanta esperanza de alcanzar el reyno, no se olvidaba de sí mismo. Visitaba, rogaba, prometia, y hacia todo lo demas que acostumbran los ambiciosos, y en lo mismo se ocupaban los nobles que seguian su fortuna. Era de admirar el afecto que

le tenia la plebe, inclinada siempre á lo peor. Pero no le quedaba apoyo alguno en los Gobernadores, cuyos ánimos se manifestaban ya inclinados á Don Felipe, aunque no se atrevian á declararle el reyno, por temor de que la multitud consternada no acudiese á las armas. Deseaban salir de Almeirin; pero no les era posible hacerlo contra la voluntad del pueblo. Finalmente habiéndose valido de una ocasion que se les presentó, se pasáron á Setubal, villa marítima, y fortificada, para poderse poner á salvo en la armada del Rey en caso necesario. Algunos se inclinaban al Duque de Berganza; pero con muy poca esperanza, por lo qual aguardaba con tranquilidad la decision de los Jueces para tomar despues sus medidas.

En este estado llegó al fin el Rey Don Felipe á Badajoz en el mes de Mayo: inmediatamente hizo revista del exército, que se componia de tres mil Españoles veteranos; siete mil de nueva recluta; quatro mil y quinientos Italianos, mandados por Pedro de Medicis hermano del Gran Duque de Toscana, y tres mil Alemanes que conducia su General Gerónimo Conde de Londronio. Confirió el Duque de Alba á Don Fernando su hijo el mando de mil y quinientos caballos: nombró Maestre de Campo á Don Sancho Davila, y á Don Francisco de Alaba Comandante de la artillería. Seguian el exército un gran número de carros, y bestias de carga con los víveres, y municiones de guerra, y marchaban delante los peones para limpiar y reparar los caminos. Dispuestas ya enteramente las cosas, y viendo el Rey Don Felipe que cada dia se implicaba mas y mas aquel negocio, y que no habia ningun indicio de que los Portugueses desistiesen de su obstinacion, envió con el exército al Duque de Alba, y desató ó cortó aquel nudo Gordiano. Yelves y Olivenza se entregáron á Pedro de Medicis, que se adelantó con las guardias del Rey. De esta suerte todo se hacia facil al Rey Don Felipe, pues todos los pueblos estaban descuidados, como acontece siempre en un reyno que en mucho tiempo no ha tenido guerra. Pareció conveniente dexar

por entónces á Evora porque se hallaba tocada de la peste, que se habia extendido en algunos lugares.

CAPITULO VI.

ANTONIO PRIOR DE OCRATO ES PROCLAMADO POR REY DE PORTUGAL. ENTRA EL DUQUE DE ALBA, Y RINDENSELE ALGUNAS CIUDADES.

Entretanto habia venido Antonio á Santaren, acompañado de sus amigos, á fin de señalar sitio para levantar una fortaleza. Esta fué la causa que se pretextaba de su venida, pero la verdadera era dar principio á su reynado, apoyado en el amor de sus habitantes. Fué recibido con increible aplauso y regocijo por la multitud, que habia salido á esperarle fuera de las puertas. Allí pues un zapatero que se hallaba sobornado para ello, levantando un pañuelo en la punta de una pica, lo tremoló como una bandera, y en alta voz proclamó á Antonio Rey de Portugal. Siguióle inmediatamente toda la descompuesta multitud, y le saludó por su Rey con tantas demostraciones de alegría que jamas se habia visto en Portugal cosa semejante. Despues de esto, rompiendo apresuradamente las puertas de la casa de Ayuntamiento, introduxéron en ella al nuevo Rey imaginario y de farsa, y juráron en su nombre. Concluida esta comedia, se puso en camino para Lisboa, siguiéndole la multitud desenfrenada. Recibióle el pueblo con extraordinario aplauso en la puerta de Moreyra, y le saludó Rey con igual júbilo que en Santaren. Fué conducido en derechura al Palacio, donde le juráron solemnemente, y enarbolando las banderas en las ventanas, le aclamáron con infinitos vivas. Los Magistrados aunque aborrecian esta monstruosa catástrofe, no se opusiéron á ella, porque á unos les faltaban las fuerzas, y á otros la voluntad. Siguiéron este exemplo otras ciudades y muchos Gobernadores de las fortalezas. El

Duque de Berganza ni se unia á Antonio, ni á Don Felipe, y habiéndose retirado á sus Estados, escribió cartas al Rey Don Felipe, vendiéndole su derecho al reyno y su auxîlio; los que aquel desechó con generoso ánimo, respondiéndole que á él y á su esposa Catalina, como parienta suya, los trataria con todo género de beneficencia. No pudo Antonio atraer á su partido á los Gobernadores, aunque les envió á Francisco Conde de Vimioso, por lo qual intentó reducirlos por fuerza, juntando á este fin en los campos una gran multitud de gente armada; pero ellos habiéndose embarcado en un navío con muchos nobles, se huyéron á Ayamonte, pueblo situado en el parage donde desemboca en el mar el rio Guadiana. Desde allí volviéron á Castro Marin dentro de los confines de Portugal, y declaráron á Don Felipe por su Rey verdadero, y legítimo por derecho hereditario, y á Antonio por espurio, enemigo de la patria, traidor, y rebelde. El Arzobispo de Lisboa asegurado por su dignidad, no se movió de la Capital; pero se puso en salvo Tello que se habia hecho odioso á ambas partes. Los Embaxadores del Rey Don Felipe se escapáron cada uno por donde pudo (habiendo ántes regresado á Castilla el Duque de Osuna), y llegáron á Badajoz no sin peligro de la vida por el odio de la plebe.

Entretanto los de Setubal habian recibido á Antonio con pompa regia y admirable afecto; y aunque sus amigos le exhortaban á que hiciese la guerra léjos de la Capital, no quiso darles oidos, y se volvió desde allí á Lisboa confiado en sus tropas y riquezas, y en la buena voluntad que le tenian los ciudadanos. Comenzó luego á juntar dinero, que es el principal nervio de la guerra; los hombres mas opulentos eran oprimidos con calumnias, y despojados de sus riquezas: robó el dinero del público, y de los particulares: el oro y la plata se sacaba de los lugares mas escondidos, y se fabricó moneda de extraordinario peso con el nombre de Antonio. Tambien se apoderó de las alhajas Reales, y no se abstuvo ni aun de las sagradas. Hizo repartir armas indistintamente

á buenos y malos, esclavos y libres, sin excluir á los negros, y los Frayles discolos abandonaban sus conventos, y se presentaban armados y á caballo, con escandaloso exemplo. Tal era el insano furor que habia cundido por todas partes.

Por el contrario el Rey Don Felipe dirigia todas sus cosas con la mayor prudencia y circunspeccion. Mandó á los Grandes de los dominios confinantes que armasen á sus súbditos para cuidar por todas las cercanias, que no se introduxesen víveres algunos en Portugal, ni de allí se permitia salir á nadie sin ser registrado. Mientras tanto que los Portugueses se hallaban sitiados por todas partes, entró el Duque de Alba en lo interior del Reyno, y los pueblos y fortalezas se le entregaban inmediatamente. La guarnicion de Setubal se resistió al principio, y se ostentó armada en las murallas. Pero como no hay gente que mas pronto se acobarde, que la que defiende una mala causa, luego que viéron dirigirse contra la villa quatro cañones se llenáron de terror, y hiciéron la señal de la entrega. El Duque de Alba trató bien á los habitantes, habiendo refrenado el militar desenfreno, y se contentó con el suplicio de algunos pocos. Entretanto el Marques de Santa Cruz salió del puerto de Santa Maria con una armada de sesenta galeras, treinta navíos grandes y algunos pequeños, y habiéndose apoderado de varios pueblos, llegó á Setubal á tiempo que el Duque de Alba combatia la fortaleza. Aterrado Mendo de Mota, su Gobernador, con la duplicada fuerza que le invadia, se apresuró á hacer la entrega, habiendo capitulado la libertad de todos sus bienes. Tomáronse tres navíos en el puerto, que habian sido enviados para el socorro de la fortaleza. Desde allí se embarcó el exército en las naves y algunos pocos caballos, y navegó á Cascaes, donde con ardid y esfuerzo, ó mas bien con feliz temeridad, venció la aspereza del sitio y la superioridad de fuerzas del enemigo, amenazando á una parte y acometiendo á otra; y inmediatamente se hizo dueño de Cascaes, abandonada de sus habitantes. Habiéndose puesto en

fuga el exército enemigo, que mandaba Diego de Meneses, se encerró éste en la fortaleza con veinte compañeros, y á la verdad con muy mal consejo, pues dirigiendo contra ella el Duque de Alba su artillería para expugnarla, de tal modo aterró á los que se habian encerrado en ella, que como no pudiesen obtener condicion alguna de aquel hombre severo, aunque hiciéron la señal de la entrega, abriéron las puertas para vivir ó perecer al arbitrio del vencedor. Meneses, que fué hecho prisionero á la entrada de la noche, fué degollado al dia siguiente, y ahorcado el Gobernador de la fortaleza con dos compañeros, y los demas destinados al remo en las galeras, para que aprendiesen los Portugueses la maldad que cometian en tomar las armas contra su legítimo Príncipe. Despues de este suceso, mandó transportar á Setubal la restante caballería y equipages, víveres y municiones.

Quedó muy consternada Lisboa con la noticia de haber sido tomada la fortaleza, y sin embargo no sabian qué hacer aquellos hombres plebeyos é ignorantes, pues toda la fuerza y valor no pasaba de la lengua. Antonio falto de consejo, no se determinaba á cosa alguna; pero animado por las exhortaciones de muchos, resolvió finalmente salir al encuentro al Duque de Alba para tentar la fortuna de las armas. Mandó sentar el campo en un parage oportuno entre Belen y la ciudad, en el qual encerró á la multitud armada, sin querer dar oidos al Magistrado de Lisboa, que le persuadia la entrega. Quedóse él en Alcántara en un lugar alto, desde donde vió el estrago del Castillo de San Julian, el mas fortificado de todos, al que acometió Alba; pero de ningun modo se movió de allí Antonio para socorrer á los que peligraban. El Gobernador de esta fortaleza Tristan Vaz, vencido mas con las promesas, que con la fuerza, vino al campo del Duque de Alba, y se apresuró á hacer la entrega por medio de una mugercilla. Desde allí marchó á Caboseco, isla fortificada en la embocadura del rio Tajo, y hallándola desierta por la fuga de su guarnicion, se apoderó de ella. Para entrar

en el puerto con la armada, le servia de estorbo la fortaleza de Belen, y los navíos fondeados en medio del rio, y guarnecidos de cañones. Determinó, pues, combatirla acercando contra ella su artillería, y entretanto hubo con el enemigo algunas peleas favorables á los Castellanos. Lo primero que hizo fué ahuyentar los navíos con algunas descargas, y destituido de este apoyo, y aterrado el Alcayde con la continua batería, apresuró la entrega para librarse del peligro, y á la verdad no hubiera evitado la muerte, si no hubiese intercedido por él Antonio de Leyva, á quien estimaba mucho el Duque de Alba. El que defendia la antigua torre en la ribera opuesta, la evacuó intimidado de las amenazas del General.

Por este tiempo llegó hasta Badajoz el Cardenal Alexandro Riario, á quien enviaba el Papa para apaciguar el tumulto de las armas, porque deseaba que el Rey disputase con razones su derecho, y no con la espada, y que no se encarnizasen los Católicos unos contra otros. Pero ya llegó tarde, y casi concluida la guerra, y se discurrió mucho sobre su venida. Mas habiéndole detenido con arte el Rey Don Felipe, á fin de que no penetrase en Portugal, se volvió sin haber hecho cosa alguna, sea qual fuere el intento de su embaxada.

Pero volviendo á Antonio, tenia éste á la otra parte de Alcántara (rio que toma su nombre de un puente) diez y seis mil hombres cobardes sin disciplina alguna, ni acostumbrados á obedecer; dignas tropas de semejante General, que no sabia suficientemente disponer el exército en órden de batalla, ni colocar los socorros en lugares oportunos; y no obstante publicaba que iba con ánimo resuelto á vencer ó morir, aunque quando llegó el caso, no hizo lo uno ni lo otro. El Duque de Alba, habiendo registrado desde cerca el campo, aproxîmó sus tropas, mediando solo entre unas y otras el rio. Luego que dió todas sus órdenes, se sentó en una silla puesta en un lugar alto, para dar desde allí la señal de la batalla. Molestaba Alba con la artillería el campo enemigo con mas ter-

ror que daño, quando se encendió la pelea en el puente donde Antonio habia colocado á los mas atrevidos, y con su valor fuéron rechazados los Italianos. Pero animados con la llegada de Colona, renováron el ímpetu, y deshiciéron y derribáron los parapetos que halláron delante. Miéntras tanto Dábila y Don Fernando de Toledo enviáron los esquadrones de caballería, que causáron grande espanto en los enemigos. A este tiempo corrió la voz de que habia sido tomado el puente, y infundió tanto terror en los ánimos de los enemigos, que con precipitada y cobarde fuga caian los unos sobre los otros. Acometiéron por la puerta los Italianos y Alemanes armados de picas, y derribáron á todos los que se les ponian delante, de tal modo que mas parecia carnicería que pelea. Mezclado Antonio en la turba de los que huian, llegó á la ciudad con sus principales amigos, y al tiempo de entrar en ella, recibió una herida en la cabeza por el tropel de las armas. Inmediatamente mandó echar de la carcel á los presos, y se escapó por otra parte acompañado de algunos pocos. El Duque de Alba, viendo el feliz suceso de los suyos, dió la señal á la armada, y acometiendo ésta á la enemiga, se apoderó de ella con poco trabajo. El principal cuidado del Duque de Alba era, que no padeciese daño ni detrimento alguno la ciudad, lo que le habia encargado el Rey con mucho encarecimiento. Por esta causa se habia adelantado Don Fernando á la puerta con la caballería, y habiéndose valido de la estratagema de fingir que temia emboscadas, impidió al soldado el saqueo; pero la licencia militar se derramó en las casas de campo, que son muchas y muy opulentas, y en los arrabales que parecen ciudades; lo que ciertamente no pudo evitarse, ó no puso mucho cuidado en evitarlo el Duque de Alba, como indulgente con la tropa. Así corrió la voz, y Escobar que se halló presente, afirma que duró el saqueo por espacio de tres dias. Ni las tropas de marina despues del saqueo de la armada se abstuviéron de los edificios situados á las márgenes del rio. No obstante conserváron inviolable el res-

peto á las iglesias y monasterios donde se hallaban custodiadas las alhajas sagradas. Acaeció esta batalla el dia veinte y cinco de Agosto, y los historiadores convienen en que no fué muy reñida. De los enemigos muriéron poco mas de seiscientos, y casi ciento de los vencedores. Afirmaban algunos que Antonio podia haber sido hecho prisionero en la fuga, si los caballos le hubieran seguido con mas diligencia, y echaban la culpa al Duque de Alba, porque deseaba conservar el mando y prolongar la guerra. Otros lo negaban, y refutaban esta calumnia con poderosas razones sacadas de la militar disciplina. Tanta es la malignidad de los hombres, que disputan entre sí sin respeto alguno de la fama agena ni del bien público. Habiendo salido el Magistrado fuera de las puertas de la ciudad, presentó al de Alba las llaves en señal de la entrega, y fué recibido por él con muchas demostraciones de honor. De allí á dos dias llegó la armada de Indias con quatro millones, sin haber tenido noticia alguna de lo que habia pasado. Viperano en su libro *De obtenta Portugalia*, afirma que habia sido conducida á Lisboa por Don Alonso de Bazan, que salió al encuentro de ella con sus navíos, lo que me parece mas verosímil. Entró en el tesoro Real la parte que le tocaba; y todo lo demas se entregó á los comerciantes á quienes pertenecia.

Encargóse á Davila el cuidado de perseguir á Antonio, el qual habiendo abandonado á Coimbra, se encaminó á Aveyro. Los habitantes no quisiéron recibirle, y intentó en vano tomar la villa por asalto; pero habiendo sido recibido dentro de sus muros por la traicion de algunos, descargó su ira con muertes y robos. Desde allí se escapó, luego que tuvo noticia de que le seguia el enemigo, y llegando á Oporto (que los antiguos llamáron Cale) fué recibido con mucho obsequio, habiéndose puesto en fuga los que aborrecian su nombre. Aumentadas las fuerzas de Davila con las tropas de socorro que le habia traido Don Diego de Córdova, se acercó á las riberas del Duero; en cuyo paso sobresalió mucho el pronto ingenio y audacia de

este varon fortísimo. Causaba terror la anchura del rio y su mucha rapidez; faltábanle barcos para la travesía, y toda la ribera opuesta la ocupaba el enemigo con hombres y caballos. Pero habiéndole tomado Dávila algunas barcas, se burló de él, y paso á la otra parte. Atónitos los Portugueses con el terror, y despues de haber perecido algunos de los suyos, se pusiéron en fuga. Antonio fué de los primeros, pues luego que recibió el tesoro que habia depositado en aquella ciudad, se huyó con su comitiva á Viana. Entretanto Davila, habiendo rechazado del rio á los enemigos, acercó mas sus tropas á la ciudad. Al principio procuráron alejarlas de Oporto con su artillería; pero sucediendo á esto la reflexîon, y ablandados con las palabras de Davila, desistiéron de su pertinacia, y se sujetáron al imperio del Rey Don Felipe. Desde allí envió la caballería para perseguir á Antonio, pero se cansáron mucho tiempo en vano, porque casi todo el pueblo estaba de su parte, y él iba mudando de guaridas, y se disfrazó para no ser conocido.

Despues de la victoria entró el Duque de Alba en Lisboa, y á su instancia, y no pudiendo el Rey asistir porque se hallaba gravemente enfermo, hiciéron los Magistrados el juramento de fidelidad. El mayor cuidado que ahora le inquietaba era el recíproco odio de las dos naciones, porque los Castellanos y Portugueses se insultaban furiosamente de palabra, de lo que á cada paso se originaban pendencias y riñas, que solo podian cortarse con la severidad. Pero el Rey le habia prohibido encarnizarse contra los Portugueses, deseoso de conciliar su afecto con la blandura y suavidad. Esto hizo mucho mas arrogantes á los Portugueses, y no se abstenian de provocar con todo género de injurias á los Castellanos, á quienes se les mandó estrechamente que las tolerasen con paciencia. Mas como irritados de sus agravios, acudiesen algunas veces á las armas; para que no viniesen á parar en un declarado tumulto, mandó el Duque reparar la fortaleza antigua, situada en un collado, y metió en ella

á la tropa con la artillería y demas instrumentos de guerra. Miéntras tanto convaleció el Rey Don Felipe por la divina misericordia ; pero apénas habia salido de su enfermedad, cayó en otra grave pesadumbre, que le originó la temprana muerte de la Reyna, que falleció de una calentura el dia veinte y siete de Octubre con mucho sentimiento de todos. De este modo templa Dios las cosas de los mortales mezclando las alegres con las tristes. Cuidó el Duque de Osuna de llevar su cuerpo al Escorial por mandado del Rey, y concluida esta comision fué nombrado Virrey de Nápoles en premio de los servicios que habia hecho en Portugal. Dispuso Don Felipe que se restituyesen á Madrid sus hijas y el Príncipe heredero Don Diego, acompañados del Obispo de Córdova y de Don Francisco Zapata, su Mayordomo mayor. Doña Maria, que era recien nacida, no vivió mucho tiempo, y habiendo arreglado todos sus negocios con la brevedad posible, llegó á Yelves el dia cinco de Diciembre, y fue recibido con regia magnificencia, y con mucha alegría y aplauso del pueblo. El Duque de Berganza acudió luego á saludarle, y le recibió el Rey su pariente con mucha esplendidez y humanidad. Visitó despues á Doña Catalina su prima, y convocó las Cortes del reyno en Tomar para el año siguiente.

CAPITULO VII.

EXCURSIONES DE LOS PIRATAS EN LA AMERICA. VIAGE DE PEDRO SARMIENTO AL ESTRECHO DE MAGALLANES, Y SUCESOS DE LOS PORTUGUESES EN LA INDIA.

En los años anteriores se habian erigido nuevas Sillas Episcopales á peticion del Rey Don Felipe, cuya piedad se desvelaba tanto por el bien de sus súbditos. De la diócesi de Segorbe se desmembró la de Albarracin en el reyno de Aragon. Habia sido tras-

ladado oportunamente desde Segorbe á Salamanca Don Francisco de Soto, que encargado en su viage de hacer la pesquisa contra la perversa secta de los Iluminados, de que hicimos mencion arriba, acabó su vida miéntras se ocupaba en esta comision. Casi al mismo tiempo fué separada tambien de la Silla de Zaragoza la de Teruel, ciudad bastante populosa. Los primeros Obispos electos para ella no tomáron posesion de esta Iglesia. Don Juan de Trillo falleció ántes de llegar, y Don Juan de Artieda fué trasladado de Teruel á Jaca por justas causas. Sucedió á aquel Don Martin de Salvatierra, y á éste Don Andres de los Santos. A Soto sucedió en la de Segorbe Don Francisco Sanchez, Valenciano, natural de Morella, varon doctísimo, el qual no cumplió un año entero, habiendo fallecido en el anterior de setenta y nueve, y fué electo en su lugar Don Gil Lori, Catalan. A fines de este año falleció Gerónimo Ossorio, Obispo de Silves en Portugal, que habia adquirido gran fama por su eloqüencia. Tambien murió Gerónimo Zurita, natural de Zaragoza; sus escritos, que son muchos además de los Anales, han merecido tanto aprecio de los nacionales y extrangeros, que me parece ocioso añadir cosa alguna á sus elogios. Sucediole en el empleo de Chronista de Aragon Gerónimo Blancas, elogiado por Don Antonio Agustin en una elegante carta. En el Arzobispado de Burgos sucedió á Mendoza Don Francisco Pacheco, y por su muerte fué electo Don Christoval Vela Obispo de Canarias. El año siguiente sucedió á Don Christobal Roxo, Arzobispo de Sevilla, el Cardenal Don Rodrigo de Castro, Obispo de Cuenca. Promovido Harnedo de la Diócesis de Mallorca y Menorca á la de Huesca, su pátria, tuvo por sucesor á Don Juan de Vich, Valenciano. Cinco años despues falleció el dia nueve de Enero Don Fernando, Arzobispo de Zaragoza, hijo de Don Alonso, que gobernó lo espiritual y temporal con grande equidad y prudencia, y con admirable opinion de santidad. Erigió muchas iglesias y monasterios, fue muy liberal con los pobres y miserables, y benéfico para

con todos. Mandó sepultarse en la capilla de San Bernardo de la Catedral que en mucha parte habia edificado á su costa. Fué electo en su lugar Don Bernardo de Fresneda, Obispo de Cuenca, y por muerte de este Don Andres de los Santos trasladado de Teruel, en cuya Diócesis le sucedió Don Diego Ximenez. El mismo año en que falleció Don Fernando de Aragon, murió tambien Don Pedro Guerrero Arzobispo de Granada, ilustre por su santidad y doctrina, y tuvo por sucesor á Don Juan de Mendoza.

Acaeció al mismo tiempo la dichosa muerte de Pedro Navarro, natural de Madrid, martirizado con cruelísimos suplicios por los Moros de Marruecos, por la constancia con que predicaba la religion christiana. Refiérense de él cosas admirables, pues habiéndole cortado la lengua hablaba tan clara y distintamente como si la tuviese íntegra, dando gracias á Dios de que le habia hecho partícipe del martirio. Enclaváronle despues de pies y manos; pero porque en este suplicio no cesaba de confesar á Christo, y detestar la perfidia Mahometana en que él habia caido, le metiéron los Moros por la frente un clavo muy grueso. Quitáronle de la cruz, y viendo que aun estaba vivo, le enclaváron por la garganta, y vencedor de tantos suplicios voló á la eterna bienaventuranza. Su cuerpo fué entregado á los christianos á solicitud del Embaxador Don Pedro Venegas, y sepultado en la capilla de la Vírgen donde se celebraban los oficios divinos. Su túnica mojada en sangre, la dividió como reliquia entre los christianos que se hallaban presentes el P. Fr. Ignacio del Orden de la Santísima Trinidad.

En América se hallaba todo tranquilo á excepcion de algunas leves peleas con los confinantes, las quales mas exercitaban que fatigaban á los Españoles. Hiciéron algunos daños los Piratas mandados por su Capitan Francisco Drake. Este pues habiéndose hecho á la vela el año anterior en el puerto de Plimouth corria con quatro navíos las costas del Africa robando todo quanto encontraba. Un prisio-

nero Portugues, piloto muy práctico, le conduxo á la extremidad de la América Meridional, y la fuerza de las tempestades le obligó á detenerse y invernar en la bahía de San Julian. Habitan aquella region en extremo fria unas gentes fieras, é incultas que carecen de todo, y es tan estéril el terreno de leña y madera, que se viéron obligados á hacer pedazos un navío para mantener el fuego. Algunos de los marineros pereciéron atravesados con las flechas de los bárbaros. Luego que estuvo el mar tranquilo introduxo las naves en el estrecho de Magallanes, y desde él salió al mar del Sur, donde agitado por una horrible tempestad que duró quarenta dias, perdió dos naves, porque la vicecapitana volviendo á entrar en el estrecho, se retiró á Inglaterra, y la otra fué sumergida en las olas con toda su gente. Recorrió despues las costas de Chile y del Perú, y robó algunos navíos que se hallaban fondeados en el puerto del Callao, admirándose los Españoles de una audacia tan extraordinaria. Dirigióse desde allí á las costas de Panamá, y de la Nueva España donde hizo opulentas presas, y navegó hasta los quarenta y cinco grados del Septentrion entre tormentas y borrascas, no habiendo encontrado el estrecho que buscaba, pero descubrió algunas islas del todo desconocidas, y á la mayor de ellas la llamó Albion por el nombre de su patria. Peleó felizmente en las islas de los Ladrones con sus habitantes medio fieras, y mató á veinte de ellos. Arribó á la isla de Ternate, donde recogió alguna especería, y despues de haber reconocido la de Java, á los dos meses y medio de continua navegacion, llegó al Cabo de Buenaesperanza. Todos los suyos se halláron á pique de perecer de sed ántes que llegasen á Sierraleona (que los Geógrafos creen ser la que Ptolomeo llama el carro de los Dioses). Despues de haber hecho allí agua y leña, y sin haber dexado de navegar arribó finalmente á Plimouth de donde habia salido, habiendo sobrevivido únicamente la quarta parte de la tripulacion.

Don Francisco de Toledo, que sucedió á Castro en el Virreynato del Perú, halló todas las cosas en mucho abandono y descuido, y no pudiendo evitar el daño recibido, procuró á lo ménos vengarle, habiendo despachado del puerto dos navíos. Sin embargo no hiciéron cosa alguna, ó por la ignorancia ó por la cobardía de los soldados, y á fin de impedir que volviesen los Piratas, intentó cerrar el estrecho, habiendo enviado con otros dos navíos á Pedro de Sarmiento hombre diligente y activo con Pablo Corso Comandante de los Pilotos, para que no quedasen sin castigo los Piratas de haber intentado invadir el mar del Sur. Llegáron en treinta dias de continua navegacion á la embocadura del estrecho; pero habiendo sido arrojada de él una de las naves por la fuerza de las tormentas, se volvió al Callao de donde habia salido. La otra en que iban embarcados Sarmiento y Corso entró despues de mucho trabajo en el estrecho, cuya boca tiene sesenta millas. Sus costas llenas de ensenadas entre horribles escollos se estrechan en quatro partes, hasta que solo llega á distar una de otra poco mas de tres millas. Desde el Oriente al Poniente tiene de largo quarenta y quatro millas no rectas, sino con playas tan torcidas ácia el Mediodia que á los que lo miran de léjos parece tierra y no mar. Su mayor anchura no excede de cincuenta millas, y se dice que está en el grado cincuenta y uno de latitud austral; y en su medio se juntan infinitas aguas con arregladas crecientes que suben á siete varas de altura. En el reflujo son tan violentas las corrientes que se burlan de los vientos y de los navíos á vela llena, y para que su ímpetu no los arrebate se amarran á lo ménos con tres áncoras. Habiéndolo reconocido todo con gran diligencia, y apoderádose de algunos de los bárbaros, que viven en aquellas inhabitables costas, se volviéron á España como les habia mandado el Virrey Toledo con próspera navegacion siendo los primeros que atravesáron el estrecho de Magallanes con la proa vuelta á nuestro emisferio. Su intento

era el cerrar el mar á los enemigos levantando castillos de una y otra parte en lo mas angosto del canal, y que se transportasen á España las riquezas de la América Meridional por el estrecho, y no por el Istmo de Panamá; pero de esto hablarémos en lugar competente.

Cinco años ántes habia fallecido Loaysa, Arzobispo de Lima, y fué electo en su lugar Toribio Mogrovejo, varon ilustre por su santidad y zelo apostólico, que entró en su Diócesis el año de mil quinientos ochenta y uno. El Virrey Don Francisco de Toledo se dedicó con la mayor actividad á arreglar todas las cosas concernientes al gobierno civil. Visitó todo el reyno del Perú, se instruyó muy por menor del estado, frutos y producciones de cada provincia, y formó unas ordenanzas que con justa razon le adquiriéron el título de Numa Americano. Pero es mas fácil dictar remedios, que ponerlos en práctica. Intentó desgraciadamente con grandes fuerzas subyugar á los Indios Chiraguanos muy distantes de Lima, que causaban muchos daños á sus confinantes, y habiendo sido vencido y derrotado, se volvió con ignominia y pérdida á aquella ciudad. Tampoco en Chile gozaban mucha prosperidad los Españoles, porque la audacia de los bárbaros crecia con la desidia de los nuestros.

Regresó Ataide á Lisboa desde la India donde hizo grandes hazañas, y fué recibido con mucho aplauso. Dividióse en tres Gobiernos todo el imperio Portugues en aquellas partes. Antonio Muñiz fué nombrado Gobernador de Malaca, y de todo lo que se comprende desde el reyno de Pegú hasta la China. Antonio de Noroña diverso del antecedente obtuvo con título de Virrey desde el Cabo Guardafú hasta Ceilan y Francisco Barreto todo lo demas que se extiende al Occidente en las costas de Etiopia, porque un hombre solo no podia sostener tanto peso. Muñiz no marchó á su Gobierno, con pretexto de que no se le daba lo necesario para la guerra, por lo qual no cesó de enviar al Rey quejas contra Noroña, y finalmente sin habérsele formado causa le arrojó de la In-

dia de órden del Rey, y le sucedió en el mando, y habiendo regresado Noroña á Portugal acabó su vida en breve tiempo por el pesar que le causó esta ignominia. Muñiz se portó con Leonisio Pereyra, que fué nombrado para aquel remoto Gobierno, del mismo modo que Noroña con él, pero con muy distinta suerte: tan varios son los consejos de los hombres que hacen aquello mismo que reprueban en otros. Fué sitiada Malaca por los Javanes, y despues por el Rey de Achen enemigos quotidianos, pero sin fruto alguno: ántes bien con mucho daño y estrago de hombres y navíos, y con gran gloria de Vega que tomó á su cargo la defensa en aquel caso tan repentino. En las Molucas todo sucedia desgraciadamente. Pereciéron muchos navíos auxîliares, armas y provisiones de guerra junto con muchos hombres, y fuéron asesinados los Reyezuelos por algunos malvados que vagaban por todas partes. Pimentel fué acometido y muerto por los Javanes vengadores de sus delitos, y Gonzalo Pereyra que habia consentido en la muerte de uno de los Reyezuelos, murió en el mar afligido por la tristeza de tantas pérdidas. Las cosas no podian hallarse en peor estado quando se hizo á la vela en Lisboa el nuevo Virrey Lorenzo de Tavora que murió en el viage, y habiéndose abierto la Cédula Real, fué declarado Virrey Diego de Meneses que sucedió á Muñiz.

En este tiempo no acaeció cosa alguna digna de memoria, y solo hubo algunos combates con los Piratas. Fué enviado otra vez á la India el mismo Atayde Conde de Atougía para que pusiese remedio á tantos males. El valor y actividad de Pablo de Lima refrenó la licencia de los piratas, y declaró la guerra á Hidalcan, el qual pidió la paz y le fué concedida, pero no duró mucho tiempo. Entretanto arribó Francisco Barreto á su Gobierno de las costas de Etiopia, y pasó con tropas por órden del Rey á reconocer las minas de oro que allí habia. En todo hubiera sido feliz este hombre, no ménos experto en los negocios civiles que en los militares, y que ha-

bia sido Virrey de la India, si no se lo hubiese estorbado el P. Francisco Montesclaros, Jesuíta, á cuyo consejo le mandó el Rey que se sujetase en esta expedicion. Emprendió Barreto contra su dictámen un viage por un camino asperísimo, en que padeció increibles trabajos, y peleó prosperamente con los Cafres. Salióle el Jesuíta al encuentro en Castro Sena donde se trabajaban unas minas de oro, y habiendo reprehendido con mucha acrimonia á Barreto, le mandó desistir de lo comenzado; lo que á la verdad era muy ridículo, quando él mismo habia sido el autor de aquella vana empresa y de tantas calamidades. Finalmente el disgusto de esta contradiccion causó la muerte en dos dias á aquel hombre ilustre con tantas hazañas. Su cuerpo fué conducido á Lisboa, y mandó el Rey que se le hiciesen magníficas exêquias. Fué declarado sucesor en las Cedulas Reales Vasco Fernandez, y obligado por el mismo Jesuíta á retirarse de allí, volvió á Mozambique las tropas con descrédito de su fama. Pero aconsejado por los mas prudentes Portugueses á que recobrase su obscurecido honor, intentó nuevamente aquella empresa por mejor y mas fácil camino, despues de haber removido al Pedagogo que regresó á Portugal. Mas habiendo sido engañado por la perfidia de los Cafres, á quienes venció algunas veces en varios combates, aterrado del trabajo que costaba el beneficio de los metales, se volvió finalmente á Mozambique, despues que se le acabáron los víveres, dexando á Antonio Cardoso para que explorase aquellas regiones con doscientos soldados, todos los quales pereciéron á manos de los cruêlísimos Cafres.

CAPITULO VIII.

ENTRADA DEL DUQUE DE ALENZON EN FLANDES. TOMA DE TORNAY POR EL DE PARMA. FELICES SUCESOS EN LA FRISIA: Y ENTRADA DEL REY DON FELIPE EN LISBOA.

Las cosas de Flandes se enredaban mas y mas cada dia, habiendo llamado el Príncipe de Orange con repetidas cartas al Duque de Alenzon, para dar nuevo fomento al incendio que lo consumiese todo. Decia pues que era preciso animar al partido, consternado con la última victoria del Rey Don Felipe, juntando quanto ántes las tropas auxîliares. Pero Alenzon no podia enviarle socorro alguno, por hallarse la Francia agitada con las guerras civiles, que habia encendido la cruel pertinacia de los Hugonotes. A uno y otro les era muy sensible que se dilatasen los socorros, quando su faccion se hallaba tan abatida. Montigni habia causado muchos daños á los de Gante, y á principios del año de mil quinientos ochenta y uno 1581.
derrotó la caballería de los Franceses en Cambray. Despues de esto Altipenni se apoderó de Breda que era las delicias de la familia de Nasau, habiendo ántes tomado por asalto la fortaleza. A estos males se juntaba la fortuna del Conde de Renneberg que en el territorio de Groninga habia quebrantado de tal suerte las fuerzas de los enemigos, que no se atrevian ya á hacerle frente. Pero en medio de la carrera de sus victorias, este varon no ménos belicoso que erudito en las lenguas Griega y Latina, murió de una calentura con grave sentimiento de los Realistas. Fué substituido en su lugar por el Príncipe de Parma el Español Francisco Verdugo que desde niño se habia criado en Flandes.

Como el de Orange sé hallaba tan escaso de fuerzas, procuró animar á los suyos con la astucia. Des-

pues de haber abjurado la obediencia al Rey D. Felipe, renovó la Iconomaquia ó destruccion de las sagradas imágenes, y prohibió que se celebrasen los divinos oficios, imponiendo penas á los contraventores. Fuéron borradas y abatidas las armas y insignias de los Reyes de España, despedazados sus sellos y abrogados todos sus empleos, como si la heregía y el nombre Español no pudiesen caber juntos en Flandes. Con estos artificios sostenia á los suyos, miéntras que le llegaban los socorros de Francia, con los quales confiaba que su partido seria igual, ó superior en fuerzas al de los Españoles. Entretanto el Duque de Alenzon que estaba impaciente por llegar á Flandes, hacia los mayores esfuerzos para extinguir las discordias de Francia; y finalmente por su mediacion, y la de la Reyna Madre apaciguó la guerra que poco ántes se habia renovado, á fin de que arregladas las cosas domésticas, le quedase lugar para turbar las estrañas.

Hallábase Cambray muy próxîma á ser tomada por la cruel espada del hambre, quando retirándose de allí con prudente consejo las tropas del Rey, introduxo Alenzon en esta ciudad un poderoso exército. Despues tomó á los Flamencos algunos pueblos fortificados de aquel territorio, y los aseguró con gente y víveres. Pero hallándose falto de dinero para la paga del estipendio, y desertándosele á cada paso los soldados, volvió con el exército á Francia, y pasó á Inglaterra para promover las Reales nupcias que codiciaba mucho, no ménos que la Reyna Madre, á fin de apartar á Isabel de los Hugonotes, que se hallaban orgullosos con su auxîlio, y asegurar á su hijo la dignidad Real, que segun la posicion de las estrellas, le habia pronosticado un Astrólogo. La Inglesa que tenia otras miras, disimulaba artificiosamente con el designio de intimidar al Rey Don Felipe con la alianza de los Franceses, y entretener al de Alenzon para que no invadiese la Flandes, y que no llegase esta á unirse al imperio Frances. De este modo se engañaban recíprocamente las dos Reynas, atendien-

do cada una á su propia conveniencia. Pero habiendo sido recibido Alenzon con Real magnificencia, y obsequiado con todo género de fiestas y regocijos, no solo dió pábulo á los discursos del vulgo, sino tambien á los de aquellos que ponen todo su conato en escudriñar los arcanos de los Príncipes. Y á la verdad de tal modo sobresalia entre los pretendientes en el favor de la Reyna, que trocáron entre sí de anillos, en señal de esperanza del futuro casamiento. Mas la Reyna que se vendia á muchos, no se entregaba á ninguno, y unas veces se manifestaba apasionada, y otras desdeñosa, mudando de semblante, segun le acomodaba á sus intereses. El Príncipe de Orange acostumbrado á sacar partido de las cosas que le ofrecia la casualidad, hizo correr la voz de que se efectuaban las bodas; con cuyo rumor inspiró tanto ánimo á los Flamencos confederados, que se persuadiéron que se juntarian las fuerzas de ambos reynos para arrojar de aquellas Provincias al Español.

Entretanto Risbourg y Mansfeld tomáron varios pueblos con la espada del hambre, que expugna lo mas fuerte, y el Príncipe de Parma, habiendo arrojado á los enemigos del campo de Tornay, puso sitio á la ciudad. Cuéntase ésta entre las mas fortificadas, y tomó su nombre de las sesenta y ocho torres que adornan y guarnecen sus murallas. Fué en lo antiguo asiento y capital de la nacion de los Nervios, gente muy belicosa. La fortaleza erigida por Enrique VIII. Rey de Inglaterra, está situada sobre el rio Escalda que baña la ciudad. Hallábase ausente de ella el Príncipe de Espino, su Gobernador, que habia ido á poner asechanzas á Gravelinas, y no habiéndolo conseguido, perdió á Tornay. Tomó á su cargo el defenderla su muger Felipa Lalane, matrona de varonil ánimo, que hallándose continuamente expuesta á los peligros, fué herida en un brazo. Las balas arrojadas contra la ciudad abriéron sus muros por dos partes, y habiendo pegado fuego á las minas, peleáron muchas veces en las brechas; pero al fin se entregó baxo de condiciones; y salió de allí la guar-

nicion con los Predicantes hereges, que habian acudido de todas partes, como á una sentina de iniquidad. Luego que el Príncipe de Parma restableció la religion y el gobierno, tomó en esta ciudad quarteles de invierno, y recobró las alhajas de las Iglesias que los hereges se habian llevado, enviando á este efecto la caballería. En la Frisia sucedia todo prósperamente baxo la conducta de Verdugo, el qual á fines de Septiembre venció á los enemigos en batalla junto con los Tenientes Billi y Tasis, los despojó de su campo y bagages, y se escapáron muy pocos que llevasen la noticia de la derrota, entre los quales fuéron heridos Norris y Nassau. Estas son las cosas mas memorables que acaeciéron este año en Flandes.

A últimos del antecedente fuéron despedidas de Portugal las tropas Italianas, y enviadas á los navíos como si ya se hubiese concluido la guerra. A la verdad las fortalezas en Africa se habian sujetado voluntariamente al Rey Don Felipe; pero los Portugueses llevaban á mal su dominio, y estaban dispuestos á substraerse de él, si se les presentase ocasion de poder hacerlo. Además de esto Antonio, Prior de Ocrato, se mantenia todavía oculto, á fin de tomar el partido que le sugeriese el estado de las cosas; y ciertamente era tanto lo que le amaba la gente del Pueblo, que aunque ofreció Don Felipe ochenta mil ducados por su cabeza, y declaró pena de muerte contra los que le recibiesen ú ocultasen, no hubo ninguno que se moviese á denunciarle, á pesar de tan grande premio, ni tampoco los aterráron tan severas penas, para no recibirle y ocultarle. Habia atraido Antonio á su partido las islas que Briet llama Flandricas por el nombre de su descubridor, y otros Terceras, á excepcion de San Miguel; por lo qual no estaba de tal manera concluida la guerra, que se pudiesen despedir con seguridad las tropas, especialmente habiendo muerto muchos Alemanes y Españoles, y restituidose otros muchos á sus casas enriquecidos con la presa; y los que habian quedado baxo de las banderas estaban muy exâsperados de la importuna severidad de los Conse-

jeros que comisionó el Rey para entender de las quejas que daban los Portugueses contra los Cabos del exército, acusándolos de que habian procedido con mucho desenfreno. Murmuraban con grande insolencia en sus corrillos contra el Rey y sus Ministros, porque querian castigar á los que en pocos dias habian sujetado un Reyno entero, quando por el contrario debian recibir un donativo por sus heroycas hazañas y trabajos. Estas y otras cosas proferian con militar licencia; pero habiéndose reconocido las cuentas del estipendio de las tropas, y exâminadas otras cosas de poca conseqüencia, y no habiendo los comisionados citado á ninguno en justicia, se apaciguáron aquellos clamores

El Rey Don Felipe que se habia propuesto atraer con beneficios el afecto de los Portugueses, estaba confiado en que podria mantener el Reyno con pocas fuerzas, por lo qual se mostraba muy indulgente, para conciliarse por este medio el amor de aquella gente opulenta y valerosa. Finalmente, despues que visitó á Doña Catalina, muger del Duque de Berganza, pasó á Tomar, villa situada entre Santaren y Coimbra, para congregar Cortes del Reyno en el monasterio del Orden Militar de Christo. Celebróse allí la primera sesion el dia diez y nueve de Abril, en la que confirmó con juramento los privilegios, inmunidades y prerogativas; y recíprocamente le juráron á él, y á su hijo Don Diego, como heredero del Reyno, habiendo comenzado el Duque de Berganza, y su hijo el Duque de Barcelos, á quienes abrazó al tiempo que se inclinaban para besarle la mano. Muchas de aquellas cosas, que habia prometido al principio en caso que le recibiesen sin tumulto, las concedió ahora con gran beneficio de la nacion; pero no condescendió á todas sus peticiones, que así en público, como en particular eran muy excesivas. Confirmó al de Berganza en el empleo de General de la caballería, y le condecoró con el Toyson de Oro. Juzgaban algunos que debia suprimirse la Universidad de Coimbra, alegando para ello razones no despreciables, lo que llevó

tan á mal, que ántes por el contrario la recibió baxo su proteccion. Dió el hábito de las Ordenes de Caballería á algunos Procuradores de las ciudades, á otros les señaló rentas anuales, y á otros les hizo regalos de dinero, para que ninguno saliese de su presencia sin algun beneficio. Concedió títulos de Condes á Francisco Sala y Fernando de Noroña, á aquel de Matusiños, y á este de Liñares; pero siendo infinitos los memoriales que le entregaban, dexó al arbitrio de Don Antonio Piñeyro, Obispo de Leiria, y Christóbal de Mora el conceder gracias. Sin embargo no estaban los Nobles satisfechos de la Regia liberalidad, porque codiciaban cosas mayores; por lo qual se quejaban mucho de la parsimonia del Rey, y de la mala voluntad de sus Ministros.

Concluidas las Cortes, se puso en camino Don Felipe para Lisboa, y se detuvo en Almada, situada al frente de aquella ciudad, de la que la separa el rio Tajo, miéntras se disponia el aparato del triunfo. Entretanto, y para refrenar á los Isleños de las Terceras, que estaban muy insolentes, envió con quatro navíos y tropas á Pedro de Valdes, y para que al mismo tiempo protegiese á los habitantes de San Miguel, y recibiese los navíos que venian de la India, habiéndole prohibido que emprendiese cosa alguna contra las otras islas, ántes que se le juntasen mayores tropas, que en breve le seguirian. Pero executó lo contrario de lo que se le habia mandado; porque ya fuese para ganar de antemano el honor de la victoria, ó incitado por una ocasion que le parecia oportuna, acometió á los habitantes de la Tercera, y tuvo una desgraciada pelea. Ellos, pues, instruidos por un frayle del Orden de San Agustin, pusiéron delante del primer esquadron una tropa de toros feroces, y habiéndolos agarrochado, los soltáron repentinamente contra los Castellanos, á los quales los desordenáron y derrotáron con grande estrago, y con tanta crueldad que no perdonáron á ninguno. Fuéron muertos quatrocientos; y de los Portugueses ménos de treinta. Habiendo llegado cerca de las Islas la armada de Indias, y re-

cibido una noticia muy confusa del estado de las cosas de Portugal; entretanto que el Comandante deliberaba sobre el rumbo que debia tomar, se conjuráron los marineros por el deseo de ver á sus mugeres é hijos, y volviéron las proas ácia Lisboa. Encontróla Lope de Figueroa, que mandaba la segunda esquadra de la armada Real, que iba á juntarse con la de Valdes; y se admiró de la negligencia de este hombre, pues le dixéron los Portugueses que no le habian visto en parte alguna. Finalmente, habiéndola despachado á Lisboa, llegó á las Islas, y á vista de la pérdida de Valdes, y de que los enemigos se hallaban mas fortificados de lo que se habia creido, se volvió con su compañero á las costas de Portugal. Valdes fué puesto en prision; pero habiéndose aplacado el Rey en breve tiempo, le mandó dar libertad. Antonio que se habia escapado en un navío de la Enclusa á Francia, envió despues á las Islas un esquadron de soldados, habiéndolas dado esperanzas de que dentro de poco tiempo pasaria él con una poderosa armada. La de la India llegó felizmente á Lisboa, y su Comandante fué recibido con mucha benignidad por el Rey, el qual habiendo atravesado el rio, entró en la Ciudad á últimos de Junio con magnífico triunfo, y muchas demostraciones de regocijo, estando vestidas las paredes con tapicerías, pinturas y otros adornos, y las calles con arcos de trecho en trecho. Fué conducido por los Magistrados baxo de un palio de oro á la Iglesia Catedral, y despues de haber dado gracias á Dios, se transfirió al palacio Real acompañado de toda la Nobleza, y con grande aplauso y alegría del Pueblo.

CAPITULO IX.

ALIANZA DE LOS ESTADOS CON LA REYNA DE INGLATERRA. DECLARAN A ALENZON DUQUE DE BRABANTE. PROSPEROS SUCESOS DEL PRINCIPE DE PARMA.

Aumentáronse al Rey Don Felipe los cuidados con la extension de su imperio; porque al paso que se hacia mas temible á otros con la union de Portugal á Castilla, era consiguiente que temiese á aquellos que le temian. Por tanto, temerosos los Estados confederados de Flandes, y la Reyna de Inglaterra de que no podrian resistir á su excesivo poder, si no se le oponian con sus fuerzas reunidas, formáron una nueva alianza mas estrecha, á la que subscribiéron Alenzon y la Reyna su madre con varios pretextos. Rezeloso el Rey Don Felipe de que una tormenta tan formidable vendria al fin á descargar en sus dominios, se quejó por medio de su Embaxador al Rey de Francia, de que Antonio, Prior de Ocrato, fuese favorecido y tratado honoríficamente en su reyno, y de que el Duque de Alenzon se hubiese sublevado públicamente para invadir la Flandes, sin respeto alguno á la paz jurada; y finalmente, que de ningun modo se refrenaba á los Franceses que molestaban las fronteras de Flandes, y que si estas no eran hostilidades, le preguntaba, ¿quáles lo serian? A esto el Rey Enrique atribuyendo la culpa á la Reyna madre, cuya autoridad era muy grande en Francia, le respondió: que Antonio habia sido recibido por la Reyna su madre, como un súbdito calamitoso; pues afirmaba ella que tenia derecho de disponer del reyno de Portugal, como lo habia asegurado su Embaxador Urbano de San Gelais, que envió á este fin, y que podia hacerlo sin intervencion del Rey Don Felipe, porque no se lo prohibia ningun artículo de la paz concertada.

Que

Que no habia podido impedir los intentos de Alenzon, sin embargo de que prohibió por un edicto á los Franceses que no siguiesen sus banderas, ni hiciesen daño alguno en los dominios del Rey Católico; y que debia atribuir á la malicia de los tiempos, y á la insolencia de sus subditos el que no fuesen obedecidos sus mandatos. Pero el Rey Enrique, aunque parecia desaprobar públicamente las expediciones del hijo, y de la madre, no le pesaba el que las tramasen, pues por medio de ellas salian de Francia todas las personas que turbaban el Estado, y se aligeraba el Reyno de este gravoso peso. A estos cuidados del Rey Don Felipe se añadió el de haber llegado Vluc-ali á Argel con sesenta galeras; porque aunque no se habia cumplido el tiempo de las treguas; como es tan inconstante la palabra de los bárbaros quando se les presenta alguna esperanza de utilidad particular, era temible que intentase alguna empresa que turbase mas y mas la quietud pública. Pero aunque corrian estos rumores, sin embargo despues de haber arreglado los negocios del Africa, no intentó cosa alguna que se opusiese á quebrantar las treguas. Entretanto transigió el Rey Don Felipe con el César á cerca del Principado de Final, habiendo enviado á Italia á Don Juan Manrique, el qual introduxo en la fortaleza una guarnicion de Españoles, que la tuviese á nombre del César, y despidió la de Alemanes, pagándoles su estipendio.

Hallábase todavía Alenzon en Inglaterra con la vana esperanza de las bodas. La Reyna, á quien entre otras cosas no agradaba la persona, ni el carácter de este jóven, le despidió de sí con dudoso semblante con un espléndido acompañamiento de nobles, y algunas compañías de gente armada, habiéndole dado quatrocientos mil escudos para reclutar caballería en Alemania, á fin de que mantuviese la guerra, y inquietase al Rey Don Felipe. Llegó á Flesinga el dia
diez de Febrero de mil quinientos ochenta y dos. 1582.
Desde allí pasó á Midleburg, y finalmente á Amberes, donde fué recibido con suma alegría, habién-

dose adornado todas las calles de la Ciudad, que no perdonó gasto alguno para festejarle. Habiéndole conducido con gran pompa al Palacio, prestó el juramento que se le pedia, y tomando las insignias del gobierno, fué saludado Duque de Brabante. Los habitantes del Hainault y el Artois veian claramente que con sus fuerzas no podian sostener el extraordinario peso de esta guerra, por lo qual sentian mucho la falta de los Españoles. Alegrábase en su interior el de Parma; mas para no alejar de sí á los Grandes, acostumbrados á disfrutar los premios de la milicia, se manifestaba neutral, hasta que ablandados, y atraidos los Grandes por Risbourg, con quien trataba muy familiarmente, y habiéndolo consentido ellos despues de bien exâminado el negocio, avisó al Rey con secreto que convenia volviese á Flandes el soldado Español, porque sin él serian vanos é inútiles todos sus esfuerzos contra tantos enemigos, y que además dispusiese dinero para la paga, pues por su defecto habia perdido en el año antecedente las mejores ocasiones. El Rey Don Felipe, deseoso de adquirir el Reyno de Portugal, parecia haber olvidado la guerra de Flandes, que con admirable arte y valor sostuvo el Príncipe de Parma.

Por este tiempo se hallaban los Confederados llenos de llanto y consternacion por la desgracia del de Orange, que en el dia diez y ocho de Marzo, en que cumplia años el Duque de Alenzon, estuvo muy próxîmo á perecer á manos de Juan de Jauregui, natural de Bilbao. Este, pues, armado de una pistola cargada con dos balas y de un puñal, presentó á Orange un memorial despues de la alegría de un convite, y miéntras se ocupaba en desdoblarlo, le disparó el tiro á la cara, y le pasó del carrillo izquierdo al derecho por baxo de la oreja, arrancándole dos dientes, y sin haberle hecho herida alguna en la lengua. Inmediatamente sacó el puñal con su ensangrentada mano (pues se le habia rebentado el cañon de la pistola por la demasiada pólvora, hiriéndole el dedo pulgar) para atravesarle el corazon. Pero

habiendo sido Jauregui prevenido por uno de los guardias, le acometió con una hacha, y acudiendo otros al ruido le matáron con veinte heridas. Levantó Holach á Orange que estaba tendido en el suelo, y habiéndole llevado á su quarto, le puso en manos de los Médicos. Divulgada esta noticia por toda la ciudad, se convirtió en llanto toda su alegría, y no faltó mucho para que el pueblo, inclinado siempre á creer lo peor, descargase su ira contra el Duque de Alenzon, y los Franceses como cómplices, ó autores del hecho sospechando que los Calvinistas repetian la funcion de San Bartolomé, y que comenzaban la mortandad por el de Orange, para que faltando éste, pudiese reynar mas libremente en Flandes. Lo cierto es que corriéron mucho riesgo, pero los protegió el de Orange, cuya palabra imploró Alenzon con mucha sumision, enviando una carta á los Magistrados, (porque le impedia hablar la ligadura de la herida) en que les aseguraba que los Franceses no habian tenido parte alguna en aquella maldad, de la que fuéron acusados como cómplices dos Flamencos uno de ellos religioso Dominico llamado Timerman, y ambos padeciéron el último suplicio. El de Parma solicitó en vano á las ciudades, habiendo enviado á todas las inmediatas sus Reyes de Armas, porque habia corrido la voz de que el de Orange no moriria de aquella herida, y en efecto convaleció, despues que estuvo algunos dias de peligro.

A este mismo tiempo se juntáron las tropas de Alenzon en las fronteras del Artois, y fué tomada por fraude la ciudad de Lens; pero acudió luego el de Parma y los rodeó por todas partes, para que los ladrones no se escapasen con la presa, y en breve tiempo la recobró y se entregó el pueblo. No les fué ménos favorable la fortuna en el asalto de Namur, pues apénas tuviéron lugar para ponerse en fuga, habiendo abandonado su artillería. De este modo comenzáron los Franceses ignominiosamente sus empresas, que fuéron para ellos el pronóstico de una desgraciada guerra. Pero el de Parma despues de explorar bien todas las cosas sitió de repente á Odenarda, á cuyo fin envió delante á

Risbroug con la caballería. Habia fortificado Nuan la ciudad con nuevas obras, y tambien servia de grande estorbo el rio Escalda que la baña, y se habia derramado por los campos, para levantar trincheras. Por esto pues fué preciso mudar mas de una vez las baterías, y en tan prolixo y porfiado ataque, trabajó infinito el arte y la fuerza. Finalmente los enemigos para no verse expuestos á padecer las últimas extremidades, hiciéron la entrega á los tres meses, con las mismas condiciones con que se entregó Tornay, á la vista de Alenzon que habia venido con tropas para socorrer á los sitiados. Tomáron los enemigos por engaño á Alóst donde los Cathólicos de aquel territorio habian juntado sus riquezas como en lugar seguro, con grande infamia de la guarnicion, y á fin de borrarla se apoderó por ardid de la fortaleza de Gaasbek.

Entretanto llegáron á Flandes á últimos de Julio cinco mil Españoles, y quatro mil Italianos, y fuéron recibidos por el de Parma, y el exército con extraordinaria alegría. A estos se añadiéron quatrocientos Ingleses, la mayor parte Cathólicos, y muchos nobles (cuyo número aumenta un autor Flamenco) á quienes trató con mucho obsequio el de Parma, para atraerse por medio de ellos á muchos veteranos de la misma nacion. Poco despues recobró á Lira por una estratagema de Lichfeld Sempil noble Escoces, habiéndole abierto la puerta los mismos centinelas engañados; y acometiendo por ella los soldados del Rey, que estaban en emboscada, se apoderáron de la ciudad sin derramar sangre alguna. Los de Alenzon habian puesto sus Reales cerca de Dunkerque, fortificada por la naturaleza y por el arte. Componíase su exército de diez mil infantes, y dos mil y quinientos caballos, y se decia que le daba el Rey su hermano cincuenta mil escudos mensuales para la paga, fuera de lo que le enviaba la Reyna Madre de su propio peculio. El de Parma, que ardia en deseos de dar la batalla, acercó sus Reales al rio, pero la rehusó el enemigo, y solo hubo algunas correrías, y ligeras escaramuzas con varia fortuna. Disponia ya echar algunos puentes al rio,

para acometer á Alenzon, quando éste levantó su campo, y marchó á Gante, y á fin de que no pareciese que huia de la batalla, hizo correr la voz de que era llamado por sus habitantes, por ser necesaria su presencia para la inauguracion. Sin embargo no pudo evitarla del todo, habiéndole seguido las tropas del Rey por la espalda. Pero los carros que pusiéron por barreras, y la artillería que disparaban contra ellos desde los muros de Gante, impidió que en aquel dia no quedasen derrotadas las tropas de Alenzon. Miéntras tanto el de Parma tomó de grado, ó por fuerza varios pueblos fortificados, y los aseguró con guarniciones. El castillo de Cambresis no le costó trabajo alguno; pero en Ninova adquiriéron mucha fama los soldados, pues á la verdad se halláron mas cerca de padecer hambre los sitiadores, que los sitiados por haber prohibido Enrique que se introduxesen víveres algunos en Flandes. Por esto pues conduxo su exército á quarteles de invierno cerca de Bruselas, hallándose fatigado con la escasez y enfermedades. Biron traxo de Francia algunas tropas de socorro, y las desembarcó en Dunkerque; en ellas se contaban tres mil Esguizaros, y tres mil y quinientos infantes y caballos Franceses. Despues de haber executado Verdugo grandes hazañas, y vencido á Holach en batalla, no pudo tomar á Lockem, porque se lo impidiéron los Franceses, pero se apoderó de Steinvich que Renneberg no pudo expugnar con un dilatado sitio, habiéndola escalado con el favor de las tinieblas de la noche. Fuéron tomados de una y otra parte algunos pueblos fortificados, y otros acometidos en vano, y uno de ellos fué Lovayna. Despues que Montigni dió muchos exemplos de heroyco valor, murió de una coz que le tiró un caballo, y en la última hora amonestó eficazmente á sus hijos, que perseverasen constantemente en la Religion Cathólica, y en el obsequio y obediencia del Rey.

Por este tiempo comenzaba Alenzon á disgustarse de aquel precario mando, cuya autoridad tenian realmente los Estados. Irritábale además la pertinacia de

los Flamencos, porque no habia podido conseguir de ellos, que si moria sin hijos se uniesen las provincias al reyno de Francia. Esto á la verdad jamas lo pensáron los Flamencos, pues le habian llamado públicamente para que les defendiese su libertad, y no para que los sujetase á su imperio. No temian ménos el orgullo Frances que la severidad Española, y su designio era suscitar la discordia entre uno y otro, para ser espectadores de la guerra sin peligro suyo. Así pues, Alenzon para no hacer el papel de Príncipe de comedia, y no pudiendo sufrir la ignominia que el Príncipe Matías habia tolerado por tan largo tiempo, comenzó á discurrir en su ánimo, que nunca obtendria un verdadero mando si no se valia de la fuerza, á lo qual le instigaba Juan Bodino su Secretario, hombre de refinada astucia.

En Italia no sucedió cosa alguna memorable. El Marques de Mondejar fué removido del Gobierno de Nápoles, porque habia caido en algunos defectos. Sucedióle Don Juan de Zúñiga que se hallaba de Embaxador en Roma. Concluyó las grandes obras que Mondejar habia comenzado en el puerto; y en su lugar fué nombrado Don Pedro Giron Duque de Osuna, que llegó á Nápoles en este año. Los escritores Italianos dicen que fué poco grato á la nobleza por su fausto y arrogancia intolerable; pero fué tambien severo vengador de los delitos, sin respeto, ni acépcion alguna de personas.

CAPITULO X.

DERROTA DE LA ARMADA DEL PRIOR DE OCRATO EN LAS ISLAS TERCERAS. CONCILIO PROVINCIAL DE TOLEDO.

No podian los Portugueses acostumbrarse á sufrir el mando de sus émulos los Castellanos, y la real benignidad y blandura, con que todos eran tratados, no aplacaba la fiereza de sus ánimos, lo que molestaba en

extremo al Rey Don Felipe. Juntábase á esto la pertinacia de los Isleños, y la rabia que tenian de hacer mal; pues incitados por su crueldad encarceláron sin distincion alguna á muchos eclesiásticos y seculares de probidad conocida. Los Jesuitas fuéron los mas perseguidos, y habiéndoles tapiado las puertas con cal y canto, los sepultáron vivos en su Colegio. No cesáron de acriminar la conducta del Gobernador Cipriano Figueredo, hasta que consiguiéron que Antonio le removiese, y envió desde Francia para sucederle á Manuel de Silva con amplisimos poderes. El Rey Don Felipe se hallaba todavía fluctuante entre los opuestos dictámenes de sus Ministros, y no habia determinado cosa alguna acerca de las islas Terceras. Mas habiendo llegado á su noticia, que en Francia se disponia una armada, mandó juntar navíos, reclutar tropas, y preparar todo lo demas necesario para la guerra, encargando al Marques de Santa Cruz el cuidado de dirigirlo todo. Este pues, salió inmediatamente con treinta y ocho navíos que estaban fondeados en el rio Tajo; pero no llegó el caso de que se le juntase en el viage otra esquadra, que se disponia en Andalucia. A mediados de Julio habia llegado á la isla de San Miguel la armada Francesa, que se componia de mas de sesenta naves, siendo su Almirante Felipe Estrozi, y Mr. Brisac su Teniente. Mandaba las tropas Beaumont, y habia acudido mucha nobleza, por ser los Franceses por su natural carácter tan inclinados á las armas, y á los peligros.

Luego que desembarcó el soldado, corrió inmediatamente al saqueo. Está la ciudad situada en un pequeño promontorio, y por la parte occidental la domina una fortaleza; y deseoso Antonio de apoderarse de ella, para sujetar enteramente las islas á su dominio, envió delante algunos que tanteasen á la guarnicion, y como no respondiese cosa alguna favorable, determinó combatirla. Pero inmediatamente mudó de parecer, habiendo visto la armada Española, en la qual juntándose los principales cabos para deliberar, fuéron varios sus dictámenes. Venció al fin el de los

que juzgaban que se debia pelear; porque habiendo llegado al punto de no poder evitarse el combate sin mengua de la honra Española, se resolviéron á vencer, ó á morir con honor. Tambien los Capitanes Franceses deseaban la batalla, por la esperanza que tenian de vencer, ántes que se juntase toda la armada Española, aunque algunos Comandantes de navíos fuéron de opuesto parecer. A la verdad era muy desigual la suerte, pues debian pelear dos navíos de los enemigos con cada uno de los Españoles, y si la batalla era desgraciada, se seguia á estos mucho mayor daño; porque además de la pérdida de las islas, habia el peligro de perder á Portugal, que se sublevaria inmediatamente, luego que viese triunfantes las banderas de Antonio. Los Franceses no podian temer otro daño que el de la pérdida de algunos pocos navios y tropas. Finalmente, estando resueltos unos y otros á pelear, se pusiéron en órden de batalla; pero habiéndose afloxado el viento, impidió la calma el combate. El dia siguiente solo hubo algunas escaramuzas, en que fué sumergido un navío Frances. El tercero se separáron por una tormenta dos navíos de la armada Española, y no pudiéron volver á juntarse. Finalmente el dia de Santa Ana, estando todo dispuesto acometiéron al enemigo. Presentáronse los primeros el Almirante Santa Cruz, Figueroa, y Bobadilla; y les saliéron al encuentro Estrozi, Brisac, y otros que los seguian. Trabóse una atroz pelea, en que se consumió una inmensa cantidad de pólvora y balas: pero la artillería Española, como era mas gruesa, hizo tanto daño dentro de breve tiempo en los navíos enemigos, que dos de ellos se retiráron muy maltratados. El que mandaba Brisac, se sumergió por la mucha agua que hacia, y él se salvó en una lancha. El Marques de Santa Cruz tomó la Capitana peleando: Figueroa echó á fondo dos navíos: Bobadilla y Eraso quebrantáron de tal suerte el ímpetu de los enemigos, que no se atrevian á pelear de cerca. Sucedió una cosa admirable, y fué que un Capellan que se habia hallado en muchas expediciones, concibió tanto terror en su ánimo que se le encontró

muerto sin herida alguna en el navío en que peleaba Figueroa. En suma Oquendo, Garugarza, Benisia, Cardona, Pardo, Guevara, Viveros, Bastida, Villaviciosa, y los demas Capitanes peleáron tan intrépidamente, que ganáron una ilustre victoria de los enemigos. Habiéndose trasladado á Estrozi desde su Capitana á la Española, murió luego de las heridas, y á los dos dias falleció tambien el Conde de Vimioso que iba en el mismo navío, y Beaumont pereció en la pelea. Fuéron hechos trescientos prisioneros, y entre estos ochenta nobles, de los quales treinta eran ilustres por los Estados que poseian. Sumergiéronse ocho grandes navíos, con dos mil hombres que los defendian. Del resto de la armada, parte se volvió á Angra donde se hallaba Antonio, que no concurrió á la batalla, y parte se huyó á Francia con Brisac. De los Españoles muriéron doscientos, y habiendo conducido mas de quinientos heridos á Villafranca pueblo de la isla de San Miguel, falleciéron en gran parte. Mandó Santa-Cruz que fuesen desembarcados allí los prisioneros con una guarnicion de gente armada, y les impuso la pena del último suplicio, como á piratas, enemigos públicos, y perturbadores de la paz firme, é inviolable que habia entre los Reyes de España y Francia. Estremeciéronse al oir esta sentencia los mismos Españoles, clamando que era una indigna atrocidad despojar de la vida, y de la honra á unos valerosos soldados, y á unos varones nobles. Conmovidos con estas voces algunos de los cabos Españoles, intercediéron con Santa-Cruz por la vida de aquellos infelices. A los que respondió que el Rey de Francia tenia decretado que se castigasen con pena de muerte los que tomasen las armas contra el Español. Los nobles muriéron en un cadahalso levantado en medio de la plaza, y el vulgo de los soldados fuéron ahorcados en diversos lugares no sin lágrimas de los Españoles, que detestaban tanta crueldad.

Entretanto hizo Santa-Cruz reparar sus buques, y navegó con ellos á la isla del Cuervo para recibir los que venian de la India, y habiendo recibido solo dos

de ellos, se volvió á Lisboa á causa de que se embrabecia el mar, y fué recibido por el Rey con muchas señales de alegría. Pero al mismo tiempo habia gran fermentacion en la isla Tercera; porque los partidos estaban muy enfurecidos, y á cada paso ocasionaban discordias y riñas. Antonio por medio de sus confidentes se dedicaba á juntar dinero, con buenas y malas artes y astucias; y no habia persona alguna que tuviese seguros sus bienes entre tantos lobos, ni muger por honesta que fuese, que pudiera libertarse de sus liviandades, á las que se abandonaba con el mayor desenfreno. Finalmente despues de cometer muchas maldades, se retiró desde allí á Francia, con la vana esperanza de que en adelante tomarian mejor aspecto sus cosas.

Las ciudades de Aragon llamaban al Rey Don Felipe para que celebrase Cortes en aquel reyno; pero le retardó su jornada la inmatura muerte de Don Diego, Príncipe jurado de las Españas. No es posible explicar el grave dolor que le causó á su padre esta desgracia, porque solo le quedaba Don Felipe que se hallaba enfermizo, y era de tan débil complexîon, que se creia no podria vivir mucho tiempo. No obstante despues de haber hecho rogativas por la salud de su hijo, convocó Cortes del reyno de Portugal para que los Estados le jurasen por su sucesor. Por este tiempo falleció en Lisboa el Duque de Alba consumido por una fiebre lenta á los setenta y quatro años de su edad. Asistióle en su última hora el V. Fray Luis de Granada del Orden de Santo Domingo, varon insigne en piedad y doctrina, como lo manifiestan sus escritos tan estimados por los hombres piadosos y sabios. Visitóle el Rey con mucha humanidad, y trató con él de las cosas del Estado; pero sin embargo, no manifestó en su muerte señal alguna de dolor, aunque tenia muchas causas para sentirla, por los extraordinarios méritos de tan gran varon, con quien puede decirse que fué sepultada en España la ciencia militar. Fué nombrado en su lugar Cárlos de Borja, Duque de Gandia hombre de mas bondad, pero muy inferior á su ante-

cesor en el talento, y en la experiencia.

El dia quatro de Octubre de este año pasó de esta vida á la eterna en Alba, la gloriosa Vírgen Santa Teresa de Jesus, despues de haber restaurado el primitivo instituto de los Carmelitas, y fundado treinta y dos Conventos. Escribió su vida Fray Diego de Yepes del Orden de San Gerónimo, confesor del Rey Don Felipe, y Obispo de Tarazona; el qual afirma que su doctrina se la inspiró el Espíritu Santo, y la Iglesia la llama celestial en la oracion de su oficio. El Rey Don Felipe mandó que los originales de sus libros se colocasen en la Biblioteca del Escorial, entre los de San Agustin, y San Juan Chrisóstomo; y las mas cultas naciones de Europa los han traducido en sus lenguas. Finalmente fué canonizada por el Papa Gregorio XV. En el año antecedente, y en el dia nueve de Octubre murió tambien el V. Fr. Luis Beltran en Valencia, donde nació y se educó, y habiendo obrado Dios muchos milagros por su intercesion; mereció ser puesto en el número de los Santos por Clemente X. En el mismo año falleció con grande opinion de santidad el Arzobispo de Santiago Don Francisco Blanco, y fué sepultado en el Colegio de los Padres de la Compañía de Jesus, que él mismo habia edificado. Fué electo en su lugar Don Juan de Lerma, que vivió poco tiempo, y á este sucedió Don Fr. Alonso de Velasco, Obispo de Osma. En el Obispado de Tortosa fué nombrado Don Fr. Juan Izquierdo del Orden de Santo Domingo; y habiendo fallecido despues de algunos años, le sucedió Don Juan de Teres, promovido de la Diócesis de Elna. En este año se celebró en Toledo un Concilio Provincial, al que concurriéron siete Obispos, dos Abades, y fué su Presidente Don Gaspar de Quiroga, y Asistente del Rey Don Gomez Davila, Marques de Velada. Distinguiéronse en él Fr. Alonso de Velasco que fué trasladado entónces de Osma á Santiago, y Don Francisco Sarmiento Obispo de Jaen. Entre los procuradores de las Iglesias concurrió Don García de Loaysa, ilustre por su sabiduría y santidad, á quien despues nombró el

Rey Don Felipe para maestro del Príncipe su hijo, y se estableciéron en este Concilio muchas cosas piadosas, y útiles al bien espiritual de los fieles.

CAPITULO XI.

REFORMA DEL CALENDARIO POR EL PAPA GREGORIO XIII. INTENTA EN VANO ALENZON APODERARSE DEL DOMINIO DE FLANDES. VICTORIAS DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS.

Entre las cosas memorables acaecidas en este tiempo, fué una la correccion del Calendario publicada por el Papa Gregorio XIII. y nos parece digna de referirla, tomándolo desde su orígen. Como Numa Pompilio, á imitacion de los Griegos, hubiese añadido cincuenta dias al año de Rómulo, que constaba de trescientos y quatro, para que los frios del invierno no concurriesen en los meses del estío: este número no convenia con el curso del sol, ni con los movimientos de la luna, por lo qual necesitaba intercalacion; y de tal manera se erró en esta algunas veces, que llegó el año á tener quatrocientos sesenta y tres dias. Julio César fixó el año solar que de su nombre se llamó Juliano. Este pues, quarenta y cinco años ántes de la era christiana tomó el año solar, ó trópico (porque los antiguos comenzaban á observarle desde el punto trópico), y segun el dictámen de Sosigenes, Matemático Alexandrino, instituyó el año civil de trescientos sesenta y cinco dias con la quarta parte de otro. Pero como advirtió que sobraba esta quarta parte, añadió un dia mas á cada quatro años despues del veinte y tres de Febrero, en que concluian los terminales, y se contaba dos veces el veinte y quatro. Mas teniendo el año solar astronómico once minutos ménos del año tomado por Julio César, con el transcurso del tiempo alteró el principio del año; y el equinocio de primavera que en tiempo de Julio

César caia cerca del veinte y quatro de Marzo, fué preciso retrocederle, á causa de que se numeraba mas tiempo del que realmente habia corrido. Por lo qual, en el año trescientos veinte y cinco despues del Nacimiento de Christo en que se celebró el primer Concilio Niceno, fué observado por los matemáticos de Alexandría que el equinocio de primavera caia á veinte y uno de Marzo, y como de aquel pequeño error resultase el adelantarse diez dias, vino al fin á caer en el dia once de Marzo, y por consiguiente el año Juliano que al principio se habia creido fixo, se descubrió que era incierto. Por tanto, deseoso el Papa Gregorio de reducir los equinocios á los tiempos del Concilio Niceno, para que á un mismo tiempo se celebrase la Pasqua, segun su decreto, habiendo oido á los mas célebres Astrónomos del orbe christiano, y especialmente al P. Christóbal Clavio, Jesuíta doctísimo en esta ciencia, cercenó por su dictámen aquellos diez dias, mandando que el dia que seguia al quatro de Octubre de este año de mil quinientos ochenta y dos no se llamase quinto, sino dé- 1582.
cimoquinto, y de este modo fixó el asiento del equinocio verno Eclesiástico en el dia veinte y uno de Marzo, ya cayese ó no el equinocio en aquel dia. Además, para que los once minutos numerados en el calendario Juliano no retrasasen el equinocio, estableció que cada quarto año fuese bisiesto. Y así despues del año de mil y seiscientos bisiesto, debian ser comunes los tres siguientes centésimos y bisiesto el de dos mil, quitando un dia de cada uno. La razon de esto es clara segun la doctrina de Clavio; porque aquellos once minutos constituyen un dia entero en el espacio de ciento treinta y tres años, y sacando de cada centésimo un dia, este se añade al quarto centenario, para que lo que se quitaba á las tres centurias fuese finalmente restituido á aquel. Mandó el Papa á los Príncipes Cathólicos hiciesen observar en sus dominios esta correccion, y Alenzon la estableció en la parte de Flandes en que mandaba. Rehusáronla algunas ciudades, y Príncipes hereges, sin otro motivo que

el de haberla hecho el Sumo Pontífice. Pero no es de admirar en unas gentes tan bien halladas con el error.

No podia ya Alenzon tolerar por mas tiempo el mando precario que tenia, y formó el proyecto de subyugar la Flandes por fuerza ó por ardid, y libertarse de qualquier modo de la dependencia de los
1583. Estados. A principios del año de mil quinientos ochenta y tres acometió esta empresa tan aventurada, y mandó que se acercasen las tropas á los arrabales de Amberes, con pretexto de una expedicion contra los Realistas. Tenia además seiscientos domésticos tan famosos, dice un grave autor, por sus maldades, como por su nacimiento, y dispuestos á emprender qualquiera hazaña. Dispuestas todas las cosas en secreto para salir de la ciudad á la hora del medio dia, envió delante trescientos Calvinistas, que le esperaban ordenados en dos filas en la puerta y en el puente, y llegándose á ellos como que estaban instruidos del intento, señalándolos la ciudad con la mano, les dice, vuestra es Amberes; y inmediatamente hizo con el sombrero otra señal á las tropas, que se hallaban dispuestas allí cerca. Al momento los caballos matáron á los centinelas, se hiciéron dueños de la puerta y de las fortificaciones inmediatas, y volviéron la artillería contra la ciudad; y avisados los otros seiscientos caballos con la señal de una granada encendida, y con una acelerada carrera de Alenzon, penetráron tambien en la ciudad con grandes gritos. Acometiéron tres mil infantes contra las cercanas puertas, y porque tenian mayor guarnicion que la acostumbrada, no pudiéron tomarlas. Excitados los ciudadanos con el tumulto, y con el sonido de la campana, que se tocó al instante á rebato, dexáron la comida, corriéron á las armas, y cerráron las calles con cadenas. Matáron á muchos de los Franceses, y volviendo la artillería contra el campo de estos, impidiéron la entrada á los demas que venian. Fué grande la mortandad de los enemigos, de los quales se escapáron pocos, y se preservó la ciudad por el valor de sus habitantes, con pérdida de solos ciento, aun-

que los heridos fuéron muchos mas. De los Franceses entre caballos é infantes pereciéron mas de mil y quatrocientos, y entre ellos doscientos y cincuenta nobles. Tal fué el éxîto que tuvo el precipitado intento de Alenzon, comenzado con perfidia, y concluido con mucho daño suyo. Tampoco tuvo mejor fortuna en Ostende, Neuport y Brujas; pero cayéron baxo de su dominio Dendermunda, Dunkerque y Dixmunda. Rechazado y puesto en fuga Alenzon, se disculpó por cartas con los de Amberes lo mejor que pudo, asegurando á los Estados que estaria siempre sujeto á ellos si le admitian en su gracia; pero siendo tan reciente la herida, solo servian los halagos para aumentar el dolor. La Reyna de Inglaterra, el Rey Enrique y el Príncipe de Orange á pesar de todos sus esfuerzos, no pudiéron reconciliarle con los Estados. Finalmente despues de varias negociaciones se conviniéron en que se restituyesen los nobles prisioneros en Amberes, y los bagages, y que los Franceses volviesen á los Estados las ciudades tomadas, á excepcion de Dunkerque, adonde se retiró Alenzon para ponerse en salvo.

El Príncipe de Parma procuró aprovecharse quanto pudo de las discordias de los enemigos; recobró á Endovi de manos de los Franceses, que molestaban el territorio de Bolduc; envió á Mondragon y Mota con parte de las tropas contra Alenzon, y con el resto marchó contra Biron General experimentado, y de gran nombre entre los Franceses. Peleáron con todas las fuerzas en campo igual, y el valor de los combatientes hacia dudosa la fortuna de la batalla, pero al fin se declaró la victoria por los Españoles, que con mucha pertinacia siguiéron á los enemigos fugitivos hasta las murallas de Estemberg; conduxéron á sus Reales treinta banderas, habiendo sido muertos tres mil Franceses, y pocos de los nuestros, entre los quales fué uno Cárlos de Meneses que peleaba en el primer esquadron. Hallándose Biron enfermo de una herida, embarcó en los navíos las reliquias de su exército, y se hizo á la vela con mucha pérdida é ignominia. Si-

guióle Alenzon que se hallaba sitiado por Mondragon y Mota, embarcándose ántes que fuese cercado por mar, y llegó á la presencia de su hermano lleno de confusion. La ciudad sitiada se sujetó al poder de los vencedores, y quedó en ella una guarnicion de Españoles y Flamencos mandados por Francisco de Aguilar, Capitan intrépido de la escuela del César Cárlos. Recobró el de Parma á Neuport, y otras ciudades, y Altipeni con feliz audacia escaló y tomó á Estemberg, Alost fué entregada al de Parma por los Ingleses, á causa de que no se les pagaba su estipendio, y habiéndoseles satisfecho segun el convenio, los recibió en sus Reales. Juan Bautista Tassis tomó á Zutfen con pérdida de solos dos soldados, cuya ciudad fué despues sitiada en vano por Holach. De este modo sucedian prosperamente en este año las cosas de Flandes.

El Rey Don Felipe, despues de haber hecho las exêquias á Don Enrique en la Iglesia de Belen, donde habia mandado colocar el cadáver del Rey Don Sebastian traido del Africa, y los de otros veinte Príncipes Portugueses, se volvió á Lisboa. Celebró allí Cortes de todos los Estados, y á propuesta de D. Alfonso Castelblanco, Obispo de Algarve, fué jurado Don Felipe Príncipe de Asturias. El Cardenal Alberto, Archiduque de Austria, Nuncio perpetuo, como dice Chacon, fué nombrado Gobernador del reyno, y le dió el Rey por consejeros á Don Jorge de Almeida Arzobispo de Lisboa, Pedro Alcasova y Miguel de Moura, y se publicáron entónces algunos nuevos decretos. En Oporto se erigió una Audiencia, cuyos Jueces pasáron de Lisboa, con grande utilidad y conveniencia de sus habitantes. Habia venido á Portugal la Emperatriz María, viuda de Maxîmiliano para visitar al Rey Don Felipe, que en breve debia regresar á Castilla, y se adelantó ella llevando consigo á Juliana de Alencaster hija del Duque de Aveyro, y finalmente siguiendo el exemplo de su padre el César Cárlos, se encerró con Margarita su hija en el Convento de las Descalzas Reales que habia funda-

do en Madrid Doña Juana su hermana. El Rey D. Felipe, despues de haber distribuido á los Portugueses mas dones y gracias que ninguno de sus predecesores, se puso en camino el dia once de Febrero, alegrándose unos, y sintiéndolo otros segun sus diversos afectos. Por este tiempo falleció el Duque de Berganza dexando por sucesor de sus opulentos Estados á su hijo el Duque de Barcelos. Tambien murió Don Sancho Davila, de la coz que le tiró un caballo, despues que con vergonzosa supersticion se habia entregado á un soldado, para que le curase con encantos. Fué ciertamente hombre muy experto en la ciencia militar, y ganó muchas victorias.

CAPITULO XII.

VUELVEN LOS FRANCESES CON OTRA ARMADA A LAS ISLAS TERCERAS. REDUCELAS EL REY DON FELIPE A SU OBEDIENCIA. GUERRA EN ALEMANIA CON MOTIVO DEL CASAMIENTO DEL ARZOBISPO DE COLONIA.

Las islas de Cabo Verde fuéron saqueadas por unos piratas Franceses, acompañados de algunos Portugueses, siendo el principal de estos Manuel Serrada, y además corrió la voz de que se disponia una armada en Francia para divertir las fuerzas de España, con la esperanza de recuperar á Flandes, de lo qual no desistia Alenzon aun despues de su fuga. Movido de esta noticia el Rey Don Felipe, mandó al Marques de Santa Cruz, que habilitase la armada quanto ántes le fuese posible, para sujetar las islas Terceras, á fin de que en adelante no hubiese nuevo motivo de hacer la guerra por ellas. Ocupaba la Tercera Manuel de Silva hombre de malvado carácter, y de una crueldad y rapacidad extrema; y de las demas no se hacia aprecio alguno. Componíase su guarnicion de mil Franceses é Ingleses, y de tres mil Portugueses di-

vididos en compañías. Esta isla, que es la mayor de todas, y da su nombre á las demas, se halla fortificada por todas partes por la naturaleza y por el arte: su circunferencia es de quarenta millas, y se extiende á lo largo desde el Oriente al Occidente. Habiendo arribado la armada Francesa, desembarcó en ella mil y doscientos soldados que mandaba Mr. de la Xata Caballero de Malta. Las cartas del Rey, y de la Reyna madre á los Magistrados en que les hacian promesas, confirmáron en gran manera sus ánimos. Entretanto se hizo á la vela en el Tajo el Marques de Santa Cruz con su armada, que se componia de mas de sesenta navíos grandes. Entónces navegáron por primera vez en alta mar doce galeras con velas quadradas, y un tercer mastil en la popa y dos galeazas, y las seguian treinta y cinco buques de carga. Luego que llegó esta armada á la Tercera, envió Santa Cruz un decreto del Rey en que se concedia á todos el perdon de sus delitos; y habiéndole recibido Silva con mucho desprecio, lo ocultó, amenazando al correo si lo publicase, para que los Portugueses no prefiriesen la paz á la guerra, si llegaban á saber que no tenian que temer pena alguna. Dió Santa Cruz vuelta á toda la isla, y viendo la pertinacia de sus habitantes, se acordó en un Consejo de guerra desembarcar las tropas en el puerto de las Molas. Miéntras que se executaba, mandó el Gobernador tocar las trompetas en diversas partes, y fingir acometidas, á fin de distraer y dividir las fuerzas de los enemigos. Desembarcó la tropa por la noche en una costa llena de escollos muy aspera, y defendida con tres fortalezas, y arrojó de allí las guarniciones, habiendo muerto pocos de los nuestros junto con un Capitan y un Alferez. Silva, luego que oyó el sonido de una campana, que habia puesto en lo alto de los montes para avisarle del peligro, acudió con un poderoso esquadron al socorro de los que se hallaban en aprieto. Trabó pelea con los soldados del Rey que ocupaban aquellos puestos, alternando en ella por algun tiempo la fortuna, hasta que finalmente se dirimió por el hambre,

sed y cansancio de los combatientes, quedando algunos muertos de una y otra parte. La noche siguiente se huyéron vergonzosamente los Portugueses á lo mas áspero de los montes, y viéndose el Frances desamparado de ellos, se retiró tambien al monte al amanecer, para poner en salvo á los suyos. Fatigados los soldados del Rey con la falta de agua, ocupáron el lugar, que habia desamparado el enemigo donde habia mucha abundancia, junto con el pueblo de San Sebastian, y despues que tomáron algun descanso, marcháron á Angra capital de la isla, y en el camino se quedáron algunos muertos por el ardor del sol y la falta del agua. Halláron la ciudad abandonada de sus habitantes, y la fortaleza de su guarnicion, y se empleáron tres dias en sacar la presa. Las tropas navales tomáron y saqueáron inmediatamente la armada enemiga, habiéndose puesto en fuga su tripulacion. Componíase de treinta navíos Franceses y Portugueses, y la presa no fué de mucha importancia, á excepcion de mil y quinientos cautivos. Los habitantes fuéron llamados de órden del General, y se volviéron poco á poco á sus casas. Desde el momento en que Silva conoció el peligro que corria procuró ponerse en salvo, pero los Portugueses estaban muy atentos á impedirle la fuga, aunque al fin se escapó disfrazado.

Habiendo perdido el Frances la esperanza de recobrar la isla, escribió cartas á Don Pedro de Padilla, que habia militado con él en Malta, á fin de que le alcanzase permiso del General para retirarse con honrosas condiciones. Tratóse en el Consejo de guerra, y fuéron de parecer los Capitanes, que se perdonase á los Franceses, pues militaban baxo la autoridad Real, como constaba de las cartas y despachos que se les halláron; pero las condiciones no fuéron honrosas, pues se impuso á los Franceses que viniesen á los Reales, y entregasen las armas, banderas y demas instrumentos de guerra, y que se retirasen con las espadas ceñidas. Vino Mr. de la Xata á saludar al General, y fué recibido por él con mu-

cha humanidad y cortesía. Habiendo llegado Don Pedro de Toledo con parte de la armada á la isla del Fayal, que se hallaba asegurada con una guarnicion de Franceses, envió á Gonzalo Pereyra, hombre de probidad y habitante de la misma isla, para que noticiase á Antonio Guedes, Comandante de aquellas tropas, lo que habia pasado en la Tercera, y le persuadiese á la entrega. Recibióle Guedes con tanta indignacion, que sin respeto alguno de la persona que representaba, le llenó de improperios, y le mató cruelmente por su propia mano. Sospechoso Toledo de lo que habia sucedido, á vista de que no volvia Pereyra, desembarcó en la isla, y peleó con el enemigo, que inmediatamente se retiró á la fortaleza, no teniendo fuerzas suficientes para resistir los soldados del Rey, y hizo la entrega con la misma condicion que sus socios de la Tercera. Pero no dexó Guedes de pagar su atroz maldad, pues Toledo le hizo cortar las manos, y colgarle en la horca atado por el brazo. Fué saqueada la isla en pena de su obstinacion, habiendo quedado en ella para su custodia doscientos hombres mandados por Antonio de Portugal, y finalmente, despues de arregladas todas las cosas, se volvió Toledo á la Tercera: Valderrama pasó de órden del General á la isla Graciosa, y Don Hugo de Moncada á las islas de Pico y Cuervo, y las obligáron á obedecer. Intentó Silva muchas veces ponerse en fuga, pero en vano, y al fin fué descubierto por una negra, y conducido al General; el qual mandó hacer una grande hoguera en la plaza, y quemar la moneda que se habia sellado con el nombre de Antonio. Despues que Silva dió muchas señales de arrepentimiento, y penitencia de las maldades que habia cometido, le cortó la cabeza un soldado Aleman, y fué enclavada en un madero, en el mismo lugar en que él habia mandado poner la de Melchor Alfonso por su fidelidad al Rey, como si el cielo hubiese tenido cuidado de que él pagase en el mismo lugar la pena de su delito. Padeció tambien Serrada igual suplicio por haber robado y saqueado las islas de Cabo

Verde, y fuéron ahorcados otros de los mas delinqüentes. Uno de estos fué Amador de Vieira, enviado por el Rey Don Felipe para asegurar en su obediencia á los que se manifestaban afectos suyos; pero habiendo sido traidor, delataba á Silva como víctimas para que fuesen sacrificadas, á todos los que descubria fieles al Rey. Fuéron puestos al remo los Franceses que habian sido presos ántes del convenio, y los demas que se entregáron despues, se enviáron á Francia con entera fidelidad. Finalmente, habiendo dexado allí una guarnicion de dos mil soldados baxo la conducta de Don Juan de Urbina, hombre diligente é intrépido, regresó Santa Cruz con su armada victoriosa á las costas de Andalucía. En toda España se diéron gracias á Dios por tan señalada victoria, y hubo fiestas públicas con gran regocijo de todos los pueblos.

En Alemania se suscitó de una torpe causa una nueva é impensada guerra, en la que necesariamente se halló implicado el Rey Don Felipe, como tan acérrimo defensor de la Religion Católica. Habia levantado la llama Gebhardo de Truches, Arzobispo de Colonia, que habiéndose dexado arrastrar de la lascivia, se precipitó despues en la impiedad, y acudió á las armas para defender tan mala causa. Trató con excesiva familiaridad á Ines de Mansfeld, bastarda de esta casa, y Monja de singular hermosura, y llegó á tal extremo de demencia, que la sacó de su convento, y se casó con ella abjurando la antigua Religion. No pudo tolerar tan escandalosa maldad el Cabildo de los Canónigos de su Iglesia, aunque habia ganado á algunos de ellos para su ruina, y parecia que aprobaban su locura. Así pues, habiendo decaido aquel hombre de su dignidad por las leyes eclesiásticas y civiles, eligiéron en su lugar ál Obispo de Lieja Ernesto, hijo de Guillelmo Duque de Baviera, con grande aplauso de todos los buenos. Pero Truches, habiendo tomado las armas, é implorado el socorro de los Príncipes, lo llenó todo de terror y tumulto, despreciando las amenazas del César, y las excomuniones del Papa. Casimiro Palatino conduxo un exér-

cito á las fronteras para socorrer á su amigo, á quien todos los demas abandonáron. Cárlos, Conde de Aremberg, llevó socorros á los Católicos por mandado del Rey Don Felipe, habiéndole dado el de Parma quinientos infantes. Por otra parte Fernando, hermano de Ernesto, llevó tambien tropas, que juntas con los Flamencos, comenzáron la guerra contra el sacrílego, la qual fué hecha con varia fortuna. Para concluirla contribuyó mucho el decreto del César, en que amenazó con la proscripcion á los que patrocinasen á Gebhardo. Con esta amenaza, y con la falta que tenia de dinero, retiró Casimiro el exército, sin haber hecho cosa alguna memorable. Pero ni aun esto le fué permitido impunemente, pues habiéndole seguido Aremberg, pasó á cuchillo aquella tropa de hombres perversos, que habian pegado fuego al Monasterio de Tuitz. Llegáron despues nuevos socorros de Flandes á las órdenes de Don Juan Manrique, y fué recobrada Bona, ciudad situada cerca del Rhin, que defendia Cárlos, hermano de Gebhardo, y á él mismo le entregáron sus soldados por una corta suma,
1584. y fué puesto en prision á últimos de Enero de mil quinientos ochenta y quatro. Finalmente habiendo sido tomados algunos pueblos fortificados, y no pudiendo ya permanecer con seguridad en parte alguna del dominio de Colonia el casado Arzobispo, habiendo enviado delante á la fortaleza de Dilemburg á su Ninfa, con la presa que habia robado de las Iglesias, se retiró á Güeldres, donde con las promesas de Holach y Nuenar, concibió grandes esperanzas de que tomarian mejor aspecto sus negocios. Pero le sucedió todo lo contrario, pues Fernando y Manrique, que perseguian á su exército, le alcanzáron en el territorio llamado de Burg, y le derrotáron de tal suerte, que solo ochenta se escapáron á un bosque inmediato. En medio de tanto estrago de los enemigos, solo muriéron diez y siete de los Católicos. La presa que hiciéron fué opulenta, y se recobró toda la Westfalia. Finalmente Gebhardo se fué con su Ines á Delf á refugiarse de su antiguo huesped y amigo el Príncipe de Orange.

CAPITULO XIII.

ENTREGANSE ALGUNAS CIUDADES DE FLANDES. MUERTE DE LOS PRINCIPES DE ALENZON Y ORANGE. NOMBRAN LOS ESTADOS POR SUCESOR A SU HIJO MAURICIO.

No cesaba entre tanto el de Orange de persuadir, exhortar y hacer todos sus esfuerzos para que los Estados volviesen á llamar al Duque de Alenzon, y todo esto lo hacia por su propia conveniencia; pues habia exígido de él la posesion de la Holanda, para si y sus sucesores por derecho de feudo, cuya esperanza se le frustraba si no le llamaban. Mas fuéron en vano todos sus artificios, porque las ciudades marítimas habian penetrado sus verdaderos designios, y que posponia el bien público á sus particulares intereses, por lo qual no pudo conseguir sus deseos. El Príncipe de Parma, habiendo tomado algunas fortificaciones y erigido otras, sitiado los caminos y cerrado los rios, impedia á un mismo tiempo la entrada de los víveres en muchas ciudades, y como los que pretendian conducirlos fuesen muy molestados por las guarniciones que tenia distribuidas, llegáron ya al extremo de sentir la escasez y el hambre. Por esto pues, los de Ipres, deponiendo su obstinacion, abriéron las puertas al de Parma, pactando ántes, que no padecerian ninguna hostilidad. Los de Gante y Brujas, obligados por la necesidad, se inclinaban á la paz, á cuyo efecto enviáron Diputados al de Parma, que se hallaba en Tornay, pero el suceso no fué igual, pues los de Brujas, como mas modestos, recibiéron la paz que se les concedió. Su guarnicion, que se componia de diez compañías de Escoceses, pasó al Rey de España, y fué recibida en el campo con honrosas condiciones. Pero los de Gante, quebrantando el tratado,

desecháron las condiciones de la paz; y propusiéron al de Parma nuevas peticiones muy excesivas, de cuya insolencia irritado aquel Príncipe, mandó á los Diputados que se retirasen de su presencia, amenazándolos con castigo si volviesen. Luego que fué descubierto este negocio, se excitó un gran tumulto en la ciudad, y como los Calvinistas eran mas poderosos, arrojáron fuera de ella á los Católicos. Campigni, que estaba allí detenido por las antiguas sospechas, o mas bien por sus discordias con el de Orange, fué puesto en la carcel con otros muchos con grande peligro de su vida, y llegó á tal extremo la locura de los de Gante, que tratáron de llamar á Alenzon, sin contar en nada con los Estados. Pero ya era tarde, puesto que este habia fallecido en aquellos dias de una enfermedad en el castillo de Thierry á los treinta años de su edad, jóven desgraciado en las prendas de cuerpo y alma, y poco favorecido de la fortuna. Casi en los mismos dias se pasó con sus hijos al partido del Rey, Guillelmo Conde de Berghes, habiendo dexado la Provincia de Güeldres, que gobernaba á nombre de los Estados.

A estas desgracias de los rebeldes, se juntó la muerte del de Orange, asesinado en Delft por Baltasar Gerardo, natural de Borgoña. La Reyna Madre de Francia habia enviado á este jóven, para que diese noticia al de Orange de la muerte del Duque de Alenzon. Permaneció allí algunos dias, y fué despedido, pero fingiendo habérsele olvidado alguna cosa, volvió al palacio al tiempo que el de Orange se levantaba de la mesa, y habiéndose acercado á él como para hablarle, le tiró un pistoletazo al corazon, y le dexó muerto; poniéndose en fuga inmediatamente. Pero habiendo sido cogido por los Guardias que acudiéron al tumulto y gritería, fué entregado al verdugo, para que le diese tortura, y fué tanta su constancia y fortaleza en los crueles dolores, que dexó atónitos á los mismos que le atormentaban. Su cabeza fué clavada en un palo, y dice un escritor de aquel tiempo, que se mostró á la vista de los que la miraban mucho mas hermosa de lo que era en vida. El

cadáver de Orange fué sepultado con gran pompa. Fué este un hombre sin fe, sin probidad, y sin religion. El fraude y la ambicion le dominaban, y el deseo de conseguir lo que se proponia en su ánimo, le hacia traspasar todas las reglas de la justicia y equidad. Su aspecto era mejor que su talento. Sabia admirablemente el arte de disimular y fingir aun con sus amigos, y finalmente fué un hombre que tenia todos los vicios. Mauricio, su hijo mayor, á quien tenia custodiado en España el Rey Don Felipe, fué declarado Gobernador de la Flandes confederada, y Holach por su Teniente. En vano fué rogado el Rey de Francia á que recibiese baxo de su proteccion las provincias confederadas, habiéndoselo disuadido Don Bernardino de Mendoza, Embaxador del Rey Don Felipe en la Corte, el qual amenazó con una cruel guerra á Enrique, que en aquel tiempo fluctuaba entre los Hugonotes y los Cathólicos de la Liga, de tal suerte que apénas podia sostener su dignidad Real. Como este intento no surtiese efecto alguno, se dirigiéron los Estados á la Reyna de Inglaterra, temerosos de las fuerzas Españolas; porque el de Parma, orgulloso con tantas victorias, y reforzado con tres regimientos de Portugal, y algunas compañías de Italianos, en que se hallaban muchos nobles voluntarios, amenazaba formidablemente á sus cabezas. Por este tiempo habia comenzado á sitiar á Amberes, ciudad fuerte, habiendo cerrado el puente del Escalda para impedir la entrada de víveres. Miéntras que se trabajaba con valor en las obras del sitio, corrió prontamente con parte de las tropas, expugnó á Dendermunda, despidió sin armas á la guarnicion, multó á los habitantes en sesenta mil escudos, y habiendo dexado allí á Juan de Ripa, valeroso Español, con un poderoso trozo de gente para la custodia de la Ciudad, se volvió á los Reales. Siguióse á esta la entrega de Vilvordia, y de allí á poco la de Gante, sitiada por Antonio Olivera. La obstinacion y maldades de los Ciudadanos fuéron castigadas con duras condiciones; las que acaso hubieran sido mas duras

por la muerte de Juan Embisio, hombre de los mas principales, y de otros que deseaban la paz, si no hubiese intervenido Campigni, á quien sacáron de la carcel, el qual pidió por ellos, olvidándose de las antiguas y recientes injurias. Aplacado el de Parma por sus ruegos, los multó no obstante en trescientos mil escudos de oro, y mandó que reparasen la fortaleza: y á los Calvinistas que volviesen á la antigua religion, ó saliesen de la ciudad, segun el decreto del Rey. Puso en ella una guarnicion de Walones, mandada por el mismo Campigni. En la Frisia prosperaba Verdugo con sus hazañas. Defendió á Zutfen con admirable constancia, y mandó el de Parma al Conde de Aremberg y á Manrique que acudiesen á socorrerle, despues de haber concluido con tanta felicidad la guerra en los dominios de Colonia. Con la fama de su venida, los enemigos que tenian doble número de tropas baxo el mando de Holach y Nuenar, se pusiéron en ignominiosa y precipitada fuga. Estas son las cosas acaecidas en Flandes.

En la América Septentrional fué descubierta por Valtero Raleig la Virginia, á la qual dió este nombre en obsequio de la Reyna de Inglaterra, á quien sus súbditos atribuyéron la gloria de la virginidad. Pocos años ántes se divulgó la fábula del descubrimiento de las Batuecas en el Reyno de Leon, y en los estados del Duque de Alba. Ignórase el nombre del descubridor; y solo se cuenta que cierto noble de la familia del Duque de Alba se huyó á aquellos lugares, por el miedo de haberse descubierto una mala amistad que tenia con una criada. Añaden otras cosas, segun la costumbre del vulgo para hacerlo creible; pero todo es un delirio. Algunos Autores no vulgares lo han asegurado, remitiéndose á los archivos y chrónicas de los Carmelitas descalzos, siendo así que en ellas no se encuentra ni una sola palabra sobre esta materia, como lo afirma el Padre Fray Joseph de Santa Teresa en su chrónica carmelitana, Tomo III. libro X. Capítulo XIII.

CAPITULO XIV.

VIAGES AL ESTRECHO DE MAGALLANES. DESCUBRIMIENTO DEL ESTRECHO DE LEMAYRE. EL REY DON FELIPE ES JURADO EN TODOS LOS DOMINIOS PORTUGUESES DE LA INDIA.

Deseoso el Rey Don Felipe de impedir las correrías de los Piratas en el mar del Sur, y habiendo oido el dictámen de Sarmiento y Corso, que como ya diximos, reconociéron el Estrecho de Magallanes, fué uno de sus cuidados el guarnecer con castillos sus entradas. Algunos de los mas prudentes, á quienes consultó, les parecia que esto no produciria fruto alguno, y creian que se perderia la obra y el gasto, porque el arte y la industria de los navegantes se burlaria de las fortalezas. Pero como los Reyes son vehementes en sus deseos, y á fin de precaver todos los sucesos á que se hallan expuestos los grandes imperios, mandó disponer una armada, y conducir en ella los materiales para levantar los castillos. Equipáronse con efecto veinte y tres navíos bien provistos de todo, y confirió el mando á Don Diego de Valdés, dándole por compañeros á Sarmiento y Corso. Desde el principio fué desgraciada la navegacion, pues habiéndose levantado una tormenta al tiempo que entraba en alta mar, fué arrojada á Cádiz, perdiéndose tres navíos con parte de sus tripulaciones. Desde allí corrió hasta las islas de Cabo Verde, y pasó al Brasil, donde invernó desde Abril hasta principios de Octubre: pero luego que volvió á salir al mar, le arrojáron las tempestades á la isla de Santa Catalina, y se perdiéron otros navíos con su gente. Tres de ellos que fuéron muy maltratados, los entregó á Andres Eguino para que los conduxese al rio Janeyro, y otros tres á Alfonso de Sotomayor para que subiese con ellos al rio de la Plata hasta Buenos Ayres, mandándole que en

el término de veinte dias penetrase por tierra á Chile adonde iba de Gobernador, lo que se hizo con dictámen de Corso, para que no se expusiese á los peligros del estrecho. Habiendo llegado Alfonso á su destino, con su esquadron de gente armada, peleó con felicidad venciendo mas de una vez á los rebeldes; y de aquellos tres navíos solo llegó uno al rio Janeyro, conducido por Pedro Diaz, piloto Portugues. Eguino acometió á dos navíos Ingleses en el puerto de San Vicente, y los puso en fuga, pero perdió uno de los suyos que se sumergió en el mar. Entretanto Valdés rechazado muchas veces del estrecho, por la fuerza de los furiosos vientos, como si indignado el Océano de que intentase echarle grillos se hubiese conjurado con ellos para perderle, volvió con su armada al puerto de San Vicente sin haber hecho cosa alguna. Habiendo levantado allí un castillo para quitar á los Ingleses el deseo de freqüentarle, dexó en él á Tomas Garro con cien soldados de guarnicion. Desde San Vicente navegó al rio Janeyro, adonde habia arribado de España Diego de Abreu, enviado por el Rey con cinco navíos de socorro. A peticion de Fructuoso Barbosa, que mandaba en aquellas partes, marchó contra los Franceses obstinados en molestar las costas, y los puso en fuga, lo que no habia podido conseguirse hasta entónces. Tomóles quatro navíos cargados de palo de Brasil, arrasó hasta los cimientos la fortaleza que habian levantado en el puerto de Parayva, edificó otra en parage oportuno, y la aseguró con una guarnicion de ciento y cincuenta soldados, y un Gobernador Castellano, y finalmente en este año se volvió á Sevilla de donde habia salido. Su Teniente Diego de Ribera tomó á su cargo el continuar la empresa, aunque no con mayor fortuna, pues habiendo reparado algunas naves, se dirigió al estrecho, y venció el primer canal con felicidad; pero habiéndose levantado un terrible viento fué rechazado con mucha violencia, y arrojado á la alta mar. Quatro veces hizo en vano la misma tentativa, y persuadido al fin de que era una temeridad pelear contra los hados, que se le mostraban

tan adversos, desembarcó á Sarmiento en la costa Septentrional, cuyo gobierno se le habia confiado, con trescientos soldados, y todas las provisiones necesarias, y le dexó dos navíos. Despues de esto le arrebatáron los vientos al Océano, y arribó con tres navíos al rio Janeyro, y desde alli navegó á Sevilla, habiendo consumido tres años en aquella expedicion. Fundó Sarmiento una ciudad con el nombre de San Felipe; pero creemos que subsistió poco tiempo, pues en parte alguna se hace mencion de ella.

En el siglo siguiente, y en el año de mil seiscientos diez y nueve, con la fama del nuevo estrecho, navegáron á él con dos navíos de órden del Rey los hermanos Bartolomé, y Gonzalo Nodales Gallegos, á quienes acompañó Diego Ramiro, natural de Xátiva en Valencia, hombre muy docto en las matemáticas, para que escribiera todo quanto observase en aquella navegacion. Dió motivo á esta empresa Jacobo Lemayre, hijo de Isaac, natural de Amberes, el qual quatro años ántes exploró lo interior del mar del Sur, y no sin fruto, pues descubrió un estrecho á los cincuenta y quatro grados, que tomó el nombre de Lemayre por su descubridor. Creyóse entónces que habia muchas islas ácia el mediodia, muy separadas unas de otras, y que todo lo demas era un vasto, é inmenso Océano. Despues de varios sucesos llegó Ramiro al deseado estrecho el dia de San Vicente, y habiéndole reconocido le dió este nombre: á una de sus puntas llamó Xátiva, y Farillones á las islas que habia en la parte opuesta, señalando algunas de ellas con los nombres de sus compañeros. En el dia octavo de la luna, en que á la hora de las tres acaece el fluxo del mar en las costas de España, observó que en la misma hora sucedia el refluxo en aquellas costas Antárticas. Navegó Ramiro hasta los sesenta y tres grados, donde la luz del dia dura veinte horas; y no debemos omitir que se encontráron allí unos árboles, cuya corteza tiene el sabor de pimienta. Entabló comercio con los habitantes de aquella region, dando y recibiendo cosas de muy poco valor, y se entendian

por señas y movimientos. Andan los naturales desnudos sin cubrir parte alguna de su cuerpo; la tierra es en extremo fria y estéril, y aun produce muy mal los frutos propios que en ella se cultivan. En la navegacion de Lemayre se refiere que los Flamencos descubriéron los Laros, llamados así por la semejanza que tienen con los Cisnes, cuyo sabor es muy delicado: y que los Españoles descubriéron leones que son unos peces á quienes se da este nombre, porque son muy parecidos á aquellos animales, así en la figura, como en el rugido y ferocidad. Saltáron á tierra, y habiéndolos acometido, fuéron muertos muchos de ellos, cuyas pieles traxéron á España en prueba de la verdad de su relacion. Finalmente á los diez meses entráron en el puerto de Lisboa de donde habian salido causando á todos grande admiracion; y se manifestó claramente quán vanos eran los esfuerzos y gastos que hizo el Rey Don Felipe para cerrar el estrecho de Magallanes.

Gobernaba otra vez la India Luis de Ataide Conde de Atougia, á quien escribió cartas el Rey Don Felipe haciéndole muchas promesas, en premio de haberle reconocido en aquellas remotas regiones; pero ya habia fallecido á principios del año de mil y quinientos ochenta y uno, con gran fama de valor, y de ánimo intrépido en los peligros. Fué declarado su sucesor Fernando Tello, habiendo abierto la Real Cédula Don Juan Ribeyro Obispo de Malaca, y Presidente del Consejo. Este pues, avisado por las cartas de los Gobernadores de Portugal del estado de las cosas, y habiéndole mandado el Rey que continuase en el gobierno, juró solemnemente á Don Felipe en la Iglesia Catedral de Goa el dia tres de Septiembre, segun se le habia ordenado, y de este modo se sujetó á su imperio toda la India, y tambien las demas posesiones que los Portugueses tenian en el Oriente, á cuyo fin envió Gonzalo Ronquillo Gobernador de Filipinas al Padre Alonso Sanchez Jesuita á la isla y plaza de Macao situada en la China. Con su talento y buenos oficios, consiguiéron que esta Colonia jurase fidelidad al Rey

Don Felipe, con cuyo motivo se celebráron allí grandes fiestas. El primer Virrey de la India, electo por el nuevo Rey, fué Francisco Mascareñas, que con su heroyco valor habia arrojado de Chaul á Nizamaluc, y le condecoró con el título de Conde de Santacruz. Llegó á Goa con una armada de cinco navíos, y desde luego persiguió y castigó á los piratas que infestaban aquellos mares, pero en esta expedicion muriéron algunos hombres de mucho valor.

Hallábase Ormuz molestada de los enemigos, y la defendió con feliz suceso su Gobernador Gonzalo de Meneses, que habiendo juntado sus tropas con las del Reyezuelo, les tomó su importante fortaleza de Xamel. En vano intentó el Rey de Achen invadir á Malaca, no habiendo sacado otra cosa que ignominia y pérdida. Gil Mascareñas hizo tambien algunos daños al Zamorin. Incendió en gran parte á Calecut, y algunos pueblos de su territorio, con cuya pérdida se vió obligado á pedir la paz. Levantóse una fortaleza en Panane en lugar de la de Chale, que el Zamorin habia tomado, pero la paz duró muy poco tiempo. El año de mil quinientos y ochenta y tres llegó á Goa el R. P. Fray Vicente de Fonseca del órden de Santo Domingo, electo sucesor del Arzobispo Don Enrique de Tavora. Orgulloso Gil con la victoria ganada á los bárbaros, y descuidando temerariamente de su vida, fué muerto por ellos, aunque despues fuéron vencidos, y pagáron la pena de este atentado.

Miéntras que ardia la guerra en las Molucas, el Gobernador de Filipinas Don Santiago de Vera envió al Capitan Juan Ronquillo con diez fragatas para socorrer al Gobernador de Tidore, que se hallaba muy estrechado por los bárbaros. En tiempo del Virrey Duarte de Meneses, que sucedió á Mascareñas, acudió Pedro Sarmiento desde Filipinas con quatro navíos para socorrer á los Portugueses, que estaban muy apurados; y habiendo juntado las fuerzas, peleáron con el tirano de Ternate con igual fortuna. Fué intentado en vano el tomarles la fortaleza; pues de tal modo se habian endurecido con las continuas guerras aquellos

bárbaros afeminados, y la hacian con tanta inteligencia que no parecian inferiores á nuestras tropas. Peleóse muchas veces en Mozambique con los Cafres, que habiendo salido de su pais en gran número, talaban todo quanto encontraban. Las cortas fuerzas de los Portugueses no eran suficientes para rechazar á tanta multitud de enemigos. Hiciéronles algunos daños, y los recibiéron tambien de ellos, pero no hubo accion alguna memorable. Gonzalo Camera, Almirante de la armada, se portó en muchas ocasiones con tanta imprudencia y cobardía, que los enemigos le despreciáron y dexáron de ser temidas las armas Portuguesas. Los demas sucesos los referiremos en los años siguientes.

CONTINUACION DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA:

LIBRO NOVENO.

CAPITULO PRIMERO.

EMPRENDE EL PARMESANO CERRAR EL ESCALDA, PARA IMPEDIR LA ENTRADA DE SOCORROS EN AMBERES. ESFUERZOS DE LOS SITIADOS PARA RESISTIRLE, ENTREGASE AL FIN LA CIUDAD, Y OTRAS DE FLANDES.

El Príncipe de Parma llevaba adelante con admirable industria la grande obra de cerrar el rio Escalda, y causaba terror á los de Amberes, que al principio se burlaban de esta empresa. En las dos margenes del rio habia grandes diques para contener su ímpetu, y cerca de ellos levantó dos castillos que defendiesen las entradas del puente; uno en la parte de Ordan, y otro en la de Calloo, pueblos inmediatos situados entre la ciudad y el mar. El puente era de madera, y en medio de la corriente tenia sesenta barcas apoyadas sobre tablones, siendo su longitud de mil trescientos cincuenta pies. Por la parte superior, y por la inferior le guarnecian muchas naves con valerosas tropas, cuyos mastiles estaban armados de puntas de hierro, para rechazar á los buques enemigos, en caso que los sitiados hiciesen alguna tentativa por la ciudad, ó los Holandeses por el Océano. En el puente y castillos

habia colocados noventa y siete cañones con sus cuerpos de guardia y artilleros, y tambien estaban prevenidas algunas fustas para ocurrir subsidiariamente á qualquier encuentro. Tan árdua como esta era la empresa de impedir la entrada de víveres en Amberes. Entretanto emprendió el Parmesano otra obra de un trabajo verdaderamente improbo. Tilino hijo de Nuan impedia la navegacion desde Gante, habiéndose apoderado de la embocadura del Escalda sobre Amberes, y levantado en aquel parage una pequeña fortaleza. Abrió pues el Parmesano un foso de catorce millas de largo desde el rio Moer de Gante al Escalda, mas abaxo del puente, y para que no pudieran introducirse en él los Holandeses á interceptar los víveres, edificó un castillo en la parte donde el foso entra en el Escalda, al qual llamáron los Españoles la union, y Parma al foso, en memoria de su autor. Poco despues fué Tilino hecho prisionero y encerrado por largo tiempo en la fortaleza de Tornay en pena de las molestias que habia causado. Al mismo tiempo se apoderó Holach de Bolduc por un descuido de sus habitantes; pero animados estos por Altipenni que casualmente se hallaba en esta ciudad, convalecido algun tanto de su dolencia, le arrojáron de allí con mucha pérdida é ignominia. La armada Holandesa habia venido á Liló con el designio de acometer al puente, en caso que el de Parma excitado del peligro, sacase de allí las guarniciones de los Bolduquenses; pero el éxîto de esta tentativa no correspondió á las esperanzas. Miéntras tanto talaba y destruia todas las cercanías de Bruselas Jorge Basta, hombre de esclarecida fidelidad y valor, que mandaba la caballería Albanesa. Con sus ardides y vigilancia se apoderaba de todos los comboyes de víveres, y los ciudadanos llegáron ya á tal extremo, que á cada paso se caian muertos de hambre. Una muger de la plebe que tenia muchos hijos, arrebatada de un furor rabioso al oir sus continuos clamores, les dió á todos un veneno, y despues le bebió ella misma, para libertarse quanto ántes de las congojas de una muerte tan prolongada. Vencidos pues con el hambre

los Bruselenses se entregáron á Farnesio el dia doce de Marzo de mil quinientos ochenta y cinco, y habiendo puesto una guarnicion en la ciudad, arregló las cosas sagradas y civiles lo mejor que pudo, segun las órdenes del Rey. De allí á poco tiempo Nimega, ciudad principal de la Provincia de Gueldres, situada en el rio Vaal, habiendo arrojado de sí á los Ministros Calvinistas, volvió á su deber con grande alabanza de los ciudadanos Cathólicos, que para conseguirlo se expusiéron á mucho peligro. 1585.

En Amberes preparaba algunas naves incendiarias el Italiano Federico Jambelli, hombre de carácter cruel y perverso, que aborrecia con odio mortal á los Españoles, á causa de que en la Corte del Rey Don Felipe habia sido despreciado su arte de fabricar nuevas máquinas de guerra. Tenia dispuestas entre otras naves, quatro barcas con gruesas vigas, cuyas concavidades fabricadas en forma de bóveda las llenó de una extraordinaria pólvora, que él mismo habia compuesto, y de balas de hierro, de cadenas muy gruesas, y de otras cosas semejantes, para dispararlas por todas partes, y encima de todo puso unas grandes piedras, para aumentar la violencia de los fuegos, y el estrago de los Realistas. Habiéndolas arrojado por el rio abaxo, las seguian otras trece ardiendo entre las tinieblas de la noche, no sin deleyte de los que las miraban, mezclado con el terror del mal que temian. Las mas de ellas rebentáron en varias partes con poco ó ningun daño; pero la mayor de todas rompió las amarras del puente, y se detuvo en la parte occidental. A este tiempo el Alferez Español Vega, conmovido del mal que amenazaba, exhortó con muchos ruegos al de Parma, que desde el inmediato castillo daba órdenes á todas partes, que se retirase de allí, lo que con efecto hizo inmediatamente. Reventó la barca con tan horrendo estallido, que parecia hundirse todo el cielo. Siguióse al trueno un espeso nublado de piedras, y de otras materias, que causó un miserable estrago en los soldados, y deshizo una parte del puente. ¡Cosa admirable! Un jóven de los que acompaña-

ban al de Parma fué arrebatado vivo á la ribera oriental del rio, y solo sacó una herida en un hombro. La violencia del fuego arrojó á algunos al rio y á las naves; y finalmente aquella mortífera barca salida del infierno consumió á mas de quinientos hombres. Risbourg fué encontrado el dia siguiente sin cabeza. Gaspar Robledo, Portugues, Señor de Billi por haberse casado con una noble Flamenca que tenia este título, fué descubierto despues de algunos meses enclavado á una viga del puente, y fué conocido por el collar de oro. El de Parma despues de haber volteado como un torbellino, cayó en tierra herido en la cabeza, junto con el Marques del Basto, y Gaston Spínola; pero habiendo recobrado el sentido, acudió al puente, y animó á las tropas que estaban consternadas. Hizo luego reparar con los primeros materiales, que pudiéron encontrarse, la parte destrozada del puente, y el Castillo, para que la armada enemiga que se hallaba prevenida con los víveres, no pudiera introducirse por las ruinas en la ciudad. Sucedió la cosa á medida de sus deseos; porque como los que iban en ella no descubriesen entrada alguna por donde pudiesen pasar, no se moviéron de su puesto, persuadidos de que la empresa de las incendiarias no habia producido el efecto que se esperaba. De este modo quedáron burlados los enemigos, y diéron tiempo para reparar los daños que habian hecho; y entretanto que se trabajaba en esta obra con mucha actividad, llamó el Parmesano las guarniciones inmediatas, y hizo conducir la artillería, con la qual aseguró mas y mas los lugares fortificados. Nombró á Basto General de la caballería, y no omitió cosa alguna para precaverse, habiéndole hecho mas cauto el anterior peligro. Como los enemigos se veian enteramente excluidos del rio, rompiéron su presa, y haciéndole correr por el campo del Brabante, intentáron una nueva navegacion á Amberes; pero les servia de estorbo la trinchera fortificada por los Realistas, que atravesaba desde Convestein hasta la entrada del Escalda, y miéntras no la superasen, eran inútiles todos sus esfuerzos. Em-

prendiéronlo con efecto Holach y Justino de Nassau, pero con grave daño suyo, habiendo perdido muchos soldados y quatro navíos. En este lance sobresalió mucho el valor de Gamboa, Ortiz, Padilla, y otros, que rechazáron á los enemigos hasta sus navíos.

Los sitiados enviáron catorce barcas contra el puente; seis de estas cargadas con pólvora, y las demas solo ardian por la parte exterior. Las proas de ellas iban armadas de anchas segures, y sierras para que hiciesen pedazos todo lo que encontrasen delante del puente. La principal barca navegaba con una vela debaxo de la quilla, para que extendida y impelida con el agua, fuese conducida en derechura al medio del puente, lo qual fué invencion de un Aleman discípulo de Jambelli. Pero ocurrió á este daño el valor y presencia de ánimo de Tork, Ingles Cathólico, que volando por todas partes con buques armados, echaba los garfios á las naves incendiarias, y á fuerza de remeros las atrahia á las orillas, y allí las amarraba con las áncoras, para que no pudiesen hacer daño alguno al puente. Mas no pudiendo acudir á un mismo tiempo á todas las naves, ó porque las fuerzas de las suyas no eran suficientes para resistir al ímpetu de algunas de ellas; la que llevaba la vela extendida por baxo de agua, atravesó el puente que se desarmó (porque desde la pérdida anterior le mandó hacer levadizo el de Parma) sin mas daño que el de llevarse una de las mesas en que se apoyaba, y habiéndola seguido las otras, rebentáron léjos de allí sin haber hecho el menor estrago, ántes bien con mucha risa de los que las miraban. El último esfuerzo que hiciéron, fué un navío de forma y grandor enorme armado con gruesa artillería, y con mil y quinientos granaderos, y los sitiados estaban tan confiados del buen éxito de esta máquina, que la llamaban el fin de la guerra. Habiendo roto los diques del Escalda, la introduxéron en los campos inundados, y al principio causó algun terror y daño á los Realistas, arruinándoles con un continuo ataque el Castillo, situado en la cabeza oriental del puente. Pe-

ro habiendo correspondido con su artillería los que defendian aquel puesto, sacáron de allí el navío, para que no fuese enteramente sumergido, y miéntras maniobraban para ello, se encalló de tal manera en un baxo, que ni aun alijándole de su mucho peso, no fué posible moverle con fuerza alguna. Finalmente viendo los enemigos que estas máquinas no les aprovechaban cosa alguna para su principal intento, y confiados en el valor de los soldados, determináron pelear á fuerza abierta, para socorrer á la afligida ciudad. Así pues, acometiéron repentinamente con multitud de navíos á la trinchera de Convestein, que era la que les impedia la navegacion, expugnándola unos por Liló y otros por Amberes; y habiendo echado delante quatro navíos cargados de pólvora, rebentáron cerca de la trinchera y arrojáron de su puesto á los soldados del Rey. Embistiéron por aquella parte los mas audaces de los enemigos, y rechazáron á los que ya se hallaban aterrados. Pero dentro de breve tiempo volviéron en sí los Realistas, se animáron con mutuas exhortaciones, y cortáron la trinchera. Escapóse Holach á la ciudad en un pequeño buque por una abertura, que no era capaz de dar paso á navíos mayores, y habiendo anunciado la victoria, fué recibido con mucha alegría de los habitantes, la que luego se convirtió en tristeza, viendo que no correspondia el suceso á la esperanza, y el mismo Holach se retiró avergonzado de la ciudad.

Entretanto habiendo recobrado el ánimo los Españoles, peleáron intrépidamente, y quedáron muertos Padilla, Chaves y otros hombres fortísimos. Acudiéron por diversas partes á su socorro Juan del Aguila, Mondragon, Capissuchi, y otros Capitanes, cada uno con una escogida tropa de los suyos. El de Parma hizo venir prontamente de la ribera opuesta doscientos Españoles con Viveros, y un Capitan veterano, y peleaban en la misma trinchera en un parage tan estrecho, que apénas podian extenderse los esquadrones. Los enemigos, encubiertos con la tierra que habian amontonado, combatian con mucho valor, y

defendian el puesto que habian ganado. Peleáron con sumo teson por espacio de hora y media entre los torbellinos de las balas que volaban de los navíos por una parte y otra; y habiendo ganado los Españoles la trinchera de tierra movediza, que habian levantado los enemigos, peleáron cuerpo á cuerpo á pie firme. Ya no se veia otra cosa que muertos, quando llegáron á su socorro las tropas de mar, que sufriéron algun tiempo el ímpetu de los soldados del Rey. Pero habiéndolo renovado con mucha gritería, exhortándolos con la voz, y el exemplo Agustin Romano, valeroso Capitan del tercio veterano de Velasco, puso en fuga á los enemigos, obligándolos á retirarse con gran confusion y pérdida á sus navíos. Fuéron tomados dos de estos por algunos Españoles, que los persiguiéron á nado, llevando las espadas en la boca, y no pudiéron apresar mayor número, porque al tiempo del refluxo, se apresuráron los Holandeses á volver al rio. Los navíos de Amberes que estaban á la otra parte de la trinchera, y fuéron mas descuidados en retirarse, se quedáron encallados en los baxos. Apoderáronse los Realistas de veinte y ocho naves, y quatro se sumergiéron despedazadas por la artillería. Dícese que en esta pelea muriéron dos mil y quinientos de los enemigos, y setecientos de los Realistas, la mayor parte Españoles é Italianos, siendo menor el número de los heridos. A la verdad en este dia combatiéron con increible valor, no solo los Españoles, sino tambien las tropas auxîliares de otras naciones. La trinchera, que habia sido arruinada por diversas partes, fué reparada con admirable prontitud por los vencedores, con los materiales que pudiéron encontrar, con céspedes, y con los cuerpos de los que habian muerto. El Conde de Mansfeld medio quemado con un barril de pólvora que se encendió por casualidad, introduxo á remolque en el Escalda el navío ó máquina, que llamaban el fin de la guerra, y le presentó al Parmesano con otros navíos de los enemigos.

La cruel hambre que se aumentaba cada dia co-

menzó á domar la obstinacion de los de Amberes, pues Aldegunde habia ya apurado todos sus ardides para mantenerla. Y como ya se hablaba libremente en los corrillos, y se veian asomos de una sublevacion, pasó él mismo á los Reales con pretexto de tratar de las condiciones para la entrega de la ciudad; pero en realidad sin otro fin que el de engañar y ganar tiempo. Sus artificios le aprovecháron muy poco; porque habiéndolos conocido el de Parma, envió la caballería á los campos de Amberes y Malinas, y mandó segar todos los trigos, y conducirlos á los Reales, para quitar al enemigo la esperanza de sustentarse. Con efecto Malinas se halló en breve obligada á la entrega, habiendo sido tomados los castillos de su territorio; con cuyo exemplo, y no pudiendo ya los de Amberes tolerar mas tiempo tan largo encierro, comenzáron á tratar seriamente de la entrega de la ciudad. Refiérese que entretanto aprovechándose los Holandeses de la marea, y de un fávorable viento, habian intentado destruir el puente con naves incendiarias, pero que fuéron vanos sus conatos; y que los Realistas celebráron con una descarga de su artillería las inútiles tentativas de los enemigos. Por este tiempo Egmont y Nuan fuéron llamados, y puestos en libertad, despues de un largo cautiverio. El de Parma recibió en los Reales con aparato magnífico el Toyson de oro que le envió el Rey Don Felipe, y hubo banquetes y regocijos con este motivo; juntándose tambien la alegría de haberse entregado la ciudad, despues de muchos debates de una parte y otra á cerca de las condiciones. Estas fuéron honrosas, y se firmáron á fines del mes de Agosto. El de Parma fué recibido por los ciudadanos con extraordinaria pompa, acompañándole los principales del exército, y Ariscot, Egmont y otros muchos de la Grandeza Flamenca. Restableció con gran zelo y cuidado la Religion Cathólica, que estaba quasi extinguida, y dexó una guarnicion de Alemanes y Walones baxo el mando de Verpii. Nombró á Campigni Gobernador de la ciudad, la que fué multada en

quatrocientos mil escudos. Concedió á los Ingenieros Barroci y Plati los materiales del destruido puente en premio de sus buenos servicios, y pagó su estipendio á los soldados. Mandó que inmediatamente se reparasen los diques del Escalda, arruinados en muchas partes por las injurias de la guerra, y porque el alojamiento de las tropas era gravoso á los ciudadanos, reedificó á peticion de ellos mismos la parte de la fortaleza que mira á la ciudad, y habia sido destruida en un tumulto; y puso á Mondragon por comandante de ella.

CAPITULO II.

CONTINUAN LAS VICTORIAS DE LAS ARMAS DEL REY EN FLANDES. MUERTE DE GREGORIO XIII, Y ELECCION DE SIXTO V. CASTIGO DE DOS IMPOSTORES EN PORTUGAL, QUE FINGIERON SER EL REY DON SEBASTIAN. SEDICIONES DE NAPOLES.

Miéntras tanto que los Realistas tenian sitiada á Amberes, hubo en diversas partes varios encuentros, entre los quales fué memorable uno de la caballería, en el que el Marques del Basto derrotó y puso en fuga un gran número de enemigos. Mota intentó en vano y con pérdida suya apoderarse de Ostende, plaza marítima de comercio, y otro tanto sucedió á los enemigos en las ciudades inmediatas de Nieuport y Lira. Schenk se pasó al partido de los Estados, irritado con el Príncipe de Parma porque para el gobierno de Gueldres habia preferido á Altipenni. Puso en libertad á Nuenar que habia sido vencido en una batalla. Verdugo y Tassis su Teniente rechazáron de una vez de la Frisia á Juan de Nassau, despojándole de su campo. Pero si el cielo no hubiese mirado por los Españoles, hubieran resarcido los ene-

migos abundantemente este daño con la astucia de Holach, que habiendo abierto las compuertas del rio Mosa, le arrojó sobre las legiones veteranas, que poco ántes habian venido de Portugal, y se hallaban acampadas en la isla de Bomel. Consternados los Españoles con tan grande y tan repentino peligro, transportáron la artillería y equipages á Emplio y los lugares mas elevados, porque la fuerza de las aguas lo ocupaba todo de tal suerte, que parecia el campo un ancho mar. Sobrevino despues Holach con su armada conducida por la abertura de la presa del rio, y les hizo intimar que depusiesen las armas y su ferocidad, y que se le entregasen á discrecion, pues no podrian evitar la muerte, aunque se volviesen páxaros. Pero aquellos varones fuertes, á pesar de que se hallaban sorprehendidos, desecháron al mensagero y preparáron sus armas contra el enemigo, procurando juntar la fuerza con el ardid. Mas como no tenian de donde pudiera venirles socorro sino del cielo, encontró un soldado cavando por casualidad cerca de la Iglesia de Emplio una imágen de la Concepcion con tan vivos colores como si acabara de pintarse. Fué grande el concurso de los soldados: conduxéron el quadro á la Iglesia con militar pompa, y imploráron con mucho fervor la proteccion de la Vírgen. Hallábanse en estas angustias, habiéndoseles acabado los víveres á los cinco dias, y atormentados cruelmente por la fuerza del frio, quando en la víspera de su festividad, que era el siete de Diciembre, se levantó de improviso un terrible viento que comenzó á helar aquella mole de aguas. Viendo esto Holach, y temeroso de hallarse sitiado por el yelo, quando sitiaba á los Españoles, retiró de allí sus naves, irritado en extremo con el dolor de la perdida presa, y habiéndose vuelto al rio Mosa, se libertó del peligro que le amenazaba. Pero aun fué mayor milagro el que sucedió despues, porque inmediatamente que se retiró Holach, comenzó á ablandar el tiempo y á deshacerse los yelos, con cuyo divino auxîlio Mansfeld el hijo, y los demas habitantes inmediatos de Bolduc enviáron al-

gunos navíos que sacáron de allí á los Españoles, trayendo estos la imágen de la Vírgen, á la que atribuian el haber salido libres de aquel aprieto. Estos son los sucesos que acaeciéron entónces en Flandes.

Habia determinado el Rey Don Felipe pasar á Zaragoza, donde los négocios de aquel reyno exîgian su presencia; pero quiso que ántes jurasen los Castellanos á su hijo. Executóse esta funcion en la Iglesia de San Gerónimo de Madrid en un Domingo del mes de Noviembre, en que celebró de Pontifical el Cardenal Quiroga, y libre de este cuidado, se puso en camino á principios de este año. Acompañáronle muchos Ministros del Consejo Real, con el Cardenal de Granvela y mucha comitiva de Grandes; y luego que llegó á Zaragoza, apresuró quanto ántes las bodas de su hija Doña Catalina, doncella muy hermosa que habia prometido á Cárlos Filiberto Duque de Savoya, hijo de Filiberto, difunto algunos años ántes. Arribó este á Barcelona al tiempo señalado, y fué recibido y obsequiado con mucho esplendor por Don Juan de Zúñiga, Conde de Miranda, Virrey de Cataluña. Desde allí pasó en posta á Zaragoza con algunos pocos nobles, siguiéndole sus cortesanos con viage mas lento; y en el mismo dia en que entró en la ciudad se celebráron los desposorios, y en el siguiente los casó el Cardenal de Granvela. Empleáronse algunos dias en fiestas, y regocijos públicos, y los Grandes compitiéron entre sí en magnificencia y adornos. Despues de estas fiestas, acompañó á los novios hasta Barcelona con algunos de los principales, y en aquella ciudad hizo su entrada de noche, á fin de que no pareciese que sujetaba su dignidad á las costumbres de una nacion, que de ellas es en extremo zelosa. Embarcáronse los novios en las galeras Españolas, que mandaba Don Martin de Padilla, y despues en las de Doria, y llegáron felizmente á Niza. Este matrimonio fué muy afortunado por su numerosa prole. Desde Barcelona marchó el Rey á las Cortes de Monzon con su hija Doña Isabel y el Príncipe; y en ellas juráron los Estados del reyno de Aragon al Príncipe. Los

Catalanes y Valencianos fuéron despedidos inmediatamente, despues que se decidiéron sus peticiones, y hubo grandes contiendas con los Aragoneses, que reclamaban la mas rigorosa observancia de sus fueros. Oprimido el Rey de una enfermedad, luego que hubo convalecido, se apresuró á salir de Zaragoza ántes de concluir las Cortes; y habiéndole seguido los Aragoneses, se finalizáron los negocios que quedaban pendientes. Baxó por el Ebro á Tortosa, y desde allí fué por tierra á Valencia, donde pasó gustoso el invierno.

Por este tiempo arriváron á Lisboa los Embaxadores de unos Reyes de las islas del Japon en el mar de la China, que se habian convertido al christianismo, y venian á Roma á tributar su obsequio y obediencia al sumo Pontífice. En el camino visitáron al Rey Don Felipe, quien los trató con gran generosidad, y habiendo llegado á Roma cumpliéron con la comision que traian, y de allí á poco tiempo murió el Papa el dia ocho de Abril á los ochenta y quatro años de su edad. Su cuerpo fué sepultado en una capilla edificada por él, donde se ve su estatua; y á los diez y seis dias fué declarado Sumo Pontífice Felix Peretti, Cardenal de Montalto, Religioso Franciscano, que en su coronacion se llamó Sixto, quinto de este nombre. Trató á los Embaxadores con mucho amor, y despues de haberlos regalado magníficamente, saliéron de Roma para recorrer la Italia. En todas partes fuéron recibidos con mucho honor, causando á todos grande admiracion lo extraño de sus costumbres, trage y lenguage; y habiendo regresado á España á tiempo que el Rey Don Felipe se hallaba todavía en Monzon, además de otros obsequios, los regaló unos vestidos muy ricos, y dinero para el viage, y se encamináron á Lisboa. Desde allí se embarcáron en una nave muy equipada, que mandó prevenir el Cardenal Archiduque; y finalmente llegáron sanos y salvos á su patria el año de mil quinientos ochenta y nueve, habiendo gastado siete años en tan larga peregrinacion.

En Portugal dos falsos Sebastianes, hombres de

lo mas baxo de la plebe, suscitáron por este tiempo algunas turbulencias, creyendo muchos, ó fingiendo creer que vivia el Rey Don Sebastian. El uno de ellos, que era muy sencillo, y le habia incitado á esta ficcion mas la malicia agena, que la suya propria, fué condenado á galeras. El otro se descubrió que era un embustero y traidor, y pagó en la horca su maldad junto con sus cómplices. Omitimos otros sucesos de igual naturaleza, cuya narracion no es de grande importancia. En el año sesenta y ocho de este siglo sucedió á Don Gregorio Gallo, primer Obispo de Orihuela, que fué trasladado á Segovia, Don Tomas Asion, de una noble familia Valenciana; el qual falleció por este tiempo, y tuvo por sucesor á Don Christobal Robuster. El Cardenal Baronio al año de trescientos y catorce prueba que Orihuela fué en lo antiguo Silla Episcopal; y lo mismo afirmó ántes que él Antonio Beuter en su crónica, y que permaneció hasta la invasion de los Arabes. En la diócesis de Segorbe sucedió á Lori Don Martin Salvatierra, Obispo de Albarracin, y tomó posesion dos años ántes de éste.

Deseoso el Rey Don Felipe de propagar la fe christiana en las islas Filipinas, mandó al Padre Alonso Sanchez, que acababa de llegar de aquellas regiones, que pasase á visitar al Papa, como lo hizo, y habiéndole instruido del estado de la christiandad en tan remotas islas, amplió la autoridad del Obispo de Manila, á causa de la distancia, concediéndole facultades para dispensar en muchas cosas el rigor de los cánones. Su primer Obispo fué Fray Domingo Salazar, del Orden de Santo Domingo, que tomó posesion el año ochenta de este siglo. El mismo Rey Don Felipe pidió al Papa Obispo para los Christianos del Japon, y nombró al Padre Sebastian Morales, Jesuita, que se hallaba en Funchal, capital que fue de la isla de la Madera; pero murió en el viage en Mozambique. En su lugar fué nombrado Don Pedro Martinez, á quien se le dió por coadjutor Don Luis de Cerqueyra, natural de Coimbra, con derecho para sucederle en el Obispado.

Desde la muerte violenta de Pedro Farnesio ocupaba la fortaleza de Plasencia una guarnicion de Españoles, y Octavio habia hecho por largo tiempo los mayores esfuerzos con el César Cárlos para que se la restituyese, pero todos fuéron inútiles porque no se fiaba de él, despues que se habia pasado al partido Frances. Finalmente, por este tiempo se la restituyó el Rey Don Felipe, á lo qual contribuyéron mucho las ilustres hazañas de su hijo Alexandro en Flandes, y los beneficios que habia hecho á Campigni, hermano del Cardenal de Granvela, y corrió entónces la voz de que en esto solo habia seguido el Rey el dictámen del Cardenal, sin noticia alguna de los demas Ministros del Consejo de Italia. En el Virreynato de Nápoles sucedió á Mondejar Don Juan de Zúñiga, Teniente de Gran Prior de Castilla, y á éste el Duque de Osuna despues que regresó de la Embaxada al Rey Don Henrique de Portugal. En su tiempo se sublevó la plebe Napolitana con pretexto de haberse encarecido algun tanto los granos en aquella ciudad, no porque la cosecha hubiese sido escasa, sino por la mucha cantidad de trigo que se extraxo para Aragon, adonde el Rey habia determinado pasar. El pueblo enfurecido, y siempre dispuesto á creer lo peor, atribuyó la culpa al electo Juan Vicente Estarache. Al tiempo pues, que iba al Ayuntamiento para poner remedio á este desórden, se arrojó sobre él la multitud desenfrenada, y arrastrándole por las calles con muchas injurias y baldones, le matáron y le despedazáron en tan menudas partes, que apénas pudiéron recogerlas sus parientes para darlas sepultura. El Virrey procedió con negligencia en los principios del tumulto; pero despues procuró abastecer la ciudad, y guarnecerla con gente armada, para que no volviese otra vez á suscitarse nuevo alboroto. Mas para no dexar sin castigo la audacia popular, fuéron muchos puestos en prision, y á los mas culpados se les dió tormento. Exâminada que fué esta causa con mucho cuidado, padeciéron treinta personas la pena de muerte; otros cincuenta y ocho fuéron condenados á

galeras, y algunos pocos enviados á destierro. La demas multitud fué echada de la cárcel sin imponerles pena alguna; y finalmente se concedió perdon general á todos los que se habian ausentado de la ciudad para evitar el castigo, permitiéndoles que se volviesen á sus casas.

Con la muerte del Duque de Alenzon se levantáron nuevos tumultos en Francia. La alianza de armas establecida ocho años ántes con los Españoles, con el pretexto de defender la religion, fué renovada este año en el castillo de los Guisas, llamado de Joinville, y á esta liga diéron el nombre de Santa. Concurriéron á ella en nombre del Rey Don Felipe Don Juan Bautista Tasis, y Juan Moré, Caballero de Malta, Frances de nacion, hombre activo, y de mucho talento para los negocios; y las cabezas principales del partido cathólico, á saber, los Cardenales de Borbon y de Guisa con los Príncipes de la casa de Lorena, que eran muy opuestos á los Hugonotes. La causa de acelerar esta junta fué, que segun el dictámen de los Médicos, no podia tener sucesion el Rey Henrique, con lo qual se iba acercando mas al trono de Francia el Príncipe de Bearne. Temian mucho los Cathólicos, que si éste llegaba á reynar, seria destruida en Francia la verdadera religion; y para evitarlo acordáron que llegando el Rey á morir sin hijos, fuese nombrado Gobernador del Reyno el Cardenal su tio, con exclusion del de Bearne. Excitado el Rey con los escritos que se publicáron en defensa de la liga, y despues con el tumulto de las armas, que se disponian vigorosamente, se irritó mucho contra los confederados por el desprecio que hacian de su dignidad: pero no obstante se unió á ellos por la mediacion de la Reyna su madre. Tambien contribuyó mucho á los intentos de la liga la excomunion pronunciada por el Papa Sixto V. hombre de carácter fogoso, contra los Príncipes de Borbon, inficionados de la impiedad, de los quales el Príncipe de Condé falleció á principios del año siguiente en Angeloi, con no pocas señales de haber muerto envenenado. De esta suerte, de

la antigua y descuidada sociedad de armas, se levantó como de las cenizas de un fuego escondido, una repentina llama, que por espacio de algunos años afligió á la Francia. A la verdad el Rey Don Felipe además del deseo de conservar la Religion Cathólica, parecia que queria vengarse de los daños, que con detestable fraude le habia causado el Frances por medio de Antonio de Borbon y del Duque de Alenzon.

CAPITULO III.

SOCORRE LA REYNA ISABEL A LOS ESTADOS CONFEDERADOS. TOMA DE VARIAS PLAZAS POR LOS ESPAÑOLES. CORRERIAS DEL PIRATA DRAKE EN LAS COSTAS DE AMERICA. MUERTE DE LOS DUQUES DE PARMA.

Los Estados confederados de Flandes, que no habian podido obtener socorros del Frances contra el Español, los consiguiéron de la Reyna de Inglaterra, prometiéndola que se sujetarian á su arbitrio, á cuyo fin la enviáron una embaxada. Temian los Ingleses que si llegase á concluirse la guerra de Flandes, se vengarian los Españoles de los agravios, que hasta entónces habian disimulado. Por tanto, creian conveniente abatir en Flandes la potencia Española, tan formidable á toda la Europa, despues que habia reunido á su imperio el Reyno de Portugal, y prevaleció el dictámen de que debia fomentarse la guerra externa, y alejarla todo lo posible de Inglaterra. Rehusó la Reyna Isabel admitir el Principado de Flandes, que la ofrecian los Embaxadores, porque aquella muger astuta y prudente procuraba mas bien conservar los dominios que poseia, que adquirir otros nuevos. No obstante, la diéron en rehenes á Flesinga, la fortaleza de Ramekens y Brill, y puso en ellas guarniciones Inglesas. Transportáronse á Flandes cinco mil infantes y mil caballos para que militasen á expen-

sas de la Reyna ; y mandaba estas tropas Roberto Dudley , Conde de Leicester.

Este pues , pasó á aquellas provincias acompañado de mucha nobleza á principios de mil quinientos ochenta y seis. Pero no aterrando de ningun modo al Príncipe de Parma este nuevo enemigo , y persuadido de que seria un hecho glorioso á su fama el tomar á Grave , ciudad situada sobre el rio Mosa, fortificada con muros y una buena guarnicion , encargó esta empresa á Mansfeld el Joven. Habiendo cerrado éste el rio con un puente , estrechaba el sitio , y acudió Holach á socorrer á los sitiados. Hubo algunos combates muy sangrientos en la misma entrada del rio , y no pudiendo recibir socorros por tierra , soltáron los diques del rio , y fuéron introducidos víveres en pequeños buques. Sintiólo mucho el de Parma, como si esto hubiese sucedido por culpa de Mansfeld; y noticioso de que Leicester habia marchado con nuevas tropas, para hacer levantar el sitio , salió él mismo de Bruselas con un fuerte esquadron , á fin de detener el ímpetu del Ingles. Luego que llegó el de Parma , derribó con su artillería parte de los muros, y despues del primer asalto , en que faltó muy poco para apoderarse de la plaza , aterrada su guarnicion, capituló la entrega , y salió á vista del mismo Leicester. Tambien cayéron en poder de los Realistas otras muchas plazas de una y otra márgen del Mosa; y finalmente Venloó , la mas fuerte de todas , habiendo rechazado de allí á Schenk que venia á su socorro. Su muger y su hermana fuéron enviadas honoríficamente con toda su familia ; y se repartió entre los soldados la rica presa que habia juntado Schenk en todo el tiempo de la guerra. 1586.

Entre tanto el Parmesano , movido de los ruegos de Ernesto , Arzobispo de Colonia , conduxo sus tropas á Nuys , que habia sido tomada por Nuenar , mas por ardid que por la fuerza , renovando la guerra de Gebhardo de Truches. En su expugnacion diéron los Españoles exemplos de valor muy dignos de alabanza, si no hubieran manchado la victoria con su crueldad;

imitáronlos los Italianos, que con igual furor no perdonaban á nadie. Los Capitanes encerráron en los Templos á las mugeres, niños y viejos, para que no fuesen muertos promiscuamente. Tampoco perdonó la muerte á los que saltaban desde los muros, pues la caballería los perseguia por todas partes. El Gobernador de la guarnicion, que se hallaba enfermo de una herida que habia recibido en una pierna, fué ahogado en la cama en que estaba. Entregáron al arbitrio del vencedor trescientos hombres armados que se hallaban dentro de la torre; y corriendo contra ellos los Españoles, hiciéron una cruel carnicería, á pesar de las reclamaciones de Altipenni. Con este castigo fué vengada la burla, que hiciéron al de Parma, pues habiendo fingido llamarle como para entregarse, disparáron contra él desde los muros una lluvia de tiros. La presa se distribuyó entre los soldados, y hubiera sido opulenta, á no haber perecido la mayor parte reducida á cenizas. La guarnicion que se componia de dos mil hombres fue pasada á cuchillo, y muriéron otros tantos ciudadanos. Despues de esta victoria recibió el de Parma solemnemente en los Reales de mano del Obispo de Vercelli, y puesto en medio de Ernesto y Juan, Duque de Cleves, el sombrero y la espada bendita que le habia enviado el Papa; á cuyo fin se dispuso con la sagrada Eucaristía, y hubo en todo el campo mucho regocijo. Fuéron tomados tambien algunos lugares fortificados, que servian de estorbo para sitiar á Rhimberg, donde se habia refugiado Schenk con un poderoso cuerpo de gente armada; y no pudiendo llevar adelante esta empresa, porque le llamaba el peligro de Flandes, procuró cerrar la ciudad, habiendo puesto una guarnicion permanente en la isla del Rhin y en otros puestos fortificados.

A este tiempo Mauricio, hijo de Orange, se habia apoderado de Axel asaltándola una noche, y acometió en vano á Hulst. Del mismo modo Leicester, despues de haber rechazado á las tropas Reales de ciertos parages, habia determinado combatir á Zut-

phen, socorrida con víveres por Basto, y despues por el mismo Príncipe de Parma, sin que el Ingles se moviese de sus Reales, aunque fué provocado á la pelea. Pero de allí á poco tiempo se volvió á Inglaterra llamado por la Reyna, con mucho disgusto y queja de los Estados, sin haber hecho cosa alguna memorable. El Rey Don Felipe no pudiendo ya tolerar que la Reyna se burlase de él con una paz fraudulenta, prohibió el comercio entre España é Inglaterra, que fué como un preludio de la futura guerra; pero á la verdad fué intempestivo este golpe, no teniendo prevenidas tropas ni armada, y como los Reyes pecan muchas veces para mal de sus súbditos, pagáron la pena de esta precipitada discordia en muchas partes de tan dilatado imperio, que estaban sin resguardo, y muy expuestas á invasiones.

El Pirata Drake abordó á las costas de Galicia á fines de Agosto del año anterior; pero causó poco daño, habiendo sido rechazado de allí por las guarniciones que estaban prevenidas. Pasó despues con veinte navíos á las islas Canarias, donde padeció un grave infortunio; el qual resarció con la presa que hizo en las islas de Cabo-Verde, cuya capital Santiago fué saqueada por su gente. Navegó desde allí á la isla de Santo Domingo, y se puso á la vista el dia once de Enero. Era su Gobernador Don Christobal Ovalle, Presidente de la Audiencia, el qual quedó tan consternado luego que vió la armada, que no acertaba á resolver el partido que deberia tomar. Finalmente, habiendo vuelto en sí, se puso en precipitada fuga por el rio arriba, y lo mismo hiciéron los habitantes, escapándose cada uno por donde podia sin pudor alguno. Aumentaba el miedo el que la ciudad solo estaba en parte rodeada de murallas, y luego que desembarcáron los Ingleses, la entráron á saco. Parte de ella fué reducida á cenizas; la artillería la conduxeron á sus navíos, y á costa de veinte y cinco mil pesos, se consiguió que el Pirata no acabase de destruir la ciudad. Entretanto, murió Ovalle oprimido con el dolor de la desgracia, y de la ignominia.

Concluida tan felizmente esta empresa, levantó Drake áncoras, y navegó á Cartagena. Su Gobernador Don Pedro Fernandez, aunque avisado del peligro, se portó del mismo modo que Ovalle. Mandaba allí dos galeras Don Pedro Vique, noble Valenciano y esclarecido por sus muchas hazañas. Este pues, en medio de aquella consternacion y de la angustia del tiempo, levantó una trinchera para cerrar el paso del puerto á la ciudad, y mientras tanto escondiéron los habitantes sus caudales en lugar seguro. Entráron los Ingleses al puerto, y habiendo llegado á tierra, acometiéron los puestos fortificados. Al primer asalto echaron á huir sus defensores, sin moverles cosa alguna el exemplo y las voces del capitan, que peleaba intrepidamente. Renovóse no obstante el combate dentro de la ciudad; exhortándolos Vique á obrar con valor, mas no peleáron con el esfuerzo que debian por sus aras y sus hogares. Derramáronse despues los enemigos al saqueo de la ciudad, arruináron la Iglesia, y se lleváron la artillería, municiones y pólvora que halláron. Finalmente, por intercesion del Obispo y de los principales vecinos, y habiendo recibido el Pirata ciento y siete mil pesos de la caxa Real, se abstuvo de pegar fuego á la ciudad. Determinó desde allí pasar á Jamayca para tomarla; pero le rechazáron las tormentas, y la preserváron sus Santos Tutelares y Patronos. Llegó tarde á la Havana porque ya estaba todo prevenido para recibir á Drake, habiendo corrido la voz de su venida; por lo qual dexando á un lado aquel puerto, se dirigió á la Florida. Destruyó la villa de San Juan, cerca del rio de San Agustin, que aun no se hallaba fortificada, y se pusiéron en fuga algunos pocos Españoles. Finalmente, despues de haber saqueado aquellas costas, se restituyó á Inglaterra á la salida del verano. Para castigar á este Pirata, mandó el Rey Don Felipe á Don Alvaro de Flores que navegase con una armada de veinte navíos, mas no pudo alcanzarle; porque persuadido Drake de que seria perseguido, se retiro prontamente, con mucha pérdida de su gente, á quien el clima causó muchas enfermedades que le despo-

bláron la armada. Luego que llegó Don Alvaro á Cartagena, procuró reparar la ciudad, que se hallaba medio arruinada, y recoger á los habitantes, que andaban dispersos en los bosques, por el miedo de los enemigos. Don Alonso de Bazan persiguió con felicidad á los Piratas Moros, habiéndoles apresado muchos navíos, y una galera muy magnífica.

A principios de este año falleció en Ortona Margarita Duquesa de Parma, madre de Alexandro Farnesio, matrona digna de inmortal alabanza por su virtud, y por su prudencia, que resplandeció principalmente en el gobierno de Flandes, y á los siete meses murió tambien Octavio su marido en Parma; cuyos ciudadanos juráron á Alexandro por su legítimo Príncipe, y heredero de aquellos Estados, habiéndole enviado á este fin Diputados á Flandes. En Madrid fallecio el Cardenal de Granvela, condecorado con muchas dignidades y empleos de la Corte. Fué un hombre de grandes talentos; y los mas prudentes solo echaban ménos en él un ánimo mas suave. Sus huesos fuéron trasladados á Besanzon al sepulcro de su padre. Sucedióle el Cardenal Quiroga en la presidencia del Consejo de Italia. Tambien murió en Tarragona Don Antonio Agustin, sapientísimo en el derecho, y en todo género de literatura. Publicó las constituciones de aquella Iglesia, y fué sepultado en ella en una capilla magnífica que habia hecho erigir. De su asombrosa erudicion, solo diré lo que en el epitafio de su sepulcro se halla escrito: *Oraculum terrestris sapientiæ*. Sucedióle Don Juan Teres, Catalan, trasladado de la Diócesis de Tortosa, el qual dió á luz otros cinco libros de constituciones. En el año siguiente êntró en su lugar en la silla de Tortosa Don Juan Bautista Cardona, Obispo de Vich. Nombró el Rey por Ayo del Príncipe Don Felipe al Marques de Velada, en lugar de Zuñiga, Teniente de Gran Prior de Castilla, que poco tiempo ántes habia fallecido. Su sobrino Don Juan, hijo de su hermano que se hallaba Virrey de Cataluña, pasó á Nápoles á suceder al Duque de Osuna. En Roma falleció á los noventa y quatro años de

su edad Martin Azpilcueta, llamado vulgarmente Navarro por su patria, hombre muy sabio entre los Jurisconsultos Españoles, y de costumbres santísimas. Fué muy amado de los Reyes, y de los Papas, y dexó ilustres monumentos de su doctrina, que andan en manos de todos los hombres doctos: su cuerpo fué sepultado en la Iglesia de San Antonio de los Portugueses, donde se colocó su estatua sobre el sepulcro. En el mes de Abril del año siguiente se trasladáron de Flandes á España las reliquias de Santa Leocadia, y fuéron colocadas con insigne pompa, y magnificencia en Toledo, patria de esta ilustre martir, asistiendo á la procesion el Rey, y toda su Corte.

CAPITULO IV.

SUPLICIO DE MARIA ESTUARDO REYNA DE ESCOCIA. SITIO Y TOMA DE LA ENCLUSA POR EL PARMESANO. HOSTILIDADES DE DRAKE EN LAS COSTAS DE ESPAÑA. EL REY DON FELIPE SE DISPONE A HACER LA GUERRA A LOS INGLESES.

1587. A principios del año de mil quinientos y ochenta y siete caminaban las cosas de Flandes con mucha prosperidad. Recobró el Parmesano las ciudades guarnecidas, y las fortalezas que tenian Gobernadores Ingleses, comprando unas, y entregándosele otras sin pacto alguno. En algunos fué mas poderosa la avaricia que la fidelidad, y en otros el conocimiento de la justicia unido á la piedad cathólica. Aquellos como hombres venales fuéron aborrecidos de todos: pero los últimos pasáron al sueldo del Rey, y se portáron siempre con valor y honradez. Irritados los Flamencos confederados con el dolor de estas pérdidas, maldecian el nombre Ingles de palabra y aun por escrito, y de aquí se originó la ira contra ellos; atribuyéndose mutuamente, no sin razon, maldades y crímenes. Entretanto

María Estuardo Reyna de Escocia, vendida pérfidamente por sus mismos súbditos, incitados de la pasion á la nueva secta, fué condenada á muerte por Isabel su parienta, aunque no tenia derecho alguno sobre ella. Sirviéron de delitos verdaderos las calumnias que aglomeró por todas partes; pues al que quiere obrar mal, jamas le faltan pretextos para hacerlo. Finalmente despues de veinte años que estuvo encerrada en una prision, fué conducida al suplicio entre las lágrimas y lamentos de sus domésticos, y con exemplo memorable y funesto de la infelicidad humana, la cortáron la cabeza. Su cuerpo embalsamado y encerrado en una caxa de plomo, fué sepultado junto al de la Reyna Doña Catalina de Aragon. Jacobo su hijo muy desemejante á su madre, se pasó á los hereges, y despues poseyó el trono de toda la Gran Bretaña. A la verdad se admiráron todos, y con mucha razon, de que los Príncipes hubiesen dexado impune tan grande injuria hecha al decoro Real, especialmente el Frances que tenia tantos enlaces con la Reyna María. El hijo que era todavía muchacho, y estaba sujeto al arbitrio de los Grandes, no pudo hacer mas que derramar lágrimas. Entre las causas de la guerra, movida por el Rey Don Felipe, refieren muchos la venganza de tan horrible atentado, lo que no disputo.

El Parmesano despues que juntó sus tropas, y para molestar á los enemigos con algun señalado golpe, habia determinado acometer á la Enclusa, ciudad muy fuerte por la naturaleza y por el arte, situada entre Ostende y Flesinga; cuya empresa parecia muy árdua á los cabos que consultó sobre ella. Mas para el valor y prudencia de Alexandro no habia cosa alguna dificil, ni inaccesible. Para impedir la entrada de víveres cerró el canal con un puente, y habiendo acercado su artillería, comenzó á batir las obras exteriores, y despues que se apoderó de ellas, dirigió todas sus fuerzas contra la ciudad. A este tiempo se dexó ver el Conde de Leicester con una armada, en que conducia nuevas tropas de Inglaterra, y habiéndolas desembarcado, intentó abrirse camino con la fuerza para llegar

al pueblo. Peró acudió luego el Parmesano con un escogido esquadron, y le detuvo el paso, no atreviéndose el Ingles á aventurar una batalla, y con un consejo mas cauto, que noble, se retiró á sus navíos, y desde allí á Ostende léjos del peligro. Tampoco hiciéron cosa alguna los de Flesinga con una nave incendiaria que enviáron contra el puente, que se hallaba valerosamente defendido por los Españoles. Finalmente apuradas las fuerzas y los ardides, Arnaldo Groneveld, Comandante de la guarnicion, para evitar que los habitantes llegaran al último extremo, si los soldados del Rey entraban en la ciudad con espada en mano, la entregó solemnemente baxo las condiciones acostumbradas, y se retiró de allí con el resto de las tropas, y sus bagages. Asegurada y guarnecida que fué la ciudad con un valeroso trozo de Españoles, se nombró por su Gobernador á Juan de Ripa que estaba en Dendermunda. Entretanto Holach, para retraer al Parmesano de su comenzado intento, ponia emboscadas á Bolduc, acometiendo á Engel pueblo cercano. Acudió Altipenni al auxîlio de los sitiados; trabóse la pelea en la orilla del Mosa, y disparando los navíos de los enemigos desde el rio, fué herido gravemente Altipenni en la garganta. Lleváronle á Bolduc, y se dirimió el combate con igual daño de ambas partes; pero murió dentro de poco tiempo, y fué entregada Engel por Fabio Regina con honrosas condiciones; y por haber sido esta pérdida muy sensible á los Cathólicos, mudáron los enemigos el nombre de Engel en el de Creve Coeur, tomado de la lengua Francesa.

Adquiria cada dia nuevo aumento la discordia entre los Holandeses é Ingleses, é irritado Leicester de la inconstancia de los Estados, pues trataban de coartarle el mando que le habian dado, se disponia á obligar por la fuerza á aquella nacion refractaria á que executase sus mandatos, tomando el exemplo del Duque de Alenzon; á cuyo fin puso los ojos en Leiden para dar principio á su empresa. Mas como esto se descubriese luego por los Flamencos, fué tan grande

el odio que se atraxo, que faltó poco para que no tomasen las armas. Noticiosa la Reyna de lo que pasaba, llamó á Leicester, que ya estaba ostigado de aquellos hombres, y de sus negocios; y finalmente á principios del año siguiente dexo el mando, con muy poca fama de su persona, y murió poco despues. Pero á fin de desembarazarse Isabel de una guerra sangrienta, en que conocia iba á implicarse, pidió á Federico II. Rey de Dinamarca, que se interpusiese como medianero, y reconciliase al Rey Don Felipe con los Estados confederados. Respondiéronle estos, como consta de sus mismas cartas, que no solo la pacificacion, sino el hacer mencion de ella les era perjudicial. El Parmesano recibió con mucho honor á Juan Ranzoni Embaxador de Dinamarca, y envió al Rey Don Felipe sus cartas, en que pedia se concediese á los Flamencos la libertad de conciencia. Contestó Don Felipe al Dinamarques, dándole muchas gracias por sus oficios para reconciliar la paz, de que él se hallaba muy deseoso; pero que no podia tolerar que se alterase cosa alguna de la antigua Religion, y que en todo lo demas le hallarian facil y clemente. Despidió el de Parma al Embaxador con todo obsequio, pero fué preso en el camino, y habiéndole despojado, y enviado á la Haya, abriéron los Estados las cartas que llevaba. Llegó este atentado á noticia del Rey, y para que no quedasen sin castigo los Holandeses de haber quebrantado el derecho de las gentes, mandó embargar un grande número de sus navíos, y no los dexó salir hasta tanto que sus Maestres le pagáron treinta mil escudos.

La Reyna Isabel temerosa de la guerra que la amenazaba, pues corria la voz de que se disponia en España una armada para invadir la Inglaterra, envió á Drake con una esquadra de veinte y cinco navíos para que se informase de todo, prohibiéndole, segun quiso persuadirlo, que hiciesen hostilidad alguna. Pero sucedió muy al contrario; pues habiendo llegado á Cádiz á últimos de Abril, reduxo á cenizas veinte y seis navíos que estaban anclados en el puerto, y se abstuvo de acometer la ciudad, por haber acudido á

rechazarle el Duque de Medina Sidonia, con un valeroso trozo de gente. En las islas terceras apresó un navío de Juan Trigueiro, ricamente cargado de muchas mercaderías del oriente, y irritado el Rey Don Felipe con estos agravios, decretó al instante la guerra, que hasta entónces habia dilatado, para que la Reyna se arrepintiese alguna vez de haber abusado tantas de su paciencia. Dió aviso de este intento al Papa por medio del Conde de Olivares, su Embaxador en la Corte Romana, y le ofreció su Santidad un millon para los gastos de la guerra, luego que los Españoles pusiesen el pie en Inglaterra. Mandó á los Gobernadores de Italia que juntasen navíos, reclutasen tropas, y dispusiesen todo lo demas necesario para la guerra; á fin de que todo se hallase pronto para unirse en el lugar que habia señalado. Tambien hizo armar navíos en Portugal, Vizcaya, y Andalucia; y finalmente se hiciéron nuevas reclutas en toda España, y todo se preparó con la mayor celeridad. Dió el Rey aviso en secreto al Parmesano de sus intentos, mandándole cuidase mucho de que no se trasluciese cosa alguna en el público, para que comenzase la guerra ántes que llegase á oidos de la Reyna, contra quien se dirigia. Esta pues, sospechosa de lo que la amenazaba, se disculpó de lo que habia executado Drake, alegando que lo habia hecho sin su órden, y que solo le mandó reconocer los puertos, porque corria la voz de que se disponia en España una numerosa armada para acometer á la Inglaterra; por lo qual estaba pronta á dar satisfaccion, y á renovar las negociaciones de la paz, enviando á este fin sus Diputados á Flandes. Pero entretanto disponia su armada, y fortificaba la isla con guarniciones, dando bien á entender que con sus ofertas solo procuraba ganar tiempo. El Español usaba con ella de igual astucia, miéntras hacia sus preparativos en Flandes, y en España, y mutuamente se engañaba uno á otro.

Llegáron al de Parma dos legiones de Italia, y otras dos de España, mandadas por Don Antonio de Zúñiga, y Don Luis de Peralta, Catalan. Juntáronse

tambien un gran número de Flamencos , Alemanes , y Borgoñones de caballería, é infantería. De la principal nobleza acudiéron voluntariamente á esta guerra Don Rodrigo de Silva, Duque de Pastrana, Don Juan de Mendoza, Marques de Hinojosa, Juan de Medicis hermano del Duque de Florencia, Amadeo del de Saboya, y otros hombres ilustres en nacimiento y hazañas, incitados de la fama de tan esclarecido General. Fabricábanse navíos para transportar las tropas, armas, municiones , y todo lo demas que se necesitaba en una guerra tan vasta y complicada. Aunque el Parmesano procuró atraer á sí al Rey de Escocia , no pudo conseguirlo, porque atendia mas á su conveniencia, que á su decoro. La Reyna ajustó nueva alianza con los Holandeses ; en cuya virtud recibió de ellos veinte navíos muy bien equipados ; y el resto de su armada fué destinada para infestar las costas de Flandes. El Marques de Santa Cruz promovia en España los aprestos , y como no estuviesen tan prontos como queria el Rey, recibió á aquel General , que habia ganado tantas victorias , con una asperєza que no convenia á sus muchos méritos ; los quales deberian ser recompensados con otro premio , y habiendo vuelto á su casa muy penetrado con el picante discurso del Rey , le acabó la vida la tristeza con grave sentimiento del mismo Rey. Tal fué la opinion de los hombres de aquellos tiempos, y la que en sus escritos han propagado hasta los nuestros. En su lugar fué nombrado el Duque de Medina Sidonia , ilustre por sus progenitores , pero que no tenia la ciencia naval necesaria para tan importante guerra.

CAPITULO V.

ENVIA LA REYNA ISABEL DIPUTADOS A FLANDES PARA TRATAR DE LA PAZ, PERO SIN EFECTO. SALE DE ESPAÑA UNA PODEROSA ARMADA CONTRA INGLATERRA, Y PADECE REPETIDAS DESGRACIAS.

1588. A principios del año de mil quinientos ochenta y ocho habian pasado á Flandes los Diputados Ingleses baxo la seguridad de la fe pública para tratar de la paz; y los recibiéron Aremberg, Campigni, Ricardot y otros hombres principales, enviados al mismo fin por el Parmesano. Hospedáronse en unas tiendas de campaña entre Ostende y Neuport; y comenzáron su negociacion con mucha lentitud, ó por mejor decir se engañaban unos á otros. Los Ingleses pedian cosas exhorbitantes, siendo una de ellas la libertad de Religion de las provincias confederadas. Esto era muy ridículo, pues su misma Reyna no lo permitia en Inglaterra, y fácilmente fué refutado con sólidas razones. Pero miéntras tanto que aquí perdian el tiempo, esperaba ya la armada Española la estacion oportuna para navegar en el mes de Mayo, y habiendo finalmente dado la vela, comenzó desde luego á padecer desgracias. Levantóse una horrible tempestad en el cabo de Finisterre, que maltrató y dispersó los navíos, y apénas arribó á la Coruña la tercera parte de ellos; pero habiéndose aplacado poco á poco la fuerza de los vientos, entráron las demas naves en otros puertos de Galicia. Inmediatamente que se mostró el mar tranquilo volvió otra vez á salir, y llegó á dar vista á Inglaterra. Componíase la armada de ciento y treinta navíos grandes de todas clases. Iban en ellos muchos nobles y voluntarios, y el total de las tropas ascendia á veinte y ocho mil doscientos noventa y tres hombres. El Teniente de

Medina Sidonia era Don Martin Recalde, hombre muy experto en la ciencia del mar. Con la noticia de la venida de la armada se disolvió el coloquio, y se retiráron los Ingleses, perdiéndose enteramente la esperanza de la paz. Llevaba Medina Sidonia órdenes para ocupar las entradas del Canal entre Calés y Dowres, donde recibiria las tropas que tenia prevenidas el de Parma, y que por el río Tamesis se encaminase á Londres, como si no hubiese tempestades, ni enemigos que lo impidieran. Habiendo juntado consejo de guerra en la Capitana, se disputó en él, que seria una cosa muy conveniente tomar un puerto de la isla (y habian puesto los ojos en el de Plimouth cercano, donde estaba una parte de la armada enemiga) para que si se hallasen forzados á retirarse por los vientos, ó por alguna desgracia de la guerra, tuviesen prevenido un asilo seguro; y al mismo tiempo debilitar las fuerzas del enemigo, quemando y destruyendo aquella parte de su armada, que estaba allí fondeada. Pero el Duque de Medina Sidonia se resistió á este intrépido consejo, afirmando que no haria cosa alguna fuera de lo que se le mandaba; á fin de que si la empresa fuese desgraciada, no se le acusase haber faltado á las órdenes. Obstinado pues en este parecer, perdió la ocasion de un feliz suceso, que no volveria á presentarsele; y dexó á un lado á Plimouth con grande alegría de los enemigos, que á vista de aquella poderosa armada, estaban temerosos por la desigualdad de fuerzas.

Navegaba la armada ordenada en forma de media luna, mandando el ala izquierda Don Pedro de Valdés, Comandante de la esquadra de Andalucía, y la derecha Don Miguel Oquendo, Comandante de la Vizcayna. El General, habiendo llamado á sí á Don Diego de Flores, hombre muy sabio en la Astronomía y Naútica, ocupaba el centro de la armada. La de los Ingleses que era menor, (porque aun no se habian juntado todos los navíos), pero dirigida con mas arte y velocidad, salió de Plimouth llevando por General á Cárlos Havard, Conde de Norfolk, y por su Te-

niente á Francisco Drake, y acometió á la Española por la espalda, disparándola desde léjos una infinita lluvia de balas. Entretanto que sostenian algunos ligeros combates entre las tinieblas de la noche, comenzó á arder el navío de Oquendo, ya por acaso, ó por fraude del Comandante de su artillería, que era Flamenco, de los quales iban muchos en la armada atrahidos del estipendio. Acudió al momento Valdés al socorro; pero entretanto que auxîliaba á su compañero, fué rodeado por los navíos enemigos con admirable velocidad, y vencido por Drake, le conduxéron á Inglaterra, como primicias de la victoria. Miéntras duraba el combate con Valdés, se sacó del navio de Oquendo una gran cantidad de dinero, que conducia para los gastos de la guerra, y se transportó con los soldados á otras naves; y lo demas se abandonó á la presa de los enemigos. Nicolas de Isla, que peleaba valerosamente, fué despedazado por el mastil que le cayó encima, y habiéndose sumergido su navío, salió á nado su gente á las costas de Francia. Al dia siguiente quiso Medina Sidonia tomar á Vigth isla cercana á Inglaterra; pero se lo impidió otra armada que salió de Londres, siguiéndole Drake, y Havard con la suya. Peleó con una y otra desde léjos; porque los Ingleses rehusaban acercarse; pues como eran tan diestros en todas las maniobras que se requerian, y los buques Españoles eran tan pesados, los rodeaban fácilmente en los parages de poco fondo, y los acometian con su artillería sin perder tiro. Concluida esta larga pelea con la venida de la noche, echó anclas la armada Española cerca de Calés. Fueron y viniéron correos al Parmesano para que juntase las tropas que tenia prevenidas, y que ascendian á veinte y seis mil infantes y mas de mil caballos, cuya mayor parte embarcada en los navíos de carga en Neuport y Dunkerque, esperaba la escolta de la armada para hacerse á la vela. Afirmaba Medina Sidonia que no podia acercarse mas sin riesgo de inevitable naufragio en una costa tan llena de baxos; y el Parmesano decia que los navíos de car-

ga no podian entrar en alta mar sin un manifiesto peligro á vista de la armada enemiga, que sitiaba los puertos, pues carecian de artillería gruesa para resistirla, como destinados únicamente al transporte de las tropas, y no para el uso de la guerra. Uno y otro tenian razon, y ninguno podia executar las órdenes del Rey, y de este modo se frustran las que se dan para lugares distantes, quando en las cosas de la guerra es preciso muchas veces tomar consejo de los accidentes fortuitos.

Entretanto se pasó el dia; y los Ingleses echáron aquella noche ocho brulotes de los navíos medio derrotados y deshechos en la anterior pelea, que aterráron con su vista á los Españoles, que se acordaban de la desgracia de Amberes, y todo lo llenáron de tumulto y confusion. Mandó Medina Sidonia levar las anclas para evitar el estrago del fuego, pero al tiempo que se apresuraba á huir de aquel mal presente, cayó de improviso en otro no menor, levantándose una tempestad, que en un momento dispersó toda su armada. Al otro dia acometiéron los Ingleses á los navíos dispersos: renovose la pelea, y á un mismo tiempo hiciéron grandes estragos el combate y la tempestad. Pero era mucho mas cruel la guerra que hacia el mismo mar, que la de los navíos entre sí; y no es posible ponderar el horror que causaba el ver á un mismo tiempo combatir las olas, los vientos, los hombres y las naves. Finalmente habiendo perdido Medina Sidonia la esperanza de juntar las tropas, como le era mandado, porque se lo impedian los Ingleses, que no cesaban de pelear, la armada Holandesa que no se apartaba de las costas de Flandes, y la horrible tormenta, determinó volverse á España con su armada muy disminuida. Habia perecido en Calés una galera Napolitana, con muerte de su Capitan Hugo de Moncada. El navío Portugues, en que iba Toledo, combatido por los Holandeses, y agitado de una tormenta se sumergió, y fué á fondo cerca de Flesinga, y saliéron á tierra la mayor parte de sus tropas junto con el mismo Toledo. Pimentel sostuvo

por largo tiempo el ímpetu de la armada Holandesa, con un navío Americano muy bien equipado, hasta que habiendo sido muertos sus defensores, vino á caer en manos de los enemigos con algunos pocos nobles. El Duque de Medina Sidonia para no exponerse otra vez á los peligros del Canal, tan famoso por las tormentas; y el ímpetu recíproco de las olas dirigió la proa ácia el septentrion para dar vuelta á las islas; y entre horrorosas tempestades, y espantosos peligros, superó la Escocia, las Orcadas y la Irlanda, en cuya isla se le hiciéron pedazos diez navíos. Pereció Alfonso de Leyva, que desde Sicilia habia venido con las galeras á esta infausta expedicion. Alfonso de Luzon con muchos de sus compañeros, fué conducido á Inglaterra, y fué mas favorable la fortuna de los que arribáron á las costas de Escocia y Dinamarca, de donde pudiéron restituirse á España sin daño alguno. Oquendo y Recalde falleciéron apénas llegáron, el uno á San Sebastian, y el otro á la Coruña. Medina Sidonia con parte de la armada salva, entró en el puerto de Santander, y desde allí se retiró á su casa, no ménos enfermo de cuerpo que de espíritu. Los historiadores discordan mucho sobre el número de los navíos perdidos. Unos lo disminuyen por vergüenza, y otros lo aumentan por odio, y nada puede asegurarse con certeza. No obstante, nos persuadimos que la mayor parte de la armada volvió á las costas de España. Dícese que el Rey no mudó la voz, ni el semblante quando le diéron la noticia de la pérdida; y que solo respondió: „Yo no envié la armada á pelear contra las tempes- „tades, y las iras del mar, sino contra los Ingleses.“ En aquel mismo dia libró cincuenta mil ducados para curar á los enfermos y heridos, dando gracias á Dios por haberle conservado parte de la armada, y como tan heroyco imitador de la fortaleza Romana, prohibió por un edicto el luto, que habia vestido España por tan grande calamidad.

El Parmesano empleaba en Flandes todo su talento, y fuerzas contra los Estados confederados. Intentó

en vano tomar por ardid á Bergop-Zoom, ciudad muy fortalecida, habiéndole faltado á la palabra el Ingles autor de la traicion; pero se vengó de los daños recibidos y de la perfidia, poniendo guarniciones en los lugares oportunos, y quitando con ellos á los enemigos la libertad de hacer presas. A fines del año anterior se habia apoderado Schenk de Bona, y consternado Ernesto con esta pérdida, y no quedandole fuerzas suficientes para recuperar la ciudad, fortificada por sí misma, y con una poderosa guarnicion, estaba resuelto á capitular con Schenk baxo de qualesquiera condiciones, ántes que exponerse al peligro de perder toda la provincia. Pero noticioso de esto el Parmesano, como era tan zeloso de su fama y decoro, le envió á decir que no tratase cosa alguna con un enemigo que inmediatamente seria arrojado de allí. Al mismo tiempo mandó al Príncipe de Chimai, hijo del Duque de Ariscot, que marchase á Bona con parte del exército. Fué atacada la ciudad con el mayor esfuerzo, y despues de largos combates, se entregó á Ernesto baxo de condiciones; y habiéndola asegurado con una guarnicion, nombró por su Gobernador á Don Juan de Córdova. Intentó despues Mansfeld el padre con parte de estas tropas combatir á Vachtendonck, ciudad bien guarnecida de la provincia de Güeldres. Entónces se viéron por la primera vez las bombas, cuya invencion se debe á un habitante de Venloo, y que disparadas desde unos morteros de bronce, hacian horrible estrago en los edificios con gran terror y daño de los enemigos; y es de admirar, que no haga mencion de esto Don Cárlos Coloma. Peleóse atrozmente en la brecha del muro, donde se derramó mucha sangre, y quedó herido el mismo Gobernador, y viéndose despues enfermo, entregó la ciudad á principios del año siguiente, baxo de condiciones poco decorosas.

CAPITULO VI.

TURBULENCIAS DE FRANCIA. HACE EL SABOYANO LA GUERRA EN ITALIA. CONCILIO PROVINCIAL EN MEXICO. TERREMOTO DE LIMA, Y OTROS SUCESOS MEMORABLES DE LA INDIA ORIENTAL.

En Francia continuaba la guerra con mayor furor, habiéndose aumentado mucho el poder de los Guisas con la accesion de las fuerzas Reales. Por el contrario, socorrian á los Hugonotes la Reyna de Inglaterra, y algunos Príncipes de Alemania, los quales enviáron á Francia un exército de quarenta mil hombres, mandados por el General Bulion. Entregó el Rey sus tropas al Duque de Joyosa, y le mandó que marchase contra el Príncipe de Bearne, y encargó á Guisa que con las de los confederados, á las que habia juntado el Parmesano seis mil infantes y mil y quinientos caballos, acometiese á los Alemanes, esperando que estos le oprimirian con su número y multitud. Entretanto, rodeado el mismo Rey Enrique con valerosas tropas, aguardaba el éxito de estas expediciones para unir sus fuerzas, y declararse por el partido mas poderoso. Aborrecia en secreto al Duque de Joyosa desde que se habia pasado á los de la Liga, y ardia en ira contra Guisa, desde que renovó la alianza contra su voluntad, y estaba dispuesto á vengar la injuria hecha á su dignidad Real, si se le presentase ocasion de hacerlo. Joyosa peleó desgraciadamente con el de Bearne, y quedó muerto en la batalla con mucha pérdida de unos y otros. Pero Guisa, aunque muy inferior en fuerzas acometió con denuedo á los Alemanes derramados en la Francia, unas veces por la espalda, otras por los costados, y otras frente á frente, sin dexarlos descansar de dia ni de noche; de tal suerte que los

quebrantó extraordinariamente. Juntáronse á esto las enfermedades nacidas de la inclemencia del cielo, y del exceso en la comida y bebida, las quales aumentándose mas cada dia se retiráron á su patria por gran fortuna las tristes reliquias de este exército, que en su entrada habia causado terror y espanto. El General Bullon falleció á su regreso en Ginebra.

Esta victoria fué muy perjudicial á Guisa, por el excesivo afecto que se concilió de todos los Franceses, que levantaban su nombre hasta el cielo, y le llamaban á boca llena el libertador de la patria, el vengador de la Religion y el terror de los enemigos. Por el contrario, se desenfrenaban todos largamente contra el Rey, llamándole incapaz para el gobierno, floxo y afeminado, por lo qual deberia cortarsele el cabello, y encerrarle en un Monasterio. Tales eran las conversaciones y discursos que se oian en los corrillos, con lo que irritado gravemente el Rey, intentó refrenar esta insolencia, que si no la precavia á tiempo, vendria á parar en una conjuracion: á este fin envió á París soldados armados, pero los Parisienses suscitáron un tumulto, y los arrojáron fácilmente de la ciudad. Mas temiendo con razon que esto no quedaria sin castigo, se acogiéron los principales al patrocinio de Guisa. Este pues, eludió con un ambiguo discurso la prohibicion del Rey de no entrar en París, y habiendo mudado de camino, siguiéndole solo siete criados, llegó finalmente á esta ciudad con mayor confianza que prudencia. Desconfiado el Rey del afecto del pueblo, que veia tan inclinado á Guisa, llamó á los Suizos para mayor seguridad de su persona, y para tener en ellos una guardia mas fiel. La Reyna Madre hizo todos sus esfuerzos para aplacar al hijo, y para halagar á Guisa, no ignorando que el actual estado de las cosas amenazaba una total ruina, quando podia mas un solo noble desarmado que el Rey de Francia armado. Con su industria y maña se apaciguáron los ánimos y ajustáron una recíproca concordia. Inmediatamente se sosegó el tumulto por la autoridad del de Guisa, y depuso el pueblo las ar-

mas, manchadas algun tanto con la muerte de los soldados; y los Suizos fuéron luego despedidos de la ciudad, con grande aplauso de los habitantes que aclamaban á Guisa.

Entretanto el Rey triste y melancólico, revolvia en su interior la insolencia del vulgo; la poca seguridad que tenia en aquella ciudad, donde reynaba el de Guisa, y qual seria el objeto y fin de sus designios; y no pudiendo sufrir ya por mas tiempo esta ignominia, pensó ponerse en fuga secretamente por una puerta falsa de palacio. Despues de esto, creciendo el odio con el miedo, no se ocupaba en otra cosa que en proyectos funestos contra los Guisas. Procuró disimularlos con gran cautela, hasta que al fin rompiéron en los Estados generales de Blois, donde con vergonzosa perfidia hizo matar al Duque, y al Cardenal de Guisa, faltando á la fe, y palabra pública; y á esto se añadió la maldad de haber dado una órden impía para quemar sus cuerpos. No se puede ponderar el trastorno, y general perturbacion que causó este atentado. Al momento que las ciudades tuviéron noticia de él, comenzáron á sublevarse contra la autoridad Real; á unirse con los de la liga; y á tomar las armas, habiendo concebido tanto odio contra el Rey, que suprimiéron su nombre en los edictos, y decretos, y derribáron y ultrajáron sus estatuas. El Papa le excomulgó por haber violado la sagrada púrpura, no solo con la muerte del Cardenal de Guisa, sino tambien con la prision del Cardenal de Borbon, y del Arzobispo de Leon. Los Parisienses que eran los que mas aborrecian al Rey, recibieron con extraordinario regocijo á Cárlos, Duque de Mayena, hermano menor de los Guisas, y como si estuviese vacante el trono, le nombráron los Estados por Regente. A qualquiera parte que se volvia Enrique, no encontraba sino enemigos; pues por un lado tenia contra sí á los Hugonotes, á quienes perseguia con la guerra, y por otro al de Mayena, y los confederados Cathólicos, que estaban resueltos á no fiarse de allí adelante de un hombre perjuro; pero sobre todos sus adversarios se

distinguian los Parisienses, con quienes intentó en vano reconciliarse, disculpándose del hecho. Viéndose pues en el mayor conflicto se juntó á los Hugonotes, á cuyo fin envió al Príncipe de Bearne algunas personas, que le persuadiesen lo mucho que convenia á ambos el unir sus fuerzas contra el comun enemigo. Con este hecho, además de la infamia que se atraxo, faltando á la causa de la religion, se tramó su misma ruina, y sumergió á la Francia en una lamentable calamidad. La Reyna su madre, como si adivinase, le anunció las desgracias que en breve habian de sucederle, y falleció de allí á poco tiempo, consumida de la tristeza. Esto es lo principal que acaeció entónces, pues el referirlo todo por menor no es propio de nuestra obra, ni de la brevedad que nos hemos propuesto.

Habia ya largo tiempo que todas las cosas se hallaban tranquilas en Italia, hasta que comenzó á turbarlas el Saboyano, que tomó las armas contra los Genoveses; pero no pudo apoderarse de la ciudad, porque se lo impidió el Frances. Intentó en vano, por dos veces, tomar por fraude á Carmañola, capital del Marquesado de Saluces; y por este tiempo se le cumpliéron sus deseos, y reduxo á su dominio todo aquel Estado con el auxilio de un valeroso esquadron de Españoles que le envió el Duque de Terranova, Gobernador de la Lombardía. Los Historiadores afirman que le incitó á tomar las armas el deseo de arrojar de Italia á los Hugonotes; pero muchas veces ocultan los Príncipes sus miras ambiciosas con pretextos de justicia ó de Religion. Por este tiempo, á instancias del Rey Don Felipe canonizó el Papa solemnemente al Beato Diego, del órden de San Francisco, cuyo cuerpo se conserva en Alcalá de Henares con mucha veneracion de los fieles. El dia señalado para su festividad, que fué el trece de Noviembre, recitó el Papa la oracion que el mismo habia compuesto, en la qual, como dice un autor, parece que indicó la humildad de su nacimiento en aquellas palabras: *Concede propitius humilitati nostræ*, como que era verdadero amador del christiano abatimiento, aun

en la mas alta dignidad. No obstante, como fué hombre de extraordinario espíritu, dió muestras de magnánimo Príncipe, mucho mas de lo que podia esperarse de la humilde fortuna en que habia nacido, y se habia educado. Procuró con inexôrable severidad expeler de todos sus dominios á los ladrones, asesinos, desterrados, enemigos de la quietud pública, y finalmente á todos los malhechores. Adornó la ciudad con monumentos desenterrados de la mas remota antigüedad. Levantó con feliz osadia, delante de la Basilica Lateranense, el obelisco que estaba sepultado en el circo máxîmo, donde le colocó Constancio, hijo del gran Constantino, como refiere Ammiano. Trasladó á la Plaza de la Iglesia de San Pedro, y dedicó á la Santa Cruz otro obelisco que estuvo en tiempos antiguos en el circo Vaticano de Cayo y Neron: y finalmente erigió el tercero en Santa María del Populo. La brevedad de su Pontificado le impidió perfeccionar otras muchas cosas que tenia proyectadas. Falleció D. Juan de Mendoza, Arzobispo de Granada, y fué electo en su lugar Don Pedro de Castro, hombre muy docto, y defensor acérrimo de la libertad Eclesiástica.

En America sucediéron por este espacio de tiempo pocas cosas dignas de memoria. El Concilio de México celebrado el año de mil quinientos ochenta y cinco por el Arzobispo Don Pedro de Contreras, con asistencia de seis sufraganeos, mandó celebrar con octava solemne la fiesta de San Joseph, Esposo de la Santísima Vírgen María, que en otro sínodo de treinta años ántes habia sido declarado Patron del reyno de México, y se decidiéron otros muchos puntos concernientes á la disciplina Eclesiástica, y reforma de las costumbres, todo lo qual confirmó el Pontífice Sixto en el año siguiente. El Rey Don Felipe envió entónces á aquel nuevo Mundo once Religiosos Carmelitas de la nueva reforma de Santa Teresa, á los quales se les diéron las ruinas del templo de San Sebastian, cerca de la ciudad de México, para que fundasen un convento, y se aumentó mucho en aquellos paises la piedad christiana con el buen exemplo de estos Reli-

giosos. A primeros de Julio del año de ochenta y seis acaeció un terremoto en el Perú, que continuó por espacio de quarenta dias, con grande estrago de los edificios, no quedando en Lima ninguna casa intacta. Consternados los habitantes, abandonáron la ciudad, y á esto se siguió una pestilente enfermedad, que se extendió hasta las costas de Chile, y una horrible hambre, originada del descuido de los campos, con cuyos males pereciéron innumerables personas. Al mismo tiempo para colmo de miserias Tomas Candisch, pirata Ingles, habiendo atravesado el estrecho, saqueó y incendió los navíos, y hizo otros muchos daños.

Llegáron á Lisboa las naves de las Indias, opulentamente cargadas con muchas mercaderías. A peticion de los Portugueses estableció el Rey Don Felipe una Audiencia en Goa, para la qual nombró diez Oidores muy doctos. El Arzobispo Don Vicente no pudiendo tolerar por mas tiempo el desenfreno de los Portugueses, entregados á todo género de vicios, renunció su dignidad, y murió en la navegacion quando regresaba á Portugal. Pablo de Lima, varon muy esforzado, se apoderó de Yor, ciudad muy rica, situada no léjos de Malaca á grado y medio sobre el equador, y derribó sus murallas, y no falta quien dice que fué reducida á cenizas. Entráron en parte de la presa cerca de mil piezas de artillería, y dos mil y doscientos buques que estaban fondeados en el rio. Tambien sobresalió mucho en esta expugnacion el valor de Antonio de Noroña. El Rey de Achen intentó muchas veces invadir á Malaca, y el de Ceylan á Columbo, pero uno y otro con igual desgracia. Por este tiempo tuvo aquel sitiada á Malaca por espacio de siete meses; mas con la voz que corrió de que venia Pablo con la armada, se apresuró á levantar el sitio. El de Ceylan combatia á Columbo con grandes fuerzas, y la defendia Juan de Brito con algunos pocos Portugueses naturales del pais. Acudiéronle socorros de diversas partes: el bárbaro sin conmoverse por esto, perseveró en su empresa por seis meses seguidos, hasta que con la llegada de Pablo, y de Sousa Coutiño, cuyo valor habia experimen-

tado en otras ocasiones con grave daño suyo, levantó el sitio, y se retiró de allí con silencio. A principios de Mayo de este año falleció el Virrey Meneses, y habiéndose abierto la Cédula Real, fué declarado por su sucesor Manuel Coutiño, que habia adquirido mucha fama con sus hazañas. Emprendió Pablo su navegacion á Portugal, y naufragó en las costas de Africa; pero habiendo escapado de aquel peligro, falleció poco tiempo despues este hombre, que fué uno de los mas célebres de su edad. El pirata Alibet que hacia muchos daños á los Portugueses en Mombaza, fué apresado con quatro galeras por Tomas, hermano del Virrey, el qual auxîliado despues por los bárbaros Muzimbaros, sujetó á los habitantes de aquellas costas, y regresó á Goa vencedor en mar y tierra, y fué recibido con magnífica pompa. El prisionero se convirtió al Christianismo, y finalmente murió en Lisboa.

CAPITULO VII.

DESGRACIADAS EMPRESAS DE FLANDES. ANTONIO PRIOR DE OCRATO ACOMETE A PORTUGAL CON UNA ARMADA INGLESA. SITIO DE PARIS POR EL REY ENRIQUE, Y ES ASESINADO. ACLAMA EL EXERCITO POR REY AL PRINCIPE DE BEARNE, Y LOS DE LA LIGA AL CARDENAL DE BORBON.

1589. El año de mil quinientos ochenta y nueve fué abundante de expediciones desgraciadas. El Conde de Egmont combatió con mucho esfuerzo á Goets de órden del Príncipe de Parma, y no pudo tomarla. Tampoco Mauricio pudo conservar á Gertrudemberg, aunque se hallaba sitiada por todas partes, para que no pudiesen entregarla al de Parma los Ingleses que la presidiaban, que irritados con los Estados porque no les pagaba su estipendio, habian pactado la entrega al de Parma baxo de cierta suma. Mauricio arrebatado

de la ira, mandó batir los muros con la artillería, y acometió por la brecha; pero fué rechazado con pérdida por los Ingleses; y con la voz que corria de la venida del de Parma, se embarcó en los navíos, con la misma celeridad que habia venido, y habiéndose deteriorado su salud, marchó á tomar las aguas de Spá por consejo de los Médicos. Entretanto no hubo mas que ligeros encuentros, que mas bien exercitáron, que fatigáron al soldado. El Marques de Varambon, natural de Borgoña, Gobernador de Güeldres, acometió sin fruto alguno á Rhimberg, pero peleó prosperamente con Schenk, que habia acudido á socorrer á los que se hallaban en aprieto; y se dice que fué ganada la victoria por el valor de las tropas Napolitanas. No tardó Schenk en desquitarse de los daños, que le hiciéron los Realistas, pues derrotó á Patton que poco ántes habia desertado de los Ingleses, llevándose el dinero destinado á la paga de las tropas, para entregarlo á Verdugo. Mas no le duró mucho á Schenk la alegría de la victoria, y de la presa. Embarcóse en el rio Vahal, y ántes de amanecer quiso entrar en Nimega; pero rechazado al rio por los habitantes, y tropas de la guarnicion, se embarcó en su navío, el qual se abrió con el peso de los muchos que huian de la muerte, y se sumergió en medio de la corriente, y de esta manera pereció aquel hombre tan belicoso, y despreciador de los peligros; pero muy desenfrenado en la ira, y en el vino. No mucho despues Nuenar, su compañero de armas, fué abrasado por un barril de pólvora que se incendió casualmente. Varambon peleó desgraciadamente con el Ingles Francisco Ver; y Rhimberg fué socorrida por el vencedor con todas las provisiones necesarias. Pero finalmente despues de un largo sitio fué ganada con la paciencia por Cárlos Mansfeld, y restituida el año siguiente al Arzobispo de Colonia; el qual por medio de sus Legados dió muchas gracias al de Parma, por haber recobrado con su auxîlio y consejo los dominios, que tenia perdidos. Estas fuéron las cosas mas dignas de memoria que sucediéron en Flandes.

En Inglaterra se disponia una poderosa armada para daño de la América; pero á instancias y ruegos de Antonio Prior de Ocrato, mandó la Reyna que se dirigiese contra las costas de Portugal. Esperaba pues aquella Princesa, que con la presencia de Antonio, y á vista de las banderas Inglesas, se animarian los Portugueses á sacudir el yugo y dominacion de los Castellanos, que sufrian con tanta impaciencia; y de este modo con las fuerzas de una Provincia opulenta, suscitaria á poca costa una gran guerra al Español, al mismo tiempo que con sus astucias fomentaba la de Flandes, para que el Rey de España no pudiera acometerla en su misma casa. Habiendo penetrado Don Felipe el artificioso designio de la Reyna, envió á Lisboa al Conde de Fuentes, hombre muy experto en los negocios de la paz, y de la guerra con un escogido esquadron de gente armada, á fin de que mantuviese en su deber á los Portugueses en caso necesario, y procurase rechazar á los enemigos de aquellas costas. Además de esto, con la noticia que se divulgó de la guerra, acudiéron socorros de todas partes, y un gran número de voluntarios, deseosos de dar pruebas de su valor.

Don Juan de Padilla, Marques de Cerralbo, obtenia el gobierno del reyno de Galicia, adonde primeramente arribó el enemigo con la codicia de hacer presas. Componíase su armada de setenta navíos; que conducian catorce mil soldados, al mando de Enrique Noris, General de mucha experiencia. Habiendo desembarcado en el puerto de la Coruña, acometiéron en la ciudad que no estaba muy guarnecida, y intentáron en vano el asalto por la brecha del muro, de donde fuéron rechazados con una sangrienta pelea. En esta ocasion resplandeció el heroyco valor de una Gallega, llamada María Pita, pues viendo que descaecian de ánimo los hombres, oprimidos por la multitud de los enemigos, arrebató á un soldado su espada y rodela, y les dixo á gritos: ,, Buen ánimo, compañeros mios, ,, seguidme y tomad exemplo de mí, porque en nues- ,, tras manos está pendiente el honor del nombre Es-

„pañol.“ Dicho esto, acometió á los enemigos con increible audacia, y incitados de ella los soldados, se reaniman sus fuerzas, y despues de un atroz combate, rechazáron al enemigo de la brecha del muro con grande estrago. Un autòr de aquel tiempo asegura que pereciéron mil y quinientos Ingleses, y entre ellos un hermano de Noris. Desesperado pues de tomar la ciudad, descargáron su ira contra el arrabal; y despues de haberle saqueado, y incendiado, se retiráron á los navíos, y levantando las anclas desapareciéron inmediatamente. Aquella muger tan heroyca, cuyo valor conservó la ciudad, fué premiada por el Rey con el sueldo de Alferez.

Pusiéronse los enemigos á la vista de Peniche, villa pequeña de Portugal, y poco guarnecida, y al momento se apoderáron de ella. Desde allí se encamináron á Lisboa con sus tropas en órden de batalla, y habiendo puesto sus Reales en un parage oportuno, poco distante de la ciudad, esperaban la sublevacion de sus habitantes, y que les diesen entrada; en lo qual les confirmaba Antonio, fiado en la palabra de algunos de sus partidarios. Pero el Cardenal Gobernador mandó ajusticiar á los mas fanáticos Antonianos, que clandestinamente incitaban al pueblo á tomar las armas; con cuyo suplicio aterrados los malcontentos, prefiriéron la quietud á una ruina inevitable. Los nobles y ciudadanos honrados se mantuviéron por el Rey con sincera, é inviolable fidelidad. El Conde de Fuentes impedia á los Ingleses que hiciesen correrías, teniéndolos encerrados por todas partes con la caballería. Hubo algunas leves escaramuzas favorables á los Españoles; pero no peleáron en batalla, porque el Ingles se mantenia en su campo muy fortificado. Drake que mandaba en la armada, tomó á los Alemanes ocho navíos cargados de trigo en el puerto de Cascaes, junto con la fortaleza por la cobardía del Gobernador, que pagó con su cabeza. No intentó Drake penetrar en el rio Tajo, de lo qual le culpó Noris. Tenia Bazan cerrada la entrada con diez y ocho galeras, defendidas por las fortalezas, y finalmente viendo el Ingles,

despues de ocho dias, que no habia esperanza de cumplirse las promesas de Antonio, se retiró á Cascaes, habiendo recibido algun daño en su retaguardia. Incendió la fortaleza, y la arrasó con pólvora hasta los cimientos, y se hizo á la vela para Inglaterra, sin haber conseguido lo que se proponia en esta expedicion.

No con mayor fortuna intentó el Saboyano apoderarse de Ginebra, auxîliado por el Rey Don Felipe, con valerosas tropas, sacadas de la Lombardía y de Nápoles. Alegaba aquel sus antiguos derechos, y al Rey Don Felipe le movia el deseo de restablecer la Religion Cathólica, y esperaban que Dios favoreceria la buena causa, pero sucedió todo lo contrario; tal vez en castigo de los pecados de los nuestros. Inmediatamente acudiéron los Suizos de las cercanías á socorrer á los sitiados. Hubo primero treguas, y despues de concluidas, algunos combates de poca importancia. Finalmente se introduxo una peste en el campo, cuyos estragos, y el daño que le causaban los sitiados con sus salidas, obligáron al Saboyano á retirarse sin haber hecho cosa alguna.

Mucho mas desgraciado fué el Rey Enrique en el sitio de París, con un grande exército, habiendo juntado sus tropas con las del Príncipe de Bearne. Deseaba con mucho ardor vengarse de las anteriores injurias, y decia que sin derramar mucha sangre no podia curarse el frenesí de sus habitantes. Hallábase ya la ciudad en la mas crítica situacion: todo estaba dispuesto para dar el asalto en los arrabales, y esperaba apoderarse de ellos en breve tiempo, junto con la ciudad; pues el miedo habia entorpecido de tal suerte á sus moradores, que desconfiados de poder librarse, corrian mas bien á esconderse que á tomar las armas. Era grande el pavor y consternacion de la multitud, quando se mudó la scena por el delirio, y temeridad de un hombre despreciable. Jacobo Clemente, Religioso Dominico, muy conocido de todos los suyos por su declarada estupidez, entró en el campo, y dixo que tenia que hablar al Rey en secreto, y entregarle unas car-

tas. Lleváronle con efecto, muy de mañana á la presencia de Enrique; retiráronse todos, como lo habia pedido, y al tiempo que hacia el ademan de entregarle las cartas que llevaba prevenidas, le metió un cuchillo por el vientre, con tan grande fuerza, que penetró hasta el mango. Levantó el Rey el grito, y se sacó el cuchillo de la herida, y con gran presencia de ánimo, le clavó en la frente de aquel malvado. Acudiéron al ruido los domésticos y cortesanos que acabáron de matar al traidor, y arrastrando su cadáver por los pies le despedazáron con quatro caballos, y despues le reduxéron á cenizas. En la primera curacion diéron los Médicos alguna esperanza de vida, ó porque lo creian así, ó porque convenia creerlo. Pero habiéndole sobrevenido una calentura con cruelísimos dolores, y conociendo que se le acercaba su muerte, llamó al Príncipe de Bearne, le declaró heredero del reyno, y le amonestó que si deseaba salvarse á sí mismo, y á la patria, volviese quanto ántes al gremio de la Iglesia Cathólica. Inmediatamente fué proclamado Rey por el exército Enrique IV. de este nombre, y Enrique III. despues de haber recibido los Santos Sacramentos, falleció con muchas señales de arrepentimiento, siendo el último Rey de la casa de Valois. De tan delgado hilo como este pende la salud y opulencia de los mortales, en las que tanto confian, como si no pudiesen perderlas. Ignórase todavía quien fué el autor, ó incitador de tan horrible maldad. Libres ya los Parisienses de aquel grave peligro, y de comun acuerdo de los de la liga saludáron por Rey de Francia al Cardenal de Borbon, tio del Príncipe de Bearne, con el nombre de Cárlos X. y porque se hallaba preso desde la muerte de los Guisas, nombráron por su vicario al Duque de Mayena, estando muy confiados de que el cielo favorecia su causa. El de Bearne levantó su campo, y se retiró de allí muy cuidadoso, persuadido de que en tan diversos afectos y creencia, no era fácil encontrar el camino de restablecer la tranquilidad y bien público. De aquí el Rey Don Felipe, que tenia los mismos enemigos que Dios, se vió implicado ne-

cesariamente en una triple guerra con los Holandeses, Ingleses, y el Frances, á cuyos conatos creyó debia oponerse con detrimento de la Flandes, además de las grandes sumas de oro, que habia dado á los de la liga, á quienes recibió baxo de su proteccion.

CAPITULO VIII.

SUCESOS DE FLANDES. ENVIA EL PARMESANO A EGMONT CON UN SOCORRO A FRANCIA. EL REY DON FELIPE LE MANDA IR EN PERSONA. ALIANZA DE ESPAÑA CON LOS CANTONES SUIZOS CATHOLICOS.

A principios de Marzo del año de mil quinientos y noventa causó Mauricio á los Realistas un grave daño con la toma de Breda, ciudad muy fortificada, habiéndose burlado con un ardid de los Italianos que la guarnecian. Tres de los principales pagáron con la cabeza la pena de su descuido. Francisco Vintimilla, que temia el último suplicio, se libertó de él por su poca edad, y fué despedido del exército. En vano se esforzó el de Parma en recuperar la ciudad perdida, habiendo sido llamado de allí por el peligro de los de Nimega, contra cuya ciudad habia dirigido Mauricio sus armas; y ya que no pudo otra cosa levantó una fortificacion en la ribera opuesta del rio, con grande incomodidad de los habitantes, á quienes impedia el uso de la navegacion y del campo. A la verdad el jóven Mansfeld hubiera estorbado á Mauricio esta obra, si no le hubiese llamado el Parmesano, que recibió órden del Rey para marchar aceleradamente á Francia con el exército. Hallábanse en tal estado las cosas de los de la liga, que caminaban á su total ruina, si no se les socorria. El Parmesano en virtud de la alianza, mandó á Egmont que llevase auxîlios al Duque de Mayena, y estos se componian de mil y ochocientos caballos muy bien equipados, que era lo que mas nece-

1590.

sitaba. Fortificado con estos y otros socorros movió su exército contra el de Bearne, que retenia en su partido á los Cathólicos, con la esperanza de que mudaria de Religion. Finalmente despues de varias tentativas, se ordenáron en batalla los dos exércitos, cerca del pueblo de Juria: y habiéndose trabado el combate entre la caballería, pareció que al principio se inclinaba la victoria á los confederados, porque los Flamencos en el primer ímpetu hiciéron mucho estrago en los enemigos. Pero mudándose la fortuna de la pelea fuéron derrotados, y puestos en fuga por la infantería Francesa, que desde luego se puso en accion. El Conde de Egmont quedó muerto con algunos pocos caballos, y en la batalla no se derramó mucha sangre, ni pereciéron en ella muchos mas de los vencidos, que de los vencedores. Los Alemanes fuéron tratados cruelmente como que eran desertores; muchos de ellos pereciéron ahogados en las corrientes de un rio cercano, y el resto de las tropas se dispersó por varias partes.

Despues de esta desgraciada batalla vino á París el Duque de Nemours para animar á los ciudadanos, y que no desfalleciesen con el terror, pues no tardó mucho tiempo en sitiar con sus tropas el de Bearne aquella Capital para domarla por hambre. Marchó el Duque de Mayena á Flandes á conferenciar con el Parmesano, en quien parecia se hallaban puestas las esperanzas, y las fuerzas de la liga. Habláronse pues en Condé, y no volvió Mayena muy satisfecho, porque cuidadoso el Parmesano de las cosas de Flandes, le hacian poca impresion las desgracias agenas. Pero al paso que este procedia con lentitud, y tibieza en la causa de los de la liga, tanto mayor era el zelo y ardor con que la abrazaba el Rey Don Felipe, porque un ánimo excelso no sabe contenerse en estrechos límites, y tanto mas creia asemejarse á Dios, quanto mayor cuidado ponia en el bien de mayor número de hombres. El Parmesano dirigia únicamente todos sus desvelos á los negocios de Flandes, y esperaba recuperar quanto ántes para el Rey todas aquellas Provin-

cias, con inmortal fama de su nombre, y por tanto sentia que una nueva guerra le interrumpiese la victoria que tenia concebida en su ánimo. Tampoco sus fuerzas eran suficientes para hacer cara á tantos enemigos; por lo qual temia perder una y otra empresa con mucho descredito suyo. Mas el Rey D. Felipe miraba la cosa baxo de otro aspecto. Decia que convenia defender en Francia la religion verdadera, porque si se arruinase aquel reyno, sucederia lo mismo en Flandes, que por todas partes se hallaba agitada de perversas opiniones. Que la España no estaba muy remota del peligro; y que si Dios no miraba por su causa, la misma Capital del mundo christiano se abrasaria dentro de breve tiempo en supersticiones, que abolirian la verdadera piedad: que debia poner cuidado en evitar estos males, pues el cielo se lo habia inspirado, dándole al mismo tiempo tantas riquezas para que el Imperio sostuviese á la religion; y que además de esto era muy propio del decoro de su nombre socorrer á sus socios en tanto aprieto; aun con peligro y daño de sus propios bienes. Confirmado pues en esta idea, habia pedido dinero á España y América con el título de don gratuito para los gastos de la guerra, y se recogiéron fácilmente seis millones de ducados. Mandó tambien reclutar sesenta mil hombres, habiéndoles concedido varias inmunidades para que acudiesen armados, adonde los llamase el peligro de fuera, á causa que la España en un rompimiento subito no podia ser socorrida por sus confinantes, pues no tenia ningunos que mirasen por ella. Al mismo tiempo para quitar á la Francia el apoyo de los Suizos, y apropiarsele á sí mismo, procuró hacer alianza con los cantones que se mantenian en la religion cathólica. Recibiéron aquellos hombres con admirable regocijo la amistad de tan gran Príncipe, habiendo enviado á España al Coronel Lucio con algunos nobles capitanes para ajustar las condiciones. Tratólos el Rey honoríficamente, y les regaló entre otras cosas, collares de oro engastados en piedras preciosas. Esta fué la primera vez que se vié-

ron en España diputados de aquella nacion belicosa; los quales despues de concluido el tratado á medida de sus deseos, se restituyéron alegres á su patria.

Pero volvamos al Parmesano: habiale mandado estrechamente el Rey Don Felipe, que juntando un poderoso exército, marchase quanto ántes á Francia, habiéndole facilitado dinero para la paga por medio de los banqueros, y le escribió que confiaba en la bondad de la causa, y en la prudencia de tan gran General, que llenaria el colmo de sus anteriores victorias, y que la fama de haber conservado á Paris haria su nombre esclarecido en todas las naciones. Que convenia tanto retener á la Francia en la Iglesia Catholica, no ménos que á él la conservacion de Flandes, por lo qual dexase por entónces este cuidado, y lo abandonase á la providencia. El Parmesano aunque forzado, comenzó á mover sus tropas ácia las fronteras de Francia, dexando á Mansfeld el viejo el gobierno interior de Flandes, segun se lo habia mandado el Rey, y las pocas fuerzas que le entregó, mas eran para rechazar la guerra, que para hacerla. El Duque de Mayena se adelantó con presteza á Condé, noticioso de las órdenes del Rey D. Felipe, y juntó sus tropas con las del Parmesano. En aquella ciudad recibió cartas de los Parisienses sitiados, en que le decian, que si no apresuraba su marcha vendria mas bien á los funerales, que al socorro de la ciudad, que estaba muy próxîma á espirar. El de Bearne habia cerrado de tal suerte todas las entradas, que comenzáron á faltar todos los alimentos, y el hambre hacia los mayores estragos, obligándolos á usar de las comidas mas desusadas y repugnantes, y no obstante permanecian aquellos hombres en su inflexîbilidad, estando obstinados á padecer con increible paciencia todo género de calamidades, y aun la misma muerte ántes que abrir las puertas al Rey herege. Hemos referido esto brevemente, y como de paso para que eternamente sea celebrada la constancia de aquella nacion inclita en la defensa de la religion.

En situacion tan calamitosa sirviéron de grande auxîlio el Duque de Nemours Gobernador de la ciudad, los Embaxadores del Pontífice, y de España, Enrique Cayetano, y Don Bernardino de Mendoza, y otros varones principales, con cuyos socorros se mantuviéron firmes los Parisienses. Hacian todos los dias rogativas, votos y promesas al cielo; y mas de una vez imploráron la clemencia del enemigo, para que sin menoscabo de la religion, se compusiese aquella discordia; pero fuéron vanos todos estos esfuerzos. Entretanto fué introducida en la ciudad una gran cantidad de víveres por la parte de los Reales, que se hallaba mas descuidada, á cuyo fin se adelantó el Duque de Mayena hasta Meaux con parte de las tropas. Consumiéronse en breve estas provisiones, y volvió otra vez el hambre con mucha mas fuerza que ántes, como si mas bien se hubiese irritado, que apagado con aquel socorro. El Parmesano se iba acercando, y con la fama de su venida inmediatamente levantáron los enemigos su campo con imponderable dolor del de Bearne, que se veia forzado á perder de entre las manos la ciudad Capital del reyno, despues de haberla reducido á tal extremo de hambre, que apénas podria sustentarse por espacio de quatro dias. Así lo creian los principales cabos del exército, que se juntáron en consejo de guerra. Su designio era, que rechazando de allí al Parmesano, y obligándole á retroceder con los socorros que conducia, se volviesen otra vez al campo hasta que los Parisienses se viesen forzados por la necesidad á entregarse. Pero sucedió muy al contrario de lo que habian pensado, porque el Parmesano se burló del de Bearne, despues de haberle alejado de las murallas de la afligida ciudad. Puso sus Reales entre Meaux y París: siguiéronse algunas escaramuzas entre la caballería, y se exploráron uno á otro sus fuerzas, que en realidad no eran muy desiguales. Farnesio sobresalia en la infantería, y Borbon en la caballería; pues se dice que aquel tenia ochenta mil infantes y cinco mil caballos, y éste veinte mil hombres y siete mil de caballería muy es-

forzada. Los Generales eran iguales en la ciencia militar, el uno algo mas reparado y circunspecto, el otro mas audaz y despreciador de los peligros, y ambos esclarecidos con muchas victorias.

Habiendo el Parmesano ordenado sus tropas divulgó la voz de que daria la batalla, á vista de que el enemigo le provocó á ella el dia ántes, enviando al Duque de Mayena un cartel por medio de un Rey de Armas; pero en su interior pensaba otra cosa muy diversa. Colocó en la frente la fuerza de la caballería al mando del Marques de Rhenti; al Duque de Mayena en el centro con la infantería Española, Italiana y Alemana, y veinte cañones de campaña á los costados de la infantería y caballería Francesa, y encomendó la retaguardia á Mota con dos legiones de Walones, y otras dos compuestas de Alemanes y Suizos, añadiendo algunos esquadrones de caballos. Mandó á Rhenti que ocupando las alturas fingiese baxar muy despacio; y que se detuviese de trecho en trecho, como si dispusiera sus tropas en órden de batalla, para pelear con el enemigo que ocupaba la llanura. Este aspecto de combate llenó de alegría al de Bearne que lo deseaba en extremo; pues como era superior en la caballería, se lisonjeaba ya de la victoria, peleando en campo llano y abierto. Pero miéntras que el Parmesano entretenia á los enemigos con la falsa esperanza de la batalla, mandó de improviso detenerse á Mayena que en otro collado estaba ordenando el centro del exército, y sonriéndose descubrió la catástrofe de la escena, y dispuso marchar por la izquierda ácia Lignac, por donde habia fácil entrada para socorrer á París. Habiendo mudado de esta manera la formacion del exército, el centro se convirtió en vanguardia, la retaguardia en centro, y la vanguardia que mandaba Rhenti que sabia los designios del Parmesano, quedó ahora de retaguardia. Finalmente para impedir que el enemigo no la molestase, dispuso por los bosques tiradores Españoles, que recibiesen con una lluvia de balas al que intentase perseguirlos. Al principio se admiró el de Bearne de

la tardanza ; pero viendo despues que se aclaraba y desvanecia la nube de hombres que ocupaba las alturas, conoció que habia sido burlado, y despachó la mitad de la caballería contra los que se retiraban, así para vengarse del engaño, como para explorar los designios de aquella marcha. Pero no pudo conseguir lo uno ni lo otro, y los Franceses no sacáron otro fruto, que heridas é ignominia.

Llegó pues el exército por la noche á Lignac, ciudad situada á la margen del rio Marne, y inmediatamente fuéron tomados los arrabales. Al amanecer del dia siguiente principiáron los soldados á cavar la tierra, levantando trincheras á toda prisa, colocando la artilleria en todas las entradas, y guarneciéndose con la caballería contra qualquiera invasion. Al mismo tiempo desde la ribera opuesta comenzáron á batir los muros de la ciudad, teniendo por medio el rio. El estruendo de la artillería hirió el ánimo del de Bearne, el qual bramaba sin saber que hacerse, pues ni hallaba medio de socorrer á los sitiados, ni por donde acometer contra los Reales, sin una conocida pérdida suya, y veia que se le escapaba París de entre las manos, y que á su presencia era vencida y expugnada Lignac. Finalmente se resolvió á socorrer á los que se hallaban en tanto peligro ; y conociendo que era necesario apresurarse, hizo montar á la infantería en las ancas de los caballos, y la envió por diversas partes del rio. El mismo en persona, para servir de auxîlio á los suyos, marchó por un camino mas largo al puente de Gornay con un valeroso esquadron de caballos. El Parmesano, habiendo atravesado el rio por un puente que hizo levantar algo mas arriba, mandó á sus tropas que diesen el asalto. Peleáron muchas veces, y finalmente fué expugnada la ciudad á fuerza de armas, hiriendo y matando á vista del de Bearne, el qual torció las riendas al caballo, y lleno de ira y de indignacion, se volvió á su campo por el mismo camino que habia traido. Los vencedores despues de tomada la ciudad se derramáron al saqueo: los viejos, mugeres y niños fuéron conservados en las

Iglesias, y quedó prisionero con muchos nobles el Gobernador Lafin, que habia dado pruebas de un heroyco valor en defensa de la ciudad. Esta victoria costó muy poca sangre á los vencedores, habiendo muerto solos ocho, pero hubo muchos heridos, y de los enemigos pereciéron novecientos.

CAPITULO IX.

ENTRADA DEL PRINCIPE DE PARMA EN PARIS. VANOS ESFUERZOS DEL DE BEARNE PARA APODERARSE DE ESTA CIUDAD. VUELVESE EL PARMESANO A FLANDES CON SU EXERCITO.

Despues de este feliz suceso, movió el de Parma su exército ácia París, donde se introduxo una inmensa cantidad de víveres con inexplicable alegría y aplauso de sus habitantes, como cada uno puede considerarlo por sí mismo. Porque aunque despues de levantado el sitio y saqueado el campo enemigo, en el que con la prisa de la retirada se habia dexado mucho trigo, y además se conduxo mucho de otras partes para remediar el hambre; no era sin embargo tanta la abundancia, que los libertase para lo venidero del miedo de la necesidad. No debemos omitir en este lugar la piedad memorable de Christóbal Lori, noble Valenciano, que buscando entre las ruinas de las Iglesias de los arrabales, las reliquias de los Santos arrojadas con desprecio por los Hugonotes, las recogió y procuró que fuesen colocadas en parages decentes. Para aliviar el de Bearne la escasez que padecian sus tropas con el saqueo de los Reales, y resarcir de alguna manera la anterior ignominia atravesó el rio, y durante las tinieblas de la noche arrimó las escalas á los muros, persuadido de que los ciudadanos abandonando las centinelas estarian entregados al sueño. Pero le saliéron vanos sus esfuerzos, pues ha-

biéndolo descubierto los Parisienses, porque los correos de una parte á otra estaban en continuo movimiento, dobláron con mayor cuidado las centinelas, y rechazáron fácilmente al enemigo. No por esto desfalleció su ánimo con el desgraciado éxito de la empresa; ántes bien haciendo juicio de que los ciudadanos pasado el peligro se entregarian descuidados al sueño, mandó arrimar otra vez las escalas con gran silencio, en lo mas profundo de la noche. Ya el suceso iba á corresponder á sus esperanzas, pues ninguno se les oponia, quando acudiéron los Jesuítas que hacian la ronda por aquella parte; gritáron al arma, y al enemigo, y arrojáron de las escalas á los que subian por ellas. Finalmente habiendo acudido prontamente los soldados y la plebe armada, rechazáron de allí al de Bearne. Coloma nombra por autor de esta hazaña á Francisco Suarez, otros á Juan Lorino, y otros á ninguno. Perdió el de Bearne la esperanza de conseguir cosa alguna por fuerza, á vista de que la fortuna se oponia á todas sus empresas, y desistiendo al fin de exponerse á nuevos peligros, despidió el exército, habiéndose reservado un valeroso y expedito esquadron para ocurrir á qualquier encuentro. Tambien muchos nobles de la liga se retiráron del campo á sus casas, porque no podian ya tolerar los gastos.

El Parmesano despues de haber obligado á entregarse á los pueblos circunvecinos, á fin de que así por tierra como por el rio, estuviese libre el comercio de la ciudad, descansó algunos dias en París, donde habia sido recibido con regia magnificencia, alegría, y aplauso de todos los Estados. Desde allí se dirigió contra Corbeville, ciudad situada á la orilla del rio Sena, bien guarnecida con muros, y un foso lleno de agua, y asegurada con una valerosa guarnicion que mandaba su Gobernador Rigaud, hombre intrépido, y de una fidelidad inviolable. Durante su expugnacion padeció el exército falta de las cosas mas necesarias, porque el Duque de Mayena y los Parisienses le proveian con mucha escasez. Finalmente habiendo dado el asalto, y atravesado el foso por un

puente de madera, peleáron atrozmente unos y otros, como por sus aras y hogares; y despues de un sangriento combate se viéron enarboladas en los muros las vencedoras banderas de los Españoles y Walones; miéntras que los Italianos incitados del exemplo de sus compañeros, penetráron por otra parte, con estrago de los suyos y de los enemigos. Caminaban los vencedores sobre montones de cuerpos muertos, y se derramáron por la ciudad á matar y saquear quanto encontraban. Rigaud cayó muerto peleando valerosamente, y atravesado de muchas heridas, y no puede disimularse que la victoria fué cruel; pero en medio de tan desenfrenada licencia respetó el vencedor las Iglesias, y muchos libertáron su vida en ellas. El Parmesano entregó el pueblo á Mayena con escrupulosa integridad, contentándose por único premio con la gloria de esta hazaña.

Despues que proveyó suficientemente á la seguridad de los Parisienses arrojando de allí á los enemigos, y habiendo introducido víveres para seis meses, movió Farnesio sus tropas disminuidas algun tanto con los males de la guerra, y se puso en camino para Flandes. Marchaban los esquadrones ordenados siempre para la pelea, como si caminasen por pais enemigo, y rodeados con la multitud de los carros, á fin de evitar qualquiera repentina asechanza. A últimos del otoño, y no léjos de las fronteras de Flandes, se le puso á la vista la caballería enemiga, ordenada en batalla, y instruido el Parmesano de su número, la opuso un fuerte esquadron que la acometió, acelerándose el exército á llegar al parage destinado para sentar los Reales, miéntras que unos y otros hacian algunas escaramuzas. Comenzáron los nuestros felizmente la pelea, y encendiéndose mas con la llegada de los Flamencos, fué rodeado Biron el jóven, que fué el que aconsejó al de Bearne esta tentativa, y habiéndole muerto el caballo, se vió obligado á pelear á pie, y defenderse, no tanto con las armas, quanto con la aspereza del sitio. Voláron los compañeros para sacar del peligro á aquel ilustre jóven;

y por la otra parte Rhenti , y Chimai introduxéron en la pelea seiscientos caballos corazas. Al mismo tiempo Idiaquez y Cayetano aceleráron el paso con sus legiones para mezclarse en el combate. Conmovido el Rey del peligro que corrian los suyos, envió prontamente dos mil caballos con el Duque de Longueville contra los Españoles , y apénas tuviéron tiempo de libertar á Biron; el qual habiendo montado en un caballo volviéron la espalda los enemigos, y con la venida de la noche se dirimió la accion. Dícese que pereciéron en la pelea sesenta Franceses, y que muchos mas fuéron ahogados en el rio , y su pérdida hubiera sido mayor, si les hubiese durado mas el dia á los vencedores. Finalmente luego que llegáron á Guisa, peleáron otra vez en la retaguardia, aunque el combate fue ligero por la desigualdad de las fuerzas , y temeroso el Rey de esto , procuró retirarse quanto ántes, despues del primer choque, para no pagar la pena de su inconsiderada audacia. Despues de esto entregó Farnesio á Mayena quatro mil infantes y quinientos caballos , mandándoles que invernasen en el territorio de Rheims , para que defendiesen el nombre de la liga contra las fuerzas de sus enemigos; y desde allí se restituyó á Flandes colmado de gloria y de victorias.

Pero en estas provincias halló las cosas en muy mal estado; porque auxiliado Mauricio por la Reyna de Inglaterra con dinero y tropas , y aprovechándose de la ausencia del Parmesano para promover sus conquistas , llevó á todas partes impunemente el terror de sus armas. Habiéndose apoderado de las fortificaciones levantadas para la defensa de las fronteras , se disponia ya á tomar las principales fortalezas. Acometió primero con asechanzas á Nimega , levantando á este fin una fortificacion en el rio Vaal y Verdugo , que se hallaba muy falto de todas cosas , se resistia á sus esfuerzos todo quanto podia , junto con Manuel de la Vega. Sus soldados despues de haber hecho heroycas hazañas en lo mas crudo del invierno, estrechados por su extrema pobreza, y irritados por

la severidad del Coronel, se sublevàron contra él, y le amenazáron con la muerte incendiando con pólvora la tienda donde descansaba. Los habitantes de Venloo en la provincia de Güeldres, se cansáron de sufrir las rapiñas y maldades de los Italianos, que habian quedado de guarnicion, y habiéndolos engañado con un ardid, y intimidado despues á los Alemanes, arrojáron de la ciudad á unos y otros; pero se mantuvo esta fiel al Rey como lo afirma Coloma. Los Holandeses se apoderáron tambien de dos fortalezas en los confines del Brabante, y acometiéron desgraciadamente á Dunquerke, habiendo sido rechazados por la guarnicion al mar, y á los navíos, y despojados de su campo y bagages. Tal era el aspecto de las cosas en Flandes.

CAPITULO X.

CONTINUA LA GUERRA EN FRANCIA. ENTRA EL SABOYANO EN ESTE REYNO CON UN EXERCITO. MUERTE DEL PAPA SIXTO V. Y DE URBANO VII. Y ELECCION DE GREGORIO XIV. MUERTE DE ALGUNAS PERSONAS ILUSTRES.

Entretanto habia muchos movimientos en varias partes de Francia. En la Guyena defendia la Religion Cathólica el Duque de Joyosa, sucesor de su hermano, que poco ántes habia sido muerto en Courtray. El Rey Don Felipe le envió de socorro á Narbona dinero y tropas no despreciables, entre las quales se contaban mil Catalanes, mandados por Hortensio Armengol. En una armada de quarenta navíos habian arribado á Blavet en la baxa Bretaña, quatro mil y quinientos Españoles, baxo el mando de Don Juan del Aguila, los que habiéndose juntado con las tropas de Manuel de Lorena Duque de Mercoeur, arrojáron á los Hugonotes de muchos lugares. El Saboyano vino con un exército á la Provenza, y fué

recibido en Aix con el mayor regocijo por sus habitantes, que eran muy zelosos cathólicos; con cuyo exemplo se sujetáron á su autoridad otras ciudades. Al mismo tiempo molestaba con hostilidades á los Ginebrinos, por medio de Amadeo su hermano bastardo. Esta guerra se hizo con varia fortuna, y en ella sobresalió mucho el valor del Capitan Español Antonio Olivera. Luego que Don Felipe penetró los designios de estos Príncipes, les suministraba escasamente los socorros; por lo qual solo envió al Saboyano tres mil Españoles y trescientos mil escudos de oro para que haciendo la guerra en diversas partes, dividiesen las fuerzas de la Francia, y evitasen que reunidas en uno, fuesen suficientes para arrebatar el cetro. El Duque de Mayena daba claros indicios de que aspiraba al reyno; porque despues de la muerte de Cárlos de Borbon, á quien los de la liga habian aclamado Rey, obedecian únicamente á Mayena, y lo gobernaba todo á su arbitrio. Llevaba esto á mal el de Lorena, que derivando su antiguo derecho desde Carlo Magno, y el moderno en caso que se aboliese la ley Salica, alegaba que debia recaer el reyno en el hijo del Marques de Pontmouson, como nacido de Claudia, hermana de Enrique III. Tambien representó su accion el Saboyano, como hijo de Margarita, hermana de Enrique II, á cuyo fin envió una embaxada al Parlamento de Grenoble, que no produxo efecto alguno. Tampoco los Embaxadores del Rey Don Felipe, que se hallaban en París, querian derramar sin esperanza de lucro las riquezas del oriente y del occidente, y alegaban el derecho de la Infanta Doña Isabel. Pero como por la prohibicion de la ley Salica no podian alcanzar el reyno, habian pensado reclamar la Bretaña que estaba exênta del vínculo de aquella ley, como que poco tiempo ántes se habia unido á la corona de Francia por Claudia heredera de aquel Principado, que estuvo casada con Francisco I. El de Lorena, y el Saboyano tenian otros proyectos, en caso que les saliesen fallidas las esperanzas del reyno. El primero recuperar á Metz, y el Principado de Sion;

y el segundo apoderarse de la Provenza, y del territorio inmediato á la Saboya, para lo qual no dexaban de alegar razones. De esta manera, además de la heregía, era combatida la Francia por diversas partes, y se hubiera despedazado entre muchos, si Dios no mirase por ella. El Pontífice aunque por medio de su Nuncio habia gastado trescientos mil escudos en sublevar á París, se oponia á los designios de los confederados, y recibia con agradable senblante á los Ministros del de Bearne, esperando tal vez que si cesaban las contiendas de emulacion, se convertiria al gremio de la Iglesia.

Entre tanto le acometiéron unas tercianas, y el dia veinte y siete de Agosto falleció este varon de ánimo tan grande que apénas cabia en todo el orbe. Adornó á Roma con tantos edificios, calles, y otras obras, entre los quales se cuenta la Biblioteca Vaticana, que mas bien parece haberla restaurado, que renovado. No obstante depositó en el Castillo de San Angel inmensas riquezas, que se conservan quasi intactas hasta nuestros tiempos, fuera de las rentas que dexó señaladas para varios objetos, y doscientos mil escudos destinados para ocurrir á la carestia de granos. Canonizó á San Hermenegildo, Rey de España, y compuso su oficio, que despues adornó Urbano VIII. con himnos elegantísimos. Su cuerpo fué colocado en un Sepulcro provisional en la Iglesia Vaticana, y desde alli se trasladó á Santa Maria *ad Præsepe*. Su estatua que estaba puesta en el Capitolio, fué derrivada una noche; por lo qual decretó el Senado, que en adelante no se erigiese estatua á ningun Pontífice en vida. Despues de una vacante de diez y nueve dias, y por voto unanime de todos los Cardenales, fué declarado Sumo Pontífice Juan Bautista Castanea, Genoves, que tomó el nombre de Urbano VII. Pero duró poco la alegría, pues falleció á los doce dias antes que recibiese la Tiara; y habiendo confirmado su anterior testamento, dexó sus bienes para dotes de doncellas pobres. Su cuerpo fué sepultado en San Pedro, y á los dos meses y ocho dias

fué electo en su lugar el Cardenal Nicolas Sfondrato, Milanes, que se coronó el dia ocho de Diciembre, y fué llamado Gregorio XIV. Este pues, arrebatado del zelo de la Religion, se ciñó dos espadas contra el de Bearne, porque excomulgó á sus sequaces, y envió contra él un exército para juntarle al de los confederados.

En España falleció Ambrosio de Morales, varon insigne por su grande erudicion. Continuó felizmente la elegantísima Crónica de Florian de Ocampo; y al mismo tiempo Esteban Garibay compuso su Historia de España, y de uno y otro se aprovechó mucho Mariana, como lo afirma Don Nicolas Antonio. No es justo que pasemos en silencio á Bernardino de Miedes, el qual despues que peregrinó por muchas Provincias de la Europa, fixó su morada en Valencia y obtuvo el Arcedianato de Morviedro. Habiendo sido electo Obispo de Albarracin en lugar de Don Gaspar de Figueroa, que habia sucedido á Salvatierra, falleció á fin del año anterior, el quarto de su Episcopado. Escribió varios libros con mucha elegancia; entre los que sobresale la vida de Don Jayme Rey de Aragon, y fué su sucesor Don Alonso de Gregorio. El Obispado de Cordova se confirió á Don Fernando de la Vega y el de Tortosa, despues de la muerte de Cardona á Don Gaspar Pontero, natural de Morella en el Reyno de Valencia. En el mes de Octubre fuéron conducidas á Barcelona dos galeras Argelinas, por un Genoves renegado de la Religion Christiana que se apoderó de ellas habiendo tramado en secreto una conjuracion con los remeros, y asesinado por la noche á los Turcos que las defendian. Los regalos que en ellas iban para el Sultan, se reguláron en doscientos mil escudos. Tanto valió á este hombre su audacia, que adquirió libertad y riquezas para sí y para los compañeros de su hazaña, junto con una fama inmortal, si se hubiese sabido su nombre. El otoño fué muy pestilente en Castilla, especialmente en los campos, donde cundiéron mas las enfermedades por la intemperie del Cielo y la fuerza del contagio que

causó grandes estragos, ó porque era incurable ó por la falta de remedios. Siguióse á este mal una gran desolacion y carestia.

CAPITULO XI.

RECOBRA EL DE BEARNE ALGUNAS CIUDADES QUE HABIAN TOMADO LOS DE LA LIGA. SUCESOS DE FLANDES. VUELVE EL PARMESANO A FRANCIA CON SUS TROPAS. MUERTE DE LOS PAPAS GREGORIO XIV. Y INOCENCIO IX. Y ELECCION DE CLEMENTE VIII.

A principios de la primavera de este año de mil quinientos noventa y uno tomó el Duque de Mayena algunos Pueblos entre los quales fué uno Chateau-Thierry. Despues de la partida del Parmesano, recobró el de Bearne con una admirable celeridad las ciudades que estaban mal guarnecidas por los confederados. Entre tanto juntaba este Príncipe auxîlios de todas partes, aspirando á ocupar el Trono de Francia por medio de los mayores peligros. La toma de Blavet inquietaba á la Reyna de Inglaterra por ser desde alli tan corta la travesia á la Isla de Vight, y de esta á la Gran Bretaña. Deseosa pues de arrojar de aquel puesto á los Españoles, envió al de Bearne seiscientos caballos de socorro; los quales juntos con Nuan, que habia sido llamado desde Flandes para hacer allí la guerra, se oponian á los esfuerzos del Duque de Mercoeur. Pero en breve fué muerto este en el ataque de la fortaleza de Lamballe, habiéndole herido en la frente una bala que rechazó del muro. Los sucesos de esta guerra fuéron varios, y en ella diéron los Españoles ilustres exemplos de valor. Despues que el Saboyano se apoderó de la Provenza, navegó á España para tratar con el Rey Don Felipe sobre las cosas de la guerra, y regresó con dinero y mil Españoles. El Virrey de Nápoles, Conde de Miran-

1591.

da, le envió una Legion Napolitana mandada por el Capitan Trevici. Pero la fortuna, que al principio se mostraba mas favorable de lo que podia desearse, comenzó á retroceder por la inconstancia de los Marselleses, y por la infelicidad de Amadeo que tuvo con Lesdigueres un desgraciado combate. El Duque de Nemours tenia la Borgoña por los confederados, habiendo rechazado á Aumont que combatió en vano por largo tiempo á Autun. El de Bearne recibió de Inglaterra cinco mil infantes, y una gran suma de dinero por mano del Conde de Essex, y en Alemania reclutó diez mil infantes, y cinco mil caballos por la actividad y diligencia de Turena Príncipe de Bullon, y marchó á las fronteras de Lorena para recibirlos.

El de Parma tenia muchas cosas que le impedian ponerse en movimiento con la prontitud necesaria. Mauricio habia tomado á Zutfen, mas por astucia que por valor, pero Deventer le habia costado mayores esfuerzos. No pudo Guillelmo tomar á Groninga que se hallaba defendida por Verdugo, el qual inutilizó los deseos de los traidores, que por medio de secretas inteligencias intentaban entregar la ciudad al enemigo, y el destierro fué la pena de su perfidia. Juntó el Parmesano sus tropas para acudir al socorro, y exhortó á los soldados contumaces de Vega, que estaban quietos en las ciudades opulentas del Brabante; y aunque rehusáron obedecer, sin embargo, para no manifestarse del todo ingratos á un General tan bueno, le diéron palabra de que en caso necesario, defenderian la provincia del Brabante, que se hallaba desnuda de guarniciones; lo que llevó á bien el Parmesano disimulando la ofensa. Mientras se detenia en Güeldres donde se le juntó Verdugo con sus pocas tropas, vino inesperadamente de Italia Ranucio su hijo, deseoso de aprender con su padre los primeros rudimentos de la Milicia, y su hermano Eduardo recibió del Papa Gregorio la sagrada Purpura, á solicitud del Rey Don Felipe. Incitado por los ruegos de los habitantes de Nimega, movió su

campo, y acometió á una fortificacion levantada por Mauricio el año anterior, que incomodaba mucho á la ciudad. Envió delante la caballería Italiana para que desde un parage seguro explorase á los enemigos; pero haciendo lo contrario de lo que se le habia ordenado, trabáron batalla con el enemigo, y persiguiéndole en su fuga, sin precaucion alguna, se precipitó en una emboscada donde fué oprimida por una lluvia de balas, y quedáron quatrocientos entre muertos y prisioneros, segun refiere Herrera.

A este mismo tiempo volvió de España Idiaquez enviado por el de Parma al Rey Don Felipe, para que le instruyese del estado en que se hallaban las cosas de Francia y Flandes, y trahia cartas en que le mandaba continuase la guerra de Francia, omitiendo enteramente la de Flandes, á excepcion de lo que fuese necesario para rechazar la fuerza. Inmediatamente retiró la artillería, y atravesó el rio Vahal, con admirable pericia militar, sin que el enemigo se moviese de su campo: entre tanto que se juntaban los socorros, pasó á tomar las aguas minerales de Spá por consejo de los médicos, para curarse de la hidropesía que padecia, encargando á Verdugo el cuidado de defender la Güeldres. Mauricio embarcó repentinamente sus tropas y conduciéndolas á Hulst, obligó á esta ciudad á entregarse baxo de condiciones, no sin fraude de traicion, hallándose ausente su Gobernador, como corrió entónces la voz. Para socorrer á los sitiados ó vengarse de los sitiadores, acudió aceleradamente Mondragon desde Amberes con un valeroso esquadron, y mil soldados de la legion de Vega; pero no pudo conseguir lo uno ni lo otro, habiéndose retirado Mauricio en los navíos, despues de su feliz empresa. Desde alli, habiendo vuelto las proas, se dirigió al Vahal, y cercó con tropas á Nimega defendida con una corta guarnicion, pues sus habitantes rehusáron admitir una poderosa que les habia ofrecido el Parmesano. Hiciéron estos luego la señal de la entrega, porque los Holandeses les daban esperanzas de que solo mudarian de Príncipe; pero habiéndose

entregado la ciudad, faltáron á su palabra, segun su costumbre, saqueando y profanando los templos, y desterrando la Religion Cathólica. Entre tanto se hacian secretas maquinaciones, convirtiéndose el valor en ardides, y se intentó en vano ganar con dinero las ciudades fortificadas. Habiendo regresado el Parmesano de las aguas de Spá, recibió en Bruselas á los Embaxadores del César, á quienes trató esplendidamente, y les hizo muchos presentes, noticioso de las intenciones del Rey Don Felipe; pues habia hecho árbitro al Cesar para componer la paz con las Provincias confederadas. Recibiéron pues del Parmesano las condiciones propuestas en el Senado de Flandes, y para pasar á Holanda, pidiéron que los Estados prometiesen cumplirlas, á lo que les fué respondido; que ellos estarian pacíficos en sus casas si el Rey Don Felipe dexase de provocarlos: que no se fiaban de la paz Española ofrecida por ellos en nombre del César pues era engañosa; y que por tanto desistiesen del cuidado de la pacificacion, cuyo solo nombre les era muy desagradable. Con esta respuesta tan perentoria y terminante se desvaneciéron en humo los artificios Españoles; pues á la verdad, su designio era adormecer á los Holandeses, y acometer á la Francia con todas las fuerzas para conseguir de este modo lo que no podian alcanzar de buena voluntad.

Habiendo recibido el Parmesano el dinero en letras, iba enviando delante á las fronteras las tropas con la artillería y bagages. Habian ya venido las Pontificias, que eran muy poderosas mandadas por el Duque de Monmartre, á las que Don Rodrigo de Toledo, y Don Luis de Velasco juntáron en el camino dos legiones de Españoles, y solo esperaban al Parmesano que se hallaba detenido por no haber recibido todavia á los Alemanes que tomó á su sueldo, y por la necesidad de despachar otros negocios. Entre tanto el Duque de Mayena acudió á Paris, á fin de apaciguar los tumultos suscitados en aquella ciudad, pues comenzaba á formarse un tercer partido de Cathólicos inclinados al de Bearne, que se llama-

ba el de los Políticos, el qual debilitaba sin duda las fuerzas de la Liga. Pero el mayor cuidado eran los diez y seis Jurados que cuidaban del gobierno de la ciudad, y estaban opuestos á Mayena por la emulacion del mando. Estos pues, se esforzaban á trastornar la autoridad del Parlamento con tribunicios furores, y Mayena buscaba una causa para proceder contra ellos. Presentósele muy oportuna con la muerte del Presidente del Parlamento Bernabé Brison, hombre de gran doctrina, y de otros dos Consejeros; á quienes aquellos hombres turbulentos hiciéron quitar la vida en un tumulto, midiendo la magnitud de su fortuna por la licencia que tenian para cometer excesos. Habiendo sido presos nueve de los mas culpados, quatro de ellos fuéron ahorcados, y uno puesto en libertad, á ruegos de la Duquesa de Mompensier, y los demas se escapáron.

Despues de arregladas las cosas interiores, se puso en acelerada marcha á los Reales, á fin de detener el impetu del de Bearne, que habiendo tomado á Noyon con otras ciudades, y recibido nuevos socorros, amenazaba á Reims. Libertóla Mayena del peligro, caminando sin descansar dia y noche con la caballería Francesa, y las legiones Españolas, hasta que entró en los arrabales. Destituido de la esperanza de tomar la ciudad, mandó el de Bearne á Biron, que marchase prontamente á Ruan, otra de las fortalezas de la Liga, y comenzase el sitio. Este era el deseo de la Reyna de Inglaterra, porque temia que los Españoles, que habian fixado el pie en la Bretaña, se derramasen por aquellas costas contra su isla, con mayor daño que el que le hacia Diego Brochero con sus Galeras desde la cercana Blavet. Finalmente, fué dirigida allí la principal fuerza de la guerra, con grande esperanza de tomar aquella ciudad opulenta. Mientras levantaba las trincheras, recibió los socorros que le enviaban los Holandeses en una armada; á saber tres mil infantes, trescientos caballos, y la artillería con mucha cantidad de polvora. Monmartre que mandaba las tropas Pontificias llevaba á mal la tardanza del Parmesano,

el qual movido de sus instancias, vino al fin á Francia, dexando á Mansfeld el cuidado de defender á Flandes del mismo modo que en el año anterior. Con la llegada del Duque de Mayena, compuso un exército de diez y ocho mil infantes, y seis mil caballos, sin contar los socorros introducidos en Reims para su mas segura guarnicion. La desconfianza del de Mayena era tanta, que apénas pudo el Parmesano conseguir la fortaleza de la Fera para custodiar en ella sus bagages, la que aseguró con quinientos Alemanes, dando solemne palabra de que concluida la necesidad de la guerra, la restituiria integra y salva. Despues que celebró la fiesta de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo, movió su campo, habiendo juntado á sus tropas ochocientos caballos corazas, y la legion de Vega que habia cobrado su estipendio, y se apaciguó con el mando de su nuevo Coronel Alfonso de Mendoza, porque el Rey habia promovido á Vega, que era aborrecido del Soldado, al Gobierno de Porto Hercolc.

En este mismo tiempo falleció el Papa Gregorio XIV. á los diez meses, y diez dias de su Pontificado, que fué muy trabajoso, y lleno de aflicciones, y mandó sepultarse en San Pedro en la Capilla Gregoriana. Habiéndole pedido el Rey Don Felipe, por medio de su Embaxador el Duque de Sesa (porque Olivares pasó al Gobierno de Sicilia), que le concediese parte de los bienes de las Iglesias para los gastos de la guerra, se lo negó redondamente, y tambien á los Confederados de Francia, que le pedian lo mismo con mucha instancia. Parecióle mejor á este hombre tan amante de la justicia y equidad, levantar un exército á su propia costa para pelear contra los Hereges, que el que se disminuyesen mas las rentas Eclesiásticas que ya se hallaban muy extenuadas con las rapiñas de los Hugonotes, y con las anteriores concesiones. El dia treinta de Octubre fué electo en su lugar con votos unanimes, Antonio Fachineto de la casa Felsina de Bolonia, y se llamó Inocencio IX. Pero apénas comenzo en su gobierno á minorar los tri-

butos impuestos por Sixto V. (que eran muy pesados) y á aliviar á la afligida plebe, quando le acometió una calentura, que le acabó la vida en el dia treinta de Diciembre. Despues de celebradas sus exêquias segun la costumbre, á los treinta dias de vacante fué declarado Sumo Pontífice por voto de todos los Cardenales, Hipólito Aldobrandi Florentino que en su coronacion se llamó Clemente Octavo de este nombre.

CAPITULO XII.

CAUSA DEL SECRETARIO ANTONIO PEREZ. TUMULTOS DE ZARAGOZA CON ESTE MOTIVO. DON ALONSO DE VARGAS PASA A AQUELLA CIUDAD CON TROPAS PARA APACIGUARLOS.

En este año se suscitáron tumultos en Aragon con pretexto de sus privilegios y inmunidades, y fué la causa Antonio Perez, Secretario del Rey Don Felipe, hombre erudito, audaz, y de grande espíritu. Habia once años que se hallaba encerrado en una prision de órden del Rey por atribuírsele la muerte de Escobedo, la qual afirmaba haber sido dispuesta por el mismo Rey, pero ocultaba cuidadosamente el motivo. Corria la voz de que habia pervertido con malos consejos á Don Juan de Austria, fomentando sus ambiciosos deseos de reynar, con mucho disgusto del Rey Don Felipe. Lo cierto es que á este no fué desagradable la nueva de la muerte de Escobedo, como que habia sido muerto con justa causa. Añadian otros que Antonio Perez habia interpolado las cartas del Rey, que se acostumbran escribir en cifra, y que habia revelado los secretos del Estado. Los que estan hechos á escudriñar las interioridades de la Corte, lo atribuian á la ribalidad nacida entre el mismo Perez, y el Rey, por el amor de una dama muy noble; y que por esta causa se habia convertido en odio el extraordinario afecto que le tenia el Rey Don Felipe.

Estas y otras cosas proferian los hombres ociosos en sus corrillos, mas por conjeturas voluntarias, que porque estuviesen instruidos de la verdad. Decian tambien que el Rey habia manifestado que era el hombre mas perverso de todos, y que habia cometido contra él tales delitos y maldades, quales no habia cometido ningun otro súbdito con su Príncipe; y que convenia ocultarlas en el silencio, para que su publicidad no perjudicase á la fama de muchos. Finalmente este negocio estaba obscurecido con tantas fábulas, que fácilmente me inclino al dictámen de aquellos que creen que jamas se ha descubierto en él la verdadera causa. Pero Antonio Perez, que como era de ingenio tan vivo, conjeturaba con fundamento que su vida estaba en peligro, se puso en fuga en la primavera del año anterior, siendo cómplice del hecho Francisco Mayorano Genovés, con cuyo auxîlio fabricó en Sigüenza unas llaves falsas, y abrió las puertas de la prision, por el estupido descuido de los que le custodiaban. Lo que se dice de que se huyó disfrazado con el vestido de su muger, y otras cosas semejantes son meros cuentos pueriles. Conmovió esto gravemente el ánimo del Rey, el qual hizo todo quanto pudo para prenderle, lo que con efecto se consiguió, pero no como convenia, pues fué causa de varias turbulencias; porque habiendo sido aprehendido en Zaragoza, y puesto en la cárcel con su socio Mayorano, protestó que se presentaba al Tribunal del Justicia Mayor. Este Magistrado era muy semejante á los Ephoros de Lacedemonia, ó á la Potestad Tribunicia de Roma tan amada de la plebe; de lo qual trata Mariana al principio del libro octavo. El que se acoge á su patrocinio queda inhivido de la Potestad Real, y no puede ser condenado hasta que su causa se exâmina escrupulosamente.

Defendia en aquella ciudad los pleytos y derechos del Rey Don Felipe Don Iñigo de Mendoza, Conde de Almenara. Pedia este que pudiera ser creado Virrey de Aragon un extrangero, pero lo resistian los Aragoneses, alegando su fuero, en que se prohibe ad-

mitir al gobierno á ningun extraño. Miéntras que se ocupaba en esto con mucho empeño, segun las órdenes del Rey, con la esperanza de obtener el mando en premio de su trabajo, si el Rey ganaba la causa, procuró asegurar con centinelas á Perez para que no se escapase. Este hecho como contrario á los fueros, y á la pública libertad, lo llevó muy á mal la plebe, que ya se hallaba irritada contra Almenara por el pleyto que seguia, el qual les parecia injusto. De aquí se originó que habiéndose sublevado, le maltrató, y encarceló ántes que pudiera ser socorrido, acusándole de que habia quebrantado las inmunidades de la nacion, y de allí á poco tiempo murió en la cárcel, mas por el dolor de la ignominia, que por las heridas que habia recibido. Pidiéron los Inquisidores que se les entregasen los reos con pretexto de que tenian correspondencia con el de Bearne, enemigo de la Religion; lo que habiéndose executado, se irritó mucho mas el pueblo por la sospecha de que aquello era un engaño. Recurrió pues á las armas, y cercando las casas de los Inquisidores, pidiéron con terribles gritos, que se restituyesen los presos al Tribunal del Justicia Mayor, sino querian que derribasen sus casas, y verse obligados con daño suyo á obedecer á la plebe. Para contener á esta turba de hombres furiosos, pidiéron por escrito á los Inquisidores el Arzobispo Don Andres Bobadilla, Don Jayme Ximenez, Obispo de Teruel que se hallaba con el cargo de Teniente de Gobernador, y otras personas principales, que por un efecto de su prudencia, restituyesen los presos, á fin de impedir que el público padeciese mayores males en aquella conmocion de los ánimos. Obligados pues por la necesidad, entregáron los presos al Tribunal del Justicia Mayor, y inmediatamente se aplacó el tumulto.

Quando pareció que ya estaba todo muy sosegado, los Magistrados escoltados con gente armada, volviéron los reos á los Inquisidores, sin que ninguno se atreviese á resistirlo. Pero de repente corriéron á la plaza Gil de Mesa, con algunos compañeros, y levantando el grito voláron los tiros por el ayre, ca-

yendo muertos algunos ciudadanos honrados, que se habian juntado á los Magistrados, y escapándose los demas llenos de consternacion. En este momento quitáron los grillos á Antonio Perez y Mayorano, y se pusiéron en fuga acompañados de sus amigos, y habiendo atravesado los montes se refugiáron en Francia. Gozosa la plebe con tan feliz suceso, se congratulaban mutuamente unos á otros por haber asegurado su libertad por medio de la fuerza; pero en breve tiempo se convirtió la alegría en un terrible miedo y consternacion. El Rey pues, para vengar estos atentados, hizo entrar por Aragon el exército que tenia dispuesto para enviar á Francia, habiendo prevenido ántes á los Magistrados y Corregidores de las ciudades que no executaria hostilidad alguna, y que solo se dirigia contra los sediciosos de Zaragoza. A la verdad en las órdenes que habia dado á Don Alonso de Vargas, Comandante del exército, le mandaba que no se encarnizase, ni trabase pelea alguna con la multitud, aunque fuese provocado á hacerlo; que no matase á los que se le opusiesen, y que solo los atemorizase con el estruendo de la artillería; y que finalmente se abstuviese de las armas todo quanto le fuese posible. Habia muerto el Justicia Mayor Don Juan de Lanuza, hombre respetable, y muy docto en la Jurisprudencia, y le habia sucedido su hijo del mismo nombre, que aun no tenia veinte y siete años cumplidos quando tomó la potestad. Arrebatado pues del ardor juvenil, y de las instigaciones de algunos hombres perversos, escribió cartas á las ciudades, y les mandó que hiciesen levas para defender la libertad de la nacion, y el sagrado derecho de la apelacion á su tribunal; pero no solamente no le enviáron soldados, sino que castigáron su temeridad con una respuesta picante. Teruel y Albarracin fuéron las únicas que favoreciéron á los sediciosos. Finalmente instáron los de Zaragoza, amenazáron á Lanuza, y le obligáron á salir á campaña, á tiempo que ya se arrepentia de lo que habia comenzado.

La mayor parte de la ciudad se hallaba habitada por una turba de hombres del campo, gente feroz en

fuerzas, insolente, y agena de toda razon. A principios de Noviembre se puso en marcha la multitud con su Capitan, que iba delante de este exército, el qual se componia de mil y quinientos hombres, sucios, y mal vestidos. Escapóse Lanuza luego que tuvo ocasion de hacerlo, y se retiró donde vivia su madre, y lo mismo hiciéron Don Fernando de Aragon, Duque de Villahermosa, y Don Luis de Urrea Conde de Aranda, que residian en Zaragoza, para que no se creyese que estaban inficionados del popular delirio. Viéndose privada de su Capitan aquella descompuesta multitud, y llena de miedo con la cercanía del enemigo, se dispersó inmediatamente, y temerosos algunos del peligro que corria su vida, se huyéron á Francia. Vargas fué recibido cerca de la ciudad por los Magistrados, y por los nobles y honrados ciudadanos, con el obsequio que le era debido, y fué conducido al hospedage que le tenian prevenido. Aragon y Urrea fuéron acusados de falsos delitos, y enviados á Castilla; y uno y otro muriéron en el año siguiente; y para que su buena fama no padeciese detrimento, declaró el Rey despues de bien exâminada la causa, que no habian cometido crímen alguno contra la Magestad Real. Lanuza fué preso, y degollado en medio de la plaza, murmurando muchos que aquello se hacia no por la razon, sino por la fuerza, y que se habia introducido el exército en la ciudad contra toda ley, y derecho. El cuerpo de Lanuza fué sepultado con magnífica pompa, segun el Rey lo habia mandado, como que al mismo tiempo que castigaba la culpa, queria que fuese honrada la persona del Magistrado: otros fuéron ajusticiados en diversas partes; cuyo castigo recordó á los demas que estaban olvidados de su deber, que es muy temible el enojo de los Reyes, y graves sus iras. Los que se habian refugiado en Francia, habiendo juntado un esquadron de gente armada, atravesáron las cumbres de los montes cubiertos de nieve, que parecian inaccesibles, y entráron en Aragon á principios del año de mil quinientos noventa y dos. Armáronse los Montañeses tumultuariamente para resistirlos, y tuviéron al- 1592.

gunas peleas. Acudió luego Vargas con un ligero esquadron de soldados, y matáron á algunos de los rebeldes, á otros pocos hiciéron prisioneros, entre los quales Jayme Lanuza, y Francisco de Ayerve pagáron con las cabezas la pena de su rebelion. Los demas se ignora quienes eran. En Xaca se levantó una fortaleza de órden del Rey para defender las fronteras, y se aseguráron con fortificaciones las gargantas de los montes.

CAPITULO XIII.

SITIO DE RUAN POR EL DE BEARNE. ACUDE EL PARMESANO A SOCORRERLA; Y FELICES SUCESOS DE ESTE PRINCIPE EN FRANCIA.

A principios de este año marchaba el Parmesano para socorrer á la célebre ciudad de Ruan, la que defendia Andres, Marques de Villars, varon no ménos fuerte que prudente. En el camino hubo un próspero combate con la caballería de la guarnicion de Noyon, comenzado por las tropas del Parmesano que iban delante, las quales hiciéron sus esfuerzos para impedirla el volver á la ciudad, y matáron y hiciéron prisioneros á muchos, siendo pocos los que se libertáron por la fuga. Esta próspera escaramuza fué tenida por un feliz agüero. El de Bearne con la noticia de la venida de sus enemigos, dispuso un plan de operaciones distinto del que practicó el año antecedente en París. Dexó á Biron con la infantería en los Reales cerca de la ciudad; y él mismo marchó con la caballería para salir al encuentro al Parmesano. Los Historiadores varian mucho en el número de las tropas, pero me parece Coloma mas digno de fe que todos, como testigo ocular, y que participó de los peligros, el qual asegura que fuéron quatro mil caballos, á los que seguian dos mil dragones, que en caso necesario se desmontan y pelean con arcabuces de mayor tamaño que los demas. El Parmesano marchaba, segun su

costumbre, rodeado y cerrado su exército con dos mil carros. En el camino hubo una pelea equestre en Aumale, acometiendo de repente el de Bearne sobre los Farnesianos, que iban delante en el primer esquadron, deseoso en extremo de explorarlo todo, y se encendió un atroz combate, acudiendo á unos y otros prontos socorros. Los Franceses fuéron puestos en fuga, y estuvo á pique de ser hecho prisionero el de Bearne, que quedó herido en los riñones por una bala; pero habiendo sido muertos muchos de su esquadron, pudo él escaparse del peligro. La herida fué leve, y se la curáron en el bosque inmediato á Aumale. Esta ventaja no conmovió en manera alguna al Parmesano para mudar el tenor de su marcha, porque se recelaba siempre de asechanzas en una tierra enemiga, que no tenia explorada. Pero á la verdad si se hubiese resuelto á llevar adelante la victoria, y siguiendo su caballería por atajos á los que huian, les hubiesen cortado el paso, tal vez se hubiera concluido de una vez la guerra; pues aun procediendo con mas circunspeccion de la que era necesaria, se vió tan apurado el de Bearne para poner en salvo su persona. Creyóse tambien entónces, que los Franceses confederados, que peleaban en el primer esquadron, se habian abstenido de tirar, y que de industria habian afloxado en la pelea para dar tiempo al Bearnense de huir, y quitar á los Españoles la gloria de hacerlo prisionero. Entretanto fué saqueada Aumale, y tomado Castelnou, y hubo freqüentes escaramuzas; en una de las quales fué hecho prisionero el Conde de Saligni, uno de los de la liga, que con inconsiderada audacia persiguió á los enemigos; pero fué puesto en libertad á costa de treinta mil escudos.

Habiendo llegado cerca de Ruan, oyó el Parmesano los pareceres de sus Capitanes, sobre lo que deberia hacerse, y ocultó cuidadosamente lo que tenia determinado executar, para que no llegase á noticia de los enemigos, como le habia sucedido muchas veces. Antes de amanecer envió por medio del enemigo, entre las legiones Inglesa, y Escocesa, mil y doscien-

tos hombres escogidos. Eran estos Españoles, Walones, y Alemanes, todos veteranos, y acostumbrados á arrostrar todo género de peligros, los quales llegáron salvos á la ciudad, á pesar de los enemigos que encontraban en el camino. Animado el Marques de Villars con este socorro, dispuso inmediatamente una salida, para llevarse la honra de haber libertado á la ciudad del peligro. Hizo la señal al rayar el dia, y saliendo por tres puertas los infantes y caballos bien armados, acometiéron al campo enemigo. Hieren y matan, y le ponen en fuga por todas partes; en breve tiempo arruinan sus trincheras, inutilizan sus minas, arrojan parte de su artillería al foso, y clavan la restante; pegan fuego á la pólvora, saquean las tiendas de campaña, y finalmente se llevan la presa impunemente, y sin resistencia. Acude Biron al tumulto con los Suizos, y en el mismo campo se traba una atroz pelea, en la que el mismo Biron quedó herido en un muslo. Villars recogió á todos los suyos, y juntándolos en un esquadron, volvió triunfante á la ciudad, donde fué recibido con general aplauso y alegría. Pereciéron en esta accion ochocientos de los enemigos, y de los vencedores ménos de cincuenta. Trastornadas de esta suerte, en un momento las obras de muchos dias, descaeció en gran manera la empresa de los enemigos, y noticioso el Parmesano del feliz suceso, deseaba perseguir á los enemigos ya consternados, para dar fin á la guerra. Pero el Duque de Mayena, y los Franceses eran de muy opuesto dictámen, porque aborrecian su propia victoria, no ménos que la de los enemigos. Si vencia el Español temian que el patrocinio se convirtiese en imperio, y que se verian forzados á recibir las leyes que quisiesen darles; y si vencia el de Bearne, temian la destruccion de la liga, y de la Religion Cathólica, y se habian propuesto tomarse tiempo para ocurrir al remedio de uno y otro mal. El de Mayena se oponia á los designios de Farnesio por el deseo que tenia de conservar el mando; cuyo fin, y el de la guerra seria uno mismo, y pasaria despues á los Españoles, como vencedores. Con la

misma idea el Marques de Villars pedia el oro Español, y rehusaba el hierro, y esta era la cantinela de todos los Franceses, como lo dice un autor de aquel tiempo. Por tanto Farnesio, aunque sentia que le arrancasen de las manos la victoria, para conformarse con las intenciones del Rey Don Felipe envió quinientos Walones con dinero á Ruan, en cuya conservacion ponian los Franceses todos sus cuidados. Con la llegada del de Bearne al campo con la caballería, se renovó la expugnacion, y hiciéron los sitiados muchas salidas, y peleáron con varia fortuna. El Parmesano fué llamado por Villars que al principio estaba muy orgulloso; pero despues no podia ya resistir la pertinacia del enemigo, y habiéndose puesto en marcha, á fin de Abril con la celeridad posible, atravesó á pie el rio Somma, por la parte donde entra en el Océano, tomando este atajo para coger desprevenido al enemigo. Conmovido el de Bearne con la noticia de su venida, levantó el sitio, y ganando tiempo con algunas escaramuzas de la caballería, para apartarse de allí con seguridad, se retiró con sus bagages á lugares quietos.

Entró Farnesio en la ciudad con los principales Capitanes, en medio de los aplausos, y enhorabuenas de los habitantes que le miraban como á un libertador de su patria, venido del cielo. Tenia intencion el Parmesano de seguir á los fugitivos, y obligarlos á la batalla, y del mismo modo pensaban los Españoles, Italianos, y Flamencos con algunos Franceses, y entre ellos el Duque de Guisa, que en el otoño anterior pudo descolgarse por el muro de la torre en que se hallaba preso, y habia venido á los Reales. Pero se oponia á esto el Duque de Mayena, y otros muchos con fatal discordia, no queriendo desistir en cosa alguna de su antigua idea. Finalmente se hacia la guerra por uno, y la dirigia otro, lo que era un grande absurdo, pero necesario entónces, para contener en la alianza á los Franceses. Conviniéron por último en arrojar á los enemigos de Caudebec, fortaleza situada mas abaxo de la ciudad, en la orilla del Sena, á causa de que moles-

taban mucho á los habitantes, impidiéndoles el comercio del mar. Lo primero que hiciéron fué alejar de allí con una lluvia de balas á la armada Holandesa, habiéndose entregado la Capitana para no ser enteramente sumergida. Pero miéntras que Farnesio se ocupaba con cuidado en exâminar la situacion de la ciudad, y la parte donde podia colocar la artillería, fué herido con una bala en el brazo derecho, y perdiendo la bala su ímpetu se quedó encerrada dentro de la misma herida. Este golpe no le conmovió cosa alguna, y continuó en pie, señalando el lugar oportuno para batir la fortaleza, hasta que corriendo la sangre por el vestido, se manifestó á todos que estaba herido el General. Sin embargo, ni su hijo ni los Grandes que le rodeaban pudiéron conseguir con sus ruegos y súplicas que se retirase, hasta que concluyó lo que tenia comenzado. Echóse en la cama mas afligido con los dolores de la cura, que con la misma herida, y para extraer la bala le hiciéron tres incisiones en el brazo. Habiéndole sobrevenido despues una leve calentura, encargó el cuidado de las tropas á su hijo, á quien dió excelentes lecciones, y confirió el mando superior al Duque de Mayena. El dia siguiente á las primeras descargas de la artillería, se apareciéron en el muro banderas que indicaban querer rendirse los sitiados, y con efecto se concedió libertad á la guarnicion, segun pactáron, y el pueblo fué saqueado. Pero el de Bearne, habiendo llamado tropas de todas partes, juntó un exército muy numeroso, y marchó al punto para oprimir al de los confederados, que se hallaba detenido en aquel angulo. Con esta nueva fuéron varios los pareceres, segun la costumbre, siendo muy opuestos los designios de Farnesio, y los de Mayena y los Franceses, á excepcion del Duque de Guisa, que asistiendo al Parmesano, era de dictámen que el exército debia pasar el rio, y acampándose en una tierra abundante, vencer con la paciencia á las tropas del de Bearne, que en breve tiempo se dispersarian por la falta de dinero, y por no presentárselas ocasion de pelear. El Duque de Mayena, para que Ruan no llegase otra vez á verse

en las anteriores angustias, afirmaba que no convenia apartarse de Caudebec, el que una vez conservado se retenia aquella importante ciudad, y sin él se perderia inmediatamente con grave perjuicio de la liga, y con mucha mengua de su nombre y fama. Esto decia en público; pero en su interior tenia otros cuidados de su particular utilidad, que le exhortaban á conservar la region de la otra parte del rio, de la que sacaba copiosas rentas, y las que le faltarian si acampándose, en ella el exército, causase sus acostumbrados estragos. Así lo dice un autor muy ageno del espíritu de partido. Sin embargo, el Parmesano se vió precisado á seguir su dictámen, á pesar del peligro de la hambre que amenazaba, por hallarse rodeados por todas partes de la caballería enemiga. Finalmente habiéndose acercado un exército á otro en Caudebec, tenian á todas horas continuas peleas, con tal obstinacion, que hubo alguna en que combatiéron por espacio de diez horas seguidas. Hallábanse, no obstante, mas gravemente afligidos los confederados por la falta que tenian de víveres, y forrages, pues por tierra les impedia la entrada la numerosa caballería de los enemigos, y por el rio la armada Holandesa, y les tenian tan cerrados los pasos, que el de Bearne envió cartas á todas partes, jactándose de que tenia en su mano la victoria; y que no se le escaparian de allí los Españoles, sino volaban como páxaros, ó sino se convertian en peces, y se precipitaban al rio, ó al mar. Pero despues que el Parmesano reprimió su jactancia con algunos prósperos combates, se burló de él con una astucia admirable, y atravesó el rio á su propia vista, sin que nadie se lo impidiese. Habiendo pues hecho transportar á la otra orilla ochocientos Walones de la legion de Barlota, levantó inmediatamente un baluarte, y le fortificó con artillería para que los Holandeses no pudiesen molestar con su armada á las tropas que pasaban el rio. Levantó otro baluarte en la parte de acá, y confió su defensa á mil y doscientos soldados de la legion de Bosú. Desde Ruan fuéron conducidos rio abaxo navíos de todos géneros para el

transporte, y llegáron en breve tiempo. En ellos se embarcó primero la caballería Francesa mandada por Aumale, con la artillería, y bagages, y en la noche que precedia al veinte de Mayo, fué enviada delante la caballería Flamenca por el puente de Ruan. Al rayar el dia dos mil y quinientos infantes, y caballos, al mando de Appio Conti, y Capisuchi se dispusiéron en forma de batalla, del mismo modo que lo hacen los que provocan al enemigo á la pelea, á fin de engañar á los que los miraban. Entretanto eran transportados por el rio los soldados con los equipages y artillería en los buques, que iban y venian con admirable celeridad. Parte de ellos eran conducidos, parte estaban en la ribera esperando á que volviesen los navíos para pasarlos, y parte cargando á los que ya habian llegado, sin que cesase un punto la maniobra; quando llegó esto á noticia del de Bearne, que estaba acampado á la otra parte de los cerros. Dícese que derramó lágrimas al oir que se le habia escapado el exército enemigo. Mandó al instante á la caballería que corriese á impedirle el paso, y él mismo llevó consigo los esquadrones de coraceros. Pero los tiros que disparaban los soldados de Bosú, y volaban por todas partes, les retardaban la marcha. Viendo el de Bearne que era inútil el seguirlos, mandó detener su carrera á los caballos, y se dedicó á batir con la artillería el Baluarte de Bosú. Pero uno y otro fué en vano, porque entretanto se habian ya retirado de allí los Bosuvianos, llevándose todas sus cosas. No pudo el de Bearne colocar la artillería contra el rio tan pronto como convenia, porque Ranucio apostó en la otra margen mil arcabuceros que impedian con sus tiros subirla al cerro; y miéntras que la conducen por un rodeo mas largo, habia embarcado Ranucio todo el tren con la pólvora, de tal suerte, que quando comenzó á disparar el enemigo, navegaba ya tan léjos el último esquadron que apénas podian alcanzarle los tiros. Pero excitada la armada Holandesa con el tumulto, salió al encuentro á los que atravesaban el rio para impedirles que saltasen á tierra; mas no llegáron á

trabar pelea, porque aterrada con las balas que volaban contra ella desde el Baluarte de Barlota, y con el encuentro de las lanchas cargadas de tiradores escogidos, volvió las proas ántes de acercarse mucho, y se retiró adonde habia venido, sin haber dado la menor prueba de valor. Desde allí se puso en acelerada marcha el Parmesano con su exército, y dexó á Mayena con una valerosa guarnicion para la defensa de Ruan. En el camino tomó y saqueó varios pueblos y aldeas de los Hugonotes, incendió á Neoburg, y al quarto dia llegó al puente de Charenton con admirable presteza, habiendo talado, y destruido lo que dexaba á la espada, sin que pudiera evitarlo el de Bearne, que para perseguirle envió inútilmente tropas por el puente de Arc, con muy ligero daño de los que se detuviéron.

Pasó el Parmesano el rio Sena cerca de París por un puente de barcas que hizo construir; y dexando en aquella ciudad mil y quinientos Españoles de socorro extraordinario, llegó á Chateau Thierri. Concedió á los soldados quince dias de descanso, y habiendo llegado entretanto el dinero de Flandes, les pagó su estipendio; mas para que no se dixese que huia, expugnó á Epernay, ciudad situada sobre el rio Marne, y taló y destruyó los campos. Miéntras que el viejo Biron combatia esta ciudad para recobrarla, fué muerto por una bala de artillería, que casualmente le hirió en la cabeza. Perdiéron con efecto los confederados á Epernay, pero ganáron á Vervins y Crespy por medio de condiciones pacíficas, lo que se debió al valor é industria de Capisuchi, á quien habia encargado el Parmesano el mando de las legiones, que dexó para socorro de los confederados. Hizo General de todo el exército á Appio Conti, que despues que Monmartini se retiró á Italia, mandaba las pocas tropas pontificias; pero le previno que se sujetase á las órdenes y consejos de Mayena, que se hallaba enfermo en Ruan. A su hijo Ranucio le mandó volviese á Italia, para evitar los desórdenes que pudieran acaecer en su ausencia, si llegaba á faltar por alguna des-

gracia. Despues de arregladas estas y otras cosas conduxo á Flandes el resto del exército, y se puso en camino á las aguas de Spá por hallarse su salud muy deteriorada, así por su antigua enfermedad de la hidropesía, como por la reciente herida.

CAPITULO XIV.

GUERRA EN LA PROVENZA Y OTRAS PARTES DE FRANCIA. VUELVE EL PARMESANO A BRUSELAS. MUERTE DE ESTE PRINCIPE. CORTES DE ARAGON. DERROTA DON ALVARO BAZAN UNA ARMADA INGLESA.

Ardia tambien la guerra en otras provincias de Francia, especialmente en la Provenza, cuyas ciudades se inclinaban al partido de la liga. Valeta adicto al de Bearne habia sido muerto en el asalto de Rocabruna atravesándole una bala por las sienes. Acudió inmediatamente Lesdigueres, que se hallaba cerca, y por medio de ocultas negociaciones se apoderó de Antibo. Rechazó al Saboyano á la otra parte del Var, y no cesó de perseguirle hasta que le obligó á entrar en Niza. Volvió el Saboyano á atravesar el Var con nuevas tropas, y habiendo puesto en fuga á Lesdigueres, tomó varios pueblos, y entre ellos á Antibo, cuyos habitantes fuéron saqueados en pena de su perfidia. Noticioso el Duque de Epernon de la muerte de Valeta, su hermano marchó sin dilacion á la Provenza con sus tropas; y recobró á Antibo sin que le costase sangre alguna por la cobardia de la guarnicion. El Duque de Nemours, Gobernador de Leon, hacia la guerra en el territorio de Aviñon á Lesdigueres, que se habia retirado allí, como á su propia provincia, porque no podia avenirse con el Duque de Epernon. El de Nemours se apoderó de Viena con el auxîlio de Olivera. El Saboyano continuaba la guerra en la Provenza con pocas esperan-

zas por haber mudado de partido los Marselleses, y Lesdigueres le obligó á retirarse, presentándose en medio del invierno á las puertas de Turin. El Duque de Joyosa perseguia á los Hugonotes en la Guyena, donde difundió por todas partes el terror de sus armas; pero entretanto que combatia á Villamour en el Languedoc, fué acometido repentinamente á mediados de Octubre por dos enemigos, esto es, por las tropas de Monmorenci, y por los sitiados, que hiciéron una salida con Temines su Gobernador. Consternados los cathólicos con tan súbita invasion, y destituidos del auxîlio de la caballería que se habia alejado mas de lo que convenia, fuéron derrotados y dispersos. El de Joyosa cayó con otros muchos en el rio Tarne, y pereció ahogado en sus corrientes, con grave sentimiento de los Tolosanos, de quienes era muy amado. De sus dos hermanos el uno Cardenal, y el otro religioso Capuchino, el primero reusó el mando de las armas, y el segundo obligado por los ruegos de los cathólicos, y por las órdenes de sus Prelados, mudó el hábito penitente en la cota de malla para defender la religion en aquella provincia. En la Bretaña sucedian con mas felicidad las empresas de los confederados; pues habiendo juntado sus tropas los Príncipes de Conti, y de Dombes pusiéron sitio á Craon, ciudad muy grande y fortificada en los confines de la provincia de Mayne. Pero procedian con tanta lentitud que el Duque de Mercoeur tuvo tiempo de recoger tropas, y llamó tambien á los Españoles de Blavet, para acudir con socorros á los sitiados. Luego que el de Dombes tuvo noticia de que se acercaba, pasó las tropas á la otra parte del rio Udon á fin de juntarse con el de Conti para recibir al enemigo. Descuidóse para mal suyo en no cortar el puente, ó tal vez aquellos á quienes lo habia mandado, y habiendo pasado por él los caballos Franceses y la infantería Española, acometiéron desde el camino contra los enemigos que marchaban delante, y los derrotáron, siendo mas bien una carnicería y una fuga, que una batalla. Pereciéron setecientos en

esta desgracia, y fué mucho mayor el número de los prisioneros. Tomáronles toda la artillería, y conduxéron los vencedores á su campo treinta y cinco banderas, habiendo reducido á su obediencia muchos pueblos. Los Alemanes fuéron enviados libremente, despues de haber hecho juramento de que en adelante no tomarian las armas contra el Duque de Mercoeur. Boisdaufin quebrantó de tal manera á los Ingleses, que de todos ellos apénas escapáron doscientos con vida. En la Lorena prosperaba el de Bearne, habiendo sido hecho prisionero Sthenai por el Duque de Bullon, y derrotadas las tropas de este General.

El Príncipe Mauricio se aprovechó en Flandes de la ausencia de las tropas del Parmesano, y sacó á campaña las suyas, cuyo número aumentó quanto pudo. Sin embargo no pudo tomar á Utrech por escalada, habiéndose descubierto sus asechanzas. Combatió con la fuerza, con ardides, y con todo género de máquinas á Steinvik, que con una corta guarnicion defendia Antonio Coquelli, Flamenco, hombre activo y de extraordinario valor, á quien socorrió Verdugo con algunas tropas, y una corta porcion de pólvora. Pero estas fuerzas no eran suficientes para hacer levantar el sitio. Los presidiarios diéron admirables exemplos de intrepidez, ya peleando en la brecha del muro, y ya en las salidas que hiciéron, con increible estrago de los enemigos por espacio de quarenta y quatro dias que duró el sitio, como refiere Coloma. Finalmente faltando la pólvora, y habiendo quedado solo trescientos soldados sanos, hiciéron la entrega baxo de honrosas condiciones. Despues de esto hubo en la Frisia muchas desgracias, y tambien se perdió Covord, aunque Verdugo intentó en vano introducir socorros en ella. Sirviéron de algun consuelo los pueblos fortificados, que Mondragon habia tomado á los enemigos, y reprimió las incursiones que hacian por los campos. Habiendo regresado el Parmesano á Bruselas, se irritó mucho con los dos Mansfeld y Campigni, atribuyéndoles la culpa de los adversos sucesos, y á este ultimo le mandó salir des-

cerrado. Causábale no poca inquietud la obstinacion de los soldados, que no querian obedecer porque no se les pagaba su estipendio, por lo qual no podia acudir al socorro de la Frisia. Este mal afligió muchas veces al Parmesano, con grave detrimento del estado. Informó pues al Rey por sus cartas de la situacion de las cosas y de su poca salud, y que convenia que le nombrase sucesor, porque deseaba dar una vista á sus propios dominios. No obstante, á fin de disponer los preparativos de la guerra para el año siguiente, pasó á Arras, esforzándose á disimular, ó á vencer con heroyco valor la flaqueza de su cuerpo. Finalmente miéntras se ocupaba con el mayor conato en aquel objeto, le faltáron repentinamente las fuerzas, y se agraváron en extremo sus males. Recibió los Santos Sacramentos con gran devocion, y abrazando y besando la imágen de Christo crucificado, espiró tranquilamente el dia dos de Diciembre este varon digno de ser alabado eternamente por su piedad, por su valor, por su talento y por las hazañas que obró en defensa de la religion cathólica. Su cuerpo fué embalsamado y conducido á Bruselas, y despues de habersele hecho las exêquias Reales, fué trasladado á Parma al sepulcro de sus mayores.

Por este tiempo ardia la Italia en latrocinios, aunque el Papa hizo todos sus esfuerzos para extinguirlos. El mismo cuidado inquietaba al Conde de Miranda Virrey de Nápoles, que habiéndose valido del valor y actividad constante de Adriano Aquaviva, Conde de Conversano, libró de aquella perversa gente á la Basilicata, donde hacia mayores estragos. Juan de Vintimilla apaciguó con singular prudencia el tumulto suscitado por la plebe de Siracusa, y Mecina por la falta de pan que padecian.

El Rey Don Felipe no pudo asistir en persona á las Cortes de Aragon que habia convocado en Tarazona, á causa de su poca salud. Comenzóse á tratar en ellas á propuesta del Arzobispo Bovadilla de la correccion de las Leyes; porque el Rey habia alcanzado de la nacion que el Arzobispo de Zaragoza pre-

sidiese como su vicario, el qual cayó enfermo por aquel tiempo, y murió en la misma ciudad de Zaragoza. Llegó despues el Rey con el Príncipe Don Felipe su hijo, y miéntras tanto que se exâminaban en las cortes los negocios pendientes, pasó á Pamplona donde los Navarros juráron al Príncipe. Mandó concluir las fortificaciones, que habia comenzado en aquella ciudad el Virrey Vespasiano Gonzaga, que en el año anterior falleció en Sabioneta, habiendo dexado una hija por su heredera. Volvió el Rey á Tarazona, y despues de arregladas las cosas pertenecientes al gobierno público, despidió las Cortes, y se volvió á Castilla, habiéndole dado los reynos de la corona de Aragon setecientos mil ducados por donativo gratuito. En el Arzobispado de Zaragoza sucedió á Bovadilla Don Alonso de Gregorio, varon insigne en piedad y doctrina, trasladado de la Diócesis de Albarracin. Nombró el Rey por Justicia mayor á Don Juan Campo, hombre muy docto en las Leyes; y quiso que en adelante fuesen jurisconsultos los que exerciesen este empleo, y elegir á su arbitrio el Virrey de Aragon, aunque fuera extrangero, pues no habia ningun fuero que lo prohibiese.

Desde el año anterior infestaba los mares una armada Inglesa de cincuenta navíos, y defendia las costas de España Don Alonso de Bazan con otra armada algun tanto superior, y el qual se habia adelantado hasta las islas Terceras, para recibir y proteger los navíos que venian de América. Luego que se puso á la vista de los Ingleses, y creyendo estos que aquella era la presa tan deseada de las Indias, dispusiéron sus buques en órden de batalla y saliéron al encuentro. Adelantóse el Vice-Almirante Ricardo Campbell con inconsiderada audacia; pero pagó pronto la pena, habiendo sido rodeado por los Españoles, y apresado con su navío, y murió en breve de las heridas, que habia recibido. Alegres los Españoles con este feliz principio, acometiéron intrepidamente á la armada enemiga, los derrotáron y pusiéron en fuga, y no cesáron de pelear y perseguirlos hasta que llegó la no-

che. Recibió despues Bazan la flota Americana, y la conduxo con prosperidad á las costas de España. Como en el año anterior no habian podido conseguir sus deseos los piratas Ingleses, volviéron otra vez en este año á correr los mares. Apresáron un navio de la India estimado en un millon de pesos, y habiéndole conducido á Inglaterra, dexáron siete navíos para perseguir á los demas, con esperanzas de mayor ganancia, si se les presentasen delante. Pero sucedió al contrario, porque habiéndolos visto Bazan los acometió y apresó, y resarció en alguna manera el daño recibido.

CAPITULO XV.

SUBLEVACION DE QUITO. VICTORIAS GANADAS EN CHILE POR ALONSO DE SOTOMAYOR. PROGRESOS Y CONQUISTAS DE LOS ESPAÑOLES EN LAS ISLAS FILIPINAS. SUCESOS DE LOS PORTUGUESES EN LA INDIA Y EN AFRICA.

Gobernaba el Perú Don Fernando de la Torre, que poco tiempo ántes fué condecorado por el Rey con el título de Conde del Villar, en cuyo tiempo se habian ya abolido muchas cosas útiles, establecidas con gran prudencia por los anteriores Virreyes, porque la malicia de los hombres pugna siempre contra las leyes. Sucedió á Torre Don García de Mendoza tan célebre por sus hazañas en la guerra de Chile, y procuró con mucha vigilancia corregir y enmendar lo que necesitaba de remedio. Toda la América, excepto el Perú pagaba al Rey la alcabala, que es una especie de contribucion que trae su nombre de la lengua Arabe, y Don García la introduxo en aquel reyno con suma prudencia, para ocurrir á las necesidades del estado, aunque no sin disgusto de los Españoles. Los de Quito se resistiéron á pagarla, lle-

vando muy á mal que el Rey los cargase de tributos, y acudiéron á las armas incitados por Alfonso Bellido, hombre de perverso carácter, y amigo de turbulencias, el qual de allí á poco tiempo fué asesinado á traycion. Su muerte encendió mas furiosamente la sedicion, que en vano se habia creido poder apaciguar con ella; pues habiendo acometido la plebe de improviso á la casa del Ayuntamiento, donde se hallaban los Magistrados, se salváron por medio de la fuga, y les sirvió de asilo el convento de San Francisco. Noticioso Don García de este suceso, determinó salir inmediatamente al encuentro de estos furores populares, para que con la dilacion no creciese su audacia, y envió á Pedro de Arana, hombre capaz y activo, con un esquadron de gente armada. Este pues, luego que llegó á Quito, emprendió componer aquel negocio tan dificil, y enredado por la obstinacion y temeridad de los culpados Pero habiéndose valido de las amenazas, junto con el terror de las armas, abandonáron muchos sus malos intentos, y obligó á otros á ponerse en fuga. Finalmente prendió á los mas turbulentos, y les impuso diversos suplicios, y de este modo hiciéron por fuerza lo que no quisiéron de buena voluntad.

Por este tiempo Alonso de Sotomayor que como arriba diximos habia salido del rio de la Plata, llegó á Chile por regiones desconocidas á los Españoles, y halló todas las cosas en gran confusion y desórden, por la guerra que habian suscitado los bárbaros. Tenian estos á Valdivia con poca esperanza de poder resistirlos, pero los venció Sotomayor en batalla. Castigó severamente á los mas atrevidos, y taló sus campos con todo género de hostilidades. Mandó á Lorenzo Mercado que con un esquadron de ciento y sesenta Españoles, y con los Indios amigos marchase contra los confinantes, que habian vuelto á tomar las armas, y él mismo se encaminó con quatrocientos caballos al valle de Arauco. Mandaba á los rebeldes Alonso Diaz, nacido de una India, y habiendo trabado combate, fué éste hecho prisionero, y los bár-

baros se dispersáron en la fuga, quedando muy maltratados con Gerónimo Fernandez, que tambien era mestizo. Peleó Sotomayor muchas veces prosperamente con los Chilenos, y aseguró con fortificaciones y tropas las gargantas de los montes, con lo qual refrenó á los bárbaros, para que no pudiesen hacer tantos daños. Y porque era imposible contenerlos con tan pequeñas fuerzas, le envió Don García doscientos y veinte soldados para aumento de la guarnicion. Con estas nuevas tropas levantó en el valle de Arauco una fortaleza que llamó de San Ildefonso. Quebrantó y sujetó completamente á aquellos rebeldes tan feroces y indóciles al yugo, y desde allí pasó al valle de Tucapel, donde hizo la guerra por largo tiempo á sus belicosos habitantes. En el año antecedente de mil quinientos y noventa y uno murió sin hijos Don Diego Marques de Cañete, y le sucedió su hermano Don Garcia en los Estados, con cuyo título le nombraremos de aqui adelante.

Referiremos ahora, sin interrupcion, las cosas acaecidas en Filipinas, para que de este modo puedan retenerse con mas facilidad. Miguel de Legaspi, descubridor y pacificador de las islas, sujetó á sus naturales con las armas y con su prudencia. Habia fixado su asiento en Cebú; y desde allí envió á la isla de Luzon algunos Españoles y Indios, al mando del Capitan Martin Goytia. Este pues, peleó con el Mahometano Regiamora, y tomó á Manila, que era la ciudad principal, y despues de esta victoria se sujetó la mayor parte de la isla al imperio de los Españoles. Trasladóse á ella Legaspi, persuadido de que aquella ciudad opulenta por sus frutos terrestres, y por el comercio del mar, seria la mas ventajosa para establecerse los Españoles, y procuró guarnecerla con fortificaciones, para que los piratas ó los naturales inquietos no pudiesen invadirla. Edificó una Cólonia en el Puerto de Vigan, á la que dió el nombre de Fernandina, y despues sujetó otras islas, y finalmente en el año de mil quinientos setenta y quatro falleció este varon digno de eterna alabanza. Habiéndose abierto las

Cédulas Reales fué declarado por sucesor Guido Lebezar, que continuó con mucha actividad y diligencia la empresa comenzada por Legaspi. Defendió intrepidamente á Manila, sitiada por el pirata Chino Limaon, con setenta navíos grandes, y habiéndole obligado á levantar el sitio, persiguiéron los Españoles su armada, y la derrotáron y incendiáron en el rio de Pangasinan, y el mismo Limaon se escapó del peligro, poniéndose en fuga con algunos pocos navíos. Por muerte de Lebezar, sucedió en el Gobierno Francisco de Sande, el qual sujetó con algunos favorables combates la isla de Camarines, y erigió en ella una Colonia llamada Cáceres, que sirviese como de fortaleza. Reconoció la isla de Borneo una de las mayores del Oriente, y le sucedian las cosas con toda prosperidad; pero las enfermedades que comenzáron á cundir entre su gente, le impidiéron permanecer en un suelo tan nocivo. Al tiempo que regresaba á Manila, sujetó en el viage la isla de Jolo, y habiendo arribado despues á Mindanao, estableció comercio con sus naturales, y extendió prodigiosamente el dominio Español. Sucedióle en el mando Gonzalo Ronquillo que edificó y pobló la villa de Arevalo en la isla de Panay, y dió grande aumento al tráfico que se habia entablado con los Chinos. Arrojó á fuerza de armas de la isla de Luzon á un pirata Japon que se habia fortificado en ella, y fundó la ciudad de la Nueva Segovia. Envió á Gabriel de Ribera para que diese vuelta á Borneo, y llevó socorros por órden del Rey á Asambuja, Capitan de los Portugueses, que habiendo perdido á Ternate se sostenia con mucho trabajo en Tidore. Por muerte de Gonzalo le sucedió su hijo Diego, que socorrió en otra ocasion á los Portugueses. Por este tiempo se erigió en Manila la Audiencia Real, y fué nombrado Presidente D. Santiago de Vera. Este pues, socorrió con diez navíos á Asambuja que habia implorado su auxîlio. Esta armada, que mandaba Juan Ronquillo como refiere Faria, ademas de haber conducido todo lo necesario para la guerra, venció á los isleños de Jaba en una batalla naval, y les tomó

sus navíos. Tal es la ferocidad de aquellos bárbaros, que uno de ellos se entró por medio de una lanza con que un Castellano le habia atravesado el cuerpo para herirle con una hacha, teniendo mas deseo de vengarse que de vivir. Sujetó Vera á los Luzonios rebeldes, y los obligó con la guerra á obedecerle, y levantó en Manila una fortaleza que llamó la Virgen Maria Capitana. Hallándose mas embarazados los negocios con la Audiencia Real que antes de establecerla, fué suprimida en virtud de las eficaces instancias del Padre Alonso Sanchez, Jesuita, que como arriba diximos, fué enviado como Diputado de las islas al Rey Don Felipe. Despues fué nombrado Gobernador Don Gomez Marin, á quien se le diéron quatrocientos soldados, y navegó con Don Luis de Velasco, Virrey de Nueva España, y en la administracion de su Gobierno se portó como un verdadero padre de los Pueblos. Embarcóse en la Nueva España, y en el año de mil quinientos y noventa arribó Don Gomez á Manila. Como era aficionado á obras rodeó la ciudad con muros de piedra, y fabricó la Iglesia Catedral de piedra quadrada. Mandó construir galeras para defender aquellas costas, que de continuo se hallaban molestadas por los piratas Chinos y Japones, y aun hizo fundir cañones de bronce. Entre tanto Taycosama, tirano del Japon declaró al Español, por medio de un Embaxador que le envió, que debia pagarle un tributo por la posesion de las Islas. Pero Don Gomez le despidió con una picante respuesta; y reprimió la arrogancia del bárbaro, diciéndole. „Vé, y dile á Taycosama, que los Espa„ñoles estan acostumbrados á recibir tributos, y no „á pagarlos. Que haga primero la prueba del valor „Español, y si le venciese en la guerra, trátele en„tónces como se trata á los vencidos." Despues de esto se hizo á la vela con una grande armada para recobrar á Ternate, que habian perdido los Portugueses; pero habiendo conspirado contra él en el viage los remeros Chinos, le asesináron, y se desgració la empresa comenzada. Los Chinos se huyéron al instante en

una galera muy hermosa que conducia al Gobernador, y Luis su hijo tomó posesion del mando, hasta que fué nombrado sucesor.

En Lisboa se hizo á la vela con cinco navíos Matias de Alburquerque, y llegó sano y salvo á Goa. Su antecesor Coutiño pereció en su vuelta á Portugal con su muger, y familia, habiéndose hecho pedazos el navio. Observóse, que en el espacio de quince años pereciéron por varias desgracias veinte y dos navíos en la carrera de la India. Pero estos lamentables exemplos no alejan á los mortales del deseo de peligrar, arrebatados de la cruel ambicion de enriquecerse. El Virrey envió á Andres de Mendoza con una armada de veinte navíos contra Ceylan, donde se habia encendido la guerra. Tomó á los enemigos algunas naves, y les derrotó otras. Despojó al pirata Catimuza de la armada de galeras, que tenia en la embocadura del rio Cardiva, y no hizo poco en escaparse él á nado. Apresó otra armada en Manar; y habiendo saltado á tierra, peleó en ella, obligó al Rey á ponerse en fuga, y mató á su hijo mayor. Confirió el Reyno de Janapatan á un hermano del muerto, habiendo despojado de él á su padre. Por este tiempo Andres de Santiago, y Pedro Fernandez, Gobernadores de Sena y Tate, peleáron desgraciadamente con los Cafres. Pedro fué muerto con sus compañeros, y apénas pudo Andres escaparse. Pedro de Sousa Gobernador de Mozambique acudió á vengar el daño, y recibió otro no pequeño. Inundó de sangre á Quiloa, que habia sido entregada á los enemigos por sus pérfidos habitantes, en odio de los Portugueses. En Melinda, Mendo de Vasconcelos con treinta Portugueses, y algunos naturales derrotó á los bárbaros, que estaban muy feroces con sus anteriores victorias, y hizo en ellos tal estrago, que apénas escapáron ciento con su Régulo de toda aquella multitud. Este era en el Africa el estado de las cosas. Cerca de Chaul peleáron los Portugueses con los bárbaros, y hiciéron en ellos gran mortandad, á costa de muy poca sangre de los vencedores; pero en Ceylan fué Lope de Sousa muy desgraciado. El Vir-

rey envió otra vez á Mendoza, hombre muy valeroso, y afortunado, con una armada contra los enemigos. Tomó al Zamorin tres navíos, y es imponderable lo opulenta que fué esta presa. Tambien se apoderó en un combate de la armada de los piratas Malabares, y habiendo arribado á Columbo en Ceylan, reduxo á su deber y sujetó á los naturales, que se habian sublevado contra el Gobernador Portugues. Esto es lo mas notable que acaeció por este tiempo en aquella remotísima parte del Orbe.

CONTINUACION
DE LA HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA:
LIBRO DECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

PRETENDIENTES Á LA CORONA DE FRANCIA. CONFERENCIAS DE LOS PARTIDOS. TOMA EL PRINCIPE DE BEARNE Á DREUX CON SU FORTALEZA, Y SE CONVIERTE Á LA RELIGION CATHÓLICA.

1593. El año noventa y tres de este siglo es mas memorable por haberse tratado en él de la paz, que por los sucesos de la guerra. De la diversidad de afectos é intereses se originaban muchas dificultades para concluirla; porque la ambicion de muchos que aspiraban al trono de Francia, hacia mas implicado un negocio, que por sí mismo lo era mucho. Parecia solicitar con mejor derecho el Cardenal Cárlos de Vandoma, primo del de Bearne, y se le juntaba el favor del partido, que él mismo habia formado mucho tiempo ántes. Agregábanse á esto los deseos del Papa, y de los Cardenales, que tenian por muy decoroso fuese elevado al trono un cólega suyo: y favorecia notablemente su causa la condicion jurada por los de la liga, despues de la muerte del Cardenal de Borbon, por la que se obligáron á no admitir al cetro de Francia á ninguno que no profesase la verdadera religion. Pero el Rey Don Felipe le era muy opuesto porque habia sido educado entre calvinistas; y se inclinaba mucho al hijo del

Duque de Lorena, así por su religion, como por el beneficio que resultaba á España. Así pensaba al principio; mas considerando despues el mucho dinero, y sangre Española que se habia derramado en Francia, dirigió sus miras á Doña Isabel su hija, pidiendo que fuese admitida á la sucesion del reyno, ya por el derecho de sangre, ó por libre eleccion de los Estados. No lo rehusaban los Grandes de Francia, con tal que eligiese esposo dentro del mismo reyno, al qual debia admitir por su consorte en el trono y en el tálamo, dentro del término de un año. Por el contrario los que aborrecian la dominacion extrangera, temerosos de que por la inconstancia de las cosas humanas llegase á suceder que la Francia se juntase á España, lleváron tan á mal que se hiciese mencion del Archiduque Ernesto, y de Alberto, que juráron no recibir en Francia Príncipe alguno extrangero. Pero Tasis bien instruido de las cosas de este reyno, persuadia á Don Lorenzo de Figueroa, Duque de Feria, y á Don Iñigo de Mendoza, que habian llegado poco tiempo ántes, que promoviesen la causa de Doña Isabel con esperanza de buen éxîto: que lo que convenia era derramar dinero, acercar tropas á Francia, y sobornar á los Grandes con regalos, principalmente á los del partido de Lorena; y que con estos artificios, y con el favor del Cardenal Placentino, Nuncio Apostólico, que era muy afecto á los Españoles por el zelo de la religion, se prometia que todas las cosas sucederian segun sus deseos. De otro modo pensaba el Duque de Feria en este negocio, conforme las ideas del Rey Don Felipe, que eran de no hacer el menor gasto ni regalo miéntras los Estados no declarasen el reyno á su hija, pues no queria comprar á tanta costa una vana esperanza. Que lo que importaba era obligar á los confederados con la falta de socorros, y reducirlos á su dictámen, quitándoles el apoyo del oro; y tenia por cierto que consentirian en él, para no dexarse oprimir de sus enemigos, y perder sus particulares intereses, junto con la reputacion de la liga. Pero el Duque de Mayena que habia congregado contra su voluntad la

junta de los Estados, habiendo penetrado el designio del Duque de Feria, procuró con todo esfuerzo impedir que en ella se resolviese cosa alguna, y comenzó á enredarlo todo, á fin de causar á los Españoles el mismo dolor que él padecia. Finalmente las cosas se hallaban ya en la situacion mas peligrosa, porque ninguno queria ceder de su empeño En igual conflicto se hallaba el de Bearne, pues los Cathólicos que seguian su fortuna le amenazaban de abandonarle, si no se convertia en breve al gremio de la Iglesia Cathólica. Habíales prometido que lo haria á tiempo determinado, y habiéndose pasado éste sin cumplirlo, trataba mal á los Cathólicos, por cuya causa estaban irritados con él, y se decia tambien que habian comenzado á dirigirse cartas unos Cathólicos á otros, exhortándose recíprocamente á la concordia, en lo qual trabajaba el Duque de Mayena, aunque lo negaba en publico. Penetráron los Españoles estos ardides, y se quejaron á él con grande acrimonía de palabras. Pero despues de graves contiendas y dicterios, no pudiendo ninguno sostener su partido sin el auxîlio del otro, y para que no se destruyese la liga, se reconciliáron al fin por mediacion de Tasis el Duque de Feria, y el de Mayena, que eran los principales cabezas. Para asegurar esta amistad con mas estrecho vínculo, fuéron entregados al de Mayena veinte y cinco mil escudos en dinero de contado, y doscientos mil en asignaciones, y el Generalato de las tropas que mandaba Cárlos Mansfeld. Juntáronsele á estas las Pontificias que se hallaban muy disminuidas, y las Francesas, con las que habiendo batido vigorosamente á Noyon, se vió forzada á entregarse.

Entretanto que esto pasaba, fué muerto en desafio Appio Conti, por Latembrin Coronel de la legion Alemana, y los soldados de ésta fuéron despedidos del exército, y se volviéron á su patria. Al mismo tiempo tuviéron una junta los Bearneses, y los confederados en Suran, con el deseo de atraerse unos á otros cada uno á su partido; pero todos se mantuviéron constantes en sus ideas. Los políticos prometiéron que el

de Bearne abrazaria de buena fe, y por su propia voluntad la religion de sus mayores: mas los confederados remitiéron al Sumo Pontífice el conocimiento de esta causa; y por ultimo nada se hizo, aunque se descubrió el medio de dirigir el negocio, y de aquí adelante se tratáron unos á otros con mas blandura. Deseaba el de Bearne hacerse cathólico; pero no podia tolerar que le forzasen á ello. Los hombres doctos que concurriéron á la conferencia, le estrecháron con poderosas razones, y hallándose fluctuante y dudoso, acabó de determinarle Villeroy, varon muy prudente y sincero entre los de la liga, el qual trabajó mucho en reconciliarle con Mayena, dándole á entender libremente el peligro en que se hallaba, si persistia en su obstinacion. Representóle pues, que si era creado Rey el Cardenal de Borbon, inmediatamente se retirarian de su campo los nobles, y se pasarian al Príncipe Cathólico; y que si se conferia el cetro á Doña Isabel, recaerian contra él las fuerzas de los Españoles, juntas con las de los confederados, sin que le quedase esperanza alguna de apaciguar la discordia. Finalmente con estas y otras razones, y sobre todo con la inspiracion de la divina gracia, se resolvió á mudar de religion. Miéntras tanto disputaban los confederados en sus conferencias, y fuéron mal recibidas las proposiciones del Duque de Feria, Mendoza y Tasis, porque los Franceses rehusaban apartarse de la ley Salica, que en otros tiempos se habia intentado anular, y siempre sin fruto, y con mucho derramamiento de sangre. El Duque de Mayena no se movia á cosa alguna para adelantar este negocio, por el mismo fin que los otros, además de la emulacion que le causaba el de Guisa, á quien el Rey Don Felipe habia declarado por esposo de su hija. Por esto pues, destituido de la esperanza del Reyno, que habia concebido en su ánimo, y creyendo que Doña Isabel casaria con su hijo, se pasó al Cardenal de Borbon, no por el deseo que tenia de hacerle Rey, sino por el de impedir la junta de los Estados. Añadióse á esto el decreto del Parlamento, para que procurase que no re-

cibiese detrimento alguno el Estado, el qual corrió la voz de que habia sido formado por el mismo. Finalmente pudo tanto con sus artificios y con la grande autoridad que tenia entre los suyos, que la mayor parte de los que se habian juntado para deliberar, diéron gracias al Duque de Feria, y se excusáron de elegir el Rey, hasta que con mayores tropas y fuerzas de la España pudiesen establecer en la posesion del reyno, y defender al que nombrasen. De este modo eludiéron la máquina de los Españoles, que vino á ser inútil. Pero el de Bearne, para no perder su fama, habiendo juntado las tropas acometió y tomó á Dreux con su fortaleza. Despues de esta victoria, se dedicó seriamente á mudar de religion, para que no se creyese que lo hacia forzado, sino espontaneamente, pues siendo vencedor abrazaba la religion cathólica. Instruido pues en sus dogmas y doctrina, y á pesar de las reclamaciones de los Ministros Hugonotes, fué recibido en la Iglesia de San Dionisio por el Arzobispo de Bourges, y absuelto de las excomuniones, sin intervencion del Pontífice, con extraordinaria alegría de todos los que se hallaban allí presentes, y el dia veinte y cinco de Julio participó de la sagrada comunion. Prorrogáronse hasta fin del año las treguas pactadas ántes por tres meses, sin embargo de la oposicion de los Españoles, unidos al Nuncio Apostólico.

Al mismo tiempo trataba el Duque de Mayena con los del partido del de Bearne, de componer la guerra civil; con tal que consintiese el Pontífice, y aprobase lo hecho, y envió Legados á España que pidiesen á Doña Isabel para su hijo mayor, no hallándose todavía apagada en su pecho la esperanza de obtener el reyno, que se hallaba en él muy arraygada. El Rey Don Felipe declaró á la verdad que le agradaba el yerno, y prometió su hija, segun la costumbre de aquellos que se inclinan á la parte donde descubren mayor lucro. Llevólo muy á mal el Duque de Feria, y sus compañeros, que conocian bien á aquel hombre, y temian mucho que se convertiria de amigo en enemigo, si convenia á su interes, y de tal manera le

aborrecian, que hay quien asegura que tratáron entre sí de matarle. Oponíase tambien el Pontífice, amonestando que era muy conveniente que Doña Isabel casase con un Príncipe de la sangre de Borbon, para que con mas facilidad se extinguiese la guerra civil. Este consejo le trastornó la ambicion que nunca abraza lo que es bueno, sino lo que es útil; pero todos estos proyectos se desvaneciéron en breve tiempo como el humo.

CAPITULO II.

SUCESOS DE FLANDES. EL GOBERNADOR DE BURDEOS ACOMETE A BLAYA, Y LA DEFIENDE UNA ARMADA ESPAÑOLA. MULEY XEQUI, HIJO DEL REY MAHOMET, RECIBE EN MADRID EL BAUTISMO. MUERTE DE SAN PASQUAL BAYLON.

Al paso que se disminuia en Francia la autoridad de la liga, tomaban mejor aspecto las cosas del de Bearne, pero las de Flandes se hallaban en mal estado. A fines del año anterior llegó el Conde de Fuentes, enviado por el Rey con despachos, en que mandaba que el viejo Mansfeld gobernase á Flandes hasta que nombrase á alguno de los Príncipes de la sangre Real. Pero agravado aquel con sus muchos años, y con la falta que padecia de lo necesario, porque el Rey Don Felipe temia empeñarse en gastos, apénas podia hacer cosa alguna. Para impedir las excursiones de los enemigos, y por consejo del Conde de Fuentes, restituyó la severidad de la disciplina militar, segun la habia establecido el Duque de Alba, aboliendo el comercio de la guerra. Intentó Mauricio combatir con un pequeño esquadron á Gertrudemberg, ciudad fortificada, y Mansfeld se descuidó en socorrer á tiempo á los sitiados. Habiendo recibido Mauricio nuevas tropas, fortificó cuidadosamente su campo, de tal mo-

do, que fué inútil el socorro que llevó Mansfeld, y despues de algunas escaramuzas, desconfiando de conseguir su empresa, se retiró de allí con mucha ignominia; la qual aumentó mas queriendo borrarla, pues fué rechazado de Crevecour, con la inundacion de su territorio, á causa de que intentaba acometer esta fortaleza para poner en salvo á los de Bolduc. Despues de quatro meses de sitio, en cuyos ataques muriéron dos Gobernadores, obligó al fin Mauricio á la ciudad á que se entregase, y salió libre la guarnicion, baxo de honrosas condiciones. Felipe y Guillelmo de Nassau habian introducido cada uno sus tropas, aquel en el territorio de Luxêmburgo, y este en la Frisa; pero acudiendo Barlemont con un esquadron de gente armada, rechazó de allí á Felipe. Mucho mas trabajo tuvo Verdugo con Guillelmo, el qual manteniéndose en sus Reales muy fortificado, despues de haber talado los campos, no quiso aceptar la batalla que le presentaba Verdugo, auxîliado con las tropas que le habia enviado Mansfeld. Despues de esto sitió á Covord, y no pudo tomarla, y finalmente conduxo por el invierno al Brabante las tropas muy deterioradas. Mondragon arrojó al enemigo que habia venido á saquear el territorio de Vasa, y en esta ocasion fué muy celebrado el valor de Alonso Idiaquez, que se introduxo en el campo enemigo con un pequeño esquadron, y le obligó á retirarse á los navíos, quedando muertos muchos, y otros ahogados en el rio. Las tropas Españolas, Walonas, y Italianas de las Provincias de Artois y Hainault, se subleváron y rehusáron la obediencia á sus cabos, porque no se les pagaba su estipendio; lo que fué no pequeña causa de las pérdidas padecidas en este año. El Conde de Fuentes exâminaba con mucho cuidado las cuentas del tesoro público, que se hallaba enteramente exhausto; y como el Rey no enviaba dinero, ni podia mantener al soldado, ni tampoco hacer la guerra.

En España se disponia una armada extraordinaria para llevar socorro á los Cathólicos de la Guyena, que se hallaban muy necesitados. Habian fortificado á Bla-

ya en la desembocadura del rio Garona, y la defendia Mr. de Luzan, hombre intrépido y activo, que para resistir á los esfuerzos de Matigñon, Gobernador de Burdeos, solicitó el auxîlio de Don Felipe, y habiéndosele concedido envió en el mes de Mayo diez y seis navíos muy bien provistos, al mando de Juan de Lizarza. En su navegacion apresó cinco naves Inglesas, y persiguió otras que se refugiáron en la fortaleza de Ruyan. Combatia Matigñon á Blaya por mar y tierra con seis navíos Ingleses, y con las fuerzas de su Provincia; pero los Ingleses luego que viéron la armada que venia contra ellos, levantáron inmediatamente las anclas, y se pusiéron en fuga, y á uno de ellos, para no ser apresado, le pegáron fuego sus defensores, con cuyo incendio pereciéron dos de los Españoles. Cayó en el mar Adriano Brancati, y se ahogó sumergido por el peso de sus armas. Despues de haber desembarcado por la noche los víveres, que era lo que principalmente hacia mas falta á los sitiados, acometiéron á los navíos Franceses, que estaban en el rio, y los maltratáron con algunas descargas pasageras. Finalmente concluyó con buen éxito esta empresa, y se restituyó la armada á España, y en el camino se apoderó de otro buque Ingles. Volvió otra vez Lizarza con seis navíos, y habiendo comunicado sus designios con los sitiados, penetráron por la noche con espada en mano en los Reales enemigos, y hiciéron en ellos una gran mortandad. En aquella confusion pereciéron ochocientos Franceses, y solo quarenta quedáron prisioneros; y se asegura que en esta accion se portó heroicamente Don Antonio Manrique, á cuya prudencia, y al valor de los Españoles se debió la victoria. Habiendo hecho levantar el sitio, tomó Lizarza una galera en el rio, y regresó con la armada íntegra y salva á las costas de Vizcaya.

Muley Xeque, hijo de aquel Mahomet que pereció al pasar el rio Mucasen en la desgraciada batalla del Rey Don Sebastian, fué educado en España, donde habia quedado en rehenes, y recibió en Madrid el sagrado Bautismo. El Rey Don Felipe le hizo ca-

ballero del órden de Santiago, y le señaló rentas para que pudiera mantenerse con decencia; y habiendo celebrado capítulo del Toyson de oro, condecoró con el collar de esta órden á los Duques del Infantado y Escalona, y á Pedro de Medicis hermano del Gran Duque de Florencia. El corto número de tropas, que habia quedado en Aragon desde el anterior tumulto, fué sacado de allí por órden del Rey, á fin de libertar á sus habitantes de aquella molestia. Mas para refrenar la licencia de la plebe, se reparó un antiguo edificio, cercano á la ciudad, en forma de castillo; y habiéndolo guarnecido y fortificado con gente armada, contuvo en su deber á aquellos hombres inquietos. El Rey Don Felipe, como tan entregado á las obras de piedad, envió á Zaragoza á Don Gomez de Velasco con treinta mil ducados, para que los emplease en dotar doncellas, socorrer á pobres y otros objetos semejantes. De esta suerte dió gracias á Dios aquel piadoso Príncipe por haberse apaciguado el tumulto. Don Beltran de la Cueba, Duque de Alburquerque, sucedió en el gobierno de Aragon á Don Miguel de Luna, Conde de Morata; y de allí adelante no acaeció cosa alguna que turbase la tranquilidad pública. Don Christóbal Robuster, Obispo de Orihuela, renunció por este tiempo su dignidad en Roma, adonde habia pasado para defender los derechos de ella, despues que la obtuvo cinco años; y en el mes de Marzo siguiente le sucedió Don Joseph Esteban, que celebró el segundo Sínodo, porque Gallo habia congregado el primero. Salvatierra Obispo de Segorve, fué trasladado á Ciudad Rodrigo, y tuvo por sucesor á Don Juan Bautista Perez, Valenciano, que habiendo sido hecho Canónigo de Toledo por el Cardenal Quiroga, en premio de su insigne doctrina, fué elevado el año anterior á la dignidad episcopal, á pesar de haberlo resistido con christiana humildad. En el dia diez y siete de Mayo del mismo año pasó de esta vida á la eterna en Villa Real, pueblo del reyno de Valencia, San Pasqual Baylon, Franciscano Descalzo, varon ilustre por su santidad y milagros, los que habiendo

sido solemnemente aprobados, fué beatificado por Paulo V, y finalmente canonizado por Alexandro VIII. Su cuerpo se conserva en la misma Villa con piadosa veneracion de los fieles que de todas partes concurren á visitarle.

CAPITULO III.

EL PRINCIPE DE BEARNE ES CORONADO REY DE FRANCIA CON EL NOMBRE DE ENRIQUE IV. NOMBRA EL REY DON FELIPE A ERNESTO ARCHIDUQUE DE AUSTRIA POR GOBERNADOR DE FLANDES GUERRA EN SABOYA.

Cansados ya los Franceses de la guerra civil, deseaban en gran manera la paz, y incitados de ella comenzáron á inclinarse al de Bearne. Este pues recibió la corona en Chartres con todas las ceremonias acostumbradas, y fué proclamado Rey de Francia con el nombre de Enrique IV. con grande alegría y regocijo del inmenso gentio que acudia de todas partes. Pasábanse al nuevo Rey en tropas los hombres mas ilustres de los partidos confederados despues de removido el estorbo de la heregía. Recibia á todos con mucha humanidad, y los atrahia con regalos, rentas y gobiernos; y apresurándose todos á adelantarse los unos á los otros, cayéron poco á poco las fuerzas de la Liga, y se disminuyó su autoridad, que apénas se sostenia por el Pontífice y el Rey Don Felipe. Desertaban tambien de ella las ciudades, principalmente las de Leon, Meaux, Orleans y Bourges; y finalmente París, cabeza de la liga se entregó á Enrique por medio de Brisac, á quien habia dexado Mayena para su custodia, y entró en ella el dia veinte y dos de Marzo de mil quinientos noventa y quatro. El Duque de Feria y sus compañeros, con los Españoles, Walones y Alemanes que estaban de guarnicion, fué-

ron despedidos sin molestia alguna, y se retiráron á los confines de Flandes. El Nuncio Pontificio irritado de la ligereza de los Franceses en el abandono de la liga, sin haber contado en cosa alguna con la santa Sede, se retiró de París; pero mientras disponia su viage á Italia, murió de una enfermedad. Aumale, Rosny, San Pol y otros persistian constantemente en la liga. El Duque de Guisa mató con su propia mano al Conde de San Pol, hombre respetable por sus años y por su extraordinaria pericia militar, habiéndole excitado á esta atrocidad mas la inconstancia de su carácter, que otra alguna causa. Poco despues, á persuasion de su madre, se pasó Guisa á Enrique no sin recompensa, y á cada paso le vendian los nobles su fidelidad, atendiendo solo á sus particulares intereses, y despreciando enteramente lo que de ellos pudiera juzgar la fama.

Por este tiempo se hallaba el Duque de Mayena en el Condado de Soissons muy ageno de reconciliarse con Enrique, aunque veia que sus mismos parientes le desamparaban á él y á la liga, y que cada dia iba á ménos su autoridad. Tambien se reconcilio con Enrique el Duque de Lorena, y por medio del Teniente Bassompierre sacó sus tropas del campo de los confederados, y se pasáron al sueldo de Enrique. En el Papa no quedaba esperanza alguna de socorro, porque mantenia en Ungría la guerra contra el Turco; con cuyo pretexto se substraxo de la liga, para que no se creyese que mas bien fomentaba la guerra civil, que defendia la religion. Los Españoles viendo casi deshecha la alianza, estaban resueltos á abandonar las vanas esperanzas de la Francia, y dirigir sus cuidados á las cosas de Flandes, para recuperar sus dominios y su fama, que tanto habia padecido con las anteriores pérdidas. Llegó á tiempo muy oportuno Ernesto Archiduque de Austria, llamado por cartas del Rey Don Felipe para encargarse del gobierno de Flandes, y fué recibido por los Españoles y Flamencos con el mayor obsequio y regocijo. El Duque de Mayena que habia venido á Bruselas para saludarle,

conferenció con él sobre la causa comun, y acordáron que juntando sus tropas, sostuviesen la autoridad de la liga hasta que se viese claramente lo que decidia el Pontífice acerca de las cosas de Francia.

Entretanto no cesaba Mauricio de hacer hostilidades. Intentó tomar por fraude á Utrech, habiendo hechado rio abaxo un navío cargado de soldados como otro caballo Troyano; pero no le salió la empresa como pensaba. A fines del año anterior acometió con grande esfuerzo á Groninga, y la tomo baxo de condiciones. De esta desgracia fué causa la pertinacia de los habitantes en no admitir una guarnicion, porque tanto temian á los soldados como á los enemigos. Otro de los males fué la contumacia de las tropas, que no querian moverse de sus quarteles sin que primero no se les pagase su estipendio, y no habia dinero alguno, ni pudo sacarse un real á los negociantes de Amberes, aunque salia por fiador el mismo Ernesto. Finalmente se subleváron y se echáron á robar, saquear y molestar los campos con todo género de injurias, sin modo ni término. El Obispo de Lieja puso gente armada en los confines de su territorio para que no le invadiesen; pero habiéndola derrotado aquellos foragidos, los alejó con dinero, ya que no pudo con la fuerza de las armas. Ajustóse el negocio en quince mil escudos, y habiéndolos recibido, se abstuviéron de hacer ninguna violencia. Viendo Ernesto que no podia reducir por otro medio estos ladrones, determinó perseguirlos con la fuerza, y mandó á Don Luis de Velasco que marchase contra ellos con un selecto esquadron de Españoles, y los tratase como á enemigos. Acometiólos en Sichen donde se hallaban encerrados, y no pudo arrojarlos de allí, aunque se trabó una atroz pelea, en que fué derramada mucha sangre. No obstante desconfiados despues del lugar y de sus fuerzas, huyéron á Breda é imploráron la proteccion de los enemigos. Mandó Mauricio que no los recibiesen dentro de los muros de la ciudad; pero que se les socorriese con humanidad con todo lo necesario. Un autor asegura, que ha-

biendo seguido el consejo que les dió Mauricio, ofreciéron sus servicios á Enrique. Estas cosas sucediéron á fin del año, y á principios del siguiente aplacados por Ernesto, volviéron á su deber. Mansfeld padre y hijo juntáron algunas tropas no despreciables, y arrojáron del territorio de Luxêmburgo á los Franceses y Holandeses, que habian venido de comun acuerdo á aquellos parages, para que haciéndose dueños de la provincia, impidiesen el paso á los socorros que venian al Español de Alemania y Italia.

En el mes de Mayo habia Ernesto enviado cartas á los Estados confederados, para ver si podria encontrarse algun medio de conciliar la paz con honrosas condiciones. Pero trabajó en vano con unos hombres que estaban persuadidos de que con la guerra se mejorarian cada dia mas sus cosas, así públicas como particulares. La respuesta que le diéron fué poco decente y muy soberbia, segun su costumbre. Viendo Ernesto que los Holandeses despreciaban la paz, y que los Franceses disponian la guerra, no cesaba de escribir á España que no tenia soldados ni dinero para una sola guerra, y mucho ménos para dos; por lo qual le enviase el Rey uno y otro, si no queria que la Flandes fuese oprimida por la multitud de sus enemigos, y que se perdiese de una vez, y para siempre con grave daño y mengua de la familia Austriaca. Pero derramada la guerra en regiones tan distantes, apénas podia resolverse á tiempo lo conveniente, y mucho ménos acudir á ella con dinero y tropas. Establecióse otra nueva alianza entre el Rey Don Felipe y el Duque de Mayena, con la condicion de que el Rey suministrase el dinero, y que Mayena hiciese la guerra baxo de sus órdenes, sin que tuviese compañero en el mando; y que todo lo que ganase en ella lo cederia al Rey de Francia, que habia de elegirse al arbitrio de los confederados. Enrique por el contrario, deseoso del descanso, convidó por medio de sus cartas á la paz á los Estados de Artois y de Hainault, y los exhortó á que procurasen disuadir en quanto les sea posible al Rey Don Felipe del de-

seo de continuar la guerra; pero no le respondiéron cosa alguna los Estados, aunque Ernesto á quien consultáron les habia dado potestad para hacerlo. A la verdad por aquella parte se habian separado en este año con igual fortuna; pues el jóven Mansfeld tomó á los Franceses la importante fortaleza de la Chapele situada en los confines, y Enrique á costa de muchos asaltos y combates recuperó á Laon.

En otras partes continuaba la guerra con mayor fervor que ántes. En la Bretaña sucedian las cosas con prosperidad; pero concordaban poco los Españoles y el Duque de Mercoeur: aquellos por la razon arriba explicada, pedian que se devolviese esta provincia á Doña Isabel; y éste pretendia que le pertenecia por los derechos de su muger, por quien peleaba; y de esta discordia se originó una desgracia. Los Españoles para excluir á los de Brest del Océano levantaban una fortaleza en parage oportuno; y Mercoeur lo llevaba muy á mal, porque no podia tolerar que se aumentasen sus tropas. No podemos negar que su número crecia demasiado, pues poco ántes habian llegado de Aragon cinco mil soldados. Aun no se hallaba guarnecida esta fortaleza, la qual defendia con quatrocientos soldados Tomas Pujadas, hombre de grande ánimo, quando la sitió de improviso Aumont, reforzado con un socorro de los Ingleses. Los sitiados rechazáron por ocho veces con admirable intrepidez el asalto de los enemigos en la brecha del muro, y no se movió un paso Mercoeur para socorrer á los que se hallaban en tanto peligro. Aguila Capitan de los Españoles habia acercado la infantería, porque carecia de caballería; pero no habiendo sido socorridos por uno ni por otro, despues de quarenta y cinco dias de combate, muriéron peleando los pocos que habian quedado vivos, con una muerte digna de ánimos Españoles, matando en la última pelea á seiscientos de los enemigos. Por este tiempo falleció el Cardenal de Borbon, y se creyó en el vulgo que le habian dado veneno; cuya muerte atribuye muchas veces la fama á los grandes Príncipes.

Ardia cruelmente la guerra en las fronteras de Saboya. Olivera socorria en todo lo posible á Viena, que se hallaba sitiada por los Franceses; y habiendo acometido á estos Don Jorge Manrique con la fuerza de sus tropas, libertó á la ciudad del peligro. Lesdigueres habia fortificado á Briquerac no léjos de Turin, la que emprendió combatir el Saboyano auxîliado con los socorros de los Españoles. Mandaba á estos Don Pedro de Padilla, Gobernador de la fortaleza de Milan, y Don Alonso Idiaquez á mil y quinientos caballos, para lo qual fué llamado de Flandes, y substituido al Marques del Basto que habia fallecido poco ántes. Habiéndose dado el asalto por la brecha del muro medio arruinado, cayó peleando valerosamente Don Gabriel Manrique, hijo del Duque de Náxera; mas no pudo ser tomada la fortaleza. Volviéron otra vez á dar nuevo asalto, y consternados entretanto los que se hallaban de guardia en la trinchera con una imprevista salida de los enemigos, les volviéron las espaldas y se pusiéron en fuga. Acudió el Saboyano al tumulto, y tomando en la mano una pica, les dixo: " ¿Adónde huis compañeros mios? ,, volved la cara contra el enemigo, que yo iré de- ,, lante. ,, Inmediatamente volviéron contra el enemigo que estaba muy alegre con la victoria, y le obligáron á encerrarse dentro de sus muros. Lesdiguieres juntó con la mayor celeridad un exército de siete mil hombres para socorrer á los sitiados; y en el camino se le entregó baxo de condiciones el Castillo de S. Benito; pero aunque acercó á la ciudad sus Reales, no se atrevió á pelear, porque conocia la desigualdad de fuerzas, y se retiró con sus tropas. Los sitiados habiendo perdido la esperanza del socorro, se apresuráron á entregarse ántes con favorables condiciones. Despues de esto recobró Idiaquez el castillo de S. Benito, y arroyó á los Franceses de los Alpes. Desde allí se trasladó la guerra á la Borgoña, adonde inmediatamente acudió Mayena, para conservar aquella provincia que le era muy fiel, y librarla de las armas y secretos designios de Enrique. Encendióse allí

despues con mayor furor la llama de la guerra, que por una y otra parte se sostuvo con grandes fuerzas.

CAPITULO IV.

ARRIBADA DE UNA ARMADA TURCA A LAS COSTAS DE ITALIA. INTENTAN LOS HOLANDESES NAVEGAR AL ORIENTE POR EL OCEANO SEPTENTRIONAL. LOS INGLESES PIRATAS INVADEN LAS COSTAS DE AMERICA.

Causó gran terror en las extremidades de Italia la llegada de la armada Otomana. El Almirante de ella que tenia el sobrenombre de Cigala era Siciliano renegado, hijo del pirata Visconti, que habiéndole tocado de la presa de Modon una doncella christiana de singular hermosura, á quien dió el nombre de Lucrecia, se casó con ella. De este matrimonio nació Scipion, el qual habiendo sido hecho cautivo por los Turcos, abrazó la secta de Mahoma, y llegó á ser Almirante. Este pues conduxo la armada á las costas de Italia para saquear y robar; y como no produxese efecto el engaño que habia tramado contra Syracusa, pasó á Regio que estaba desamparada de sus habitantes. No pudiendo tampoco satisfacer sus deseos de hacer presas, reduxo á cenizas una gran parte de la ciudad, y hubo algunas escaramuzas con la caballería, en las que pereciéron muchos de los bárbaros, y los demas se viéron obligados á retirarse á sus galeras. Los Holandeses, y los Ingleses deseosos tambien de saquear, navegáron á diversas partes. Aquellos con quatro navíos formáron la empresa de penetrar por el océano septentrional al oriente, y apoderarse por este atajo de las riquezas de la India. Pero despues de una calamitosa y larga navegacion se volviéron á su patria sin haber hecho cosa alguna. Esto mismo han intentado despues muchas veces, aun-

que siempre en vano; y aun en nuestra edad el año setenta del siglo anterior navegáron estos hombres hasta los ochenta grados con grande audacia, y sin fruto alguno. Los Ingleses dirigiéron su rumbo ácia el medio dia para invadir las costas de América. El Conde de Cumberland destruyó un pueblo en la isla de la Trinidad, y habiendo pasado al continente, arruinó en gran parte á Santa Marta. Despues que hizo muchas presas, llegó á la Havana y cerró el puerto; mas no se atrevió á intentar cosa alguna contra aquella ciudad fortificada, y solo tomó un navío, habiéndose escapado la tripulacion. A su regreso incendió otro navío de la India en las islas Terceras. Ricardo Aquins navegó con tres navíos al Estrecho, y habiendo arribado á las costas del Brasil, donde pereciéron de enfermedades muchos de sus compañeros; quemó una de sus naves; otra fué rechazada del Estrecho por una tormenta, y se volvió á Inglaterra; y la tercera, que estaba muy bien equipada atravesó por fin al mar del Sur. Era Gobernador del rio de la Plata Don Fernando Zarate, el qual noticioso de los intentos del pirata, avisó inmediatamente del peligro al Marques de Cañete, Virrey del Perú. El pirata saqueó y despojó cinco navíos en el puerto de Valparaiso, y se llevó uno de ellos para que su Piloto Francisco Bueno le dirigiese en la navegacion: los demas los rescatáron sus dueños por la suma de dos mil pesos. El Marques de Cañete mandó armar sin dilacion tres navios, nombrando por Comandante de ellos á Don Beltran de Castro, hijo del Conde de Lemos, Capitan de grande fama; pero no pudo alcanzar en su fuga al pirata, por haberselo impedido una tempestad, que le arrojó al puerto del Callao de Lima, donde quedó una de las naves muy maltratada, y con las otras dos determinó seguirle. Habiéndole alcanzado en la ensenada de San Mateo, trabó con él combate, pero la noche los separó, y al dia siguiente se renovó la pelea con mas ardor. Uno de los navíos Españoles, aunque no de mucha fuerza, aseguró con los garfios al Ingles, y saltando en él nues-

tros soldados pelean con el enemigo á pie firme como si fuera en campo raso. Juan de la Torre, soldado veterano, derribó en tierra á Aquins, que estaba armado de hierro de pies á cabeza. En otra parte del navío peleaba Castro intrépidamente, y rechazó á los enemigos, que viéndose ya del todo perdidos, arrojáron las armas y imploráron la clemencia del vencedor. El navío apresado con su tripulacion fué conducido á Panamá, para curar á los heridos, y reparar los buques Españoles, y desde allí navegó Castro al Callao, donde desembarcó noventa y tres Ingleses, que eran los únicos que habian quedado con vida. De los Españoles muriéron treinta y dos, y los heridos no llegáron á este número. Aquins fué llevado á España, y despues de algunos años consiguió libertad, á instancias de Castro, que le habia dado palabra de solicitarla.

Habiéndose conjurado tantos enemigos contra el nombre Español, y como no alcanzase el tesoro Real para defender con las armas un imperio tan vasto, puso el Rey Don Felipe la mira en las grandes riquezas que habia dexado el Arzobispo de Toledo Don Gaspar de Quiroga, el qual falleció el dia veinte y dos de Noviembre sin haber hecho testamento, porque se lo prohibió el Pontífice. No pudo el Rey obtener de este la suma total, que se dice ascendia á un millon de ducados, y se dividió en tres partes, una para el Rey, aplicada para los gastos de la guerra; otra se empleó en obras pias por direccion del Pontífice; y la tercera se la reservó á sí mismo, que como se hallaba implicado en la guerra de Hungría contra el Turco, dedicaba á este objeto todo quanto podia recoger. En lugar de Quiroga fué nombrado Arzobispo de Toledo el Cardenal Alberto de Austria, y en el año siguiente tomó posesion por procuradores. Como le era necesario restituirse á Castilla, se estableció en Portugal una forma de gobierno aristocrático, para lo qual fueron nombrados Don Miguel de Castro, Arzobispo de Lisboa, Juan de Silva, Conde de Portalegre, Francisco Mascareñas de Santa Cruz, y Eduardo Castel-

blanco de Saboga, y por secretario á Miguel de Moura, para que extendiese y autorizase los decretos, interin que el Rey enviase un Príncipe de su familia para gobernar aquel reyno. En Castilla se vió una cosa admirable, y un juguete muy extraño de la naturaleza, pues el dia veinte y seis de Octubre se secó de repente el rio Carrion que baña á Palencia, y se agotó de tal manera por espacio de diez horas, que se podia andar á pie enxuto, quando ántes llevaba una inmensa cantidad de agua. Creyóse comunmente que habia tomado otro rumbo por conductos subterráneos, de lo qual era prueba que en el pueblo de Paredes, distante doce millas de Palencia, cuyo terreno es muy árido, se llenáron entónces los pozos, y aun algunas casas se arruináron por los cimientos. Dícese tambien que cincuenta y dos años ántes acaeció otro fenómeno semejante.

CAPITULO V.

DECLARA EL REY DE FRANCIA LA GUERRA AL DE ESPAÑA. RECONCILIASE EL DUQUE DE MAYENA CON ENRIQUE. TOMA DE DIJON POR EL FRANCES. MUERTE DEL PRINCIPE ERNESTO, GOBERNADOR DE FLANDES. Y SUCESOS DE AQUELLAS PROVINCIAS.

Como las fuerzas de la liga se iban minorando cada dia, declaró Enrique la guerra al Español, á fin de extinguir enteramente el partido doméstico. Temia que los Franceses dexasen las armas despues de estar acostumbrados por tan largo tiempo á la guerra; y para que no tramasen contra él alguna cosa, creyó conveniente ocuparlos en una guerra extrangera. Además de esto rezelaba tambien que irritados los Hugonotes con el dolor de que habia abjurado la secta de Calvino, formasen algun nuevo partido, como ya corria la voz de que lo proyectaban. Para re-

conciliar pues los ánimos de los Franceses, que se hallaban divididos unos de otros con la guerra civil, procuró descargar su ira contra los Españoles, á quienes declaró solemnemente la guerra el dia veinte de Enero del año de mil quinientos noventa y cinco, en- 1595.
viando á este fin sus Reyes de Armas á las fronteras de Flandes. El Rey Don Felipe refutó en un escrito como iniquas las causas, que alegaba el Rey Enrique, refiriendo los beneficios que habia hecho á los Reyes de Francia, y que con sus tropas y facultades habia sostenido aquel reyno quando estaba mas próxîmo á su ruina. Pero como estas reflexîones hacian poca fuerza á los ingratos, determinó hacer por su parte la guerra con todo vigor, y defender y proteger á los Cathólicos, á quienes amaba como hijos obedientes de la Santa Iglesia. Estas y otras cosas las apoyó con sólidas razones; y despues que peleáron con los escritos, viniéron á las armas con grande esfuerzo.

El Duque de Mayena se habia trasladado con sus tropas á la Borgoña, donde en otros tiempos habitáron los Sequanos, porque Biron intentaba apoderarse de aquella Provincia con la fuerza, y con los ardides. Pero al mismo tiempo Don Juan de Velasco, Gobernador de la Lombardía, introduxo en la alta Borgoña, que fué el asiento de los Heduos, ocho mil infantes y dos mil caballos, y impidió que cayese en poder del enemigo. Habiendo solicitado Biron que acudiese Enrique á socorrerle, envió á toda prisa un exército por la Champaña, que se derramó en la Borgoña. Entretanto que sitiaba las fortalezas de Dijon, hizo adelantarse á la caballería, para que explorase la situacion del campo enemigo, y el número de sus soldados. Pero advertido por la fuga, y por las heridas de los caballos, de que los Españoles estaban mas cerca de lo que pensaba, envió á Biron delante para exâminar sus puestos, y vino á caer de repente sobre ellos al tiempo que salian de un bosque, y habiéndose trabado pelea, fué herido el mismo Biron en la cabeza y se puso en fuga sirviéndole de refugio el pueblo inmediato. Noticioso Enrique del peligro que corria,

marchó prontamente en persona con un esquadron de Corazas, y se renovó otra vez el combate, en el que tal vez hubiera perecido, si no hubiesen acudido luego á socorrerle ochocientos caballos que estaban á la espalda. Libre ya de este peligro, se retiró de allí el Rey Enrique, no queriendo Velasco seguirle con su exército, como se lo pedia Mayena con muchas instancias, como que en esto no aventuraba sus propias tropas.

Despues que Velasco recobró los pueblos de la Borgoña pertenecientes al dominio Español, rehusaba exponerse al peligro de una batalla decisiva, así por otras causas, como porque se fiaba poco de Mayena, pues habia llegado á descubrir que por medio de Junin, en quien tenia Enrique mucha confianza, trataba en secreto de hacer con él la paz, posponiendo todo lo demas. Viendo Mayena que el Español desconfiaba de él enteramente, y que Enrique le ofrecia un lugar seguro para retirarse, donde tratarian de las condiciones, habiendo fingido una expedicion ácia Dijon, sacó del campo sus pequeñas tropas, y se retiró á Chalons, segun tenia concertado, para tratar de concordia con Enrique con utilidad suya, teniendo tambien noticia de que el Papa estaba inclinado á recibir á éste en su gracia.

Persuadido el Frances de que el Español quedaba falto de fuerzas con la separacion de Mayena, el qual habia entregado á Enrique por fraude las fortalezas de Dijon, puso en movimiento sus tropas para que no se retirase de allí sin haber tentado la fortuna de una batalla. Pasó al fin Enrique el rio Saona por el descuido de los Españoles, y amenazaba á los Reales donde estaba quieto Velasco cerca de Gray, cuyo pueblo habia recobrado poco ántes con el de Vesoul; porque cuidadoso unicamente de guardar la Provincia, no queria precipitar sus operaciones. Hubo algunas escaramuzas entre la caballería, y habiendo caido Idiaquez del caballo quedó prisionero; pero en breve fué puesto en libertad por la suma de veinte mil escudos. Finalmente por la mediacion de los Suizos, que

por su antigua amistad favorecian á los Borgoñones, se suspendio la guerra en aquella parte, dando ellos palabra de que no tomarian las armas contra uno ni otro Príncipe. Dispuestas de este modo las cosas, marchó Enrique á Leon, y Velasco conduxo su exército á la Lombardía, habiendo dexado con algunas tropas á Idiaquez, para que cuidase de aquellos pueblos.

Entretanto Ernesto fué acometido de una calentura, y de la gota, y falleció en Bruselas el dia veinte de Febrero á los quarenta años cumplidos de su edad: Príncipe esclarecido por su piedad, y de costumbres muy santas; pero mas propio para los negocios de la paz que para los de la guerra. Al fin de su vida trasladó el gobierno en el Senado, segun la intencion del Rey Don Felipe, quien mandó que le presidiese el Conde de Fuentes. Este pues como era cuidadoso y activo, despues de haber hecho las exêquias á Ernesto, recobró inmediatamente por medio de Mota la fortaleza de Huy en el territorio de Lieja, que los Holandeses habian tomado por fraude á su Obispo. Repartió algun dinero á los soldados, que no querian obedecerle, y habiéndoles prometido que les pagaria quanto ántes el resto que se les debia, los reduxo fácilmente á su deber. Arrojó Verdugo del territorio de Luxêmburgo á Bullon y Nassau que habian vuelto á invadirle; y esta fué la última hazaña de aquel varon tan esclarecido, pues murió poco tiempo despues, y le sucedió Mondragon. Mandó el Conde de Fuentes á Varambon que acometiese á Longuevilla, que desde Dorlans molestaba las fronteras de las Provincias de Hainault y Artois; y hizo marchar á Chimai contra Balane, tirano de Cambray que abandonando el partido de la liga, se habia pasado á Enrique, y unos y otros se hiciéron recíprocos daños. Miéntras tanto llegó á Bruselas el Duque de Pastrana, acompañado de un refuerzo de tropas, con el qual sitió á Castelet, que al fin capituló su entrega, asegurándole con una guarnicion, y le entregó á Don Luis del Villar, para que le custodiase.

Al mismo tiempo era combatida con mayor esfuerzo la fortaleza de Ham. Su Gobernador Gomeron habia pactado la entrega por veinte y cinco mil escudos, que le entregó el Conde de Fuentes, pero como aquel no cumpliese su palabra, consiguió este por un ardid apoderarse de él, y de dos hermanos suyos, y los puso en prision. Los Españoles y Napolitanos guarnecian la ciudad, y para arrojarlos de allí Orvillers, hermano del preso, entregó la fortaleza á Humeres. Este pues acometió á los Españoles que estaban bien prevenidos, y cayó muerto en la pelea; y los nuestros para alejar al enemigo, pegáron fuego á las casas inmediatas. Suscitóse entre las llamas un nuevo género de combate, que duró por espacio de catorce horas, y rechazados al fin los Españoles, se mantuviéron firmes en los arrabales, y hiciéron la señal de la entrega; pero no habiéndoseles admitido ninguna proposicion, fuéron quasi todos pasados á cuchillo. Sangro, Caraciolo, Olmedo y otros que quedáron prisioneros, fuéron encerrados en la fortaleza, y no habiéndose mudado su ánimo con la mudanza de fortuna, intentáron una hazaña muy memorable. Es cierto que no consiguiéron apoderarse de la fortaleza, matando á sus centinelas como lo tenian proyectado, pero á lo ménos se pusiéron en libertad; porque temeroso Orvillers del ímpetu de aquellos hombres desesperados, si llegasen á tomar las armas, les abrió la puerta de la fortaleza, y les permitió irse libres. Su padre que estaba muy cuidadoso de la vida de los otros hijos, que el Conde de Fuentes tenia presos, le ofreció la fortaleza por el rescate de ellos. Admitió la condicion amenazándole que si cometia algun fraude contra la promesa, se vengaria con la muerte de sus hijos. En dos dias de marcha vino desde Castelet á Ham para entregarse de la fortaleza; pero Orvillers que con una misma llana queria blanquear dos paredes, aterrado de su venida, se escapó de allí. Noticioso de esto Serrabal, que se hallaba cerca, voló al momento con las tropas que tenia consigo, y se apoderó de la fortaleza: manda salir de

ella á una muger principal que allí estaba, y disparó su artillería contra el campo de los Españoles. Irritado en extremo Fuentes con tan impensado suceso, y clamando que se le habia faltado á la palabra, mandó cortar la cabeza á Gomeron, y envió á sus dos hermanos al castillo de Amberes para mayor custodia. Y para que no se dixese que habia movido en vano sus Reales, tomó sin gran dificultad la fortaleza de Cleris en el rio Somma.

CAPITULO VI.

SITIA EL CONDE DE FUENTES A DOURLANS, Y LA TOMA. ACOMETE A CAMBRAY. SUBLEVACION DE SUS HABITANTES CONTRA EL GOBERNADOR, Y SE ENTREGA AL ESPAÑOL.

Proyectaba en su interior el Conde de Fuentes apoderarse de Cambray, ciudad muy fortificada por sus muros, y por su poderosa guarnicion, cuya empresa parecia á primera vista temeraria y arriesgada, quando apénas igualaba el número de sus tropas á las que habia dentro de la ciudad. Pero en este negocio no ménos le favoreció su prudencia que su valor y felicidad. Servíale de grande estorbo Dourlans, ciudad cercana y bien guarnecida; y habiendo descansado algunos pocos dias conduxo de repente sus tropas contra ella, á persuasion de Aumale y Rosny, que del partido de la liga se habian pasado al servicio de España. Sospechoso de este intento Bullon, que estaba acampado en las cercanías, introduxo en la ciudad socorros de infantería y caballería; mas no por esto desistió Fuentes de su empresa, y habiendo formado el sitio, comenzó á batir los muros con la artillería. Dirigia las obras Mota, y acercándose un dia al foso para reconocerle fué herido en el ojo derecho, y falleció de esta desgracia: hombre insigne en fidelidad y valor, de lo qual habia dado muchas

pruebas y exemplos. En su lugar fué nombrado Rosny por Maestre de Campo. Comenzaba ya la guarnicion á hallarse en peligro, y los muros estaban ya arruinados por varias partes, quando llegó Bullon con tropas para hacer levantar el sitio. El Conde de Fuentes dexando parte de las suyas para la seguridad del campo, le salió al encuentro con las demas, y se trabó la batalla, que fué muy favorable al Español; pues quedó muerta la infanteria, como dice un Autor Frances, y la caballería fué obligada á ponerse en fuga con algun estrago. Cayó el Duque de Villars, que poco tiempo ántes habia sido elevado á la dignidad de Almirante, y fué muerto por mandado de Don Juan de Contreras, á fin de dirimir la discordia suscitada entre los soldados sobre la pertenencia del prisionero. Sintiólo mucho el Conde de Fuentes, y el que le cortó un dedo para sacarle el anillo de diamantes que en él tenia, pago con la cabeza su maldad. Quedáron muertos muchos nobles con Serrabal, y algunos prisioneros á costa de muy poca sangre de los Españoles. Acaeció esta pelea en la víspera de la festividad del Apostol Santiago, y en su narracion varian alguna cosa los escritores.

Continuaba Fuentes el asedio de la ciudad, y habiendo penetrado en la fortaleza Hernan Tello Portocarrero, Capitan intrépido, siguiéndole los Españoles, invadió despues el pueblo, cuya guarnicion fué pasada á cuchillo, y algunos de sus habitantes. Con esta pena se vengáron los Españoles del estrago que padeció la guarnicion de Ham. Dávila refiere que pereciéron mas de trescientos nobles, y seiscientos soldados, de los quales muchos se libráron de la muerte, refugiándose en los templos, y fué saqueada la ciudad. Quedó en ella una guarnicion, y se nombró por su Gobernador á Tello en premio de la hazaña que habia hecho en aquel sitio. Levantó de allí su campo el Conde de Fuentes, inspirando un gran terror á las ciudades comarcanas, pues tan pronto marchaba ácia una parte, y tan presto á otra; y entre estos diversos movimientos se encaminó con diez

mil hombres á Cambray, y la sitió repentinamente á mediados de Agosto. Muchos de los Capitanes reprobaban esta empresa, temerosos de que tendria un fin desgraciado, y que perderia en ella su fama; pero no obstante perseveraba en su propósito, y levantaba trincheras al rededor de la ciudad, para suplir con ellas el corto número de sus tropas, hasta que llegasen las que le habian prometido del Hainault y Artois. Estas Provincias le ofreciéron auxîliar con todas sus fuerzas esta expedicion, porque además de la necesidad de contribuir á ello, no podian tolerar las vexaciones que continuamente les hacia la guarnicion de Cambray. Compadecido pues de la miserable situacion de estos pueblos, y deseoso de remediar sus calamidades, alejando de allí á tan importuno enemigo, tomó á su cargo esta ardua empresa con pocas fuerzas, pero con grande ánimo. Luego que se divulgó la noticia del sitio, el Duque de Nevers, que gobernaba en aquellas partes, mandó á su hijo el Duque de Rovergue jóven de muy pocos años, que llevase socorro á los de Cambray. Este pues sin aterrarle la grandeza del peligro, cumplió con esta órden, y por la parte ménos fortificada de los Reales introduxo en la ciudad cien caballos, habiendo perdido otros. Poco despues, y entretanto que se juntaban las demas tropas con los peones y artillería de batir, Domingo Vic, Capitan de mucho nombre entre los Franceses, llevó á Cambray quinientos caballos, y amenazó por una parte y entró por otra, burlándose de Landrian, que con setecientos caballos y trecientos Walones se hallaba acampado en aquel parage. No pudo Vic evitar la pelea, en la que habiendo perdido ciento y desmontadose los demas, los introduxo en la ciudad miéntras que los Walones recogian los caballos.

Entretanto setecientos caballos que se hallaban ociosos en Tilemont, porque no se les pagaba su sueldo, deseosos de volver á la gracia del Conde de Fuentes, se viniéron por su propia voluntad á los Reales, y á la verdad á tiempo tan oportuno, que con la noticia de su venida desistió Bullon de su intento de

socorrer á los sitiados, á cuyo fin habia juntado tropas. Miéntras tanto era combatida Cambray con la artillería, con minas, y con todas las otras máquinas inventadas para la ruina de las ciudades, quando consternados los habitantes con el peligro, y incitados por el odio que tenian á Balane, que en lugar de la moneda de oro habia hecho acuñar moneda de cobre, se subleváron repentinamente, y corriéron á la puerta, para entregar la ciudad al Español, y por medio de Esteban Ibarra les concedió permiso el Conde de Fuentes para proponer sus condiciones. Balane no se atrevió á salir de la fortaleza, temeroso de la multitud tumultuada contra él; pero su muger que era de ánimo varonil, llevando una pica al hombro, se presentó al pueblo para ver si podia por algun medio retraherle de su intento. Hizole un largo discurso en que empleó todo género de afectos para ablandarle, mezclando tambien las súplicas y ruegos; mas todo fué en vano con aquellos hombres obstinados y resueltos de antemano á sacudir el yugo, de qualquier manera que fuese. Pidióles Vic tiempo para pactar por el soldado, y viendo que nada podia conseguir de la multitud, que rezelaba algun engaño en sus palabras, retiró aceleradamente la guarnicion á la fortaleza, para que no fuese oprimida por los Españoles. Habiendo reconocido los graneros, vió que solo habia víveres para pocos dias, porque aquella muger avara, que exercia los cargos de su marido, los habia sacado inoportunamente, por lo qual á la primera insinuacion y mensagero que envió el Conde de Fuentes para que se le entregase la fortaleza, exhortó á Balane que se acomodase al tiempo, y que saliese de allí con la mejor condicion que le fuera posible. De esta suerte el dominio de la ciudad, adquirido por la crueldad y sostenido con malas artes, lo perdió al fin Balane por su cobardía y avaricia. Su muger, que fué no pequeña causa de este mal, llevó con tanta impaciencia su desgracia, que improperando al marido su floxedad de ánimo, se acostó en cama, y se dexó morir sin tomar remedio ni alimen-

to alguno. Tanto pudo en aquella muger ambiciosa el amor del mando presente, y el dolor de su futura ignominia, que mas quiso morir en la fortaleza, que verse despojada de ella. Sucedió en el gobierno Luis Barlemont, Obispo muy digno de la misma ciudad, que habia estado muchos años desterrado de ella, y fué recibido á su vuelta con general aplauso y alegría de los ciudadanos. Estos pues, para no verse otra vez obligados á capitular sobre su libertad con los Franceses, solicitáron voluntariamente que su ciudad quedase sujeta al dominio del Rey Don Felipe conservándola sus inmunidades, y desde entónces quedó incorporada á los estados Españoles de Flandes. Los habitantes celebran todos los años, por voto solemne el dia en que se entregáron al Español, que fué el ocho de Octubre. Nombróse por Gobernador de la fortaleza á Agustin Mexía para que la custodiase con la tropa de su mando, y quedó en la ciudad una guarnicion de dos mil Alemanes.

CAPITULO VII.

ABSUELVE EL PAPA DE LA EXCOMUNION AL REY ENRIQUE. RECONCILIANSE CON ESTE LA MAYOR PARTE DE LAS CIUDADES Y GRANDES DE FRANCIA. ENRIQUE Y MAURICIO HACEN LA GUERRA AL REY DE ESPAÑA. FELICES SUCESOS DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN FLANDES Y EN TURQUIA.

El Rey Enrique habia pasado desde Borgoña á Leon para curarse la enfermedad que padecia, y miéntras se detuvo en aquella ciudad, conmovido el sumo Pontífice de las súplicas de los Embaxadores, y habiendo exâminado la causa, le absolvió solemnemente con grande aplauso y regocijo del pueblo Romano, de la excomunion que Sixto V. habia fulmina-

do contra él. Trabajó mucho en este negocio el Cardenal Toledo, ya por su afecto á Enrique, ya por su piedad, ó ya finalmente para grangear por tan loable medio á la Compañía de Jesus, cuyo instituto profesaba, el amor y benevolencia de aquel Rey, y no cesó de rogar y exhortar al Papa hasta que consiguió su absolucion. Pero ántes de resolverse en una cosa de tanta conseqüencia, envió á Francisco Aldobrandi, hijo de su hermano, al Rey Don Felipe, para que le expusiese las razones que le movian á absolver al Rey Enrique, y al mismo tiempo implorase sus socorros contra el Turco, que en la Ungría amenazaba á toda la christiandad, y habiéndole recibido esplendidamente, le respondió en pocas palabras: ,, Que al sumo Pontífice pertenecia el cuidado de que ,, no padeciese perjuicio ni detrimento alguno la Iglesia Cathólica; por lo qual debia zelar con gran diligencia que el reyno de Francia no se separase del ,, comun sentir de los Fieles: pues si la Francia se ,, precipitaba en la heregía, arrastraria fácilmente ,, con su exemplo á otras provincias. Que movido él ,, por esta razon, y para que no se arruinase enteramente la religion cathólica, se habia dedicado á ,, defenderla con las armas en Francia á costa de tanta sangre Española y de tan inmensas sumas. Que ,, deseaba contribuir á la guerra de Ungría para reprimir á los Turcos; pero que las muchas guerras ,, que necesitaba sostener en tantas partes contra los ,, enemigos de Dios, le impedian socorrer á aquella ,, nacion piadosa, tan oprimida por los infieles con la ,, liberalidad que quisiera; pero que sin embargo no ,, perdonaria gasto ni trabajo alguno para aliviarla en ,, quanto lo permitiesen sus fuerzas.“ Con efecto en este mismo año cumplió su palabra habiendo enviado á Ungría socorros de infantería y caballería baxo del mando de Cárlos de Mansfeld, el qual despues de haber executado heroycas hazañas, falleció en Comara, adonde se habia retirado enfermo desde el campo: varon no ménos períto que observante de la disciplina militar.

El Rey Enrique convaleció en Leon de su enfermedad, y habiéndose retirado de allí, recibió la nueva que tanto deseaba de su reconciliacion con el Pontífice, en lo que dió muchas pruebas de su verdadera piedad. Siguióse á esto una gran mutacion de cosas, pues el Duque de Mayena y los demas de la liga se apresuráron á venir quanto ántes á abrazarle. Joyosa consiguió reducir á su obsequio á Tolosa con todo lo demas de la provincia, y desde los Reales se volvió á los claustros. Mercoeur estaba al principio fluctuante, pero despues por medio de su hermana, que habia sido muger de Enrique III. ajustó treguas, y las prorogó mas adelante, no omitiendo el Rey cosa alguna para atraherse el amor de todos, porque sabia manejar con admirable artificio las voluntades. Al Duque de Nemours le costó muy caro su pertinacia, pues miéntras que recurrió á Velasco en la Lombardía para implorar su socorro, le quitó Monmorenci á Viena y sus fortalezas por medio de secretas inteligencias, cuyo exemplo siguiéron otras ciudades de aquella provincia. Volvió Nemours á Francia, y no hallando en ella donde poder poner el pie con seguridad, le acometió una melancolía tan grande, que le causó la muerte. El Saboyano despues de haber recobrado á Cavorsio dexó las armas, y quiso mas bien abrazar las treguas que le ofrecia Enrique, que defender la causa del Rey Don Felipe su suegro, como estaba obligado por la alianza, segun la costumbre de los que prefieren su conveniencia á la fidelidad de su palabra. Desamparado de esta suerte por todos el Rey Don Felipe, tuvo despues por enemigos acerrimos á los que poco ántes habian sido sus confederados. Antonio Prior de Ocrato murió en París reducido á una extrema indigencia, sin que nadie se compadeciese de él, por su carácter ingrato con los que le habian favorecido. En los años siguientes casó su hijo Manuel con la hija del Príncipe de Orange, cuya pobreza procuráron aliviar los estados de Holanda, señalándole una corta renta. A fines del año cercó Enrique con tropas la fortaleza de Fera, estando resuelto á

vencer con la paciencia la constancia de los Españoles. Por otra parte á persuasion suya acometia Mauricio las fronteras de Flandes para distraer las fuerzas del Conde de Fuentes, poniéndole en la necesidad de acudir al socorro. Con este ánimo determinó expugnar á Grol en el Condado de Zutphen; peró aterrado con la venida de Mondragon y sus tropas, levantó el sitio. Este pues se acampó en el rio Lippa, no léjos del campo de Mauricio, á fin de estorbarle sus designios. Hubo algunas peleas entre la caballería, alternando la fortuna los sucesos prosperos y adversos, y á primeros de Septiembre se diéron una cruel batalla, en que venciéron los Españoles mandados por Don Juan de Córdova. En ella fuéron hechos prisioneros Felipe y Enrique de Nasau: aquel murió de sus heridas en la misma noche, y éste consiguió su libertad á costa de dinero. Finalmente entre muertos, prisioneros y ahogados en el rio, pereció todo aquel exército, escapándose algunos pocos por el vado. De los Españoles muriéron solamente diez y nueve, y pocos quedáron heridos, y fuéron parte de la presa quatrocientos caballos. Otro golpe recibiéron los Holandeses en Lira, la que tomó por un repentino asalto entre las tinieblas de la noche Harengier Gobernador de Breda. Alfonso de Luna que no podia resistir con sus pocas tropas á la multitud de los enemigos, se apoderó de una puerta y la fortificó, y inmediatamente envió á pedir socorros á Amberes y Malinas. Los Holandeses como si nada tuvieran que hacer, se derramáron al saqueo, sin cuidar en manera alguna de guarnecer la plaza. Luego que los de Amberes recibiéron la noticia, acudiéron al momento con algunos pocos Españoles, y juntándoseles en el camino un esquadron de los de Malinas, entráron en el pueblo por un parage fácil, y acometiéron con grande ímpetu contra los enemigos ocupados en recoger la presa: huyéron por todas las calles, y llenos de pavor saltáron unos por los muros, y en fin todos se escapáron por donde cada uno pudo. Fuéron muertos en aquella confusion trescientos soldados rasos, y

muchos de los principales, y fuéron prisioneros doscientos; y á los habitantes se les restituyéron con fidelidad las cosas, que les habian quitado los enemigos. Coloma asegura que Harengier se escapó, y que volvió á Breda con solos ochenta compañeros. Estos son en suma los sucesos acaecidos en Francia y Flandes.

En este año se resarció el mal que los Turcos habian hecho ántes. Patras, ciudad de la Morea, saqueada por Doria en otro tiempo, fué acometida por Don Pedro de Toledo quando se celebraba la feria, y padeció un grave infortunio. Este pues arribó á las costas de Turquía con veinte y quatro galeras, y habiendo desembarcado sus tropas, se apodero repentinamente de la ciudad con mucho estrago de los Turcos y Judíos que habian concurrido al mercado. Dícese que importó la presa quarenta mil escudos, sin contar los esclavos. Cigala que se hallaba en una ensenada cercana, aunque era superior el número de sus galeras, no quiso moverse. Despues de concluida felizmente esta empresa, voló Toledo á Mecina con su armada y exército íntegros y sanos. Habia ya largo tiempo que se hallaba en España Muley-Nacer, tio de aquel que poco ántes habia recibido el bautismo, y excitado de la ambicion de reynar pasó al Africa á pesar de las exhortaciones del Rey Don Felipe para que no lo hiciese. Pero como los Moros son una nacion de un carácter inconstante, y de poca fidelidad, luego que llegó al Africa se juntó á él una grande multitud, y confiado en ella no rehusó entrar en batalla con el Rey de Fez, hijo de Hamet, estando resuelto á perderle ó perecer. Quando ya tenia quasi asegurada la victoria, fué vendido y abandonado de sus infieles socios, y cayó muerto peleando valerosamente, prefiriendo una muerte honrosa á un ignominioso destierro. Falleció en este año Amurates Sultan de los Turcos, y le sucedió en el imperio su hijo Mahomet, tercero de este nombre, que subió al Trono derramando la sangre de su hermano, segun la detestable costumbre de aquella nacion.

Fué creado Gran Maestre de Malta el Goberna-

dor de Amposta Don Martin Garces, natural de Barbastro en Aragon, el qual corrigió muchas cosas, desordenadas por la negligencia de su predecesor. En el Virreynato de Nápoles sucedió al Conde de Miranda Enrique de Guzman Conde de Olivares, hombre verdaderamente estoico, que con el mayor cuidado se dedicaba al bien público. Su antecesor se halló muy próximo á perecer en su regreso á España, por una cruel tempestad que le dispersó la armada. Tomó tierra cerca de Barcelona con inmenso trabajo de los remeros; y las galeras despues de haber sido agitadas muchos dias arribáron á varias partes de Europa y Africa, habiendo naufragado algunas. En Irlanda continuaba el ruido de las armas, porque los Isleños rehusaban obedecer á la Reyna por causa de religion, y tuviéron algunos combates ya prosperos, y ya adversos con la guarnicion Inglesa. Procuró el Rey Don Felipe enviarles dinero y armas de todos géneros, que era lo que mas necesitaban, para socorrer á aquellos hombres tan beneméritos de la religion cathólica, y hacer al mismo tiempo á la Reyna todo el mal que le fuese posible; pues además de otros agravios que le habia hecho, impidió con sus artificios que fuesen sujetados de una vez los Holandeses rebeldes. Erigió en ciudad á Valladolid, donde fué establecida en este año silla Episcopal, cuyo honor le merecia por haber nacido en aquel pueblo; y fué su primer Obispo Don Bartolomé de la Plaza. En este invierno creciéron extraordinariamente los rios por la continuacion de las lluvias, y causáron graves daños en muchas partes. El rio Guadalquivir que pasa por Sevilla, salió de madre y se derramó por los campos, y aun dentro de la misma ciudad con grande estrago de los edificios, y muerte de algunos de sus habitantes.

CAPITULO VIII.

PASA A FLANDES DE GOBERNADOR EL CARDENAL ALBERTO. TOMAN LOS ESPAÑOLES A CALES Y SU FORTALEZA. SUBLEVACION DE MARSELLA. SITIO Y TOMA DE LA PLAZA DE HULST.

Prevenidas ya todas las cosas para la navegacion del Cardenal Alberto, á quien el Rey Don Felipe habia nombrado Gobernador de Flandes, se embarcó en Barcelona en una armada muy lucida, que se componia de veinte y seis galeras. Conducia esta tres mil hombres armados para suplemento de las tropas, y la navegacion fué muy favorable. Desde las costas de Génova marchó á la Lombardía y á la Borgoña, donde Idiaquez le entregó las tropas que tenia prevenidas, y se restituyó á Milan. Finalmente habiendo llegado Alberto á Luxêmburgo le saliéron al encuentro los Duques de Pastrana y de Feria, el Conde de Fuentes, y mucha nobleza de toda Flandes. Fué conducido á Bruselas con magnífica pompa, y entró en la ciudad el dia once de Febrero de mil quinientos noventa y seis, habiendo espirado una hora ántes 1596.
el de Pastrana que mandaba la caballería, dexando un hijo de muy corta edad. El Cardenal llevó consigo á Felipe, hijo mayor del Príncipe de Orange, para restituirle á su patria y á sus dominios. Pero los estados de Holanda teniéndole por sospechoso é imbuido en las artes y máximas de España, le prohibiéron por un edicto entrar en su territorio. Entretanto fuéron vanos los esfuerzos que hiciéron los Franceses para hacerse dueños de Arrás rompiendo sus puertas, porque excitados los que se hallaban de centinela con el ruido de los enemigos, corriéron á las armas, y descargáron sobre ellos una lluvia de balas, que los obligó á retirarse. Mas para no dexar de hacer algun

daño se ocupáron en talar los campos, y recogiéron una rica presa. Convidó Alberto á los Estados Unidos á una conferencia para tratar de la paz. Algunos dicen que le diéron una mala respuesta, y otros que ninguna.

El Conde de Fuentes despues de haber entregado el mando de las provincias y el exército, partió á Genova para volverse á España colmado de gloria, por las muchas hazañas que habia executado. A la verdad aunque España ha sido tan fecunda de hombres esclarecidos, no tuvo en este tiempo ninguno que se le aventajase. Poco ántes habia fallecido á los noventa y un años de su edad Christobal de Mondragon natural de Vizcaya, hombre de inmortal fama, que se halló en casi todas las batallas, que hubo en Flandes desde la llegada del Duque de Alba, en las quales y en todas las demas ocasiones sobresalió su heroyca intrepidez y fidelidad al Rey. Su vigor era tan grande que se mantuvo en los Reales hasta los últimos dias de su vida, y venció en ellos al enemigo. Los sitiados en Fera se hallaban tan escasos de víveres, que estaban muy próxîmos á ser vencidos por el hambre, y temeroso Alberto de esta desgracia, envió para socorrerlos á Jorge de Basta, Capitan valeroso con diez compañías de caballos que conducian á los sitiados sacos de harina atados con cuerda calada. Sucedió prosperamente esta empresa, y habiendo entrado en la fortaleza por la parte que tenian mas descuidada los enemigos, se burló Basta de ellos, y por distinto camino del que habia traido se restituyó con sus tropas á Cambray.

Entretanto juntó Alberto doce mil infantes y tres mil caballos, y al parecer se encaminaba á Fera para hacer levantar el sitio; y esto es lo que creia el vulgo. Con esta noticia se apresuró Enrique á venir al campo con nuevas tropas, porque tenia deseos de dar batalla. Pero eran otros los deseos de Alberto, porque habiendo enviado delante con el primer esquadron á Rosny, que era el autor del proyecto y el mismo que le executaba, tomó de paso el puente de Ni-

cul. Inmediatamente se apoderó de Risbanc puesto fortificado en la entrada del puerto, para que no se introduxeran por el mar socorros algunos en Calés, que era adonde se dirigia. Finalmente luego que llegó Alberto con el resto de las tropas, colocó la artillería contra la ciudad, y resolvió combatirla. Penetrado altamente Enrique con esta noticia, y como era tan activo y cuidadoso, corrió allá con las tropas dexando en el campo á Monmorenci, á quien poco ántes habia nombrado General de la caballería, y llamó en su auxîlio las naves de los confederados; pero ni lo uno ni lo otro produxo efecto alguno, porque los Franceses consternados á la vista de la brecha del muro, entregáron la ciudad y se refugiáron á la fortaleza, habiendo prometido que la entregarian del mismo modo si no recibian socorros dentro de seis dias; lo que intentáron en vano los Holandeses y aun recibiéron algun daño, y Enrique envió desde Bolonia en algunos pequeños buques un esquadron de soldados al mando de Campañol, lo que en realidad solo era socorro en el nombre. Estos pues, habiendo sido introducidos de noche en la fortaleza, quitáron la bandera que estaba puesta en señal de la entrega, y se renovó otra vez la pelea. Diéron los Españoles el asalto por la brecha, que ya habian abierto en el muro, y los rechazan los Franceses con grande ánimo. Volviéron á ordenarse los esquadrones, y teniendo por cosa ignominiosa el vencer tarde, repitiéron el asalto sin esperar á que se les diese la señal, y habiendo muerto á Bidosan Gobernador de la fortaleza, penetráron en ella con espada en mano, é hiciéron grande estrago en todos los que encontráron. Finalmente se abstuviéron de herir y matar, porque sus cabos les prohibiéron que continuasen la carnicería de los vencidos. Un Historiador Frances afirma que pereciéron setecientos, aunque no sin derramar sangre de los vencedores, entre los quales quedó muerto el Conde Pacioti Director de la artillería. Los viejos, niños y mugeres se libertáron del furor del soldado retirándose á la Iglesia, en la qual y en lo mas es-

condido de las casas fuéron hechos prisioneros muchos soldados y Capitanes, y el mismo Campañol. El botin que se recogió en la ciudad y en la fortaleza fué muy considerable, y todo se repartió á la tropa: y se encontró un gran número de cañones de artillería, y una extraordinaria cantidad de municiones y víveres. Habiendo enviado un Rey de armas á Ham y Guines situadas en la cercanía, hiciéron la entrega inmediatamente. En los campos se hizo tambien una rica presa; y fué puesta una guarnicion en Calés, siendo su Gobernador Don Juan de Rivas.

Alberto acometió al momento á Ardres, Plaza distante nueve millas, situada en un lugar alto y muy fortificada. Para suplir su guarnicion habia introducido en ella el Conde de Belin mil y quinientos soldados, que hubieran sido un gran socorro, si el ánimo y valor fuese igual á su número. Juan de Texada se apoderó por asalto de los arrabales con un esquadron de Españoles, y mató ciento y cincuenta de los enemigos. Combatidas despues de esto las fortificaciones con quarenta y dos piezas de artillería, y agotada el agua del foso por las minas, se llenáron de tal terror los sitiados, y aun el mismo Belin, que inmediatamente ofreció entregarse á Rosny, á pesar de la oposicion de los otros Capitanes. Hecha pues la entrega saliéron de la ciudad Belin y la guarnicion con muy honrosas condiciones, en premio de su pronta rendicion, y se entregó á Domingo de Valverde con un escogido trozo de gente para que la custodiase. Belin fué acusado de cobardía, y corrió peligro de perder la cabeza, habiéndosele formado causa, pero se libertó por el favor de una dama á quien amaba mucho Enrique. Este pues en el mismo dia en que perdió á Ardres, recobró á Fera, despues de un cruelísimo sitio de siete meses. Las condiciones de la entrega fuéron honrosas, y Enrique despidió á la guarnicion y á su Comandante Osorio con muchas demostraciones de benevolencia.

Por este tiempo hubo una sublevacion en Marsella suscitada por dos Magistrados, que llamáron al

Español por medio de Diputados para entregarle la ciudad. Pasó al momento Doria con sus galeras, echó el ancla delante de la misma boca del puerto, y desembarcó alguna tropa para auxîliar á los conjurados. Acudió luego el Duque de Guisa con algunas compañías de caballos, y le saliéron al encuentro á la puerta los dos Magistrados para impedirle la entrada. Uno de ellos fué muerto por Pedro Libert, y el otro se retiró á la ciudad y renovó el tumulto; pero siendo sus fuerzas desiguales para resistir al de Guisa, que ya se hallaba dentro, se puso en fuga con sus cómplices y con los Españoles, escapándose cada uno por donde pudo. Doria levantó las anclas y se retiró á Génova, despues de haber perdido doscientos hombres en varios accidentes adversos; y desvanecida de esta suerte la conjuracion, no pudo el Rey Don Felipe hacerse dueño de aquella opulenta ciudad. Pero volvamos ahora á Flandes.

Despues que Alberto dió aquel golpe á la Francia, meditaba el dirigir sus armas contra los Holandeses, y habiendo oido el dictámen de los principales cabos del exército, algunos eran de parecer que debia comenzarse la guerra por Ostende, y otros se oponian á ello, por ser una empresa muy ardua. Finalmente determinó marchar á Hulst, ciudad situada entre lagunas, cerca de la boca del rio Escalda, y fortificada diligentemente. Sacó de allí Mauricio parte de la guarnicion, cuidadoso de conservar á Breda, á la que al parecer amenazaba Alberto, habiendo enviado delante un esquadron de sus tropas. Pero burlándose de este modo de las precauciones de Mauricio, se encaminó á Hulst, y comenzó á batirla acerrimamente. Los soldados sediciosos que se habian retirado á Tilemont, habiendo recibido ahora el dinero que se les debia de su estipendio, volviéron á su deber, y inmediatamente fuéron enviados á Italia. En el sitio de esta ciudad venciéron y arrostráron las tropas Reales los mas grandes peligros, con un valor digno de eterna memoria: tuviéron muchos combates con el enemigo, que hacia freqüentes salidas la mayor parte

por la noche, y peleaban en las aguas y en el cieno, que allí es muy profundo por la naturaleza de aquel suelo. Destruidas ya las fortificaciones exteriores de la ciudad, se reuniéron todas las fuerzas, y era combatida despues con mas vigor. En lo mas fuerte de la accion, hallándose Rosny escribiendo en su tienda, vino una bala perdida, y le arrebató la cabeza, con gran sentimiento de los Españoles, á quienes era muy util el talento y actividad de este hombre fortísimo en los negocios de mayor momento; y mandó Alberto que se le hiciesen magnificas exêquias en Bruselas. Fué Frances de nacion, y no Lorenés como creen algunos: llamabase Christiano de Saviñi, y era de ilustre familia, pero mucho mas esclarecido por su piedad, y pericia militar. Finalmente subiéron los Españoles á lo mas alto de los muros, y desconfiando el Gobernador Jorge Everardo, Conde de Salm de poder resistir por mas tiempo, hizo al instante la señal de la entrega. Inmediatamente se suspendiéron las hostilidades, y se ajustáron las condiciones, con las quales se puso en libertad á la guarnicion. Encargóse el mando de la ciudad á Bysi con un valeroso esquadron para su custodia; y á poco tiempo intentáron los Holandeses apoderarse de ella por fraude; pero les salió vano su designio. Despues envió Alberto parte de las tropas contra los Franceses, que aprovechándose de la ausencia de los Españoles, molestaban con freqüentes excursiones á las provincias de Hainault y Artois, y los hizo perseguir, para que no quedase sin castigo su audacia. Peleó desgraciadamente Varambon con Biron en un combate de la caballería, y quedó prisionero; pero en breve fué puesto en libertad á costa de cierta suma de dinero: y en este año hubo otras pequeñas escaramuzas con los Franceses, y los Holandeses con varia fortuna, las que no hay necesidad de referir aquí por menor.

CAPITULO IX.

INVASION Y SAQUEO DE CADIZ POR LOS INGLESES. ENVIA EL REY DON FELIPE UNA ARMADA CONTRA INGLATERRA. ESTRAGOS DE LOS PIRATAS EN LAS COSTAS DE AMERICA.

Por este tiempo habia pasado Bullon á Inglaterra á fin de concluir la alianza que Enrique deseaba hacer con los Ingleses, como ya la habia ajustado con los Holandeses, para hacer la guerra á España, y alejar de los confines de Francia á aquel enemigo tan importuno y molesto, y vengar en estos reynos las pérdidas que él habia padecido en el suyo. Con este intento comenzáron los confederados á hacer los preparativos, no ignorando que en las costas de España todo estaba abandonado, pues confiados los Españoles en la serenidad de su actual fortuna, como que gozaban de la paz en lo interior de sus reynos, y orgullosos con sus grandes hañazas, habian llegado al extremo de no temer cosa alguna, lo que quasi siempre es indicio de una próxîma calamidad. Para oprimir pues á los que se creian tan seguros, enviáron una armada de ciento y cincuenta navíos bien provistos, como dice Herrera, mandados por el Conde de Essex, que sin hacer hostilidad alguna navegó con ellos hasta Cádiz, emporio de todo el comercio de América, para que el golpe fuese mucho mas sensible. Hallábase en el puerto una flota cargada de mercaderías, próxîma á hacerse á la vela á aquel nuevo mundo. En la ciudad no habia un General de guerra, ni una suficiente guarnicion de tropas, y todo el pueblo se reducia á marineros, comerciantes, esclavos y criados. Tambien estaba ausente el Obispo Don Antonio Zapata, en cuyo valor y pru-

dencia tenian mucha confianza; y finalmente todo se hallaba desprevenido, y en mal estado.

Luego que llegó la armada enemiga, se trabó un combate naval, que duró por espacio de cinco horas continuas, y fuéron apresados dos navíos grandes de los Españoles, otros reducidos á cenizas, y otros pereciéron estrellados contra las peñas, que en todos componian diez y nueve. Despues de tan feliz empresa en el mar, saltáron á tierra los enemigos en un esquadron numeroso, y acometiéron á la ciudad. Hiciéron pedazos la puerta, y levantando el grito, entráron dentro, y peleáron con gran confusion en las calles, y mucho mas furiosamente en la plaza. Rechazados al fin los Españoles armados, se dispersó la multitud indefensa, y cada uno se puso en fuga por donde pudo. Siguióse á esto la entrega de la fortaleza sin necesidad de usar de ninguna fuerza, pues fué tanto el terror de todos, que les faltó enteramente el ánimo. Derramáronse los vencedores por toda la ciudad, y saqueáron y robáron sin distincion de lo sagrado ni profano, precipitándose en todo género de excesos, y maldades. Por todas partes no se veia ni oia otra cosa que llantos, suspiros, pavor y desolacion, como acontece en una ciudad tomada por asalto. El Duque de Medina Sidonia juntó aceleradamente la caballería que pudo, ocupó el puente que une la isla á la tierra firme, y rechazó al enemigo con grande esfuerzo, mandando pegar fuego á los navíos que habian quedado. Las Iglesias fuéron incendiadas y maltratadas por los Ingleses, y así estos como los Holandeses se valiéron del fuego para destruir la ciudad. Hay autor que afirma que el daño que hiciéron se reguló en mas de doscientos millones. Despues que embarcáron la presa en los navíos, y no creyendose seguros, si se detenian allí por mas tiempo, levantáron anclas y se hiciéron á la vela para continuar sus estragos en las costas de Portugal; y habiendo llegado á Faro, pueblo célebre por su puerto, le saquean inmediatamente. Lleváronse á Inglaterra los principales habitantes, así eclesiásticos como seculares en

lugar de rehenes hasta que les entregasen el dinero, que les habian pedido; y luego que recibiéron la suma de ciento y veinte mil pesos, los pusiéron en libertad.

Por este tiempo se hallaba el Rey Don Felipe gravemente enfermo en Azeca, y habiéndole llevado desde allí á Toledo, recobró alguna mejoria. Luego que convaleció, le noticiáron la desgracia de Cádiz; y ardiendo en deseos de borrar aquella ignominia, mandó á Don Martin de Padilla Adelantado de Castilla, que dispusiese una armada en Portugal y Vizcaya para invadir á Inglaterra; y habiendo equipado en breve tiempo ochenta navíos, se hiciéron á la vela de Lisboa en estacion contraria, esto es, en el dia diez y nueve de Octubre. Con efecto inmediatamente que entráron en alta mar, se embraveció el océano con una tormenta tan furiosa, que arrojó la mitad de los buques á las costas de Galicia; otros muchos se hiciéron pedazos, y el resto arribó con mucha dificultad á los puertos inmediatos. Pereciéron no pocos hombres sumergidos en las olas, y se tuvo por un gran beneficio del cielo el que no hubiese perecido la armada entera con todas las personas que iban en ella. Los navíos que habian ido de socorro para el Conde Tiron, que hacia la guerra en Irlanda contra los Ingleses, llegáron felizmente; mas tampoco hiciéron estos cosa alguna de grande importancia. A todos estos males se juntó el de la peste que en unos buques de comercio navegó á España desde Flandes, donde habia comenzado á propagarse. Descubrióse primeramente en el puerto de Santander, y desde allí fué cundiendo por otros pueblos. En medio de tantas calamidades, sirvió de mucho alivio la flota de Nueva España, que llegó poco despues de haberse retirado la armada enemiga de nuestras costas, lo que ciertamente fué una especie de prodigio, pues los Ingleses tenian cerrados todos los mares.

Desde el año anterior recorrian otras armadas suyas las costas de América. Gualter Raleigh pirata de extremada perfidia, llegó con la suya á la isla de la

Trinidad, donde mató en un convite á algunos Españoles, quebrantando la palabra que les tenia dada, y se llevó consigo al Gobernador Antonio Berrio cargado de prisiones. Pasó despues al Continente, y aunque hizo muchas invasiones en varias partes, no consiguió fruto alguno, ántes fué rechazado con pérdida. No obstante llenó de terror á muchos pueblos, y obligó á sus moradores á ponerse en fuga. Incendió á San Sebastian de los Reyes, porque no le daban el dinero que habia pedido; y habiendo dexado allí á Berrio, se retiró con alguna presa. Para preservar de este mal las costas de tierra firme, envió el Marques de Cañete Virrey del Perú á Alfonso de Sotomayor con algunas tropas y artillería. Este pues, que era hombre muy experto en la ciencia militar, ocupó los puestos mas oportunos, y dirigido por Antoneli ingeniero de Génova, levantó á la ligera algunas fortificaciones, para impedir al enemigo la entrada en Panamá. Entretanto Drake y Aquins padre de Roberto, que fué apresado en el mar del Sur el año antecedente, se dirigiéron á las islas Canarias con una armada de veinte y seis navíos con intencion de saquearlas; pero el Gobernador Pedro Alvarado, con el auxîlio del Obispo Don Fernando Figueroa y de los Clerigos y Frayles, les estorbó saltar á tierra. Noticiosos estos por los prisioneros del designio que tenian los enemigos de pasar á America, enviáron al instante un aviso para que los Españoles de aquellas costas no se hallasen acometidos de improviso. Llegó este mensagero tres dias ántes que la armada enemiga, y con la fama que corria de los designios de estos piratas, fuéron enviados de España cinco navíos muy bien equipados (miéntras se disponia otro mayor número): en aquellos iba por Comandante Don Pedro Tello noble Sevillano, y sirviéron de un poderoso auxîlio, y mucho mas con la esperanza de nuevo socorro. A la verdad se portáron con grande actividad, pues habiendo apresado en el viage un navío enemigo, se adelantáron á Puerto-Rico, adonde los piratas tenian vueltas las proas. Con

este refuerzo el Gobernador Don Pedro Coronel, hombre intrépido y animoso, peleó valerosamente con los enemigos, y los rechazó del puerto y de la isla. Pereció Aquins de un balazo de cañon que alcanzó á la Vice-Almiranta, y tambien muriéron en los combates setecientos Ingleses, segun se aseguró entónces. Uno de los navíos Españoles se incendió casualmente, y pereciéron en él doscientas personas. Desde allí navegó Drake al continente, y recorrió sus costas con alguna utilidad; pero se abstuvo de acometer á Santa Marta y Cartagena, ciudades fuertes por sus muros, y valerosas guarniciones. A principios de este año desembarcó ochocientos hombres armados en el puerto de Nombre de Dios; apoderóse del pueblo que tenia poca defensa, y despues de haber profanado sus Iglesias, envió su gente á robar los campos; mas no quedáron sin castigo habiéndoles acometido los Españoles y los Negros desde una emboscada.

Al mismo tiempo Diego de Amaya y Pedro de Quiñones fortificaban las angosturas de los montes inmediatos al rio Chagre, para que el enemigo no pasase el Isthmo y saquease á Panamá, adonde por algunos Negros desertores tenia noticia de que se habia juntado una inmensa cantidad de plata, transportada de otros muchos pueblos. Con efecto los Ingleses marcháron á Panamá, pero rechazados tres veces intrépidamente por los Españoles en la tierra y en el rio, desistiéron al fin de la empresa con pérdida suya. Drake pues, que habia intentado con treinta barcas superar el rio Chagre, cuya navegacion le impedian los árboles y estacas, descargó su ira contra Nombre de Dios. Reduxo á cenizas el pueblo; y miéntras se disponia á hacer otra invasion, murió en Portobelo de una enfermedad, y su cuerpo fué arrojado al mar. Muchos de sus compañeros perecian de disenteria. Despues se introduxo la discordia entre ellos, y no teniendo hombres suficientes para guarnecer los navíos, echáron quatro de ellos á fondo. Sucedió á Drake en el mando Tomas Vasquerfild por eleccion de la armada, y habiendo tenido algunas

peleas con los Españoles, en las que la fortuna no se le mostraba muy favorable, levantó anclas y tomó el rumbo ácia Cartagena.

Por este tiempo salió de España para la América Don Bernardino de Avellaneda con una armada de veinte y dos navíos en que conducia tres mil hombres armados, y noticioso del curso que llevaban los enemigos, determinó seguirlos para vengar las injurias, pero solo peleó desde léjos con las últimas naves, porque los Ingleses deseaban mas huir que combatir. Seguíalos pertinazmente el Español de dia y de noche, y les tomó dos navíos, uno de los quales se incendió por el descuido de los nuestros. A la verdad es muy gravoso el cargo de mandar, pues muchas veces dan mas que hacer al General sus propios soldados, que los enemigos. Finalmente luego que puso en fuga al Ingles por el canal de Bahama se volvió Avellaneda á la Havana para reparar su armada, y habiendo recibido la flota de Nueva España, que conducia dos millones de pesos, regresó á España con feliz navegacion á últimos de Septiembre. De toda la armada de los enemigos se supo despues que solo volviéron á Inglaterra ocho navíos.

CAPITULO X.

NAVEGACION DE ALVARO DE MENDAÑA POR EL MAR DEL SUR A LAS ISLAS DE SALOMON, CON OTROS SUCESOS DE LA AMERICA Y DE LA INDIA ORIENTAL.

Alvaro de Mendaña que en los años anteriores habia descubierto en el mar del Sur las islas de Salomon, emprendió por este tiempo una expedicion mas trabajosa con quatro navios, para establecer en ellas una colonia. Acompañábanle doscientos y ochenta hombres armados, la mayor parte con sus mugeres y hijos. El principal Piloto era Pedro de Quiros,

hombre muy hábil en la astronomía y náutica; y habiéndose hecho á la vela en el Perú el dia diez y seis de Junio del año de noventa y cinco, se apartó muy poco del Equador en su navegacion. A la primera isla que descubrió la dió el nombre de la Magdalena, y tenia quarenta millas de circuito, y se creyó que distaba diez grados del Equador, y quatro mil millas del Perú. No léjos de ella hay otras tres que Alvaro llamó las Mendozas. Sus habitantes son muy robustos, y andan enteramente desnudos, y pintados de gualda segun la costumbre de los antiguos Ingleses. Las mugeres se aventajaban en hermosura, su cabello es rubio, y se cubren desde la cintura abaxo; y los frutos que produce la tierra son de un sabor muy exquisito, y es grande su abundancia. En estos parages se detuvo muy poco tiempo, y despues de una navegacion de mil y seiscientas millas, se descubriéron otras islas. En una de ellas hay un monte que con grande estrépito y violencia arroja llamas, que al parecer quieren llegar hasta el cielo, y no se perciben de dia por el espeso humo que las rodea. Los naturales son muy negros y de horrible aspecto. El calor es muy fuerte en estas regiones, y su sequedad se hace increible en medio de tan vasto océano. Miéntras que los navíos estaban anclados, el Vice Almirante que reconocia aquellas playas, se les perdió de vista, y no pudo saberse la causa ni su paradero.

Llegáron despues á una isla que Alvaro honró con el nombre de la Cruz, la que juzgó Quiros que tendria quarenta millas de circuito. Su Cacique que se llamaba Malope vino inmediatamente á los navíos, y trocó su nombre con Mendaña, lo que entre los bárbaros es una muestra de grande benevolencia, y una prenda muy segura de fidelidad permanente. La ignorancia de la lengua impedia tratar con ellos; pero aquella amistad duró muy poco en costumbres tan diversas. Estos bárbaros eran muy diestros en el manejo de las flechas, cuyas puntas son de hueso, porque carecen de hierro; y habiéndose atrevido á mo-

lestar con ellas á los huéspedes, les correspondiéron con sus armas de fuego. Consternados los isleños extraordinariamente con tan espantoso ruido, desampararon sus habitaciones, y se huyéron á los montes, no atreviéndose despues á exponerse á nuevo peligro, ni á fiarse de los Españoles. Creció el odio con la maldad de un soldado, que sin causa alguna mató al Cacique, y no pudo aplacarse aun con el suplicio del culpado. Sin embargo se señaló el lugar para establecer la nueva poblacion: comenzóse la obra; pero fué interrumpida por la perversidad de los soldados, que con detestable contumacia no querian responder quando eran llamados para darles las órdenes. A esto se siguió una sedicion fomentada por Pedro Manrique, que con otros dos compañeros pagó con la cabeza la pena de su delito. Comenzáron tambien á padecer enfermedades originadas de varias causas, además de lo extraño que era aquel clima para los Españoles, que especialmente se hallaban acometidos de una especie de locura. En medio de tantas calamidades, y reducido Mendaña á una extrema debilidad, murió este varon no ménos piadoso que prudente. Isabel Barreto su muger le sucedió en el derecho de establecer la Colonia, habiendo encargado la continuacion de esta empresa á Lorenzo su hermano, el qual de allí á pocos dias falleció de la pequeña herida que le hizo una flecha en una rodilla. Destituida Isabel del auxîlio del hermano, determinó salir de la isla en el mes de Noviembre, y mandó embarcar en los navíos á todos los enfermos y sanos, abandonando la Colonia que habia tenido tan infausto principio, y navegáron ácia la isla de San Christobal. La falta de víveres se suplió con la presa que hiciéron en los campos, y principalmente con carne salada de puerco, que allí es muy abundante. Pero como todas las cosas eran adversas en esta expedicion, no pudiéron encontrar la isla aunque la buscáron por largo tiempo; y se viéron en la necesidad de dirigir las proas á las Filipinas. Esta navegacion se podia hacer en veinte dias, y como sus navíos es-

taban tan maltratados apénas les quedaba esperanza de conseguirlo. Padeciéron increibles trabajos y peligros en este viage, y muchos perdiéron la vida. Añadióse á esto que dos navíos pequeños despreciando las órdenes de su capitana, tomáron diverso rumbo por haber desconfiado de poder salvarse, y despues se supo que habian perecido con casi todas las personas que iban en ellos.

La nao capitana, aunque tan maltratada que necesitaba dos bombas continuas para desaguarla, y todo el velamen estaba hecho pedazos, proseguia su carrera con grande alabanza de Quiros. Parecióle que era preciso tomar algun descanso en las islas de los Ladrones; pero apénas pudo escaparse aquel jóven Español de las manos de un bárbaro que queria comersele, porque estos isleños eran antropophagos y medio fieras, y muy codiciosos de beber sangre humana. Fué pues indispensable huir de tan ingratas playas, y para que no llegasen á faltar del todo los víveres, se distribuian muy parcamente. Llegáron al fin á Manila, y algunos pereciéron por haberse entregado con exceso á la comida, despues de una hambre tan cruel. Luego que Quiros regresó al Perú para conducir á Isabel, navegó desde allí á España, y pasó á Roma, donde fué tratado con mucha benignidad por el Papa, quien elogió mucho sus ilustres hazañas. Finalmente el año quinto del siglo siguiente comenzó á explorar lo interior del mar del Sur; pero habiendo caido enfermo, no pudo penetrar hasta donde habia proyectado, por lo qual se vió obligado á volverse al Perú de donde habia salido. Descubrió con la capitana algunas islas y regiones desconocidas y muy extensas, y se dice que arrebatado de las costas por una borrasca, navegó mas de tres mil millas ácia el occidente, hasta que arribó á las Filipinas. Es digno de admiracion que habiéndose descubierto esta parte del orbe, se ignore todavía quienes son sus habitantes, quando por la parte del océano septentrional se ha navegado y reconocido hasta los ochenta grados.

Gobernaba el Perú, como ya diximos, el Mar-

ques de Cañete. Este pues sujetó á fuerza de armas aquellas naciones ferocísimas, que no pudo subyugar el Virrey Toledo, y se hallan derramadas en las montañas que se extienden entre Charcas y el rio de la Plata, habiendo enviado con tropas á Pedro de Ulloa Capitan intrépido, que concluyó con felicidad esta empresa, en la que tuvo que vencer grandes trabajos y dificultades. Removidos de allí los bárbaros, quedó libre la comunicacion con Santa Cruz de la Sierra, y desde allí con los demas pueblos situados sobre el rio de la Plata. Puso el mayor conato en aliviar al Rey Don Felipe, que se hallaba apurado con tantos gastos, y parece increible las cantidades de plata, que le envió en diversos tiempos á costa de muchos desvelos; y finalmente habiendo entregado el mando á Don Luis de Velasco, que despues de haber gobernado con mucha rectitud el reyno de Nueva España, fué nombrado su sucesor, navegó á España en una flota, que conducia un millon y novecientos mil pesos, cuya suma contribuyó mucho pública y privadamente para aliviar la calamidad de Cádiz. El dia veinte de Julio de este año de noventa y seis falleció en Nueva España Gregorio Lopez natural de Madrid, varon ilustre por la austeridad de su vida, y por la fama de santidad.

En el año antecedente navegó á la India Don Fray Alexo de Meneses del Orden de San Agustin Arzobispo de Goa, nombrado sucesor de Don Matheo á los treinta y un años de su edad, hombre verdaderamente santo, que con el deseo que tenia de propagar la religion christiana visitó la costa del Malabar con increibles trabajos y fatigas, como referirémos mas adelante. Por este tiempo no acaeció guerra alguna memorable en aquellas regiones. En las Molucas se hallaban los Portugueses muy próxîmos á su total ruina, por el odio implacable de los bárbaros, y porque no tenian suficientes fuerzas para sostener una guerra tan formidable. No obstante la sostuvo Mendoza, que habia llegado á estas islas con una pequeña armada, con un valor y constancia dignas de

eterna alabanza. Pero ya es tiempo de que desde el oriente volvamos á seguir el hilo de los sucesos de Europa.

CAPITULO XI.

MUERTE DE ALFONSO DUQUE DE FERRARA, Y DISCORDIAS DE ITALIA CON ESTE MOTIVO. LOS ESPAÑOLES SE APODERAN DE AMIENS, Y LA RECOBRAN LOS FRANCESES. TOMA MAURICIO ALGUNAS CIUDADES DE FLANDES.

A fines de este añó corria la voz de que se preparaba guerra en Italia. Los Venecianos y los Príncipes comenzáron á hacer reclutas, á reparar sus fortalezas, y asegurarlas con mas poderosas guarniciones, y á disponer todo lo demas necesario, para no hallarse desprevenidos si de aquella chispa se suscitaba algun incendio. La causa de esta conmocion era el principado de Ferrara, pues en el mes de Octubre habia fallecido el Duque Alfonso sin dexar sucesion alguna; por lo qual segun el derecho establecido, volvia otra vez el principado á la silla apostólica, de quien le habian recibido sus predecesores. Estos le gozaban como un feudo, y una de las condiciones era, que á falta de su legítima sucesion se restituyese al dominio y potestad del Papa. Incitados los de Ferrara por el amor que tenian á la casa de Este, y sin respeto alguno á los derechos del Pontífice, proclamáron por Duque á César nieto de Alfonso Primero, y hijo bastardo de Alfonso II, el qual contra toda justicia le habia nombrado por su sucesor y heredero. No pudo el Pontífice tolerar este agravio, y habiendo fulminado excomuniones contra César y sus sequaces, tomó al instante contra él las armas. Conociendo César la desigualdad de sus fuerzas, prometia poner en seqüestro el principado en manos del

Rey de España, y sujetarse á lo que éste decidiese; pero el Papa no queria aceptar ninguna condicion, afirmando que no recibiria la ley de hombre alguno, y le amenazaba con la guerra, si voluntariamente no le restituyese el principado. El Rey Don Felipe por medio de su Embaxador en Roma intercedió con el Papa á favor de César, y hacia por él otros buenos oficios; pero se abstuvo con cuidado de recurrir á las armas. Pedia César que este negocio se determinase por los tramites comunes del derecho; y el Pontífice sostenia que no le competia accion alguna, segun lo dispuesto por las leyes. Despues de muchos debates inútiles de una y otra parte, y estando ya muy próxîmo el rompimiento, los de Ferrara, que al principio estaban tan orgullosos, decayéron de ánimo, por el temor de la guerra que veian tan cerca. Destituido César de este socorro, y no auxîliándole ninguno de los Príncipes, entregó el principado al Pontífice con honrosas condiciones. Inmediatamente pasó el Papa á Ferrara con grande acompañamiento, alivió al pueblo del peso de los tributos, y finalmente con halagos y beneficios se concilió el amor de todos los ciudadanos, y les hizo muy suave el dominio Pontificio.

Por este tiempo falleció el Cardenal Francisco de Toledo Jesuita, natural de Córdoba, varon de singular doctrina, como lo manifiestan sus obras, y su cuerpo fué sepultado en Santa María en un túmulo de mármol. Para apartar el Rey Don Felipe á Sigismundo de Polonia de la amistad con los Ingleses envió á Don Francisco de Mendoza Almirante de Aragon, para que le hiciese presente que con el trato de aquella nacion se inficionaban de la heregía los habîtantes de Dantzic, ciudad celebre por su puerto; por lo qual juzgaba que convenia mucho á la religion cathólica prohibir á los Ingleses el comercio en aquella famosa plaza, para que los Polacos, tan adictos á la verdadera piedad, no se precipitasen en la heregía. Tambien pidió al Rey de Polonia que juntase sus armas y fuerzas con las del César, y el Papa con-

tra el Turco, para alejar de las fronteras de la christiandad á un enemigo tan cruel. Con el mismo designio habia enviado el Pontífice sus Legados á Sigismundo; pero no se pudo conseguir lo uno ni lo otro, á pesar de lo mucho que trabajáron los Embaxadores, porque los Polacos juntos en la Dieta pedian cosas muy exôrbitantes. Viendo Mendoza que todos sus oficios eran inútiles, se retiró á Alemania para conferenciar con el César, segun las órdenes que tenia del Rey Don Felipe, y desde allí se encaminó á Flandes, donde comenzó con mal principio el año de mil quinientos noventa y siete. 1597.

El Conde de Varc, General de las tropas del Rey, perdió por su negligencia una batalla entre Tournut y Arental, y un Autor asegura que él mismo pereció en ella. Muriéron dos mil soldados, la mayor parte Alemanes y Napolitanos, y solo ciento de los enemigos; y hallándose Mauricio superior en fuerzas, acometió á la fortaleza de Tournut, que se le entregó por capitulacion. Gozoso con esta victoria, y con el fruto de ella, se llevó á la Haya treinta y ocho banderas, y entró con pompa semejante á la de un triunfo. Pero el daño recibido aquí por culpa del General Flamenco se recompensó con usura por la actividad y talento de un Español, habiendo sido tomada por Hernan Tello Portocarrero la opulenta ciudad de Amiens, situada sobre el rio Somma. Este pues, quando gobernaba á Dorlans tuvo aviso por un Dumoulin desterrado de aquella ciudad, del descuido con que sus habitantes hacian las centinelas, y le exhortó con muchas razones á que se apoderase de ella por medio de algun ardid. Luego que determinó poner en obra este proyecto envió á registrar las puertas de la ciudad al Capitan Francisco de Arcos, disfrazado de labrador, en cuya fidelidad é industria tenia mucha confianza. Comunicó su designio al Príncipe Alberto, quien lo aprobó, y le envió de socorro un valeroso esquadron para que lo llevase á efecto. Un dia al amanecer envió delante un carro cargado de paja, para detenerlo en la puerta á fin de que no pudieran cerrarla: se-

guian despues los principales del esquadron disfrazados en rústicos, llevando sus armas escondidas en los vestidos, y habiéndose hecho dueños de la puerta, y matando á las guardias, diéron la señal en que estaban convenidos, y acudió al instante el mismo Portocarrero, que se hallaba escondido con la infanteria y caballería detras de las paredes de una Iglesia arruinada, y entra en la ciudad con su esquadron en órden de batalla. El Conde de San Pol su Gobernador, viéndose destituido de guarnicion á causa de que los habitantes habian rehusado admitirla dentro de los muros, se puso en fuga, y le siguiéron las matronas nobles, llevándose consigo todo el dinero y vestidos que podian. Un Autor dice que el soldado se abstuvo del saqueo, pero Coloma y Bentivollo aseguran lo contrario. Ocupáron inmediatamente los puestos fortificados, y halláron en los almacenes una inmensa cantidad de víveres y municiones de todo género, que Enrique habia juntado en aquella ciudad, como principal asiento de la guerra. Dió Alberto á Francisco de Arcos una compañía de caballos en premio de su accion; y mandó á Juan de Guzman que marchase prontamente con otras cinco, para mayor seguridad de la guarnicion.

Conmovido Enrique en extremo con la noticia de que habia sido tomada esta ciudad, mandó á Biron juntar aceleradamente tropas por todas partes, y que cerrase todo quanto le fuera posible las entradas de Amiens. Penetró no obstante Guzman hasta la puerta, sin que le sintiesen los enemigos; pero excitados los Franceses al ruido de las trompetas, se pusiéron á toda prisa en marcha al rayar el dia, rodeáron al Español, y se trabó una sangrienta pelea. Los que estaban de guardia en los muros disparaban al principio balas gruesas para alejar al enemigo, pero despues se les mandó cesar, para que no tirasen contra sus camaradas, que se hallaban mezclados con los enemigos. Mas Fernando Deza, que hacia la centinela en la orilla del foso con doscientos Españoles, deseoso de dirimir el combate, mandó tirar promis-

cuamente contra los que peleaban ; pero no por esto se movian los Franceses, aunque se veian acometidos de las balas, hasta que rompiendo Montenegro con la caballería, los alejó de allí, y se retiráron á su campo, y el Español entró en la ciudad con dinero para la paga de las tropas, y con el ingeniero Federico Paccioti hermano de aquel que habia muerto en Calés.

Los Franceses para pagar á los Españoles en la misma moneda, y abrirse camino para expugnar á Amiens, marcháron contra Dorlans, y en medio de las tinieblas de la noche intentáron tomarla, aplicando sus escalas al muro, pero les saliéron vanos sus intentos, y fuéron rechazados con pérdida. Entretanto Portocarrero sostenia continuas escaramuzas con los enemigos, y los alejó de tal suerte de los muros, que mas parecia que él tenia sitiados á los Franceses, que no el que estos le sitiasen á él. Finalmente vino el mismo Enrique en persona á sus Reales el dia siete de Junio con escogidas tropas y mucha nobleza ; pero sin embargo no por esto se entibió la actividad de Portocarrero, que en un pequeño cuerpo tenia un excelso ánimo, y era muy astuto, intrépido, y de gran pericia en la ciencia militar. Peleó muchas veces felizmente en batalla reglada en los mismos Reales enemigos, y alguna vez el Rey para socorrer á los suyos, que se hallaban en aprieto, se apeó del caballo, y tomando una pica se juntó él mismo á los que peleaban, clamando á grandes voces que se trataba de defender la honra del nombre Frances, porque Enrique era no ménos diestro General que valeroso soldado. Alberto como se hallaba tan escaso de dinero, le era muy dificil juntar tropas, y las suplia con nuevas reclutas hechas en Alemania y en Italia. Los Genoveses, de cuyas riquezas se valió España por largo tiempo para mal suyo, habian aumentado las usuras ; de lo qual indignado gravemente el Rey Don Felipe, mandó que se les entregasen sus capitales, y les rebaxó considerablemente el interes, que tanto codiciaban. Aunque

por esta causa se decia haberse retirado muchos banqueros, no faltáron otros que contentándose con aquella corta ganancia, libráron á Flandes por letras una gran suma de dinero.

Fué convocado todo el exército para juntarse en Dovay, y luego que llegó Alberto con los principales cabos, se puso en marcha contra el enemigo. Contábanse en él veinte mil infantes y quatro mil caballos. El Frances tenia caballería doblada, y su infantería no era mucho menor que la Española. Entretanto se peleaba en la ciudad con todo género de máquinas, y aun en las minas subterráneas. La guarnicion hacia freqüentes salidas de la plaza, en una de las quales fué hecho prisionero Guzman peleando valerosamente. Un Alferez que intentó librarle acometiendo á los enemigos, no hizo mas que acelerarle la muerte, pues los Franceses, le pasáron á cuchillo para que no se les escapase. A la mitad de Septiembre se presentó Alberto á la vista, y consternados con su llegada los Franceses, que estaban acampados por aquella parte, desampararon torpemente el puesto, y se pusiéron en fuga. El terror de los enemigos llevó á los Españoles hasta cerca de su campo, y pedian con mucho esfuerzo que se diese la batalla, pues solo siendo vencedores querian volver á Flandes. No obstante mandó Alberto detener su ímpetu, por consejo del Duque de Ariscot y de Mendoza, á quien habia nombrado General de la caballería en lugar del Duque de Pastrana. Tenia pues premeditado abstenerse de pelear, y introducir solo en la ciudad mil y quinientos soldados. Para ocultar Enrique la ignominia de los suyos, mandó á la caballería ligera que detuviese al Español, miéntras los Capitanes recogian la infantería fugitiva, y asegurasen el frente de los reales con la artillería. Poco ántes habia perecido Portocarrero, cuyo valor é industria sostenia la posesion de aquella ciudad Francesa. A tiempo que este Tydeo Español pasaba el puente del foso, fué atravesado de una bala disparada del campo Frances, y su muerte fué muy sentida de las tro-

pas de quienes era muy amado y querido. Los mismos Escritores Franceses levantan hasta el cielo sus hazañas, porque el verdadero valor no carece de alabanza aun entre los enemigos. Quán grande fué el de este varon fortísimo en la última de sus empresas no hay necesidad de ponderarlo, y solo dirémos que ningun Capitan Español dió tanto que hacer al Rey Enrique, inutilizándole á cada paso todos sus intentos. En su lugar fué nombrado por voto de los soldados Gerónimo Carafa Conde de Montenegro; pero Alberto para no malgastar inconsideradamente las fuerzas de Flandes en la defensa de una ciudad sola, que habia de restituirse al Frances quando se hiciese la paz, pues á solicitud del Pontífice se trataba ya de ella por medio de Fr. Buenaventura Calatagiron General de los Franciscanos, que por aquel tiempo habia venido al campo, se retiró con sus tropas, habiendo perdido una buena ocasion, que jamas volveria á presentarsele. Pero estas y otras cosas, que discurren los soldados en sus tiendas de campaña, las desprecian los Generales que solo atienden á lo principal de sus designios; y sin embargo veo á cada paso que los Historiadores transmiten á la posteridad estas conjeturas militares, como si fueran de grande importancia. Muchas veces intentó el Frances trabar pelea en la retaguardia, pero no pudo conseguirlo, aunque era mucho mas fuerte su caballería, y al fin sin haber hecho daño alguno, desistió de seguir al Español, admirándose del valor y disciplina de su infantería.

Entretanto los sitiados no recibiéron alivio alguno con la llegada de las tropas, pues combatian incesantemente de dia y de noche de tal suerte, que parecia una continua pelea. Tanto era el deseo que tenian los Franceses de recobrar la ciudad ántes que llegasen las tropas auxîliares, y se aumentase la guarnicion, que ya se hallaba muy disminuida, temiendo que en este caso seria necesario comenzar de nuevo, y que perderian el trabajo de tantos meses. Finalmente habiendo intimado á Montenegro la entrega, le concedió

Enrique tiempo para consultar á Alberto, que se habia retirado á la provincia de Artois, y consintiéndolo éste al cabo de algunos dias, entregó la ciudad baxo de condiciones muy honrosas; despues de lo qual no hiciéron unos ni otros cosa alguna memorable, á excepcion de haber expugnado Mendoza la fortaleza de Montulin.

Hallábase Mauricio no ménos falto de dinero que Alberto, porque los Zelandeses rehusaban pagar las contribuciones impuestas extraordinariamente para sostener los gastos de la guerra; pero despues de acerrimas contiendas y de muchas disputas inútiles, se viéron obligados á hacer lo que se les mandaba. Luego que Mauricio hubo vencido este escollo, creyó que debia aprovecharse de la buena ocasion que le presentaba el hallarse las fuerzas Españolas ocupadas en la guerra Francesa. Saliéronle vanas sus primeras tentativas en la Frisia y el Brabante, donde intentó apoderarse de Venloó y Steinvic por fraude, el que si no produce efecto al tiempo oportuno, fácilmente es rechazado por la fuerza. Tomó Mauricio por capitulacion á Rhimberga ciudad del Elector de Colonia, que se hallaba con guarnicion Real, habiéndola combatido vigorosamente; y despues á Meurs, la que entregó Andres de Miranda con honrosas condiciones, obligado por la falta que tenia de todas las cosas necesarias. Tomó tambien Mauricio otras plazas fortificadas, de tal manera, que no quedaba ya al Español cosa alguna que defender en la otra parte del Rin.

CAPITULO XII.

ENVIA EL REY DON FELIPE OTRA ARMADA CONTRA INGLATERRA, Y ES DERROTADA POR UNA TORMENTA. LOS INGLESES ACOMETEN A LAS ISLAS TERCERAS. PAZ DE VERVINS ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA.

En España se reparaba la armada que habia derrotado el Océano; y el Conde de Fuentes comenzó á fortificar á Cádiz y sus playas, y asegurarlas con guarniciones, para que los Ingleses no hiciesen daño alguno en ellas, pues corria la voz de que vendrian con una armada muy poderosa. Hiciéronse en Italia nuevas reclutas, y fuéron transportadas á Andalucia en las galeras de Doria. A la verdad se procedió con mucha lentitud en disponer la armada, que habia de llevar la guerra al dominio Ingles. El Rey Don Felipe agravado con los muchos años, y molestado con la enfermedad habitual de la gota, habia repartido los cuidados del gobierno entre el Príncipe Don Felipe, y los principales de la Corte; y todas las cosas caminaban con el Rey á su decadencia. El adelantado Padilla se hizo á la vela el dia diez y siete de Octubre, quando ya no era tiempo oportuno para navegar. ¿Qué habia de suceder á una armada entregada á las olas en la mitad del otoño? Arrebatada pues de una furiosa tormenta, fué arrojada á las costas de Galicia, y hubiera perecido toda entre los escollos, si no hubiesen mirado por ella los Santos tutelares de España. Finalmente entró muy derrotada y con trabajo en el puerto de la Coruña, y otros inmediatos.

La armada Inglesa, mandada por el Conde de Essex, navegó de las costas de España á las islas Terceras, agitada tambien y quebrantada por una tormenta, como afirma un autor. En la isla llamada de San Miguel, que defendia Gonzalo Coutiño, hombre

intrépido y activo, se consumió mucha pólvora por una parte y otra. Villafranca que habia sido abandonada de sus habitantes, fué reducida á cenizas; y habiendo arribado los enemigos al Fayal y Pico, hiciéron tambien en ellas algun daño. Una de sus naves que se separó de las demas, encontró con seis navíos Americanos, y se retiró de ellos con la mayor presteza que pudo, volviendo á juntarse con las otras. Luego que recibiéron esta noticia, se hizo á la vela toda la armada para apresar los seis navíos, pero ya era tarde, pues entretanto arribáron todos á la Tercera, y fondeáron al pie de la fortaleza; y viendo los Ingleses perdida la esperanza de la presa, se retiráron de allí tristes, y con las manos vacías. Mandaba la flota Americana Don Gutierre de Garibay, y su Teniente Francisco Corral, caballero de Malta, con cuya industria, y el auxîlio del cielo, fuéron preservados los navíos, y diez millones de pesos que conducian.

Los Holandeses, que despues de haber padecido innumerables trabajos, por dar crédito á las aserciones de los antiguos escritores Cornelio Nepote, Pomponio Mela, y Plinio, no habian podido penetrar por el mar Glacial al oriente, arribáron al fin á la India por el Occidente y Mediodia, siguiendo el curso ordinario de los Portugueses. Padeciéron allí varias adversidades, pero en este año volviéron á su patria muy alegres con grande cantidad de pimienta, habiendo allanado la navegacion del Oriente, la que despues freqüentáron demasiado, con grave daño de los Portugueses. Esta es la suma de su primer viage á la India; pero se halla tanta diversidad entre los autores en referir los hechos y los tiempos, que no me atrevo á afirmar quál de ellos merece mayor crédito. A la verdad una de las principales obligaciones del que compone una Historia, es el concordar á los Historiadores que le han precedido, los quales dando crédito sin discernimiento á unas y otras narraciones, mas bien obscurecen la Historia que la ilustran.

A fines de este año falleció Doña Catalina, hija

del Rey Don Felipe, muger del Saboyano, y afortunada en su numerosa prole: fué tan grande el sentimiento de su marido, que estuvo muy á los últimos de su vida. Luego que hubo convalecido, se determinó á hacer la paz con el Frances, á la que hasta entónces se habia resistido. Tres años ántes murió Ximenez, Obispo de Teruel, y sus cenizas fuéron trasladadas à la Iglesia de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, donde habia fabricado una hermosísima capilla. Su sucesor Don Francisco Valle, trasladado de la Diócesis de Caller en Cerdeña, no llegó á tomar posesion de su nuevo Obispado, habiendo muerto ántes. Sucedióle Don Martin Terreros, Obispo de Albarracin, varon no ménos docto que piadoso. En este año falleció con grande opinion de santidad, Don Pedro de Corbuna, natural de Fonz en Ribagorza, digno entre otras cosas de eterna memoria, por haber emprendido á costa suya la fundacion de la Universidad de Zaragoza, de cuya empresa no desistió, aunque fué electo Obispo de Tarazona. Sucedióle Fray Diego de Yepes, Religioso del Orden de San Gerónimo. Finalmente murió tambien Don Juan Bautista Perez, Obispo de Segorve, con mucho sentimiento de sus habitantes, por las admirables virtudes de este grande hombre. A los dos años fué electo en su lugar Don Feliciano de Figueroa, Canónigo de Valencia.

Incitado el Pontifice del deseo de que se acabasen los males de la guerra, apretaba todo lo posible la conclusion de la paz, de que ya habia comenzado á tratarse. Luego que conoció que el Rey Enrique estaba inclinado á ella, le envió por su legado á Calatagiron, para que promoviese este asunto; y dexándole en buen estado, vino á España con el mismo objeto, y fué recibido con mucha humanidad por el Rey Don Felipe, quien oyó con agrado el discurso que le hizo. Ambos Príncipes tenian á la verdad iguales deseos de ajustar la paz, porque cada uno tenia en ello mucho interes. Enrique se dolia de ver destrozada la Francia con una guerra tan implicada y continua; y aunque deseaba en extremo arreglar

el gobierno público, que estaba muy trastornado, se lo impedia la confusion de las armas. Además de esto, tramaba nuevas maquinaciones el partido de los Hugonotes, y si llegaba éste á tomar las armas, como corria la voz, se renovarian todos los anteriores males, y nuevas guerras y partidos. El Rey Don Felipe se veia cercano al sepulcro por sus enfermedades y su vejez, y posponiendo todos los otros cuidados, solo deseaba dexar la paz á su hijo. Además de esto, habia prometido á Alberto su hija Doña Isabel muy amada, señalándola en dote la Flandes; y si primero no se componia la guerra, servirian aquellos estados mas de carga, que de beneficio á los nuevos esposos; por lo qual concordaba admirablemente en el negocio de la paz la voluntad de ambos Príncipes. Así pues, habiendo despedido el Rey Don Felipe al Legado Pontificio, le dió cartas para Alberto, en que le concedia facultad para tratar de las condiciones con el Frances. Acordáron que los Ministros Plenipotenciarios se juntasen para sus conferencias en Vervins, ciudad de la Galia Flamenca. Acudió allí Alexandro de Medicis, Nuncio Apostólico en la Corte del Rey Enrique, y Calatagiron, intérprete de la voluntad de los dos Príncipes; de cuyo genio sublime, excelso, y capaz para los grandes negocios, se valió en esta ocasion para superar las graves dificultades que ocurrian, no ménos que de la autoridad, talento, y humanidad del Nuncio. Sin embargo, no cesaban entretanto las hostilidades. Intentáron reciprocamente apoderarse con ardides de los pueblos fortificados, aunque en vano, porque todos los defendian con gran cuidado; pero hacian incursiones en los campos, con las quales se mantenian las tropas, porque no se les pagaba su estipendio. Los Españoles se sublebáron en Chatelet, y rompiendo toda subordinacion, rehusáron obedecer á sus cabos, y aun algunos sin temor ni vergüenza prometiéron á Monmorenci abrirle las puertas. Pero miéntras que éste se aceleraba á marchar con tropas, fué descubierta la traicion por los que no habian sido

cómplices en ella, y se impuso á los culpados la pena capital que merecian, como deshonra y oprobrio de la nacion Española. A principios del mes de Mayo se pusiéron por escrito las condiciones de la paz, contenidas en treinta y cinco capítulos, y los principales eran: que se tuviesen por firmes, y validas las condiciones de la paz ajustada en el Cambresis el año de mil quinientos cincuenta y nueve: que se restituyesen reciprocamente las ciudades tomadas por unos y otros en la guerra; y que fuesen puestos en libertad, sin rescate alguno, todos los prisioneros, sin excepcion de los que se hallaban destinados á galeras. El Rey Don Felipe restituyó á Calés, Ardres, Dorlans, Montulin, Capelle, Castelet, y despues á Blavet, en la Bretaña, habiendo arruinado todas sus fortificaciones; y Enrique con desigual trueque le restituyó la plaza de Charolois, porque el Rey Don Felipe estaba resuelto á hacer la paz baxo de qualesquiera condiciones. Enrique reclamaba obstinadamente el Marquesado de Saluzes, que el Saboyano habia unido á sus dominios, sin admitir sobre esto transaccion alguna. No hallándose medio de componer este negocio, fué nombrado el Papa por árbitro para decidir la controversia dentro del año. El Rey de Francia ratificó y juró la paz en París en el mes de Junio de este año de mil quinientos no- 1598.
venta y ocho, estando presentes el Duque de Ariscot, Mendoza, Velasco, Richardot, y Bautista Tasis. En Bruselas la firmó Alberto Archiduque de Austria, hallándose presente Biron, á quien para este efecto (dice un Historiador Frances) se le confirió la dignidad de Duque, y Par de Francia, y Bellievre, y Sillery Consejeros del Rey. Compitiéron unos con otros á porfia en el esplendor y magnificencia, en la numerosa turba de criados, y en los exquisitos y costosos adornos que llevaban. La alegría y regocijo de los pueblos fué extraordinaria, por el deseo que tenian del descanso, viendo sepultada la cruel guerra, junta con las causas que la origináron. Manteníase todavía el Duque de Mercoeur en la Bretaña, fluctuante entre la guerra

y la paz; pero habiéndole permitido el Rey Don Felipe tomar el partido que mas le conviniese, despidió á los Españoles con sus equipages. Recibióle despues en su gracia Enrique por el favor de unas señoras de la corte, y se pasó al servicio del César; y en la guerra de Ungría con el Turco dió admirables exemplos de su valor, y pericia militar. Los Ingleses y los estados confederados lleváron muy á mal el verse abandonados tan pronto por el Rey Enrique, y habiéndolos llamado éste para tratar de la paz, no quisiéron comparecer, y prefiriéron continuar la guerra, que duró por largo tiempo.

CAPITULO XIII.

RENUNCIA EL REY DON FELIPE EL CONDADO DE FLANDES EN SU HIJA ISABEL PARA CASARLA CON EL ARCHIDUQUE ALBERTO. DERROTA DE LOS HOLANDESES. EXPEDICION DE DON FRANCISCO DE TOLEDO AL AFRICA.

Deseoso el Rey Don Felipe de acelerar el casamiento de su hija Doña Isabel con Alberto, renunció en ella el Condado de Flandes con la Borgoña y el Charolois; pero aquel cauto viejo puso muchas condiciones, á saber: que si su hija llegase á morir sin sucesion, volviese el Principado de Flandes al dominio de España: que sus sucesores habian de profesar la religion cathólica, y defenderla con todas sus fuerzas; y que el que no lo hiciera perdiese el Principado, añadiendo la fórmula del juramento que habian de hacer al tiempo de tomar posesion, concebida en estos términos. „Yo juro sobre „los Santos Evangelios, que hasta el último aliento „de mi vida profesaré constantemente, y creeré fiel

,, y firmemente la Sacrosanta Fe Cathólica que tiene, ,, enseña y predica la Santa Iglesia Cathólica y Apos- ,, tólica, madre comun y maestra de todas las Igle- ,, sias, y procuraré en quanto esté de mi parte que ,, sea tenida, enseñada y predicada por mis súbditos. ,, Así Dios me ayude, y estos Santos Evangelios." Los demas capítulos obligaban de tal modo á los futuros Príncipes, que no podian contratar, ni promover alianza alguna sin el consentimiento del Español; y finalmente les mandaba que en todo estuviesen sujetos á su voluntad. Tenia el Rey Don Felipe muchas causas que le movian á la renuncia de Flandes: la primera el amor de su hija predilecta, que no le permitia tolerar que quedase sin estados propios: la segunda la quietud de los Flamencos, estando persuadido de que ninguna cosa era mas oportuna para retraerlos de la guerra y del deseo de novedades, y contenerlos en su deber, que la presencia de sus Príncipes solicitada por ellos con tanto ardor; y finalmente la conveniencia de su hijo, á quien libraba de aquel cuidado, y al mismo tiempo á la España de una guerra interminable, que tanto habia apurado sus fuerzas.

Habiendo recibido el Archiduque Alberto cartas de Doña Isabel, en que le mandaba que tomase en su nombre posesion de Flandes, fué saludado por su esposa Príncipe de aquellos dominios, y prestó y recibió el acostumbrado juramento. Antes de esto devolvió Alberto al Papa con mucho respeto, por medio del Obispo de Besanzon las insignias Pontificales del Arzobispado de Toledo, y la Sagrada Púrpura, disculpando la necesidad de las nupcias por el bien y comodidad pública. Sucedióle en la Silla Arzobispal Don García de Loysa, que habia sido Ayo y Maestro del Príncipe Don Felipe. Este fué el premio y merced de su trabajo; pero la alegría fué poco durable, pues falleció en el mes de Febrero del año siguiente, y fué electo en su lugar Don Bernardo Roxo de Sandoval, por el favor del Duque de Lerma, de quien hablaremos adelante. Llamó Alberto á An-

dres Cardenal de Austria, Obispo de Constanza, hijo del César Don Fernando, para que gobernase la Flandes en su ausencia; y habiendo sido enviados de España en la armada cinco mil soldados de nueva recluta, baxo el mando de Don Sancho de Leyva para suplir las compañías que faltaban, y quinientos mil ducados para la paga, entregó á Mendoza el exército que habia juntado, compuesto de mas de veinte mil infantes, y dos mil y quinientos caballos, y le mandó marchar con él á Gueldres.

Luego que Alberto dió órden en las cosas de Flandes, que estaban en parte arregladas, y en parte trastornadas, por las freqüentes sublevaciones de las tropas, á causa de que no se les pagaba su estipendio, cuyo desórden si no se hubiera remediado á tiempo, habria producido grandes males en las ciudades donde se hallaban de guarnicion, aceleró su viage á Praga, para tratar con su hermano el César sobre sus negocios domésticos. Desde allí debia conducir á España á Margarita, hija del Archiduque Cárlos, para casarla con el Príncipe Don Felipe, y celebrando él las contratadas nupcias con Doña Isabel, volverse á Flandes en compañía de su nueva esposa, como lo tenia dispuesto el Rey Don Felipe, que se veia muy próxîmo al sepulcro, y queria dexar bien establecida su familia. Seguian á Alberto Aumale y Orange, condecorados por Don Felipe con la dignidad de Grandes de España en premio de sus méritos, y tambien Egmont, Barlemont y otros de la principal nobleza, con grande comitiva de criados.

Oprimidos los Holandeses en este tiempo con varias calamidades, y apurados con una guerra tan continua, llevaban muy á mal las contribuciones, y además temian que hallándose desamparados del Frances, recaeria sobre ellos todo el peso de la guerra. Por tanto se inclinaban sus ánimos á la paz, y facilmente se hubiera conciliado á no estorbarlo aquellos hombres que con sus engaños y artificios fomentaban, y sostenian la guerra á costa de la felicidad de los pueblos, para no perder la autoridad y poder que

con ella habian adquirido, los quales á fin que no se creyese que habian desmayado por la mudanza del Frances, acometiéron á Cronemberg con grande esperanza de tomarle rompiendo sus puertas. Pero les salieron vanos sus intentos, por la vigilancia y valor de la guarnicion. Entretanto recibiéron otro doloroso golpe, habiendo derrotado Hermano Conde de Bademberg su caballería entre Bona y Colonia, donde la mayor parte quedó muerta ó prisionera. No era su fortuna mas favorable en el mar, pues en las costas de Noruega perdiéron en una tormenta mas de sesenta navíos ricamente cargados. Los que habian enviado á la India arrebatados del atractivo del lucro, se dispersáron por otra tempestad en las costas de Inglaterra. El navío Vice-Almirante padeció naufragio, y otro quedó destrozado y enteramente inútil, con cuya pérdida se interrumpió aquella navegacion, con grave detrimento y perjuicio de los negociantes. Además de esto eran afligidos con tantos y tan graves daños por los Españoles, que corrian por todas partes con sus navíos, y por los Piratas de las costas de Flandes, que aun no se atrevian ni aun á salir á la pesca, sin obtener ántes pasaporte de los Gobernadores Reales.

Entretanto Mauricio conociendo sus pocas fuerzas, no se atrevia tampoco á hacer frente á Mendoza, que habiendo pasado los rios Mosa y Rin se habia propuesto con sus armas destruir y desterrar de aquel territorio la heregia. Apoderóse de los pueblos fortificados, de unos por fuerza, y de otros por voluntaria entrega, y aun tomó á Rimberg por capitulacion, habiendo incendiado ántes su almacen de pólvora con grande estrago de los habitantes y edificios. Arrojó de todas las partes adonde llegaba á los predicantes de la heregía, (porque era hombre de insigne piedad) y habiendo puesto en su lugar sacerdotes católicos, mandó al exército vencedor que tomase quarteles de invierno en dominios extraños, reclamándolo los pueblos de Alemania, que consternados acudiéron á las armas para vengar este agra-

vio. El Cardenal Andres entretenia con esperanzas á los soldados sediciosos, pues por ningun medio podia entonces juntar dinero, en lo qual trabajó mucho, y finalmente habiéndoles pagado su estipendio, mudó las guarniciones de unas plazas á otras, y se apaciguó la conmocion de los ánimos.

Sobresalia mucho en la Irlanda la audacia y el valor del Conde Tiron. Los Ingleses, á quienes derrotó no pocas veces, temian que ganase tiempo para llamar la armada Española, que tantas veces habia sido arrojada por los vientos de aquellas costas, y juntar sus fuerzas con los cathólicos. Para impedirlo pues, de qualquier modo, y alejar con algun provecho los socorros Españoles, dispusiéron una armada de diez y seis navios muy bien equipados y provistos. Confióse el mando de ella al Conde de Cumberland, el qual apresó todo quanto se le puso delante, sin distincion alguna de amigos ni enemigos, y especialmente molestó á los negociantes Holandeses, que con permiso del Rey Don Felipe conducian granos á Portugal, cuyo reyno se hallaba por aquel tiempo afligido con la peste, y con el hambre. Habiendo hecho Cumberland un desembarco en Cascaes, taló y saqueó sus campos. Desde allí pasó á Lisboa, y deseoso de la presa, echó las anclas delante de la barra del rio Tajo, y no presentándosele ninguna, ni sacando fruto alguno de su detencion en aquellas riberas, se retiró de allí para poner asechanzas á la flota que venia de América. Pero sus esperanzas no fuéron mas felices en este año que en el antecedente, porque mientrastanto que él la aguardaba en el Tajo, entró en el Guadalquivir, y arribó á Sevilla prósperamente. Frustrado el Pirata de esta esperanza, navegó á la América con su armada, y habiendo tomado el puerto de Nile, donde hizo alguna presa, se retiró á Inglaterra. Francisco Coloma tuvo órden de salir á perseguirle con una armada, mas ya era tarde, y se perdiéron los gastos y el trabajo.

Para refrenar á los Piratas Moros, fué enviado al Africa Don Francisco de Toledo con veinte y cinco

galeras. Recorrió aquellas costas sin utilidad alguna, y habiendo desembarcado sus tropas, tomó por fuerza el pueblo, y le incendió y destruyó, á pesar de haber acudido la caballería Mora para vengar esta injuria, y volviendo á embarcar en órden su gente con la presa que habia hecho, se retiró prontamente al Estrecho de Gibraltar. Los Javeques de los Piratas hacian continuos daños en nuestras costas, y nunca se habia puesto el competente remedio. Desde Cadiz hasta los montes Pirineos tenian los Españoles atalayas y guarniciones para impedir los desembarcos de los Piratas, enemigos molestos y continuos, que impidiéndonos la navegacion causaban increibles perjuicios á nuestro comercio marítimo; por lo qual se trasladó quasi todo el trafico á los Franceses, que podian sulcar impunemente estos mares, por la amistad que tenian contrahida y renovada muchas veces con los Moros. Sea esto dicho para que no se culpe á los nuestros de desidiosos y opuestos al comercio y á la navegacion, y para que velen sobre esto los que deben hacerlo.

La venida de la armada Otomana causó en este año gran consternacion en las costas de Italia; pero el Conde de Olivares, y el Duque de Maqueda, Vireyes de Nápoles y Sicilia, procuráron con el mayor cuidado que no padeciesen daño alguno. Regio se hallaba fortificado con obras, y con una poderosa guarnicion, y Don García de Toledo y Don Pedro de Leyva habian juntado las galeras Napolitanas, y Sicilianas á fin de hacerse prontamente á la vela adonde les llamase el peligro. Dispuestas de este modo las cosas con grande expectacion de todos, arribó Cigala con una armada de quarenta galeras, y habiendo dado libertad á un Español de los que remaban, le envió al Duque de Maqueda, que se hallaba en Mecina, pidiéndole permiso para hablar á su carísima madre, pues deseaba con ansia llegar á sus brazos, y que la recompensa de este beneficio seria el abstenerse de hacer daño alguno en los dominios de España. Concedióselo con mucha benignidad y cortesía el Du-

que de Maqueda, pero con mucha cautela, y recibiendo rehenes para evitar qualquier oculta asechanza. Fué pues, conducida Lucrecia, madre de Cigala, en dos galeras con dos hijos, una hija, y sus pequeños nietos, y con exquisitos presentes de manjares delicados, y fué recibida por su hijo con increibles demostraciones de amor entre lágrimas y sollozos. Despues de haberse saludado recíprocamente, y reiterado muchas veces los abrazos, se sentáron á la mesa, y para aumentar la alegría del convite no cesó de disparar la artillería. Concluido este regocijo, regaló Cigala esplendidamente á todos los que acompañaban á su madre, y se retiró con su armada cumpliendo fielmente su palabra. Navegó desde alli á la isla de Gozo, pero fué rechazado con ignominia y pérdida por el valor de su guarnicion, digna ciertamente de eterna memoria, y despues se restituyó á Constantinopla.

Habia decidido el César la controversia sobre el Principado de Final, que duró muchos años entre el Marques Careto y sus habitantes, que rehusaban obedecerle; y habiendo muerto por este tiempo el Marques cargado de años, y sin dexar sucesion, determinó ántes vender aquel Principado. Inmediatamente los Genoveses pusiéron en él la mira para unirle á sus inmediatos dominios, y ya tenian prevenido el dinero, pero se adelantó el Rey Don Felipe por medio de su Embaxador en la Corte del César, á cuyo arbitrio estaba el Principado. Venció al fin el Rey de España, y se le adjudicó á título de feudo, para que los Españoles que arribasen allí por mar tuviesen libre el camino á la Lombardía, y á los demas estados de la casa de Austria.

Por estos tiempos buscando Sebastian Lopez un tesoro en un sepulcro cerca de Granada, descubrió unas planchas de plomo escritas, y unos huesos y cenizas de doce Mártires, segun manifestaban las inscripciones. Divulgóse la fama de este hallazgo, que causó gran conmocion en los ánimos, y todos le creian verdadero con sencilla piedad. Estos monumen-

tos eran de los principios del Imperio de Neron, y de los primeros años de la Iglesia, y se creian descubiertos por un singular beneficio divino. Concurriéron en procesion los ciudadanos de todas clases y estados, para venerar aquel lugar enriquecido con tan celestial tesoro, y haciendo votos y oraciones, y segun la costumbre del vulgo, calificáron por cierto lo que todavía necesitaba de exámen. Acudió á la cueva el Arzobispo Don Pedro de Castro, y reconociéndolo todo, recogió las reliquias, y entregó á algunos hombres doctos las láminas escritas en lengua Española y Arabe, mucho mas recientes en España que el tiempo á que se referian, para que las exâminasen: de lo qual se originó una gran discordia entre los ciudadanos; porque los hombres sabios las juzgaban falsas y escondidas por algun impostor, y otros arrebatados de una ciega piedad, tenian aquellos huesos por verdaderas y genuinas reliquias de Mártires, y por consiguiente decian que debian ser veneradas. Finalmente se remitió este negocio al Papa para que lo decidiese, y desde entónces se dió el nombre de Sacro Monte al parage de donde habian sido desenterradas.

CAPITULO XIV.

ENFERMEDAD Y MUERTE DEL REY DON FELIPE: CARACTER Y VIRTUDES DE ESTE MONARCA. ES PROCLAMADO REY EL PRINCIPE DON FELIPE SU HIJO.

En este estado se hallaban las cosas, quando el Rey Don Felipe consumido de una calentura lenta por espacio de tres años, y atormentado con los agudísimos dolores de la gota, á que se le juntó la hidropesía, parecia que no podia vivir mucho tiempo. Conociendo pues que se acercaba su último dia, quiso que le llevasen al Escorial, y habiéndole ad-

vertido que la agitacion del camino le pondria en peligro de morir, respondió: „Yo mismo seguiré mis funerales hasta el sepulcro" Cincuenta y tres dias estuvo postrado boca arriba y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su ánimo contra aquella multitud de dolores y miserias, conservando la serenidad de su semblante. Entretanto enviaba dones y ofrendas á las Iglesias y santuarios á fin de aplacar á Dios, que era el objeto de todas sus oraciones, y en todas partes se hacian fervorosas rogativas por su salud. Lavaba freqüentemente las manchas de su alma por medio de la confesion, protestando que queria descargar su conciencia, y no omitir para esto diligencia alguna. Comulgó muchas veces con admirables demostraciones de piedad, y gran recogimiento de ánimo, que se manifestaba aun en su mismo rostro. Para disponerse al último combate, pidio con mucha instancia el santo Sacramento de la Extrema Uncion, la que le administró el Arzobispo de Toledo, y la recibió con tanta tranquilidad de ánimo en medio de los cruelisimos dolores que sufria, que parecia estar enagenado de todo sentimiento. Mandó á su hijo y heredero del reyno que se hallase presente á este acto: „para „que entre la magestad y elevacion peligrosa del tro- „no se acordase que era mortal, y que llegaria el „dia en que se viese en el mismo lance; por lo qual „debia tener siempre á la vista el exemplo de su pa- „dre, para que él mismo lo practicase quando se „hallase en igual estado." Conversaba algunas veces con varones pios y religiosos, discurriendo sobre el desprecio del mundo y su miseria, sobre la separacion del alma de los vínculos y lazos del cuerpo, y sobre la estrecha cuenta que habia de dar al Juez supremo, y sobre otras cosas semejantes, con grande entereza de ánimo. Dos dias ántes de morir llamó á su presencia al Príncipe Don Felipe y á la Infanta Doña Isabel, á quien siempre habia amado en extremo, y les echó su bendicion, haciendo con la mano la señal de la cruz. Encargóles con el mayor cui-

dado que guardasen, y defendiesen la religion cathólica, y les dió muy saludables consejos para el buen gobierno del reyno, y para vivir santamente. Despues arregló y dispuso el órden que se habia de observar en sus funerales y entierro, que en todo habia de ser comun y vulgar, y otras prevenciones relativas á su última partida. En esto tenia ocupados enteramente todos sus pensamientos, y conservaba una tranquilidad y entereza de espiritu nada comun en aquel trance. Hizo tambien que le llevasen á su quarto el atahud en que debia ser depositado su cuerpo, y que se le pusieran delante; para considerar en aquel triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida. Finalmente quando conoció que se le iban acabando las fuerzas, mandó que le llevasen un crucifixo que su padre el César Cárlos tuvo en su mano al tiempo de espirar, y teniéndole en la diestra, y en la izquierda una vela encendida con la imágen de la Vírgen María, que se venera en Monserrate, bañado todo en lágrimas, y con un afecto fervoroso imploró la divina clemencia y el perdon de sus culpas. Sus últimas palabras fuéron que moria cathólico y obediente hijo de la Iglesia Romana. Luego que dexó de hablar volvió los ojos al crucifixo que tenia en su mano, y de este modo espiró tranquilamente el Domingo trece de Septiembre al amanecer, hallándose en los setenta y un años de su edad, á la que se dice que no llegó otro de los Príncipes de la casa de Austria.

Verdaderamente fué un gran Rey, cuyo poder admiraba y temia todo el orbe. Sin embargo, en tan elevada fortuna fué modesto, prudente, grave, piadoso, y tan amante de la verdad, que no podia tolerar que ninguno mintiese ni aun en chanza. Fué mucho mas célebre por su talento en el manejo y despacho de negocios desde el retiro de su gabinete, que en la pericia militar, cuya profesion aborrecia en cierto modo, ó por natural carácter, ó por el contrario hábito de dirigir todas las cosas con la pluma, léjos del tumulto de la guerra, ó por uno y otro. Acostumbrado pues desde niño á la Corte, y al

exámen de los negocios civiles, era muy poco inclinado por su natural y por su educacion al estruendo de Marte, y estaba persuadido que la magestad regia no debia sostenerse con la fuerza, sino con el consejo apartado del peligro. Tenia además otras causas que le retrahian de la milicia personal, pues la dilatada extension de su imperio, que abrazaba las dos extremidades del orbe, exîgian de él que repartiese sus cuidados en tan varias y tan distantes regiones, y que su espíritu se hallase en todas partes. Punzábale tambien el cuidado y solicitud de corregir y arreglar muchas cosas así sagradas como profanas, que con las largas ausencias de su padre, y sus continuas guerras en paises remotos, se hallaban abandonadas y descuidadas, y finalmente los excelentes Generales que se educáron en las campañas del César, desempeñaban tan cumplidamente su ministerio, que de ningun modo era necesaria su presencia; pero con su gran juicio y prudencia dirigia las operaciones de todos. Por esto pues, hizo las guerras por medio de sus Tenientes, las que ciertamente fuéron perpetuas contra los enemigos de la religion cathólica, y era tal su piedad, que jamas pudo resolverse á hacer paces con ellos. Fué muy diestro en encubrir sus defectos con tanta modestia y gravedad, que inspiraba en los ánimos de todos la mayor reverencia á su persona. La perspicacia de su talento le adquirio el renombre de prudente. Solo se echaba de menos en él la popularidad paternal y algo de mas suavidad en su trato. La piedad fué la virtud que sobresalió en el Rey Don Felipe, de la qual dexó á cada paso ilustres monumentos en tan vasto imperio. Edificó á su costa Colegios, Monasterios, Iglesias y Hospitales, y reedificó tantos, que seria obra muy prolixa el referirlos por menor. Procuró que se estableciesen algunas nuevas Diócesis, y que la de Burgos se erigiese en Arzobispado. En el Escorial, la mas admirable de todas sus obras, expendió veinte millones. Enriqueció la biblioteca con libros muy exquisitos. Hizo imprimir la sagrada Biblia en Amberes, con mucha hermosura y magnificencia, valién-

dose para esta empresa de Benito Arias Montano, varon de singular doctrina, de cuya obra si emprendiese hablar, excederia los límites de la brevedad que me he propuesto en esta historia, por lo que remito al lector á los Prolegómenos de ella, para que conozca su grandeza y el aprecio que merece. Estableció un archivo general en la fortaleza de Simancas, habiéndola añadido nuevas obras, y cuidó se recogiesen en él las escrituras y documentos públicos, así sagrados como profanos, que ántes se hallaban dispersos en muchas partes, y que se custodiasen con gran diligencia. Hizo fortificar y guarnecer las costas de América y España, erigiendo en ellas fortalezas y atalayas para alejar á los piratas; y finalmente fabricó astilleros, puertos y otras innumerables obras públicas para el resguardo y defensa de estos reynos. Recogió, alimentó y socorrió á los Obispos Ingleses, Irlandeses, Griegos y Armenios expulsos de sus Diócesis, y á todos los cathólicos perseguidos, con una piedad digna de eterna alabanza, de tal modo que España era el hospicio y asilo de todos quantos padecian por causa de religion. Reprimió con mucha severidad, y aun extinguio enteramente los perniciosos partidos de los Grandes. Mandó á los Consejeros que vistiesen la toga, para que este trage los conciliase la veneracion y respeto de todos. Anuló por medio de una pragmática los vanos títulos, que con excesivo fausto y arrogancia se atribuian los nobles unos á otros, y señaló el tratamiento que correspondia á cada clase, imponiendo penas á los contraventores. Fué aficionado al estudio de la Matemática, de la Historia, y de la Filosofia Moral. La estatura de su cuerpo era regular, y algo mediana, su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que despues se mudó con la edad en venerables canas: sus ojos azules y rasgados, en que se manifestaba la magestad de su persona, no ménos que en su modo de andar: finalmente todo su exterior era venerable y lleno de decoro.

Despues de celebradas sus exêquias entre lágrimas

y gemidos, fué encerrado su cadáver en una caxa de plomo sin embalsamarle ni tocarle, como él lo habia mandado, y se colocó en el panteon Real. Don Felipe su hijo escribió en el mismo dia al sumo Pontífice, dándole noticia de la muerte de su padre, y le rogó con muchas súplicas que le tuviese en lugar de hijo. Concluido el funeral se restituyó el Rey á Madrid, donde se celebráron magníficas exêquias, con insigne pompa por el alma de su difunto padre. Tambien se hiciéron en todos los dominios de España, y aun en muchas partes de Europa, cuyos Príncipes no podian olvidar los beneficios que de él habian recibido. Cumplido que fué el novenario, se mudó el luto en alegre gala y esplendido adorno, y en el Domingo once de Octubre fue proclamado Rey de las Españas Don Felipe Tercero de este nombre, tremolándose los pendones segun la costumbre de la nacion. El nuevo Rey eligió por su primer Ministro para que le ayudase en el gobierno á Don Francisco de Sandoval Marques de Denia, y habiéndole elevado al grado mas alto de favor y autoridad, le condecoró con el título de Duque de Lerma. Inmediatamente comenzó el Rey á mudar los empleados en la Corte; y porque con la larga enfermedad de su padre se hallaban abandonados muchos negocios, dirigió todos sus cuidados á poner el debido remedio.

El reyno de Portugal padecia escasez de granos á causa de que con la anterior guerra habia decaido mucho el cultivo de los campos. Tratóse despues de su alivio, y al mismo tiempo se aplicáron medios oportunos para que no se propagase mas la peste que afligia á la Andalucía. Deliberóse tambien sobre la guerra para vengar las injurias que habian hecho los Ingleses, y á este fin se hiciéron en el invierno los preparativos de naves, armas y tropas, para llevarla en el primer buen tiempo á las costas de Inglaterra; pero fuéron vanos estos grandes conatos, pues las fuerzas de España se disminuian mas cada dia. Con mayor actividad se trataba entónces de las bodas del Rey, que debian celebrarse en Valencia, para lo

qual escribió Don Felipe á los Magistrados unas cartas llenas de benevolencia, y esta noticia causó extraordinario regocijo en toda la ciudad. Acudió á ella Doña Juana de Velasco, viuda del Duque de Gandía, que estaba nombrada por Camarera de la Reyna, acompañándola Cárlos su hijo, jóven de excelente índole.

Entretanto se puso en camino la esposa Margarita con María su madre, que era hija del Duque de Babiera, y muchas damas de la principal nobleza de Flandes, y la acompañaba Alberto con una espléndida comitiva. Luego que llegó á Trento, recibió la triste noticia de la muerte del Rey Don Felipe. Vistióse al instante de luto, y despues de celebradas las exêquias reales, volvió á continuar su viage. Habiendo entrado en el territorio Veneciano, fué festejada por el Senado con todo género de obsequios, á los que correspondió ella con muchas señales de gratitud, y con régia magnificencia. Viniéron los Diputados de Milan, que eran hombres muy ilustres, con su Gobernador Velasco, y grande comitiva de nobles Lombardos, y Españoles para ofrecerla sus respetos; y acompañándola estos y los Ministros Venecianos, llegó á los confines de Mantua, donde fué recibida con magnífica pompa, y ostentosa opulencia por el Duque Vicente Gonzaga. Desde allí embarcándose en el Pó en una nave ricamente adornada, pasó á Ferrara donde la esperaba el Pontífice. Saliéron de la ciudad diez y nueve Cardenales, acompañados de muchos nobles, para recibirla, y darla el parabien, y la conduxéron al palacio Pontificio con grandes demostraciones de obsequio. Despues de haber besado el pie al Papa, dió este un convite magnífico á la Reyna, á María su madre, y á Alberto, sirviendo á la Reyna Velasco, y los Duques de Gandia y de Sesa. Finalmente el Domingo quince de Noviembre dexó el luto, y habiendo vuelto á vestirse de gala, pasó con gran pompa y extraordinario concurso de gentes á la Iglesia Catedral, adonde se habia adelantado el Papa. Celebró Misa Pontifical, y en ella Alberto, que tenia los poderes del

Rey Don Felipe, dió la mano en su nombre á Margarita, doncella muy hermosa que se hallaba en los catorce años de su edad, echándoles la bendicion el mismo Pontífice. Despues de esto se acercó al altar el Duque de Sesa, que era Embaxador del Rey cerca del Papa, y le presentó las cartas de Doña Isabel, en que prometia casarse con Alberto, y tambien se celebráron en el mismo acto solemnemente los esponsales de éste. El Pontífice regaló á la Reyna la rosa de oro, que él mismo habia bendecido, y despues se entregó toda la ciudad á fiestas y regocijos, para divertir y obsequiar á la Reyna. En aquel dia comiéron los Príncipes con el Pontífice, con la misma esplendidez y opulencia con que los regaló en el convite anterior, y por la noche se juntáron en palacio sesenta matronas de las mas nobles, y formáron un bayle de máscara, pero con mucha compostura y honestidad, y con gran complacencia de todos los concurrentes. Hubo tambien comedias, y otros espectáculos alegres, en que los Ferrarienses diéron pruebas de su magnificencia. Desde allí pasáron á Mantua donde habia extraordinarios preparativos de grandeza, y concurrió una increible multitud de gentes. Pasados nueve dias, marcháron por Cremona á Milan, donde fué recibida la Reyna con tanta magnificencia, que excedió y superó aquella ciudad á todas las demas. Entre los arcos de triunfo que la adornaban, erigiéron uno de mármol para perpetua memoria, trabajado con admirable artificio, y adornado de estatuas y inscripciones elegantísimas; y finalmente no perdonáron trabajo ni gasto alguno para festejar á la Reyna, y manifestar en todo su grandeza. Hubo juegos de cañas y parejas, en las que los nobles Lombardos vestidos con exquisitas galas, hiciéron ostentacion de su destreza. Visitaban los Príncipes las Iglesias y Monasterios con admirable piedad, y con laudable exemplo se ocupaban continuamente en actos de religion.

Entretanto que esperaban el tiempo oportuno de la primavera para navegar, pasó el Saboyano á Mi-

lan para cumplimentar á la Reyna, y despues de satisfacer á los deberes de la urbanidad, se detuvo allí algunos dias. Creyóse entónces que habia tratado en secreto con Alberto algunos negocios de grande importancia; pero no debemos referir aquí los rumores vanos y futiles que corriéron en el vulgo. Los demas Príncipes, y ciudades libres enviáron tambien sus Diputados para obsequiar á la Reyna; y el Cesar la dió el parabien por medio de su Legado Adam Urcabestein. El Reyno de Nápoles le envió una esplendida embaxada, cuyo principal Ministro era César Dávalos, trayéndola regalos muy preciosos, cuyo valor llegaba á cincuenta mil escudos. Permaneciéron en Milan sesenta y cinco dias miéntras pasaba lo rigoroso del invierno, y desde allí partió la comitiva á Pavía, y despues á Genova; y en todos los pueblos por donde transitaba fué recibida con la mayor alegría, y obsequio. El dia diez y ocho de Febrero de mil quinientos noventa y nueve se embarcó 1599.
en la armada de Doria que estaba prevenida á este fin, y siguiendo las costas, navegó á Marsella con trabajo, porque todavía se hallaba el mar enfurecido con los vientos del invierno. Deseoso el Duque de Guisa, que gobernaba aquella provincia, de congratularse con el Rey de España, convidó á los Príncipes á que parasen en la ciudad, para descansar de las fatigas del mar, y con efecto habiendo salido á tierra los obsequió extraordinariamente, y aun les envió las llaves de las puertas. Agradeciéronselo mucho los Príncipes; pero rehusáron cortesmente el hospedage que les ofrecia, disculpándose con la necesidad que tenian de acelerar el viage. La navegacion fué lenta, por la contrariedad de los vientos, y habiendo pasado el golfo de Narbona con gruesa mar, continuó la armada costeando las playas de Cataluña con mas apacible temporal; y finalmente llegó sana y salva á Vinaroz, pueblo situado en la extremidad del Reyno de Valencia.

CAPITULO XV.

EL REY DON FELIPE CELEBRA EN VALENCIA SU CASAMIENTO CON MARGARITA DE AUSTRIA, Y EL ARCHIDUQUE ALBERTO CON LA PRINCESA ISABEL, Y FIESTAS CON ESTE MOTIVO.

Las Reales bodas habian desterrado de España el luto; y en sus preparativos no se omitió gasto ni trabajo alguno. Los Valencianos siempre zelosos en el obsequio de su Rey, comenzáron con grande actividad á disponerlo todo, para que en aquella fiesta no faltase cosa alguna al adorno y al regocijo. A este fin limpiáron y reparáron los caminos, previniéron hospedages, y compusiéron magníficamente la puerta, que conduce al palacio Real. Poco tiempo ántes habian levantado algunos parapetos de piedra quadrada para contener el rio, pues en el año de ochenta y uno entró en la ciudad con tanto ímpetu, que arruinó parte de sus muros. Miéntras se ocupaban con mucho ardor los Valencianos en estas cosas, partió el Rey de Madrid á mediados de Enero con Doña Isabel su hermana, acompañándole el Duque de Lerma, y el Conde de Lemos nombrado Virrey de Nápoles, y otros muchos nobles. Recibiéronle á la entrada del Reyno los Magistrados, y el Arzobispo Don Juan de Rivera, que tambien habia salido á su encuentro para darle el parabien, y vino á Xativa, donde entró debaxo de un palio de oro, siguiéndole Doña Isabel en una carroza de seis caballos. Las calles estaban muy adornadas, y con magníficos arcos, y todas las paredes vestidas con tapicerías y telas de seda, de que es muy abundante aquel territorio. Fué conducido á la Iglesia mayor, y despues de haber hecho oracion en ella, se encaminó al palacio que le tenian prevenido con admirable ornato. Al dia

siguiente subió á la fortaleza, y se disparó la artillería en señal de regocijo. Desde Xativa pasó á Denia convidado por el Duque de Lerma, á quien pertenece aquel pueblo, y le hizo muchos presentes. Visitó la ciudad y la fortaleza, y se embarcó muchas veces por diversion en una hermosísima galera de dos órdenes de remos. Miéntras que aguardaba allí á su esposa Margarita, fué obsequiado y festejado extraordinariamente con los juegos que hizo la nobleza Valenciana, y con espectáculos y otras fiestas. Vino despues á Oliva, villa opulenta, y desde allí pasó á Cullera, situada en la desembocadura del rio Xucar, de donde navegó á Valencia por aquella amena ribera con doscientos barcos. Desembarcó á quatro millas de la ciudad, y salió al camino inmensa multitud de sus habitantes.

El dia siguiente, que era el diez y nueve de Febrero, comió en el convento de Religiosos Franciscanos llamado de Jesus, extramuros de Valencia; y despues de haber asistido á vísperas, le besáron la mano los Inquisidores, y el Arzobispo con todo su Cabildo, y finalmente los Oidores de la Audiencia, y todos los demas que tenian empleos públicos. En la puerta de San Vicente que mira al medio dia, fué recibido el Rey debaxo de un palio de tela de oro, que llevaban alternativamente los Magistrados y los Grandes. Iba delante el Duque de Lerma montado en un generoso caballo, llevando la espada desnuda. Seguia Doña Isabel conducida en una carroza con grande acompañamiento de nobles, y rodeada de Alabarderos y Guardias Españoles y Alemanes, que con mucho trabajo apartaban del paso al inmenso gentio. Habiendo entrado de este modo en aquella hermosísima ciudad, con grande aplauso del pueblo, se dirigiéron á la Iglesia Catedral, llevando el Rey D. Felipe á su diestra á Doña Isabel, y luego que hiciéron oracion, saliéron por la puerta que va al palacio Real, y pasando el puente, llegáron á su hospedage adornado con extraordinaria magnificencia. La innumerable multitud de luces que guarnecia las ventanas

convirtiéron aquella noche en claro dia, y se disparó inmensa cantidad de fuegos artificiales. Las diversiones, y regocijos continuáron por espacio de muchos dias. Hubo mascaras en las que corrió el Rey disfrazado, y tambien asistió con la Infanta Doña Isabel á los bayles de señoras nobles en el palacio del Virey Conde de Benavente. Entre tantas alegrías no faltáron convites exquisitos y abundantes, y espectáculos de mogiganga, en las que hizo de Bufon Lope de Vega, aquella abeja de las musas y nueva Sirena. Muchos hombres festivos y alegres corrian por todas partes, y se burlaban de todos con chistes agudos y picantes, para excitar la risa y diversion de la plebe.

A todos estos regocijos se siguiéron despues las cosas serias. Juró el Rey solemnemente en la Iglesia mayor los privilegios é inmunidades de la nacion, y los Magistrados á nombre de ella hiciéron el acostumbrado juramento de fidelidad, y obediencia. A este mismo tiempo llegó Don Rodrigo de Castro Arzobispo de Sevilla, y le hospedó el Virey con mucha magnificencia. Concurrió tambien Camilo Cayetano Nuncio Apostólico, y poco á poco fuéron viniendo los Embaxadores, Obispos, y gran número de grandes y nobles. Entretanto se divertia el Rey en la caza de aves y fieras; y asistia en las Iglesias á los divinos oficios, con la piedad que habia heredado de sus mayores. Mandó al Arzobispo de Sevilla que pasase á Vinaroz para recibir á la Reyna, acompañándole los Condes de Lemos y Alba de Liste, con otra mucha nobleza. Finalmente el Domingo veinte y ocho de Marzo arribó la armada compuesta de cincuenta y una galeras, adornadas hermosamente con las banderas y gallardetes, que formaban un espectáculo muy vistoso. Hizo pues una descarga general de la artillería que casi ocultó la luz del sol con el humo. La Capitana abordó á un puente de madera que se habia levantado sobre estacas, y estaba cubierto de tapicerías, por el qual baxó la Reyna, recibiéndola con gran pompa el Arzobispo de Sevilla, con la co-

mitiva de nobles. El dia siguiente llegó á la Villa de San Mateo, donde se presentó el Duque de Lerma en nombre del Rey, para darla el parabien de su llegada. Desde allí se encaminó á Morviedro, tan célebre en la antigüedad con el nombre de Sagunto, que dista doce millas de Valencia, y el sábado de Ramos entró en este pueblo, habiéndola recibido la justicia baxo de un palio de tela de oro, con grande regocijo de todos sus habitantes. Detúvose en Morviedro diez y seis dias, para venerar la memoria de la pasion y muerte de nuestro Redentor Jesu Christo. El Archiduque Alberto corrió á Valencia á visitar á su esposa Doña Isabel, y inmediatamente marchó á Madrid, para abrazar á su madre y hermana. Deseoso tambien el Rey Don Felipe de ver á su esposa, vino á Morviedro acompañado del Duque de Lerma, y habiendo ocultado quien era, entró sin detenerse en el quarto donde se hallaba Margarita. Conmovióse ésta algun tanto, y manifestó á sus damas el desagrado de que dexasen entrar aquel hombre sin pedir ántes permiso; pero una de ellas que le conocia, exclamó que era el Rey, y al punto se convirtió la indignacion en alegría. Saludáronse recíprocamente, y conversáron largo rato, haciéndose uno á otro muchas preguntas; y estando ya muy entrada la noche se volvió el Rey á Valencia, con hachas encendidas por todo el camino.

Entretanto volvió de Madrid Alberto, y llegó el dia destinado para la partida, en el que vino Margarita al Monasterio de Gerónimos llamado de S. Miguel de los Reyes, y pasó allí la noche. Al dia siguiente, que era el Domingo de Quasimodo, entró en la ciudad vestida con una ropa de colores, esmaltada de piedras preciosas, dispuestas con tal órden y variedad, que su multitud competia con el artificio de la obra; y llevaba el cabello recogido con una cinta de oro, que resplandecia con piedras de inestimable valor. Habia subido en una hacanea blanca con silla de oro, y muy hermosos arreos. Saliéronle al encuentro una increible multitud de hombres, mu-

geres y muchachos de uno y otro sexô, y estaban llenas las calles, las murallas y aun los tejados, por el deseo que todos tenian de verla. Iba delante el Conde de Benavente, con la nobleza Valenciana exquisitamente vestida. Levantáronse muchos arcos triunfales con multitud de versos Latinos y Españoles, en que sudáron los ingenios, porque en aquel tiempo florecian muchos hombres doctos; y de trecho en trecho habia unos carros que figuraban grandes peñascos, y en ellos coros de ninfas, que danzaban al son de la música, y otras muchas invenciones muy varias, y agradables. Escoltaban á la Reyna ocho Grandes, y llevaban el palio de oro los Oidores y su Regente Dimas Pardo. Seguíase María de Baviera su madre, la Princesa Doña Isabel, y la Duquesa de Gandía Camarera mayor con doce damas todas á caballo con jaeces de plata, llevando al lado cada una de ellas un noble para su custodia. Por toda la carrera estaban las paredes cubiertas con mucha pompa de preciosas telas, pinturas y otros adornos; y para que no faltase cosa alguna al deleyte, se quemaban en todas las calles aromas exquisitas, y habia admirables conciertos de voces, é instrumentos músicos. Verdaderamente no habian visto los nacidos unas fiestas tan ostentosas, ni en que mas sobresaliese la alegría pública y particular, y la magnificencia de los Valencianos excede á toda ponderacion. Finalmente se encaminó con grande órden toda esta pomposa comitiva, en medio de infinitos aplausos, á la Iglesia Catedral, siguiéndose los Grandes vestidos con las mas ricas y costosas galas, y compitiendo unos con otros en la lucida multitud de criados que los acompañaban. En la puerta llamada de los Apóstoles se levantó un puente de madera, adornado con tapicerías texidas con hilo de oro; y habiendo dexado en este lugar el palio, se apeo la Reyna, dándola el Rey el brazo, y lo mismo hizo Alberto con Doña Isabel. Entráron en la Iglesia donde hiciéron oracion, y á la hora de las ocho se dió principio á la misa Nupcial, que celebró el Arzobispo;

y hacia de Maestro de ceremonias el Obispo de Orihuela. Fuéron los padrinos Alberto y Doña Isabel, y en todo este tiempo resonó en la Iglesia una armoniosa música. Despues celebró tambien el Nuncio Camilo Cayetano, y desposó á Alberto con Doña Isabel, siendo sus padrinos el Rey y la Reyna. Concluida la funcion, comenzó la comitiva á marchar al palacio. El Rey y Alberto iban á caballo, y la Reyna y todos los demas en carroza, y llegáron á las diez. Cenáron en tres mesas distintas, en una los novios, en la segunda los Prelados, y en la tercera los Grandes. La opulencia, variedad y delicadeza de los manjares, se puede juzgar por todo lo demas que hemos referido. Acabada la cena, se dió principio al bayle segun la costumbre, comenzando los novios con sus esposas, y siguiendo despues los grandes con las matronas y doncellas nobles, y todos danzáron con mucha honestidad y compostura, y con grande aplauso y complacencia de todos los concurrentes. Al dia siguiente se celebró la fiesta de San Vicente Ferrer con extraordinario concurso del pueblo; porque los Valencianos tienen singular devocion y afecto á su santo compatriota, y la procesion fué muy lucida. Viéronla los Príncipes con mucha piedad y regocijo, á cuyo fin se encaminó por delante de palacio, aunque no era esta su acostumbrada carrera.

CAPITULO XVI.

CONTINUACION DE LAS FIESTAS DE VALENCIA. PONENSE EN CAMINO ALBERTO Y ISABEL PARA BARCELONA, DONDE SE EMBARCAN PARA ITALIA. ES JURADO EL REY EN BARCELONA.

Por este mismo tiempo pasó á Madrid María de Baviera, deseosa de ver á la Emperatriz María, y á Margarita su hija, que mucho tiempo ántes se habia encerrado en el Monasterio de las Descalzas, para dedicarse enteramente á Dios. Acompañáronla por obsequio en este viage muchos nobles Valencianos y Castellanos, y desde Madrid partió á Barcelona, para restituirse á Italia en la armada. Entretanto continuaban en Valencia las fiestas y regocijos, para divertir y obsequiar á los Reyes y á los Príncipes. Habiendo ido estos un dia á la Universidad, fueron recibidos con esplendida pompa por el Rector Christobal Frigola, y los Catedráticos de todas las facultades. Halláronse presentes á unas conclusiones; y Blas García, profesor en Retórica, hombre docto y de grande eloqüencia, los congratuló con una oracion que compuso de repente. Las damas Valencianas convidadas por el Magistrado de la ciudad, se juntáron en un pórtico muy adornado, y de hermosa arquitectura que domina á la plaza para festejar á la Reyna. Asistió ésta con el Rey y los Príncipes acompañados de muchos nobles y grandes, entre los quales sobresalian el de Lerma, Benavente, Alburquerque, Náxera, Gandía, Infantado, Orange y Aumale, todos con grande esplendor. Del mismo modo concurriéron las señoras que servian á la Reyna, preciosamente vestidas y adornadas con ricas joyas. El Gobernador tenia dispuesto un refresco en que se sirviéron innumerable variedad de dulces y pastas en

bandejas de oro, habiéndose olvidado enteramente la antigua frugalidad, porque ya en aquel tiempo habia llegado el luxo á lo sumo en todas las cosas, y el deseo de agradar á los Príncipes, movia á aquella nacion á trastornar los límites de la sobriedad, que les es tan propia. Servianse tambien con la misma profusion todo género de helados. Juntóse á esto una excelente y numerosa música, y entretanto se quemaba toda suerte de aromas, que derramaban por todas partes una fragancia deliciosa. Hubo finalmente un bayle hasta muy entrada la noche, en el qual se aventajáron las damas Valencianas por su destreza y donayre. Corriéronse toros y cañas, para que no faltase cosa alguna al regocijo de los Príncipes. El Rey Don Felipe condecoró con el collar del toyson de oro á Alberto, á Doria y su hermano el Príncipe de Molfeta, y el Duque del Infantado obsequió á los nuevos caballeros con un esplendido convite. Y como todos deseaban festejar á los Reyes, Doria que estaba al ancla con doce galeras, dispuso un banquete en la capitana, y dió á los Príncipes una comida muy exquisita y opulenta, que hizo muy agradable el estruendo de la artillería, la armonia de la música, y la hermosísima vista del mar. Despues de esto, se embarcó el Conde de Lemos para Nápoles, y á principios de Mayo se despidió el Arzobispo de Sevilla y algunos de los Grandes, y se restituyéron á sus casas. Miéntras tanto, se empleaban los Príncipes en visitar con mucha piedad los Monasterios de Religiosas y las Iglesias, haciendo oracion en ellas. Finalmente habiéndose despedido de los Magistrados de la ciudad, se pusiéron en camino para Barcelona el dia quatro de Mayo, haciendo el viage alternativamente por mar y por tierra.

En Tarragona permaneciéron tres dias, y los obsequió esplendidamente el Arzobispo Don Juan de Teres. Cerca de Barcelona saliéron á tierra obligados por una tormenta, y se encamináron á Monserrate, donde se detuviéron otros tantos dias, y hiciéron presentes de alhajas de plata de mucho peso á la Vir-

gen, que se venera en aquel santuario. Entráron al fin en Barcelona, y fuéron recibidos con tanta magnificencia, que no es posible ponderarla. María se volvió luego á Madrid, y habiéndose despedido los Príncipes entre muchas lágrimas y recíprocos sollozos, se separáron unos de otros, y el dia ocho de Junio se hiciéron á la vela Alberto y Isabel en las galeras. El Rey y la Reyna quedáron muy tristes con su partida; pero disimuláron en público el dolor que cada uno tenia, para no turbar la alegría del público, que se manifestaba tan gozoso con su presencia. Pero habiendo recibido la noticia de que los Príncipes habian llegado felizmente á Génova, se diéron á Dios solemnes gracias en todas las Iglesias, y se hizo una procesion por toda la ciudad, á que asistió el mismo Rey, con grande acompañamiento de nobles.

Celebró despues Cortes por espacio de treinta dias, en los que se arregláron muchas cosas concernientes al bien público, y prestáron los Catalanes el juramento de fidelidad al Rey, y éste por su parte el de conservar los privilegios é inmunidades de la nacion, concediéndola tambien muchas gracias. Parecióle que debia abstenerse por entónces de pasar á Aragon, pues por la parte que confina con Cataluña habia muchas enfermedades, y el tiempo era incómodo para caminar, por lo rigoroso de los calores del estío. Habian quedado en Barcelona diez galeras, y enviando delante sus equipages por tierra, se embarcó en ellas el Rey con parte de la comitiva para evitar el incómodo viage por tierra desde Tarragona á Tortosa, cuyo territorio es por su naturaleza desierto y seco, y lleno de peñascos y ásperas montañas. Volvió pues á Valencia, y los Magistrados le pidiéron y suplicáron que celebrase Cortes en aquella ciudad, á lo qual no condescendió, disculpándose con los grandes calores del verano; y dexando á un lado todas las cosas, se retiró á Denia á persuasion del Duque de Lerma para gozar de la alegría del mar. El Gobernador envió de regalo á la Reyna veinte y quatro caxas de todos tamaños, llenas de todo gé-

nero de confituras, asegurándola que aquel pequeño don era muy inferior á su voluntad. Concurria el Rey con freqüencia á la pesca de los atunes, y mató muchos de ellos por su mano con increible deleyte. Dedicábase con mas gusto á los espectáculos, á la caza y otras diversiones, que á los cuidados del gobierno, cuya culpa la atribuian al Duque de Lerma.

Los Aragoneses, á quienes habia dado palabra de celebrar Cortes, le enviáron Diputados para solicitar que lo cumpliese, y al mismo tiempo llegáron otros de Castilla, suplicándole que se restituyera quanto ántes á Madrid, donde era necesaria su presencia para el despacho, y expedicion de los negocios. Despues que empleó treinta dias en sus diversiones, se puso en camino, y pasó por Valencia en secreto. En Morviedro fué obsequiado magníficamente, y habiendo llegado por Teruel á Zaragoza, saliéron á recibirle el Virrey Duque de Alburquerque, y los Magistrados, con grande alegría y aplauso del pueblo. Mandó el Rey que se quitasen de los lugares públicos, y se diese sepultura á las cabezas de los que habian sido ajusticiados por causa de la sedicion anterior, lo qual fué en extremo agradable á todos los Aragoneses, como tan zelosos de su honra. Colmó de honores á algunos de la principal nobleza, y perdonó á los que padecian destierro, queriendo que se borrase del todo la memoria de las cosas pasadas. Visitó los templos con muchas muestras de piedad, y despues de algunos dias, hizo en la Iglesia Catedral el juramento de guardar las inmunidades de Aragon, y ellos por su parte el de fidelidad y obediencia. Arreglados algunos negocios, sobre los quales se disputó con mucho ardor entre los Ministros del Rey, dió palabra de que quanto ántes celebraria Cortes en Monzon, segun la costumbre de sus predecesores, pero que no podia diferir el restituirse á Castilla, donde le llamaban muchas cosas urgentes. Finalmente se puso en camino á largas jornadas, se detuvo algo en el Escorial por complacer á la Reyna que deseaba ver aquella magnífica obra, y desde allí re-

gresó á Madrid. La relacion de estos viages la escribió Felipe Gaona, noble Valenciano, como testigo ocular, pero muy prolixamente, aunque con verdad, que es lo principal de la historia. Su manuscrito lo hemos leido no sin fastidio, pues parece que se propuso abusar de la paciencia de los lectores. Gaspar de Aguilar, Poeta célebre, trató el mismo asunto en versos castellanos.

CAPITULO XVII.

PROSIGUE LA GUERRA DE FLANDES. LLEGAN ALBERTO Y DOÑA ISABEL A AQUELLAS PROVINCIAS. SITIA MAURICIO A NEUPORT CON UN GRANDE EXERCITO, Y NO PUEDE TOMAR ESTA PLAZA.

Miéntras que dentro de España todo respiraba alegría y regocijo, continuaba la guerra en Flandes con mucho furor. Habiendo sacado Mendoza en tiempo oportuno sus tropas á campaña, despues de otras varias tentativas que hizo, acometió de repente y con grande esfuerzo á la isla de Bomel, y tomó á Crevecour sin derramar sangre alguna, por la cobardía de su guarnicion. Estos felices principios le infundiéron ánimo para emprender cosas mayores, y entretanto que las disponia, prohibió el Cardenal Andres por un decreto que se habia acordado en España el comercio por tierra y por mar entre los Flamencos y Holandeses, porque habia manifestado la experiencia que con el permiso de negociar se aumentaban las riquezas de los rebeldes. Despues habiendo recibido de los banqueros de Amberes una gran suma de dinero, enviada de España en letras de cambio, se apresuró á venir á los Reales. Quejóse al Frances en vano de que contraviniendo á las condiciones de la paz últimamente ajustada, no ha-

bia procurado retirar como debia, los seis mil soldados con que socorrió á los Holandeses. Habia tambien otros indicios de la falta de sinceridad del Rey Enrique, pues disimuló con vergonzosa convivencia las tentativas de Bullon y Balane contra Philipebourg y Cambray. Mendoza pues, tenia resuelto en su ánimo apoderarse de Bomel, ciudad bien fortificada, y de toda la isla, que toma de ella su nombre, impidiendo á los enemigos la navegacion de los rios; pero emprendió esta obra mas tarde de lo que convenia, pues entretanto que se detuvo en hacer algunos preparativos, noticioso Mauricio del designio del Español, tan perjudicial á los Estados confederados, acudió prontamente con muchas tropas, y habiendo introducido un poderoso socorro, hizo insuperable una empresa que por sí misma era muy dificil. Echó tambien algunos puentes en los rios, y los Reales enemigos estaban muy próxîmos á la ciudad; y como se hallaban tan cercanos unos de otros, eran freqüentes y quotidianos los combates, salidas y emboscadas que se armaban recíprocamente, y la artillería nunca estaba ociosa. Hallábase en Bolduc el Cardenal con sus cortesanos, el qual habiendo conocido la dificultad de expugnar la ciudad, mandó levantar el sitio, y que en un parage oportuno se erigiese una fortaleza para alejar del rio á los enemigos. Encargó el cuidado de esta obra á Don Luis de Velasco, hombre intrépido y activo, y se echáron los cimientos en el confluente de los rios Mosa y Vahal, á seis millas de distancia de Bomel, siendo el arquitecto un Ingeniero Aleman muy hábil en su arte. Procuraba Mauricio impedirselo con los continuos tiros de su artillería, y Velasco le correspondia con la suya, habiendo gastado unos y otros mucha pólvora y balas, y derramado no poca sangre. Trabajáron y peleáron los nuestros con gran teson de dia y de noche, á pesar de que la artillería enemiga les disparaba incesantemente desde el rio, y mudáron muchas veces su campo. En esta contienda se pasáron quatro meses enteros, y al fin se concluyó la fortaleza, á la que

se dió el nombre de San Andres, y habiéndola provisto de todo lo necesario, fué encargada su defensa al Flamenco Nicolas Catrici, soldado de mucho valor, con una guarnicion de ochocientos hombres.

Concluido esto se volvió el Cardenal muy alegre á Bruselas; pero se le presentó á Mendoza otra dificultad, porque los Alemanes incitados por los Holandeses á vengar la injuria, que en el año anterior les hizo Mendoza en tomar por fuerza quarteles de invierno en su territorio, habian juntado un exército de veinte y cinco mil infantes y quatro mil caballos, para arrojar á los Españoles de Resa ciudad del Ducado de Cleves, que determináron combatir, llevando por su General al Conde de la Lipa. Defendíala Don Ramiro de Guzman, hombre muy valeroso y esclarecido, por las muchas campañas que habia hecho de capitan y de soldado, y á quien Mendoza habia enviado algun socorro conociendo el peligro en que se hallaba. Componíase la guarnicion de la ciudad de solo mil y quinientos soldados veteranos, entre los quales estaban mezclados algunos Flamencos y Borgoñones, y habiendo hecho una salida contra el campo de los enemigos, reconociéron que habia en ellos mas aparato que valor. Pusiéron los nuestros en fuga las centinelas, y claváron parte de la artillería, y la demas la conduxéron á la ciudad con grande ignominia y mengua de los Alemanes. Juntóse á esto una sublevacion que acaeció entre ellos, y levantando el sitio, se retiráron apresuradamente, y recibiéron algun daño en la retaguardia, y de este modo fué comenzada y concluida la guerra á un mismo tiempo. Finalmente con la llegada de Alberto fué restituida la ciudad al Duque de Cleves, y cesó por aquella parte el miedo de los enemigos.

Pasó Doña María á visitar la santa casa de nuestra Señora de Loreto, y desde allí se encaminó á Alemania su patria, y Alberto y Doña Isabel viniéron á Flandes por la Saboya y la Borgoña. El dia seis de Septiembre fuéron recibidos en Bruselas con regia magnificencia; y habiéndose allanado las difi-

cultades que se originaban de los privilegios de la nacion, los juráron primeramente en Lovayna, y despues en las otras provincias, y ellos mutuamente prometiéron la observancia de las inmunidades. Los principios del principado fuéron infaustos con las sediciones militares, que deshonráron en gran manera
el exército; y en el año primero del siglo siguiente 1600.
cometiéron los Alemanes y Walones la detestable maldad de entregar por dinero á Mauricio la fortaleza de San Andres, que habia costado tanta sangre y fatigas. Un Autor Flamenco dice que fué vendida en ciento veinte y cinco mil escudos de oro, y para colmo de su perversidad, lleváron las banderas al campo enemigo, con grande oprobrio de aquellas dos naciones: siendo la causa de tan lastimosa pérdida el no haberles pagado á tiempo su estipendio, y no es posible ponderar lo mucho que con esto ganáron los enemigos. El Cardenal, despues de haber conferenciado largamente con Alberto sobre el estado de las cosas, se retiró á su Obispado de Constanza.

En Bruselas se juntáron los Estados para tratar del remedio de los males de Flandes, y se compusiéron algunas controversias que habian sobrevenido con los Holandeses. Aunque los Embaxadores que el César habia enviado á Alberto trabajáron para arreglar lo esencial del gobierno de las provincias, no pudiéron hacer cosa alguna, porque los Estados se oponian á los mas saludables consejos. Tal es el atractivo de la libertad, que los que una vez la gustáron no pueden ya tolerar la servidumbre, aunque se expongan á perder todos los demas bienes. Y á la verdad desde el año anterior, además de los daños que padeciéron por tierra, les hizo otros muchos por el mar Federico Espinola, que con algunas galeras invadia continuamente sus costas. Tambien se trató con la Reyna de Inglaterra de ajustar la paz, á cuyo fin se juntáron en Boloña los Plenipotenciarios, pero con igual efecto; porque aquella muger astuta estaba persuadida de que la convenia fomentar la guerra de Flandes, pues si por falta de sus auxîlios quedaban

oprimidos los Estados confederados, se volveria entonces contra ella todo el peso de las armas. Disponíalas Mauricio con gran diligencia para dar á la Flandes un terrible golpe, y habiendo conducido en la armada un exército de quince mil infantes y dos mil y quinientos caballos, sitió por mar y tierra á Neuport, apoderándose de los puestos fortificados de las cercanías ántes que pudiesen ser socorridos; porque los soldados rehusaban obedecer á causa de que no se les pagaba su sueldo, y esta obstinacion habia puesto las cosas en el mayor peligro. Los Españoles fuéron los únicos que volviéron á su deber, y se juntáron, aunque con trabajo, doce mil infantes, y mil y doscientos caballos. Alberto y Doña Isabel saliéron cerca de Gante al encuentro de los que caminaban al socorro, y su presencia y exhortaciones infundiéron increible valor en los ánimos de los Españoles. En el primer encuentro los esquadrones de la avanguardia recobráron los puestos fortificados con no poco estrago de los enemigos; y despues incitados con la voz y el exemplo de sus capitanes, acometiéron con furor á Ernesto de Nasau, que ocupaba las lagunas con dos mil infantes y algunas tropas de caballería para detener á los Españoles; y fué tal su ímpetu, que en breve espacio de tiempo derrotáron aquella guarnicion, y quasi toda fué pasada á cuchillo.

A vista de tan felices principios, se determinó al fin provocar al enemigo á una batalla decisiva, siendo autor de este dictámen Claudio Barlota, hombre intrépido, pero de inconsiderada audacia. Decia pues, que para conseguir una completa victoria convenia aprovecharse del ardor de los soldados, porque si se llegaba á entibiar, se perdia la buena ocasion que tenia en las manos; por lo qual, despues de darles algun descanso, debian marchar contra el enemigo, que se hallaba consternado con la anterior pérdida. Muy de otro modo pensaba Gaspar Sapena, Valenciano, hombre de grande experiencia, y fué de dictámen que se debia primero explorar los designios del

enemigo, tentar sus fuerzas, y obligarle con astucia á retirarse, sin aventurar la fortuna de una batalla. Pero habiéndose tenido por perjudicial el consejo de Sapena, aunque le seguian algunos de los mas prudentes Capitanes, marcháron contra el enemigo, que era superior por la situacion, y por el número de sus tropas y artillería. Trabóse el combate, y los nuestros peleáron desgraciadamente. Alberto que volaba á todas partes con la cabeza descubierta, para ser conocido por los suyos, recibió en ella una herida. Mendoza fué hecho prisionero miéntras peleaba intrépidamente, y estuvo largo tiempo encarcelado: tambien lo fuéron Sapena y Villar, y el primero murió de las heridas, con otros muchos nobles que se esforzáron en sostener el combate, cuya pérdida fué muy sentida del exército; y al segundo le guardáron los enemigos para cangearle. Prohibió Mauricio perseguir á los fugitivos, por no exponer sus tropas, que estaban muy debilitadas, á las tinieblas de la noche. El número de los muertos fué casi igual de una y otra parte, como afirma Bentivollo.

Alberto marchó á Brujas donde se juntaban las reliquias del exército, y desde allí á Bruselas, con tanta confianza de ánimo, que no desesperaba de poner en buen estado las cosas. Entretanto Velasco introduxo en Neuport víveres y tropas con extraordinaria presteza; por lo qual perdiendo Mauricio la esperanza de tomar la ciudad, embarcó el exército en sus naves, y se retiró á Holanda, sin haber sacado otro fruto de la victoria que un gran número de prisioneros nobles. Antes de apartarse de allí, intentó tomar una fortificacion, que tenia el nombre de Isabel; mas tambien le saliéron vanos sus esfuerzos, acudiendo prontamente al socorro Barlota con un fuerte esquadron; pero miéntras abria una trinchera para molestar desde su puesto al enemigo, y obligarle á retirarse, fué herido en la cabeza con una bala de plomo, y cayó muerto este hombre intrépido, y amante de los peligros. Por este mismo tiempo se hiciéron unos á otros algunos ligeros da-

ños por mar y tierra, que no son dignos de referirse por menor. Espinola con quatro galeras y los navíos corsarios de Dunkerque corrian el océano, y causaban á los enemigos graves molestias. Finalmente reduxo Alberto á su deber á las tropas contumaces, pagándoles todo el sueldo que se les debia; y aumentando su exército con nuevas reclutas, puso sitio á Ostende, á fin de alejar á Mauricio de Rimberga, pero no correspondió el suceso á sus deseos; porque esta última ciudad se entregó baxo de honrosas condiciones, y quitado este estorbo quedó libre á los enemigos el paso del Rhin. Ostende fué largo tiempo combatida valerosamente por Alberto, y al fin se recobró en los años siguientes, por el valor y admirable constancia de los Españoles.

CAPITULO XVIII.

GUERRA EN LA INDIA ORIENTAL ENTRE LOS PORTUGUESES Y HOLANDESES. MAL ESTADO DE LOS PORTUGUESES EN LAS ISLAS MOLUCAS. PROGRESOS DEL CHRISTIANISMO EN LA CHINA, Y EN EL JAPON. CONVERSION A LA IGLESIA CATHOLICA DE LOS MALABARES NESTORIANOS.

Tampoco descansaban las armas en las remotas regiones del Oriente, porque á la obstinacion de los bárbaros, se juntáron las armas Holandesas, por lo qual creció el fuego de la guerra, que fatigó mucho tiempo al Español en aquellas costas. Atribuiase la culpa de todo á la avaricia Portuguesa, que habia subido el precio de la especería, contra lo que tenia ordenado el prudentísimo Rey Don Manuel. Ofendidos de esto los Holandeses, que son unos hombres dedicados principalmente al tráfico y comercio, quisiéron mas bien ocupar con las armas aquellas

afortunadas Islas, y apoderarse de sus frutos, que adquirirlos á costa de dinero y de ruegos. Contribuyó tambien mucho el odio que tenian contra los Castellanos, originado de tan prolongada guerra, para no dexar pasar la ocasion que se les presentaba de hacerles daño con utilidad propia. Habia llegado á Goa el nuevo Virrey Francisco de Gama Conde de Vidigueyra, quando comenzaba á decaer el dominio Portugues en aquellos paises, porque abandonando la profesion militar, solo pensaban todos en enriquecerse. Por este tiempo poseian los Portugueses á Ceilan, pues habiendo muerto sin hijos Juan Pandar señor de esta isla, que habia recibido el bautismo, nombró por su heredero á Don Felipe Rey de Portugal. Tomó posesion en su nombre Gerónimo de Azevedo Gobernador de la isla; y esta herencia sirvió mas de daño que de utilidad, porque se siguiéron de ella guerras mas graves é implacables. Entretanto se hacia la guerra con dos armadas: una de ellas derrotó los navíos Holandeses; y la otra peleó con ménos prosperidad contra los piratas de la costa del Malabar, por la ignorancia de su Almirante Luis de Gama hermano del Virrey. Habian causado muchas pérdidas al Zamorin, y á los Portugueses, siendo el Capitan de los piratas Cunial Marca, hombre de obscuro nacimiento, que despues fué muy célebre por sus maldades. Habiendo juntado sus fuerzas Gama y el Zamorin, emprendiéron arrojarle de la península, que tenia bien guarnecida. Fernando de Noroña le cerró en el invierno con su armada la entrada de víveres; pero se echaba ménos un General para esta guerra, y todos pusiéron los ojos en Mendoza con esperanza cierta de que con su valor y prudencia borraria la anterior ignominia. Finalmente fué nombrado General; y en el verano siguiente peleó de tal modo por mar y tierra, que desconfiando el pirata del lugar que ocupaba, y de sus armas, se entregó voluntariamente con la fortaleza al Zamorin, que habia venido al campo, y éste lo puso uno y otro sin excepcion al arbitrio de Mendoza. Mandó arrasar in-

mediatamente la fortaleza; la armada de los piratas fué reducida á cenizas, y Cunial degollado poco despues en Goa, declarando al tiempo de llevarle al suplicio, que no era otra la causa de su infortunio, que el haber profanado indignamente los vasos y vestiduras sagradas de los Christianos que habia robado. Omitimos otros sucesos, que por su poca importancia no hay necesidad de referirlos.

En las Molucas se hallaban los Portugueses muy próxîmos á una total ruina, siendo causa de este mal su descuido y el desprecio que hacian de sus enemigos. Con la negligencia de los unos creció la audacia de los otros; y de esta chispa se encendió aquel fuego, que se extendió por todo el Oriente, y faltó poco para que no pereciese el imperio Lusitano. De esta suerte por una leve causa se trastornan los reynos y provincias. Para evitar esta ruina envió el Gobernador de Filipinas Don Pedro de Acuña doscientos Castellanos á las islas Molucas; pero no se pudo recobrar la fortaleza de Ternate, aunque peleáron prosperamente contra los bárbaros. Habiendo arribado los Holandeses con otra armada, se apoderáron de la isla de Amboino, que defendia Gaspar de Melo, el qual fué puesto en prision, y se le formó causa; y para libertarle su muger de la ignominia que temia, le dió á beber un veneno.

Los bárbaros incomodaban tambien á las islas Filipinas. Esteban Rodriguez de Figueroa intentó con mal principio sujetar á Mindanao, isla muy grande habitada por Mahometanos, y tuvo desgraciado éxîto su empresa, pues perdió la vida en ella, habiéndosele salido de la cabeza el morrion en una pelea, lo que fué causa de su muerte, y su Teniente Juan de Eguiara no pudo conservar lo que habia conquistado. Por este tiempo vino de Gobernador á las islas Don Francisco Tellez, y le acompañó el nuevo Arzobispo Fr. Ignacio de Santivañez del Orden de San Francisco. Restablecióse la Audiencia Real, que algunos años ántes se habia suprimido, y fué nombrado Tellez por su Presidente, y por Oidores Antonio

Morga, Christobal Almazan, Alvaro de Zambrano, y Gerónimo de Salazar. Los Mahometanos hacian mas bien latrocinios que verdadera guerra; y se introduxéron en la nueva Segovia, juntos con los piratas del mar, para arrojar de allí á los Christianos; pero aunque estaban muy orgullosos por sus fuerzas, los sujetó Pedro de Chaves á costa de inmensas fatigas.

Volaba por las costas del Oriente la predicacion de la divina palabra con mucho aumento de la christiandad. Taicosama Tirano del Japon, intentó abolirla, movido de ciertas sospechas que le sugirió un apóstata, y irritado porque no le obedecian, mandó quitar la vida al Padre Fr. Pedro Bautista del Orden de San Francisco de la mas estrecha observancia, con otros compañeros suyos, los quales fueron crucificados y atravesados con lanzas. Tambien fué declarada guerra á la heregía en las regiones de la costa del Malabar. Los que habitaban en las montañas se habian apartado mucho de la doctrina cathólica, por haberlos imbuido en sus errores los Obispos Nestorianos. Este cuidado inquietaba á los Obispos Portugueses, y Don Jorge Temudio, Obispo de Cochin, trabajó mucho en refutar á aquellos falsos pastores, y pudo conseguir que los Indios no admitiesen los Obispos que enviaba el Patriarca de Babilonia. Dedicóse tambien á la misma obra Fr. Alexo de Meneses, de la noble familia de este nombre, Arzobispo de Goa, y Religioso Agustino, varon verdaderamente santo y muy zeloso por la propagacion del Evangelio. Este pues, habiendo recibido una Bula del Papa Clemente VIII, con amplísimas facultades, comenzó á visitar lo mas aspero de aquellos parages, con innumerables trabajos: padeció infinitas molestias, por la obstinacion de aquellos hombres feroces que le persiguiéron indignamente, y aun le amenazáron con la muerte, si no se abstenia de predicar la doctrina cathólica. Pero habiendo muerto el Obispo Abraham inficionado de la heregía Nestoriana, á quien estaban sujetos, y convertídose su Vi-

cario á la comunion Romana con poderosas razones y autoridades de la Escritura, aunque los pueblos sentian mucho abrazar la doctrina de San Pedro, que creian distinta de la que habian recibido del Apóstol Santo Tomas, y en la que habian sido educados, insistió mas fuertemente Fr. Alexo en su predicacion, y combatió con mayor fuerza sus errores. Pero viendo que los frutos no correspondian al trabajo, emprendió otro camino este varon no ménos prudente que piadoso. Conferenció á solas con los principales Sacerdotes, separándolos de la turba, y los instruyó en la verdadera doctrina, habiéndoles descubierto sus errores con admirable eloqüencia. Hecho esto como deseaba convocó un Concilio en Diamper, pueblo célebre, y comenzó á celebrarse con increible concurso el Domingo veinte de Junio de mil quinientos noventa y nueve, y habiendo abjurado en él la heregía los Sacerdotes Malabares, se dedicáron con gran zelo á establecer la doctrina cathólica los mismos que al principio habian sido los mas ardientes en combatirla. Siguiéron este exemplo los pueblos, que fácilmente se inclinan á la parte donde los guian sus superiores: y por este medio con el auxîlio divino se extirpó la supersticion que se hallaba tan arraygada; se mejoráron las costumbres de los Indios, fuéron quemados los libros en que se contenian los errores; se restituyó la verdadera piedad, y se tributó el debido obsequio y obediencia al Romano Pontífice. Tantos fuéron los bienes que produxo el zelo y cuidado infatigable de este varon religioso. Diego Simoens Gobernador de Tate hizo muchas hazañas entre los Cafres, y el Rey de Monomotapa le permitió beneficiar unas minas de plata, despues que ajustó con ellos la paz en premio de los socorros que le habia dado contra sus enemigos. El Virrey Gama se hizo mal visto á los Portugueses, y se restituyó á su patria con tan feliz navegacion, que se asegura que en todo el viage llevó tendidas las velas, y fué nombrado por su sucesor Ayres de Saldaña.

FIN.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTA OBRA.

TOMO DECIMO.

LIBRO VIII.

LIBRO IX.

LIBRO X.

ÍNDICE

DE LAS COSAS MAS NOTABLES CONTENIDAS EN LOS TRES TOMOS DE LA CONTINUACION DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

Los números romanos denotan el tomo, los árabes señalan la página.

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

V

X

Y

Z

